

A black and white photograph of a park at night. The scene is dominated by the dark, intricate silhouettes of bare trees against a dark sky. A red rectangular box is superimposed over the upper portion of the image, containing white text. The ground in the foreground is dark and appears to be a paved walkway or path. The overall mood is somber and quiet.

Que se levanten
los muertos
FRED VARGAS

LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Después de *El hombre de los círculos azules*, en esta nueva intriga policiaca nos encontramos a «tres evangelistas»: Mathias, Lucien y Marc, tres jóvenes historiadores en paro y sin un céntimo, que intentarán resolver un caso muy complicado. Mathias es duro, casi de piedra, como la edad prehistórica de la que se ocupa; Lucien es un estudioso de la Primera Guerra Mundial, y Marc, un medievalista muy nervioso. No parecen el equipo idóneo para resolver un caso de homicidio que hunde sus raíces en un pasado lejano, lleno de rencor y celos. Pero, a veces, la intuición y la capacidad de análisis consiguen más de lo que se pueda imaginar. El escenario: una calle del centro de París, donde todo el mundo se conoce y nada pasa desapercibido.

En esta nueva entrega, Fred Vargas, con mucha ironía y un enorme talento, elige como protagonistas gente común, con sus milagros y desastres cotidianos.

L≡**LIBROS**

Fred Vargas

Que se levanten los muertos

A mi hermano

—Pierre, hay algo que desentona en el jardín —dijo Sophia.

Abrió la ventana y examinó aquel trozo de terreno del que conocía hasta la última hierba. Lo que vio hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Pierre siempre leía el periódico a la hora del desayuno. Seguramente por eso Sophia miraba tan a menudo por la ventana. Para ver el tiempo que hacía, cosa que uno suele hacer con bastante frecuencia cuando se levanta. Y cada vez que hacía malo, pensaba en Grecia, por supuesto. Aquellas contemplaciones inmóviles se llenaban a la larga de nostalgias que algunas mañanas se prolongaban hasta el resentimiento. Después se le pasaba. Sin embargo, esa mañana había algo que desentonaba en el jardín.

—Pierre, hay un árbol en el jardín.

Se sentó junto a él.

—Pierre, mírame.

Pierre levantó una cara cansada hacia su mujer. Sophia se ajustó el fular alrededor del cuello, un gesto que conservaba de su época de cantante. Para mantener la voz al calor. Veinte años antes, en una grada de piedra del teatro d'Orange, Pierre había levantado una montaña compacta de juramentos de amor y de certezas. Justo antes de una representación.

Sophia agarró con una mano aquella sombría cara de lector de periódico.

—¿Qué te ocurre, Sophia?

—Te he dicho una cosa.

—¿Sí?

—He dicho: « Hay un árbol en el jardín » .

—Lo he oído. Parece algo normal, ¿no?

—Hay un árbol en el jardín, pero ayer no estaba.

—¿Y qué? ¿Acaso pretendes que me preocupe?

Sophia no estaba tranquila. No sabía si era por culpa del periódico o de la mirada cansada o del árbol, pero estaba claro que algo no iba bien.

—Pierre, explicame qué hace un árbol para llegar completamente solo a un jardín.

Pierre se encogió de hombros. Le daba exactamente igual.

—¿Y qué importa? Los árboles se reproducen. Una semilla, un brote, un vástago, y ya está. Después, en nuestros climas, se convierten en grandes bosques. Supongo que esto ya lo sabes.

—No es un brote. ¡Es un árbol! Un árbol joven, erguido, con ramas y todo,

perfectamente plantado solo a un metro de la pared del fondo. ¿Y ahora qué?

—Habrá sido el jardinero el que lo ha plantado.

—El jardinero se ha ido diez días de vacaciones y yo no le pedí que lo hiciera. No ha sido el jardinero.

—Me da igual. No esperarás que me preocupe por un arbolito plantado junto a la pared del fondo, ¿verdad?

—¿No quieres al menos levantarte y mirarlo? Al menos eso.

Pierre se levantó pesadamente. La lectura se había ido a la porra.

—¿Lo ves?

—Claro que lo veo. Es un árbol.

—Ayer no estaba.

—Es posible.

—Es seguro. ¿Qué hacemos? ¿Se te ocurre algo?

—¿Por qué se nos tiene que ocurrir algo?

—Ese árbol me da miedo.

Pierre se rió. Incluso hizo un gesto afectuoso, aunque fugaz.

—Es verdad, Pierre. Me da miedo.

—A mí no —dijo volviendo a sentarse—. La visita de ese árbol me resulta más bien graciosa. Lo dejamos en paz y ya está. Y tú, tú déjame en paz con él. Si alguien se ha equivocado de jardín, peor para él.

—Pero, Pierre, ¡lo han plantado durante la noche!

—Razón de más para que se hayan equivocado de jardín. O quizá se trata de un regalo. ¿Has pensado en esa posibilidad? Un admirador habrá querido obsequiarte discretamente por tu cincuenta cumpleaños. Los admiradores son capaces de cualquier ocurrencia estrafularia, sobre todo los admiradores-ratones, anónimos y obstinados. Ve a ver, quizás hayan dejado una nota.

Sophia se quedó pensativa. Aquella idea no era ninguna tontería. Pierre había separado los admiradores en dos amplias categorías. Estaban los admiradores-ratones, temerosos, febriles, mudos y obstinados. Pierre había conocido un ratón que había transportado durante un invierno una bolsa entera de arroz a una bota de goma. Grano a grano. Los admiradores-ratones son así. Estaban también los admiradores-rinocerontes, especie igualmente temible, ruidosos, chillones, seguros de sí mismos. Dentro de esas dos categorías, Pierre había elaborado montones de subcategorías. Sophia ya no se acordaba bien. Pierre despreciaba a los admiradores que le habían precedido y a los que le habían sucedido, o sea, a todos. Sin embargo, respecto al árbol, quizá tuviera razón. Quizá. Oyó a Pierre que decía: «Adiós, hasta esta noche, no te preocupes», y se quedó sola.

Con el árbol.

Fue a verlo. Con recelo, como si fuera a explotar.

Claramente, no había ninguna nota. Al pie del joven árbol, se veía un círculo de tierra recién removida. ¿La especie del árbol? Sophia dio varias vueltas a su

alrededor, frunciendo el ceño, hostil. Se inclinaba por un haya. También se inclinaba por desenterrarlo violentamente, pero como era un poco supersticiosa, no se atrevía a acabar con una vida, aunque fuera vegetal. En realidad, a poca gente le gusta arrancar un árbol que no le ha hecho nada.

Dedicó mucho tiempo a buscar un libro sobre el tema. Aparte de la ópera, los asnos y los mitos, Sophia no había tenido tiempo de estudiar en profundidad nada más. ¿Un haya? Era difícil afirmarlo sin las hojas. Pasó el dedo por el índice del libro para ver si algún árbol podía llamarse *Sophia algo*. Como un homenaje disimulado, muy en la línea torturada de un posible admirador-ratón. Sería tranquilizador. No, no había nada sobre Sophia. ¿Y por qué no una especie que se llamara *Stelyos algo*? En cambio eso no sería muy agradable. Stelyos no tenía nada de ratón ni de rinoceronte. Y, además, veneraba a los árboles. Después de la montaña de promesas de Pierre en las gradas del teatro d'Orange, Sophia había pensado cómo abandonar a Stelyos y cantó peor que de costumbre. Y, sin esperar, a ese griego loco no se le había ocurrido nada más malvado que ir a ahogarse. Lo habían sacado del agua jadeando, flotando en el Mediterráneo como un imbécil. De adolescentes, a Sophia y Stelyos les encantaba salir de Delfos para ir por los senderos con los asnos, las cabras y toda la parafernalia. A eso lo llamaban «imitar a los antiguos griegos». Y ese idiota había querido ahogarse. Afortunadamente la montaña de sentimientos de Pierre estaba allí. Hoy Sophia se dedicaba a buscar automáticamente posibles cabos sueltos. ¿Stelyos? ¿Una amenaza? ¿Stelyos haría eso? Sí, era capaz. Una vez fuera del Mediterráneo, había sentido como un latigazo y había gritado como un loco. Con el corazón latándole a toda velocidad, Sophia hizo un esfuerzo por levantarse, beber un vaso de agua y echar una ojeada por la ventana.

Inmediatamente, la vista la tranquilizó. ¿Qué se le había pasado por la cabeza? Aspiró profundamente una gran bocanada de aire. Aquella forma que tenía a veces de construir un mundo de terrores lógicos a partir de nada era agotadora. Casi seguro se trataba de un haya, un haya joven sin ningún significado. ¿Y por dónde había entrado aquella noche el plantador con la jodida haya? Sophia se vistió a toda velocidad, salió y examinó la cerradura de la verja. Nada fuera de lo normal. Sin embargo, era una cerradura tan sencilla que sin duda se podía abrir en un segundo con un destornillador sin dejar rastro.

Principios de primavera. Había humedad y cogería frío si se quedaba allí, desafiando al haya. ¿Era un haya lo que allí se hallaba? Sophia bloqueó sus pensamientos. Aborrecía que su alma griega se desbocara, sobre todo dos veces seguidas en una mañana. Estaba claro que Pierre jamás se interesaría por ese árbol. Y, además, ¿por qué habría de interesarse? ¿Era normal que su indiferencia llegara hasta ese punto?

Sophia no quiso quedarse sola todo el día con el árbol. Cogió el bolso y salió. En la callecita, un tipo joven, de unos treinta años o quizá alguno más, miraba a

través de la verja de la casa vecina. Casa era mucho decir. Pierre siempre lo llamaba « el caserón desvencijado ». Consideraba que, en esa calle privilegiada de viviendas bien conservadas, aquel enorme caserón dejado de la mano de Dios producía muy mal efecto. Sophia aún no se había planteado que quizá Pierre, con la edad, se estaba volviendo un cretino. Esa idea se infiltró en su pensamiento. El primer efecto nefasto del árbol, pensó con mala fe. Pierre incluso había mandado levantar un poco más la pared medianera para preservarse mejor del caserón desvencijado. Ahora sólo se podía ver desde las ventanas del segundo piso. El tipo joven, por el contrario, hizo un gesto de admiración ante aquella fachada de ventanas destrozadas. Era delgado, con el pelo y la ropa negros, una mano cubierta de gruesos anillos de plata, el rostro anguloso, y había encajado la frente entre dos barrotes de la verja roñosa.

Era exactamente el tipo de persona que no le habría gustado a Pierre. Pierre era un defensor de la moderación y de la sobriedad. Y aquel tipo joven era elegante, un poco austero y un poco deslumbrante. Unas bonitas manos agarradas a los barrotes. Examinándole, Sophia encontró cierto consuelo. Sin duda por eso le preguntó cuál podía ser, en su opinión, el nombre del árbol que estaba en su jardín. El tipo joven despegó la frente de la verja, que dejó un poco de herrumbre en sus cabellos negros y lacios. Debía de llevar un rato apoyado allí. Sin sorprenderse, sin preguntar nada, siguió a Sophia, quien le mostró el joven árbol, que se podía ver con todo detalle desde la calle.

—Es un haya, señora —dijo el tipo joven.

—¿Está usted seguro? Perdóneme, pero es muy importante.

El tipo joven repitió su examen. Con sus ojos oscuros pero nada tristes.

—No hay la menor duda, señora.

—Se lo agradezco mucho. Es usted muy amable.

Ella le sonrió y se alejó. El tipo joven, entonces, se fue por su lado, empujando una piedrecita con la punta del pie.

Así que ella tenía razón. Era un haya. Precisamente un haya.

Qué asco.

II

Estaba claro.

Era exactamente lo que se llama estar con el agua al cuello. ¿Y desde cuándo? Digamos que desde hacía dos años.

Y al cabo de dos años, el final del túnel. Marc golpeó una piedra con la punta del pie y la hizo avanzar seis metros. En París no es fácil encontrar en las aceras una piedra a la que golpear. En el campo, sí. Pero en el campo da igual, mientras que en París a veces es necesario encontrar una buena piedra. Es así. Y, como quien encuentra una aguja en la paja, Marc había tenido la suerte, hacía una hora, de encontrar una piedra perfecta. Así pues, se había puesto a golpearla y a seguirla.

Eso le había llevado hasta la Rue Saint-Jacques, no sin cierta dificultad. Prohibido tocar la piedra con la mano, sólo el pie puede intervenir. Así pues, digamos que dos años. Sin empleo, sin pasta, sin mujer. Ninguna posibilidad de salir a flote a la vista. Excepto, quizá, el caserón. Lo había visto el día anterior por la mañana. Cuatro pisos contando el desván, un jardín pequeño, en una calle olvidada y en un estado ruinoso. Lleno de agujeros por todas partes, sin calefacción y con el servicio en el jardín con un picaporte de madera. Entornando los ojos, una maravilla. Abriéndolos normalmente, un desastre. A cambio, su propietario proponía un alquiler miserable con la condición de hacer mejoras. Con aquel caserón podría salir de la mierda. También podría alojar a su padrino. Cerca del caserón, una mujer le había hecho una extraña pregunta. ¿Sobre qué había sido? Ah, sí. El nombre de un árbol. Es curioso que la gente no sepa nada de los árboles cuando no puede vivir sin ellos. Quizá en el fondo tengan razón. Él sabía los nombres de los árboles, pero ¿de qué le había servido?

La piedra fue a parar a la Rue Saint-Jacques. A las piedras no les gustan las calles que suben. Se había metido en una cuneta y, además, justo detrás de la Sorbona. Adiós a la Edad Media, adiós. Adiós a los clérigos, a los señores y los campesinos. Adiós. Marc apretó los puños dentro de los bolsillos. Sin empleo, sin pasta, sin mujer y sin Edad Media. Qué cabronada. Marc guió con habilidad la piedra desde la cuneta hasta la acera. Hay un sistema para conseguir que una piedra suba a la acera. Y Marc era un experto, igual de experto que en la Edad Media; o eso creía. Sobre todo, tenía que dejar de pensar en la Edad Media. En el campo jamás hay que enfrentarse al desafío que representa subir una piedra a una acera. Ésa es la razón por la que daba igual empujar piedras en el campo, y eso que allí había toneladas. La piedra de Marc cruzó elegantemente la Rue

Soufflot y abordó sin demasiados problemas la parte estrecha de la Rue Saint-Jacques.

Digamos que dos años. Y al cabo de dos años, lo único que se le ocurría a un hombre con el agua al cuello era buscar otro hombre también con el agua al cuello.

Porque frecuentar a los que han tenido éxito cuando uno ha fracasado en todo a los treinta y cinco años, agria el carácter. Por supuesto, al principio distrae, hace soñar, anima. Después exaspera y por último agria. Suele pasar. Y Marc no quería de ninguna manera llegar a ser un amargado. Está feo, pero es un riesgo, sobre todo para un medievalista. La piedra, de una fuerte patada, llegó al Val-de-Grâce.

Existía una persona de la que había oído decir que estaba con el agua al cuello. Y, según noticias recientes, Mathias Delamarre parecía estar verdaderamente con el agua al cuello desde hacía un largo período de tiempo. Marc le apreciaba, incluso mucho. Sin embargo, no le había vuelto a ver en los últimos dos años. Quizá Mathias podría alquilar con él el caserón. Porque de aquel miserable alquiler Marc de momento no podía aportar más que la tercera parte. Y había que dar una respuesta urgente.

Suspirando, Marc empujó la piedra hasta la puerta de una cabina telefónica. Si Mathias aceptaba, quizá podría salir del apuro. Solamente había un gran problema con respecto a Mathias. Que era prehistoriador. Y Marc no lo soportaba. Sin embargo, ¿acaso era el momento de ser sectario? A pesar del abismo que los separaba, se apreciaban mucho. Era curioso. Y precisamente en ese hecho curioso había que pensar, y no en la aberrante elección que Mathias había hecho de aquella horrorosa época de cazadores-recolectores que usaban sólo sílex. Marc se acordaba de su número de teléfono. Le respondieron que Mathias ya no vivía allí y le dieron un nuevo número. Decidido, volvió a intentarlo. Mathias estaba en casa. Al oír su voz, Marc respiró. Que un tipo de treinta y cinco años esté en su casa un miércoles a las tres y veinte de la tarde es la prueba tangible de que es un absoluto fracaso. Ésa ya era una buena noticia. Y cuando el tipo acepta, sin más explicaciones, una cita dentro de media hora en un café de mala muerte de la Rue du Faubourg-Saint-Jacques, seguramente aceptará cualquier cosa.

Aunque...

III

Aunque no se podía hacer lo que se quisiera con ese tipo. Mathias era terco y orgulloso. ¿Tan orgulloso como él? Quizá mucho más. En cualquier caso, el prototipo de cazador-recolector que persigue un uro hasta el agotamiento y que huye de su tribu antes que volver con las manos vacías. No, eso no. Ese retrato es el de un gilipollas y Mathias era muy perspicaz. Aunque podía permanecer mudo durante dos días si la vida contrariaba una de sus ideas. Ideas demasiado densas, probablemente, o bien deseos inalcanzables. Marc, que hacía de su charlatanería un arte, aunque a menudo cansaba a su público, había tenido que cerrar el pico más de una vez ante aquel tipo enorme de pelo rubio con el que se cruzaba por los pasillos de la facultad, silencioso en un banco, apretando lentamente sus grandes manos una contra otra, como para hacer papilla la mala suerte, gran cazador-recolector de ojos azules perdido en su carrera en pos del uro. ¿Normando quizá? Marc se dio cuenta de que, después de cuatro años juntos, jamás le había preguntado de dónde era. Pero ¿qué importaba? La pregunta seguiría esperando.

No había nada que hacer en el café y Marc esperaba. Con el dedo dibujaba figuras en la mesita. Tenía las manos delgadas y largas. Le gustaba mucho la forma de sus manos y el dibujo de las venas. En lo demás, tenía serias dudas. ¿Por qué pensar en eso? ¿Era porque iba a volver a ver al gran cazador rubio? ¿Y qué? Por supuesto que él, Marc, de estatura media, excesivamente delgado, con el cuerpo y la cara angulosa, no habría sido el tipo ideal para la caza del uro. Más bien le habrían enviado a trepar a los árboles para hacer caer la fruta. Recolector al fin y al cabo. Todo en él era de una vigorosa delicadeza. ¿Y qué? La delicadeza es imprescindible. No tenía dinero. Le quedaban sus anillos, cuatro grandes anillos de plata, dos de ellos atravesados por varios hilos de oro, llamativos y complicados, medio africanos medio carolingios, que le cubrían las primeras falanges de los dedos de la mano izquierda. Era verdad que su mujer le había dejado por un tipo más ancho de hombros, eso estaba claro. También más cretino, de eso no había duda. Ella se daría cuenta algún día, Marc contaba con ello. Pero sería demasiado tarde.

Marc borró de un golpe rápido todo su dibujo. Había destrozado su figura. Con un gesto de nerviosismo. No paraban esos gestos de nerviosismo, de impotencia rabiosa. Caricaturizar a Mathias era fácil. Pero ¿y él? ¿Qué era él sino uno de esos medievalistas decadentes, uno de esos jovencitos morenos, elegantes, gráciles y resistentes, una suerte de investigador de lo inútil, un artículo de lujo sin

esperanzas, que vinculaba sus sueños fracasados a unos cuantos anillos de plata, a visiones del año mil, a campesinos que empujan el arado, muertos desde hace siglos, a una lengua romance que a nadie importaba lo más mínimo, a una mujer que lo había dejado? Marc levantó la cabeza. Al otro lado de la calle, un inmenso garaje. A Marc no le gustaban los garajes. Le ponían triste. Pasando por delante de aquel largo garaje, avanzando con pasos largos y tranquilos, llegaba el cazador-recolector. Marc sonrió. Tan rubio como siempre, con el pelo demasiado abundante para poderse peinar correctamente, calzado con esas eternas sandalias de cuero que Marc detestaba, Mathias acudía a la cita. No llevaba ropa interior. Nunca la llevaba y se notaba. Solamente el jersey sobre la piel, los pantalones cubriéndole las piernas y unas sandalias en los pies.

De todas formas, fuera uno tosco o refinado, gordo o delgado, el caso es que se encontraban sentados a la mesa de un café sórdido. Así que todo eso no importaba nada.

—¿Te has afeitado la barba? —preguntó Marc—. ¿Ya no te dedicas a la prehistoria?

—Sí —dijo Mathias.

—¿Dónde?

—En mi mente.

Marc movió la cabeza. No le habían mentido, Mathias estaba con el agua al cuello.

—¿Qué les ha pasado a tus manos?

Mathias se miró las uñas negras.

—Trabajé de mecánico. Me pusieron de patitas en la calle. Dijeron que no entendía de motores. Me cargué tres en una semana. Los motores son complicados. Sobre todo cuando tienen alguna avería.

—¿Y ahora?

—Vendo gilipolleces, carteles, en la estación de Châtelet.

—¿Te da dinero?

—No. Ahora te toca hablar a ti.

—Nada. Hago de negro en una editorial.

—¿Sobre la Edad Media?

—Novelas de amor de ochenta páginas. El hombre es astuto pero competente, la mujer radiante pero inocente. Al final se aman locamente y es un rollo espantoso. La historia no dice cuándo se separan.

—Por supuesto... —dijo Mathias—. ¿Te has marchado?

—Despedido. Cambiaba las frases en las últimas pruebas. Por hastío y por crispación. Se dieron cuenta... ¿Estás casado? ¿Tienes pareja? ¿Tienes hijos?

—Nada —dijo Mathias.

Los dos hombres hicieron una pausa y se miraron.

—¿Y en qué edad estamos?—preguntó Mathias.

—En los treinta y cinco. Normalmente a esta edad uno es ya un hombre.

—Sí, eso dicen. Y tú, ¿sigues enganchado a la jodida Edad Media?

Marc asintió con la cabeza.

—Menuda mierda —dijo Mathias—. Tú nunca has sido muy razonable.

—No sigas por ahí, Mathias, no es el momento. ¿Dónde vives?

—En una habitación que tengo que dejar dentro de diez días. Los carteles ya no dan para mis veinte metros cuadrados. Se puede decir que estoy en la ruina.

Mathias se apretó las manos una contra la otra.

—Te voy a enseñar un caserón —dijo Marc—. Si llegamos a un acuerdo, quizá franqueemos juntos los treinta mil años que nos separan.

—¿Y la mierda también?

—Eso no lo sé. ¿Me acompañas?

Mathias, aunque indiferente y más bien hostil respecto a todo lo que había podido pasar después del año 10.000 antes de Jesucristo, siempre había hecho una incomprensible excepción con aquel delgado medievalista siempre vestido de negro y con un cinturón de plata. A decir verdad, consideraba esta debilidad por su amigo como una falta de gusto. Sin embargo, su afecto por Marc, su estima por la inteligencia ágil e incisiva de aquel tipo, le había obligado a cerrar los ojos ante la escandalosa elección que había hecho su amigo de ese período abyecto de la historia de los hombres. A pesar de aquel sorprendente defecto de Marc, sentía una fuerte tendencia a confiar en él e incluso, a menudo, se había dejado llevar por sus estúpidas fantasías de señor sin un céntimo. Incluso hoy, aunque estaba claro que aquel señor sin un céntimo se había vuelto completamente loco, que se encontraba flaco como un palo y que, en resumen, estaba, igual que él, con el agua al cuello, cosa que por otra parte le gustaba, incluso así, Marc todavía conservaba esa majestuosidad graciosa y convincente. Un poco de amargura, sin duda, en los ojos, una gran tristeza acumulada, conflictos y dificultades que sin duda habría preferido no tener, sí, todo eso también. Pero le quedaba su encanto, algunos restos de sus sueños, que él, Mathias, había perdido en los vagones del metro de la estación de Châtelet.

Estaba claro que Marc no tenía pinta de haber abandonado la Edad Media. Sin embargo, Mathias le acompañaría a pesar de todo a aquel caserón del que le estaba hablando mientras caminaban. Su mano cubierta de anillos se movía en el aire gris al hilo de sus explicaciones. Así que un caserón desvencijado de cuatro pisos contando el desván, y un jardín. A Mathias no le daba miedo. Intentar reunir la cantidad del alquiler. Hacer fuego en la chimenea. Convivir con el padrino de Marc. ¿Quién era aquel padrino? No podían abandonarlo, o vivían con él o se iba al asilo. Ah, de acuerdo. No tenía la menor importancia. A Mathias le daba exactamente igual. Veía esfumarse la estación de Châtelet. Seguía a Marc a través de las calles, satisfecho de que estuviera con el agua al cuello, satisfecho

de la desoladora inutilidad del medievalista en paro, satisfecho de la afectación de la vestimenta extravagante de su amigo, satisfecho de aquel caserón en el que seguramente se congelarían porque aún estaban en marzo. A pesar de todo, al llegar ante la destrozada verja a través de la cual se veía el caserón, más allá de las altas hierbas, en una de esas calles de París imposibles de encontrar, no fue capaz de juzgar objetivamente el deterioro de la parcela. Todo le pareció perfecto. Se volvió hacia Marc y le estrechó la mano. Trato hecho. Aunque solamente con sus ganancias de vendedor de cachivaches no sería suficiente. Marc, apoyado en la verja, asintió. Ambos se pusieron muy serios. Se produjo un largo silencio. Empezaron a buscar. Otro loco con el agua al cuello. Entonces Mathias sugirió un nombre. Lucien Devernois. Marc gritó:

—No hablas en serio, ¿verdad Mathias? ¿Devernois? ¿Recuerdas a qué se dedica ese tipo? ¿Qué es?

—Sí —suspiró Mathias—. Historiador de la Gran Guerra. La del 14 al 18.

—¡Exactamente! ¿Ves cómo estás desvariando? No tenemos mucha elección y no es momento de ponerse exquisitos, lo sé. Pero aún nos queda gente del pasado que puedan hacer posible nuestro futuro. Y tú, ¿qué propones? ¿La Gran Guerra? ¿Un experto en historia contemporánea? ¿Y qué más? ¿Te das cuenta de lo que dices?

—Sí —dijo Mathias—, pero el chico no es ningún gilipollas.

—Puede ser, pero de todas formas... Ni pensarlo. Todo tiene un límite, Mathias.

—Me cuesta tanto como a ti, aunque para mí, Edad Media o Historia Contemporánea, lo mismo da.

—De todas formas, ten cuidado con lo que dices.

—Sí, pero he creído entender que Devernois, aunque percibe un pequeño salario, está con el agua al cuello.

Marc frunció el ceño.

—¿Con el agua al cuello? —preguntó.

—Exactamente. Dejó un instituto en Nord-Pas-de-Calais. Un puesto penoso de media jornada en la privada cristiana parisina. Hastio, desilusión, escritura y soledad.

—Entonces es verdad que está con el agua al cuello... ¿No podrías decirselo ahora mismo?

Marc se quedó inmóvil unos segundos. Reflexionaba a toda velocidad.

—¡Eso lo cambia todo! —exclamó—. Muévete, Mathias. Gran Guerra o no, cerremos los ojos, tengamos valor y firmeza, y tú haz lo posible por encontrarlo y por convencerlo. Os espero aquí a los dos a las siete con el propietario. El contrato tiene que estar firmado esta tarde. Date prisa, ponte en marcha y convéncelo. Con tres con el agua al cuello, no hay razón para que no resulte un completo desastre.

Se hicieron un gesto de despedida y se separaron, Marc corriendo y Mathias andando.

IV

Aquella fue su primera noche en el caserón de la Rue Chasle. El historiador de la Gran Guerra había aparecido, les había estrechado la mano a toda velocidad, había subido y bajado varias veces los cuatro pisos y luego había desaparecido.

Después de unos primeros instantes de alivio, ahora que el contrato de alquiler estaba firmado, Marc sintió que sus peores temores volvían. Aquel nervioso experto en historia contemporánea, que había aparecido con las mejillas muy pálidas, el mechón de pelo castaño cayéndole constantemente sobre los ojos, la corbata apretada, la chaqueta gris, los gastados zapatos ingleses de piel, le inspiraba sordas aprensiones. Aquel tipo, aparte de la catástrofe que constituía su opción por la Gran Guerra, era una mezcla incomprensible de rigidez y laxitud, de alboroto y gravedad, de ironía jovial y cinismo recalcitrante, y parecía oscilar de un extremo al otro con arrebatos de rabia y buen humor, breves y alternos. Alarmante. Imposible saber qué rumbo iba a tomar el asunto. Vivir con un experto en historia contemporánea que llevaba corbata era una experiencia nueva. Marc miró a Mathias, que estaba dando vueltas alrededor de una habitación vacía, con gesto preocupado.

—¿Lo convenciste fácilmente?

—En un santiamén. Se puso de pie, se apretó la corbata, me puso la mano en el hombro y dijo: «Somos camaradas, eso no se discute. Hecho». Un poco teatral. Por el camino me preguntó que quiénes íbamos a vivir juntos y qué hacíamos. Le hablé un poco de Prehistoria, de carteles, de la Edad Media, de novelas de amor y de motores. Puso mala cara, seguramente no le gusta la Edad Media. Pero se repuso, farfulló algo sobre que no importan las clases sociales entre camaradas o algo así, y eso fue todo.

—Y ahora, ha desaparecido.

—Ha dejado su bolsa. No es mala señal.

Luego el tipo de la Gran Guerra había vuelto a aparecer, llevando al hombro una caja de leña para el fuego. Marc nunca habría pensado que fuese tan fuerte. Al menos les sería útil.

Por eso, después de una frugal cena que tomaron sobre las rodillas, los tres investigadores se encontraron apretados unos contra otros alrededor de un gran fuego. La chimenea estaba cubierta de mugre y era imponente.

—El fuego —anunció sonriendo Lucien Devernois— es un punto de partida

común. Modesto, pero común. O un punto y final, como se quiera. Aparte de estar con el agua al cuello, hoy es lo único que tenemos en común. No hay que descuidar jamás las afinidades.

Lucien hizo un gesto de orador. Marc y Mathias lo miraron sin intentar comprender, con las manos extendidas hacia las llamas.

—Es muy sencillo —continuó Lucien levantando el tono de voz—. Para el sólido prehistoriador de la casa, Mathias Delamarre, el fuego es muy importante... Pequeños grupos de hombres peludos juntos, tirando de frío en las inmediaciones de la cueva, alrededor de la llama salvadora que aleja a las fieras salvajes, en resumen, como en aquella película sobre la búsqueda del fuego.

—*En busca del fuego* —interrumpió Mathias— es una sarta de...

—¡Qué importa! —prosiguió Lucien—. Deja a un lado tu erudición, que me importa un rábano en lo que se refiere a las cavernas, y concede su puesto de honor al fuego prehistórico. Sigamos adelante. Ahora paso a Marc Vandoosler, que hace enormes esfuerzos por contar la población medieval según los « fuegos» ... Los medievalistas se rompen mucho la cabeza con eso. Se hacen un lío... Sigamos. Por fin, avanzando por la escala del tiempo llegamos a mí, a mí y al fuego de la Gran Guerra. « Guerra de Fuego» y « Fuego de Guerra». Impresionante, ¿no?

Lucien se echó a reír, aspiró una bocanada de aire por la nariz y alimentó el fuego empujando un gran leño con el pie. Marc y Mathias esbozaron una vaga sonrisa. Iban a tener que adaptarse a ese tipo insoportable pero necesario para aportar la tercera parte del alquiler.

—Así pues —concluyó Marc, dando vueltas a sus anillos—, cuando nuestras discusiones sean demasiado acaloradas y las diferencias cronológicas irreconciliables, no habrá sino que hacer un fuego en la chimenea. ¿Es eso?

—Puede ayudar —admitió Lucien.

—Un plan sabio —añadió Mathias.

Ya no hablaron más de los Tiempos y se calentaron. A decir verdad, lo que más le preocupaba esa noche y las que vendrían, era el tiempo que hacía fuera. Se había levantado el viento y una fuerte lluvia se colaba en la casa. Los tres hombres fueron evaluando poco a poco con la mirada la magnitud de las reparaciones que habría que realizar y el trabajo que les quedaba por delante. De momento, las habitaciones estaban vacías y las cajas habían servido de sillas. Mañana, cada uno traería su equipaje. Iban a tener que poner yeso en las paredes, arreglar la instalación eléctrica, las tuberías y la carpintería. Y Marc traería a su viejo padrino. Más tarde les explicaría el asunto. ¿Quién era ese tipo? Pues bien, su viejo padrino, nada más. Que también era su tío. ¿Y qué hacía su viejo tío-padrino? Ya nada, estaba jubilado. Jubilado ¿de qué? Pues jubilado de un trabajo, por supuesto. ¿Qué trabajo? Lucien se estaba poniendo muy pesado con sus preguntas. Un trabajo de funcionario, claro. Más tarde les explicaría todo.

El árbol había crecido un poco.

Desde hacía más de un mes, Sophia se apostaba todos los días en la ventana del segundo piso para observar a los nuevos vecinos. Le interesaban. ¿Qué había de malo? Tres tipos bastante jóvenes, sin mujeres, sin niños. Solamente tres hombres. Inmediatamente había reconocido al que se había llenado de herrumbre la frente contra la verja y que le había dicho que el árbol era un haya. Le había gustado volver a verlo allí. Había llevado a otros dos tipos con él, muy diferentes. Uno alto y rubio con sandalias, y otro muy nervioso con traje gris. Empezaba a conocerlos un poco. Sophia se preguntaba si espiarles así era decente. Decente o no, la distraía, la tranquilizaba y le hacía pensar en algo. Por eso lo seguía haciendo. Durante todo aquel mes de abril no habían parado. Habían transportado tablas, cubos, sacos de cachivaches sobre carritos de ruedas y cajas sobre unos chismes. ¿Cómo se llaman esos chismes de hierro con una rueda debajo? Desde luego, tienen un nombre. Sí, carretillas. Cajas que llevaban sobre carretillas. Bien. Así pues, estaban haciendo obras. Una vez que hubieron recorrido el jardín infinidad de veces y en todas las direcciones, Sophia, tras dejar la ventana entreabierta, había podido aprender sus nombres. El delgado de negro, Marc. El rubio lento, Mathias. Y el de la corbata, Lucien. Incluso para hacer agujeros en las paredes llevaba puesta la corbata. Sophia se llevó la mano al fular. Después de todo, cada cual tenía sus manías.

Por la ventana lateral de un vestidor del segundo piso, Sophia también podía ver lo que pasaba en el interior del caserón. Las ventanas reparadas no tenían cortinas y ella pensaba que nunca las tendrían. Cada uno parecía haberse asignado un piso. El problema era que el rubio trabajaba en su piso medio desnudo e incluso a veces totalmente desnudo. Sintióndose, por lo que ella podía adivinar, perfectamente cómodo. Qué desvergonzado. Aunque el rubio era guapo y daba gusto verlo. Sin embargo, no por eso se sentía Sophia con derecho a instalarse en el pequeño vestidor. Aparte de las obras, de las que a veces parecían estar hasta la coronilla, pero que realizaban con obstinación, allí dentro se leía y escribía mucho. Las estanterías se habían llenado de libros. Sophia, nacida entre las piedras de Delfos y de donde había salido solamente por su voz, admiraba a cualquiera que se dedicara a leer en una mesa bajo una lucecita.

Y además, la semana anterior había llegado otro. Hombre también, pero mucho más viejo. Sophia había pensado que se trataba de una visita. Pero no, el hombre más viejo se había instalado allí. ¿Por mucho tiempo? En cualquier caso

ahí estaba, en el desván. De todas formas, era curioso. Tenía, o eso le parecía, un aspecto interesante. De lejos era el más guapo de los cuatro. Aunque fuera el más viejo. Sesenta o setenta años. Parecía que de aquella boca fuera a salir una voz ronca, pero tenía, al contrario, un timbre tan suave y bajo que Sophia aún no había podido captar una sola palabra de lo que decía. Derecho, alto, como un capitán sin navío, no pegaba ni golpe en las obras. Sólo supervisaba y opinaba. Era imposible saber su nombre. Sophia, mientras, le llamaba Alejandro Magno, o bien el viejo cabrón, dependiendo de su humor.

Al que más se le oía era al tipo de la corbata, Lucien. Sus gritos llegaban lejos, y parecía divertirse haciendo comentarios en voz alta y dando toda clase de consignas que apenas eran seguidas por los demás. Había intentado hablar de ellos a Pierre, pero éste había mostrado el mismo interés por los vecinos que por el árbol. Que los vecinos no hicieran ruido en el caserón desvencijado, era todo lo que tenía que decir. Era cierto que a Pierre le absorbía por completo su trabajo en el departamento de Asuntos Sociales. Era cierto que todos los días pasaban por sus manos montones de informes terribles sobre madres solteras que vivían debajo de un puente, gente desahuciada de su vivienda, niños de doce años sin familia, viejos agonizando en una buhardilla, que él reunía para el secretario de Estado. Y Pierre era de esos tipos que se toman en serio su trabajo. Aunque Sophia detestara la forma en que él hablaba a veces de «sus» desheredados, a los que había catalogado en tipos y subtipos del mismo modo que había catalogado a los admiradores. ¿Cómo la habría catalogado Pierre a ella cuando a los doce años vendía pañuelos bordados a los turistas de Delfos? ¿De desheredada también? En fin, era cierto. Se podía entender que, con todo eso a las espaldas, le importara un bledo un árbol o cuatro vecinos nuevos. Pero, a pesar de todo, ¿por qué no hablar jamás de ello? Sólo un minuto.

VI

Marc ni siquiera levantó la cabeza al oír la voz de Lucien, que, desde su promontorio del tercer piso, lanzaba una orden de alerta general o algo parecido. Después de todo, Marc se estaba adaptando al historiador de la Gran Guerra que, por un lado, había llevado a cabo una parte considerable del trabajo en el caserón y, por otro, era capaz de períodos de estudio en silencio enormemente largos. Incluso profundos. Marc ya no oía nada cuando Lucien se debatía en el entramado de la Gran Guerra. A él le debían la reparación de la electricidad y la fontanería, y Marc, que no sabía nada de eso, le estaría eternamente agradecido. A él le debían que se hubiera transformado el desván en una amplia estancia doble, nada fría y nada siniestra, en la que su padrino era feliz. A él le debían la tercera parte del alquiler y una generosidad arrolladora que aportaba cada semana algún lujo extra al caserón. Pero también era generoso en palabras y en juegos verbales. Peroratas militares irónicas, excesos de toda clase, juicios mordaces. Era capaz de gritar durante una hora por cualquier tontería. Marc estaba aprendiendo a dejar que las peroratas de Lucien le entraran por un oído y le salieran por el otro. Lucien no era militarista en absoluto. Perseguía, con rigor y resolución, el núcleo de la Gran Guerra sin poder atraparlo. Seguramente por eso gritaba. No, debía de ser por otra cosa. En cualquier caso, aquella tarde, hacia las seis, Lucien volvió a las andadas. Esta vez, además, bajó la escalera y entró en la habitación de Marc sin llamar.

—Alerta general—gritó—. A cubierto. La vecina viene hacia aquí.

—¿Qué vecina?

—La vecina del frente occidental. La vecina de la derecha, si te gusta más. La mujer rica del fular. Ni una palabra. Cuando llame a la puerta, que nadie se mueva. La consigna es: no hay nadie en casa. Paso el aviso a Mathias.

Antes de que Marc hubiera podido dar su opinión, Lucien ya estaba bajando al primer piso.

—Mathias—gritó Lucien abriendo su puerta—. ¡Alerta! La consigna es...

Marc oyó que Lucien interrumpía la frase. Sonrió y descendió tras él.

—Mierda—dijo Lucien—. ¡Qué diablos haces instalando la biblioteca completamente desnudo! Mierda, ¿por qué lo haces? Pero, por lo que más quieras, ¿es que nunca tienes frío?

—No estoy completamente desnudo, llevo puestas las sandalias—respondió Mathias tranquilamente.

—Sabes perfectamente que llevar puestas las sandalias no es ir vestido. Y si te

divierte jugar al hombre de los tiempos oscuros, harías mejor metiéndote en la cabeza que el hombre prehistórico, al menos eso pienso yo, seguramente no era lo bastante cretino ni lo bastante primario como para vivir en cueros.

Mathias se encogió de hombros.

—Lo sé mejor que tú —dijo—. Esto no tiene nada que ver con el hombre prehistórico.

—Entonces ¿con qué?

—Conmigo. La ropa me oprime. Me siento bien así. ¿Qué más quieres que te diga? No veo en qué puede molestarte cuando estoy en mi piso. Lo único que tienes que hacer es llamar antes de entrar. ¿Qué ocurre? ¿Una urgencia?

El concepto de urgencia era algo que Mathias no entendía. Marc entró sonriendo.

—«La serpiente —dijo—, cuando ve a un hombre desnudo, tiene miedo de él y huye e lo más deprisa que puede; y cuando ve al hombre vestido, va a atacarlo sin el menor temor.» Siglo XIII.

—Estamos listos —dijo Lucien.

—¿Qué pasa? —repitió Mathias.

—Nada. Lucien ha visto a la vecina del frente occidental dirigirse hacia aquí. Y ha decidido no responder cuando suene el timbre.

—El timbre no está arreglado —dijo Mathias.

—Es una pena que no sea la vecina del frente oriental —dijo Lucien—. La vecina del este es muy guapa. Creo que se podría firmar un pacto con el frente oriental.

—¿Qué has averiguado?

—He llevado a cabo varias operaciones de reconocimiento táctico. El este es más interesante y más abordable.

—Muy bien, pero es la del oeste —dijo Marc con firmeza—. Y no veo por qué no vamos a abrir. A mí me cae bien, intercambiamos tres palabras una mañana. De todas formas, nos interesa que el entorno nos aprecie. Simple cuestión de estrategia.

—Por supuesto —dijo Lucien—, si lo ves desde el punto de vista diplomático.

—Llamémoslo social. Humano, si lo prefieres.

—Está llamando a la puerta —dijo Mathias—. Bajo a abrir.

—¡Mathias! —dijo Marc sujetándole por el brazo.

—¿Qué? Acabas de decir que estabas de acuerdo.

Marc le miró y le hizo una seña con la mano.

—Ah, sí, mierda —dijo Mathias—. La ropa, tengo que ponerme algo encima.

—Eso es, Mathias. Tienes que ponerte algo encima.

Cogió un jersey y unos pantalones mientras Marc y Lucien bajaban.

—Acabo de explicarle que sólo las sandalias no es bastante —comentó Lucien.

—Tú —dijo Marc a Lucien— cierra el pico.

—Sabes perfectamente que no es fácil que yo cierre el pico.

—Es verdad —admitió Marc—, pero déjame hacer a mí. Yo soy el que conoce a la vecina, así que abro yo.

—¿De qué la conoces?

—Ya lo he dicho, hablamos el otro día. De una cosa. De un árbol.

—¿De qué árbol?

—De un haya.

VII

Un poco violenta, Sophia se sentaba muy estirada en la silla que le habían ofrecido. Dejando Grecia aparte, después la vida la había acostumbrado a recibir o a rechazar la visita de periodistas o de admiradores, pero no a ir a llamar a la puerta de las casas de los demás. Debía de hacer al menos veinte años que no llamaba a la puerta de alguien, así, sin llamar antes. Ahora que estaba sentada en aquella habitación con los tres tipos a su alrededor, se preguntó qué pensarían del fastidioso paso que había dado su vecina yendo a saludarlos. Ya no se hacen esas cosas. Por eso quiso darles inmediatamente una explicación. ¿Sería capaz de explicarse, como había pensado desde su ventana del segundo piso? Todo puede ser diferente cuando se ve a la gente de cerca. Sentado en la gran mesa de madera, con sus delgadas piernas cruzadas en una bonita pose, bastante guapo, Marc la miraba sin impaciencia. Sentado ante ella estaba Mathias, también de bellos rasgos, un poco toscos, pero con el azul de sus ojos nítido como un mar en calma, transparentes. Lucien, ocupado en sacar unos vasos y unas botellas, se echaba bruscamente el pelo hacia atrás, con cara de niño y corbata de hombre. Se tranquilizó. Porque, a fin de cuentas, ¿por qué había venido si no era porque tenía miedo?

—Verán —dijo aceptando el vaso que Lucien le tendía sonriendo—, siento mucho molestarlos, pero necesitaría que me hicieran un favor.

Dos rostros esperaban. Ahora tendría que explicarse. Pero ¿cómo hablar de una cosa tan ridícula? Lucien no estaba escuchando. Iba y venía, y parecía vigilar la cocción de un guiso difícil que monopolizaba toda su atención.

—Se trata de una historia ridícula, pero necesito que me hagan un favor —repitió Sophia.

—¿Qué clase de favor? —preguntó Marc con dulzura, para ayudarla.

—Es difícil decirlo y sé que ustedes ya han trabajado mucho este mes. Se trataría de cavar un hoyo en mi jardín.

—Intervención brutal en el frente occidental —murmuró Lucien.

—Por supuesto —continuó Sophia—, si llegamos a un acuerdo, les pagaría. Digamos... treinta mil francos para los tres.

—¿Treinta mil francos? —murmuró Marc—. ¿Por un hoyo?

—Intento de corrupción por parte del enemigo —farfulló Lucien de forma inaudible.

Sophia no se sentía a gusto. Sin embargo, creía que había ido al lugar adecuado y que debía continuar.

—Sí. Treinta mil francos por un hoyo y por su silencio.

—Pero —empezó a decir Marc—, señora...

—Relivaux, Sophia Relivaux. Soy su vecina de la derecha.

—No —dijo suavemente Mathias—, no.

—Sí —dijo Sophia—, soy su vecina de la derecha.

—Es verdad —continuó Mathias en voz baja—, pero usted no es Sophia Relivaux. Usted es la mujer del señor Relivaux. Usted, usted es Sophia Siméonidis.

Marc y Lucien miraron a Mathias, sorprendidos. Sophia sonrió.

—Soprano lírica —continuó Mathias—. *Manon Lescaut, Madame Butterfly, Aída, Desdémona, La Bohème, Elektra...* Y hace seis años que no canta. Permítame decirle que me siento honrado de tenerla de vecina.

Mathias hizo una pequeña reverencia con la cabeza, como un saludo. Sophia le miró y pensó que efectivamente estaba en el lugar adecuado. Lanzó un suspiro de satisfacción, sus ojos dieron la vuelta a la enorme habitación, con azulejos en el suelo y las paredes enlucidas que aún resonaba porque había pocos muebles. Las tres ventanas altas que daban al jardín terminaban en un arco de bajo punto. Se parecía un poco al refectorio de un monasterio. Por una puerta baja igualmente arqueada, Lucien aparecía y desaparecía con una cuchara de palo. En un monasterio, principalmente en el refectorio, hay que hablar en voz baja.

—Ya que él lo ha dicho todo, estoy dispensada de presentarme —dijo Sophia.

—Pero nosotros no —dijo Marc, que estaba un poco impresionado—. Él es Mathias Delamarre...

—No es necesario —le interrumpió Sophia—. Estoy avergonzada porque ya los conozco, se oyen muchas cosas sin querer de un jardín a otro.

—¿Sin querer? —preguntó Lucien.

—Queriéndolo un poco, es verdad. He mirado y escuchado, incluso atentamente. Lo reconozco.

Sophia hizo una pausa. Se preguntó si Mathias se daría cuenta de que lo había visto desde la ventanita.

—No les he espiado. Ustedes me interesaban. Pensé que los necesitaría. ¿Qué dirían si una mañana apareciera plantado un árbol en su jardín sin que ustedes supieran por qué?

—Francamente —dijo Lucien—, teniendo en cuenta el estado del jardín, no sé si nos daríamos cuenta.

—Ésa no es la cuestión —dijo Marc—. Sin duda está usted hablando de la pequeña haya, ¿verdad?

—Exactamente —dijo Sophia—. Ocurrió una mañana. Sin una nota. No sé quién la plantó. No es un regalo. No ha sido el jardinero.

—¿Qué opina su marido? —preguntó Marc.

—Le resulta indiferente. Es un hombre muy ocupado.

—¿Quiere decir que le da exactamente igual? —dijo Lucien.

—Peor que eso. Ni siquiera quiere que le hable de ello. Le molesta.

—Curioso —dijo Marc.

Lucien y Mathias movieron la cabeza.

—¿Le parece curioso? ¿De verdad? —preguntó Sophia.

—De verdad —dijo Marc.

—A mí también —murmuró Sophia.

—Perdone mi ignorancia —dijo Marc—, ¿era usted una cantante famosa?

—No —dijo Sophia—. Nunca fui una de las grandes. Tuve algunos éxitos, pero nunca me llamaron « La Siméonidis ». No. Si cree que ha sido el homenaje de un admirador, como sugirió mi marido, iría por un camino equivocado. Tuve admiradores, pero nunca provoqué pasiones. Pregunte a su amigo Mathias, porque él lo sabe.

Mathias se limitó a hacer un gesto vago.

—De todas formas, fue un poco más que eso —murmuró.

Se hizo el silencio. Con la actitud de un hombre de mundo, Lucien volvió a llenar los vasos.

—En realidad —dijo Lucien agitando la cuchara de palo—, usted tiene miedo. No acusa a su marido, no acusa a nadie, sobre todo no quiere pensar en nada, pero tiene miedo.

—No estoy tranquila —dijo Sophia en voz baja.

—Porque un árbol plantado —continuó Lucien— significa tierra. Tierra por debajo. Tierra que nadie irá a remover porque hay un árbol encima. Tierra sellada. Que es como decir una tumba. El asunto se pone interesante.

Lucien era un bruto y no se andaba con rodeos para dar su opinión. En este caso tenía razón.

—Sin llegar tan lejos —dijo Sophia, siempre en un murmullo—, digamos que me gustaría saber a qué atenerme. Saber si hay algo debajo.

—O alguien —dijo Lucien—. ¿Tiene alguna razón para pensar en alguien? ¿Su marido? ¿Negocios oscuros? ¿Amantes inoportunas?

—Basta, Lucien —dijo Marc—. Nadie te ha pedido que vuelvas a la carga. La señora Siméonidis ha venido aquí por un hoyo que hay que cavar y no por otra cosa. Limitémonos a eso, si te parece. No merece la pena hacer daño sin motivo. De momento, sólo se trata de cavar, ¿verdad?

—Sí —dijo Sophia—. Les daré treinta mil francos.

—¿Por qué tanto dinero? Naturalmente, es muy tentador. Estamos sin blanca.

—De eso me he dado cuenta —dijo Sophia.

—Pero no es una razón para que le limpiemos semejante suma por cavar un hoyo.

—Es que nunca se sabe —dijo Sophia—. Hecho el hoyo... si hay algo, es posible que yo prefiera que no se sepa. Y el silencio se paga.

—Entendido —dijo Mathias—. Pero ¿aquí todo el mundo está de acuerdo en cavar, haya o no algo?

Se produjo de nuevo el silencio. El problema no era fácil. Por supuesto que el dinero, en su situación, era muy tentador. Pero, por otro lado, podían convertirse en cómplices por la pasta. Aunque ¿cómplices de qué, exactamente?

—Hay que hacerlo, está claro —dijo una voz suave.

Todo el mundo se volvió. El viejo padrino entró en la sala, se sirvió una copa, como quien no quiere la cosa, y saludó a la señora Siméonidis. Sophia lo examinó. De cerca no era Alejandro Magno. Como iba muy derecho y era delgado, parecía alto, pero no lo era tanto. Su cara, de una belleza decadente, aún causaba un gran efecto. No tenía la menor dureza, sino unas líneas muy marcadas, la nariz aguileña, los labios irregulares, los ojos triangulares y la mirada viva, todo ello seducía, y lo hacía inmediatamente. Sophia apreció, hizo mentalmente justicia a aquella cara. Inteligente, brillante, dulce, un poco hipócrita quizá. El viejo se pasó la mano por el pelo, que no era gris sino medio negro medio blanco, un poco largo y rizado en la nuca, y se sentó. Lo había dicho. Hacer el hoyo. Nadie pensó en contradecirlo.

—Yo escuchaba detrás de las puertas —dijo—. La señora escucha detrás de las ventanas. En mi caso es como un tic, una vieja costumbre. No me incomoda en absoluto.

—Es divertido —dijo Lucien.

—La señora tiene razón en todo —continuó el viejo—. Hay que cavar.

Molesto, Marc se levantó.

—Es mi tío —dijo, como si eso pudiera atenuar su indiscreción—. Mi padrino, Armand Vandoosler. Vive aquí.

—Le gusta dar su opinión sobre todo —farfulló Lucien.

—Ya vale, Lucien —dijo Marc—. Cierra el pico, llegamos a un trato.

Vandoosler barrió el aire con la mano, sonriendo.

—No te pongas nervioso —dijo—. Lucien no se equivoca. Me gusta dar mi opinión sobre todo. Principalmente cuando tengo razón. También a él le gusta hacer lo mismo. Incluso cuando se equivoca.

Marc, que seguía de pie, indicó a su tío con la mirada que más valía que se fuera y que no pintaba nada en aquella conversación.

—No —dijo Vandoosler mirando a Marc—. Tengo mis razones para quedarme aquí.

Su mirada se detuvo en Lucien, en Mathias, en Sophia Siméonidis, y regresó a Marc.

—Marc, es mejor decirles las cosas como son —dijo sonriendo.

—No es el momento. Me estás jodiendo —dijo Marc en voz baja.

—Contigo nunca será el momento —dijo Vandoosler.

—Pues entonces habla, y a que tienes tanto interés. Es tu mierda, no la mía.

—¡Ya basta! —exclamó Lucien agitando la cuchara de palo—. El tío de Marc es un viejo poli, eso es lo que pasa. No vamos a estar así toda la noche, ¿o sí?

—Y ¿cómo sabes tú eso? —preguntó Marc, que se había vuelto bruscamente hacia Lucien.

—Oh... algunos comentarios mientras arreglaba el desván.

—Decididamente, aquí todo el mundo se dedica a curiosear —dijo Vandoosler.

—No se puede ser historiador si no se sabe curiosear —dijo Lucien encogiéndose de hombros.

Marc estaba irritado. Otro motivo más de nerviosismo. Sophia estaba atenta y tranquila, como Mathias. Esperaban.

—La historia contemporánea es muy bonita —dijo Marc recalcando las palabras—. ¿Y qué más has descubierto?

—Menudencias. Que tu padrino había estado en estupefacientes, en la brigada antijuego...

—... y diecisiete años de comisario en la criminal —encadenó Vandoosler con voz tranquila—. Que me expulsaron, me degradaron. Degradado sin medallas después de veintiocho años de servicio. En resumen, censura, vergüenza y reprobación pública.

Lucien movió la cabeza.

—Es una buena síntesis —dijo.

—Formidable —dijo Marc con los dientes apretados y la mirada fija en Lucien—. ¿Y por qué no nos lo dijiste?

—Porque me importa un carajo —dijo Lucien.

—Muy bien —dijo Marc—. A ti, tío, nadie te ha pedido nada, ni que bajas, ni que escucharas, y a ti, Lucien, nadie te ha pedido que curiosearas ni que lo contaras. Eso podía esperar, ¿no?

—Por supuesto que no —dijo Vandoosler—. La señora Siméonidis os necesita para un asunto delicado y es mejor que sepa que un viejo poli vive en el desván. Así ella puede retirar su oferta o mantenerla. Es lo más honrado.

Marc miró con gesto desafiante a Mathias y Lucien.

—Muy bien —repetió alzando un poco más el tono—. Armand Vandoosler es un viejo ex poli corrupto, que sigue siendo poli y sigue siendo corrupto, podéis estar seguros de ello, y que se toma muchas confianzas con la justicia y con la existencia. Confianzas que pueden o no volverse contra él.

—Generalmente se vuelven contra mí —precisó Vandoosler.

—Y no diré más —continuó Marc—. A partir de ahora, haced lo que queráis. Pero os lo aviso, es mi padrino y es mi tío. El hermano de mi madre, así que, de todas formas, no hay nada que discutir. Es así. Si ya no queréis seguir en el caserón...

—En el caserón desvencijado —dijo Sophia Siméonidis—. Así es como lo

llaman en el barrio.

—De acuerdo... en el caserón desvencijado, con el pretexto de que mi padrino fue poli a su manera tan personal, no tenéis más que largaros. El viejo y yo nos las arreglaremos.

—¿Por qué se altera tanto? —preguntó Mathias, con sus ojos azules siempre serenos.

—No lo sé —dijo Lucien encogiéndose de hombros—. Es un histérico, un chico con mucha imaginación. Como los de la Edad Media, ya sabes. Mi tía abuela curra en el matadero de Montereau y no por eso armo un escándalo.

Marc agachó la cabeza y cruzó los brazos, súbitamente calmado. Dirigió una rápida mirada a la cantante del frente occidental. ¿Qué decidiría ella, ahora que un viejo poli cascado estaba en la casa, es decir, en el caserón desvencijado?

Sophia le adivinó el pensamiento.

—No me molesta que esté aquí —dijo.

—No hay nada más fiable que un poli corrupto —dijo Vandoosler el Viejo—. Tiene la ventaja de escuchar, intentar averiguar y estar obligado a cerrar el pico. De alguna manera, es perfecto.

—Aunque problemático —añadió Marc en voz un poco baja—, mi padrino era un buen poli. Puede servir.

—No te preocupes —le dijo Vandoosler volviendo la mirada hacia Sophia—. La señora Siméonidis juzgará por sí misma. Si surge un problema, por supuesto. En cuanto a estos tres —dijo señalando a los jóvenes—, no son unos imbéciles. También pueden servir.

—Yo no he dicho que fueran imbéciles —aclaró Sophia.

—Siempre conviene precisar las cosas —respondió Vandoosler—. De mi sobrino Marc sé algunas cosas. Lo alojé en París cuando tenía doce años... lo que quiere decir que estaba casi formado. Ya era confuso, obstinado, exaltado y estaba desconcertado, pero también era demasiado listo para estar tranquilo. No pude hacer gran cosa, salvo inculcarle algunos sanos principios sobre los indispensables desórdenes que hay que practicar sin descanso. Sabía lo que había que hacer. A los otros dos sólo los conozco desde hace una semana y, de momento, nos llevamos bien. Una curiosa combinación, y cada cual trabajando en su gran obra. Es divertido. De todas formas, es la primera vez que oigo hablar de un caso como el suyo. Ha tardado usted demasiado tiempo en resolver lo de ese árbol.

—¿Qué podía hacer? —dijo Sophia—. La policía se habría echado a reír en mis narices.

—De eso no hay la menor duda —dijo Vandoosler.

—Y no quería preocupar a mi marido.

—Sabía decisión.

—Entonces esperé... a conocerlos mejor. A ellos.

—¿Cómo actuar sin preocupar a su marido? —preguntó Marc.

—He pensado —dijo Sophia— que ustedes podrían presentarse como obreros del Ayuntamiento. Para revisar líneas eléctricas antiguas o algo así. En fin, cualquier cosa que precise abrir una pequeña zanja. Una zanja que, por supuesto, pasará por debajo del árbol. Les daré un dinero suplementario para la ropa de trabajo, para alquilar una camioneta y para las herramientas.

—Bien —dijo Marc.

—Se puede hacer —dijo Mathias.

—Siempre que sólo sea una zanja —añadió Lucien—, estoy de acuerdo. En el colegio diré que me he puesto enfermo. Habrá que calcular dos días para este trabajo.

—¿Será capaz de vigilar la reacción de su marido cuando los muchachos se presenten para abrir una zanja? —preguntó Vandoosler.

—Lo intentaré —dijo Sophia.

—¿Los reconocerá él?

—Estoy segura de que no. Son lo que menos le interesa del mundo.

—Perfecto —dijo Marc—. Estamos a jueves. Necesitamos tiempo para ultimar los detalles... El lunes por la mañana llamaremos a la puerta de su casa.

—Gracias —dijo Sophia—. Es curioso, pero ahora estoy segura de que no hay nada debajo del árbol.

Abrió su bolso.

—Aquí está el dinero —dijo—. Todo el dinero.

—¿Ya? —dijo Marc.

Vandoosler el Viejo sonrió. Sophia Siméonidis era una mujer singular. Tímida, de aspecto indeciso, pero el dinero lo tenía preparado. ¿Tan segura había estado de convencerlos? Eso le parecía interesante.

VIII

Después de la marcha de Sophia Siméonidis, cada uno regresó un poco a su aire al gran salón. Vandoosler el Viejo prefirió cenar en sus habitaciones, bajo el cielo. Antes de abandonar la estancia, los miró. Cada uno de los tres hombres se había colocado casualmente ante una de las grandes ventanas y miraba el jardín en la noche. Bajo sus arcos de medio punto, parecían tres estatuas vueltas del revés. La estatua de Lucien a la izquierda, la de Marc en el centro, la de Mathias a la derecha. San Lucas, san Marcos y san Mateo, cada uno petrificado en una hornacina. Curiosos tipos y curiosos santos. Marc había cruzado las manos en la espalda y se mantenía muy derecho, con las piernas ligeramente separadas. Vandoosler había hecho muchas gilipolleces en su vida, pero Vandoosler quería mucho a su ahijado. Aunque nunca habían pasado por la pila bautismal.

—Cenemos —dijo Lucien—. He hecho un pastel.

—¿De qué es el pastel? —preguntó Mathias.

Los tres hombres no se habían movido y se hablaban de una ventana a otra mirando el jardín.

—De liebre. Un pastel muy seco. Creo que estará bueno.

—La liebre es cara —dijo Mathias.

—Marc ha birlado la liebre esta mañana y me la ha regalado —dijo Lucien.

—¡Muy bonito! —dijo Mathias—. Sale a su tío. Marc, ¿por qué has robado la liebre?

—Porque Lucien quería una y era demasiado cara.

—Evidentemente —dijo Mathias—. Visto así... Dime, ¿cómo es posible que te llames Vandoosler como tu tío materno?

—Porque mi madre era soltera, idiota.

—Cenemos —dijo Lucien—. ¿Por qué le jodes?

—No le jodo. Le pregunto. Y Vandoosler, ¿qué hizo para que lo destituyeran?

—Ayudó a escapar a un asesino.

—Evidentemente... —repitió Mathias—. Vandoosler, ¿de dónde es ese apellido?

—Belga. Al principio se escribía Van Dooslaere. Pero era difícil. Mi abuelo se instaló en Francia en 1915.

—¡Ah! —exclamó Lucien—. ¿Estuvo en el frente? ¿Dejó notas, cartas?

—No lo sé —dijo Marc.

—Deberías averiguarlo —dijo sin moverse de la ventana.

—Mientras tanto —dijo Marc—, lo que vamos a averiguar es lo que hay en

ese hoyo. No sé en dónde coño nos hemos metido.

—En la mierda —dijo Mathias—. Como de costumbre.

—Cenemos —dijo Lucien—. Hagamos como si no estuviéramos ya en ella.

Vandoosler volvía del mercado. Hacer la compra se estaba convirtiendo en una de sus obligaciones. No le molestaba, al contrario. Le gustaba vagar por las calles, mirar a los demás, sorprender fragmentos de conversación, inmiscuirse en ellas, sentarse en los bancos, discutir el precio del pescado. Hábitos de poli, actitud de seductor, procedimientos rutinarios. Sonrió. El nuevo barrio le gustaba. El nuevo caserón también. Había abandonado su antiguo alojamiento sin mirar atrás, satisfecho de poder empezar algo distinto. La idea de empezar siempre le había seducido mucho más que la de continuar.

Vandoosler se detuvo mirando hacia la Rue Chasle y observó detenidamente con gran placer aquel nuevo escenario de su existencia. ¿Cómo había llegado hasta aquí? Una sucesión de casualidades. Cuando pensaba en ella, su vida le parecía un tejido coherente, y, sin embargo, hecho de impulsos no muy pensados, decididos en cada momento y que, por tanto, podían haber sido de otra manera. Grandes ideas, proyectos vitales, sí que había tenido. Pero no había llevado a cabo ninguno. Ni uno. Siempre había visto sus resoluciones más firmes desmoronarse ante la primera tentación, sus compromisos más sinceros debilitarse a la menor ocasión, sus palabras más entusiastas disolverse en la realidad. Así era. Se había acostumbrado a ello y consideraba que no había nada que criticar. Le bastaba con vivir al día. Eficaz y a menudo brillante en el momento, se sabía perdido a medio plazo. Aquella Rue Chasle, tan provinciana, era perfecta. Otra vez un lugar nuevo. ¿Por cuánto tiempo? Un hombre se cruzó con él y lo miró de reojo. Se estaría preguntando qué hacía parado en la acera con la cesta de la compra. Vandoosler pensó que aquel tipo habría sabido explicar por qué vivía por aquí e incluso bosquejar un cuadro de su futuro. Mientras que a él le habría costado mucho resumir su vida pasada. La sentía como una extensa red de sucesos, de golpes y más golpes, de investigaciones fracasadas o resueltas, de ocasiones aprovechadas, de mujeres seducidas, fantásticos acontecimientos que no se habían prolongado en el tiempo, y pistas demasiado numerosas como para poder resumirlas, afortunadamente. Por supuesto, eso explicaba también que lo hubieran destituido. Era inevitable. Hay que eliminar lo viejo para dominar lo nuevo.

Antes de entrar en el caserón, el ex comisario se sentó en el pequeño murete que había frente a él. Un rayo del sol de abril siempre hace bien. Evitó mirar hacia el lado donde estaba la casa de Sophia Siméonidis, allí tres obreros del Ayuntamiento trabajaban duramente desde el día anterior cavando una zanja.

Miró hacia la casa de la otra vecina. ¿Cómo decía san Lucas? El frente oriental. Aquel tipo era un loco. ¿A quién le importaba la Gran Guerra? En fin, cada cual con su locura. Vandoosler había progresado en el frente oriental. Había conseguido alguna información de aquí y de allá. Siguiendo el sistema de los polis. La vecina se llamaba Juliette Gosselin y vivía con su hermano Georges, un hombre gordo y taciturno. Un tipo peculiar. Para Armand Vandoosler todo era peculiar. El día anterior, la vecina del este había estado trabajando en el jardín. Para preparar la primavera. Él le había dicho tres palabras, cosas suyas. Vandoosler sonrió. Tenía sesenta y ocho años y certezas que relativizar. No le habría gustado que le diera calabazas. Así que, prudencia y moderación. Sin embargo, imaginar no costaba nada. Había observado bien a esa Juliette, que le había parecido guapa y llena de energía, a sus cuarenta años, y había considerado que no tenía nada que hacer con un viejo poli. Incluso aunque aún fuera guapo, según decían. El nunca había entendido el atractivo que los demás encontraban en su cara. Demasiado delgada, demasiado sinuosa, no lo bastante perfecta para su gusto. El nunca se habría enamorado de un tipo como él. Pero los demás sí, le pasaba a menudo. Eso había sido una ventaja cuando era poli, y en lo demás. Y había sido la causa también de que lo destituyeran. A Armand Vandoosler no le gustaba que sus pensamientos le condujeran hasta allí, a su destitución. Ya había ocurrido dos veces en un cuarto de hora. Sin duda, porque volvía a cambiar una vez más de vida, de lugar, de entorno. O quizá porque se había cruzado con unos gemelos en la pescadería.

Se desplazó para poner la cesta a la sombra, cosa que al mismo tiempo le acercó al frente oriental. ¿Por qué coño sus pensamientos tenían que seguir llevándole allí? Lo único que tenía que hacer era acechar la aparición de la vecina de la izquierda y ocuparse del pescado para los tres obreros de la zanja. ¿Que lo habían destituido? Sí, ¿y qué? Él no era el único, menuda puta mierda. De acuerdo, siempre había sido fuerte. Sobre todo por ella y sus dos gemelos, a los que un día súbitamente abandonó. Los gemelos tenían tres años. Sin embargo, quería mucho a Lucie. Hasta había dicho que siempre estaría con ella. Pero lo pensó bien, y no. Los había visto alejarse desde el andén de una estación. Vandoosler suspiró. Levantó lentamente la cabeza y se echó el pelo hacia atrás. Calculaba que ahora los pequeños tendrían veinticuatro años. ¿Dónde estarían? Qué mierda. Qué cabronada. ¿Lejos? ¿Cerca? ¿Y ella? Era absurdo pensar en eso. No era grave. No tenía la menor importancia. Los amores brotan por todas partes, todos son iguales, sólo hay que agacharse para recogerlos. Eso es. No importa. Es falso que haya unos mejores que otros, eso es falso. Vandoosler se levantó, cogió la cesta y se acercó al jardín de Juliette, la vecina del este. Seguía sin haber nadie. ¿Y si iba un poco más allá? Si había sido bien informado, regentaba el pequeño restaurante Le Tonneau, dos calles más abajo. Vandoosler sabía cocinar muy bien el pescado, pero no le costaba nada pedir una receta.

¿Qué perdía?

Los tres cavadores de zanjas estaban tan derrengados que se comían el pescado sin darse cuenta siquiera de que era lubina.

—¡Nada! —dijo Marc sirviéndose de beber—. ¡Nada de nada! Es increíble. Ahora estamos volviéndolo a tapar. Acabaremos esta tarde.

—¿Qué esperabas? —preguntó Mathias—. ¿Un cadáver? ¿Era eso lo que esperabas?

—Es que a fuerza de pensar en ello...

—Pues entonces no te esfuerces en pensar. Ya se piensa bastante sin quererlo. No hay nada bajo el árbol y se acabó.

—¿Seguro? —preguntó Vandoosler con voz sorda.

Marc levantó la cabeza. Conocía esa voz sorda. Cuando su padrino no lo veía claro era porque había seguido pensando.

—Seguro —respondió Mathias—. El que lo plantó no hizo un hoyo muy profundo. Los niveles estaban intactos a setenta centímetros de la superficie. Una especie de terraplén del siglo XVIII, la edad de la casa.

Mathias sacó del bolsillo el fragmento de una pipa de barro blanco con la cazoleta llena de tierra y lo puso sobre la mesa. Finales del siglo XVIII.

—Ahí lo tenéis —dijo—, para los curiosos. Sophia Siméonidis va a poder dormir tranquila. Y su marido ni siquiera se inmutó cuando le dijimos que íbamos a cavar en su casa. Qué hombre tan tranquilo.

—Quizá —dijo Vandoosler—, pero, a fin de cuentas, eso no explica lo del árbol.

—Es verdad —dijo Marc—. Eso no lo explica.

—Qué nos importa el árbol —dijo Lucien—. Sería una apuesta o algo por el estilo. Tenemos treinta mil francos y todos tan contentos. Volvemos a tapar el hoyo y esta noche, a las nueve, nos acostamos. Repliegue a la retaguardia. Estoy hecho polvo.

—No —dijo Vandoosler—. Esta noche salimos.

—Comisario —dijo Mathias—, Lucien tiene razón, estamos rotos. Usted salga si quiere, pero nosotros nos vamos a dormir.

—Habrà que hacer un esfuerzo, san Mateo.

—¡No me llamo san Mateo, coño!

—Claro que no —dijo Vandoosler encogiéndose de hombros—, pero eso qué importa... Mateo, Mathias... Lucien, Lucas... es lo mismo. Y a mí me divierte. Rodeado a mi edad por los evangelistas. ¿Y dónde está el cuarto, eh? En ninguna

parte. Es como... un coche de tres ruedas, un carro de tres caballos. Es realmente gracioso.

—¿Gracioso? ¿Porque ambos acaban en la cuneta?—preguntó Marc, irritado.

—No —dijo Vandoosler—. Porque nunca te llevan a donde querías o deberías ir. Así pues, es una sorpresa. Eso es lo gracioso. ¿No es verdad, san Mateo?

—Como usted quiera —suspiró Mathias apretando las manos una contra otra—. De todas formas, no será eso lo que haga de mí un ángel.

—Perdón —dijo Vandoosler—, no es lo mismo un evangelista que un ángel. Pero dejemos eso. Esta noche la vecina ha organizado una fiesta. La del este. Según parece, le da por ahí a menudo. Le gustan las fiestas. He aceptado, y le he dicho que iríamos los cuatro.

—¿Una fiesta de vecinos? —dijo Lucien—. Ni hablar. Vasos de plástico, vino blanco ácido, platos de cartón llenos de porquerías saladas. Ni hablar. Ni siquiera estando como estamos con el agua al cuello, ¿me entiende, comisario? Sobre todo estando con el agua al cuello; ni hablar. Ni siquiera en su carro cojo tirado por tres caballos; ni hablar. Una fiesta por todo lo alto, o no voy. Mierda o grandeza, pero nada de términos medios, nada de cosas intermedias. Nada de justo medio. En el justo medio yo pierdo todas mis facultades y me deprimó.

—No es en su casa —dijo Vandoosler—. Regenta el restaurante que está un poco más abajo, Le Tonneau. Le gustaría invitaros a una copa. ¿Qué hay de malo? La tal Juliette del este merece que se le eche un vistazo, y su hermano trabaja en una editorial. Nos puede servir. Además, estarán Sophia Siméonidis y su marido. Van siempre. Y me interesa verlos.

—¿Sophia y la vecina son amigas?

—Muy amigas.

—Colusión entre el frente occidental y el oriental —dijo Lucien—. Corremos el riesgo de ser cercados en nuestro castillo, hay que hacer una incursión. Lo siento por los vasos de plástico.

—Loharemos esta noche —dijo Marc, al que agotaban los deseos cambiantes e imperiosos de su padrino. ¿Qué era lo que buscaba Vandoosler el Viejo? ¿Distraerse de sus pensamientos? ¿Investigar? La investigación había terminado antes de empezar.

—Te hemos dicho que no había nada debajo del árbol —añadió Marc—. No insistas en asistir a esa velada.

—No veo la relación —dijo Vandoosler.

—Perdona, pero la ves muy bien. Quieres investigar. No importa qué y no importa dónde, con tal de investigar.

—¿Y qué?

—Pues que no inventes lo que no existe para ignorar que has perdido lo que existe. Nosotros taparemos de nuevo el hoyo.

Finalmente, Vandoosler había visto llegar a los evangelistas a Le Tonneau a las nueve de la noche. Después de haber cubierto la zanja y de cambiarse de ropa, habían aparecido peinados y sonrientes. « Nos presentamos voluntarios », había murmurado Lucien al oído del comisario. Juliette había preparado cena para veinticinco personas y cerrado el restaurante al público. En realidad, había sido una agradable velada porque, mientras iba de una mesa a otra, Juliette había comentado a Vandoosler que sus tres sobrinos eran bastante atractivos, y éste había transmitido el mensaje mejorándolo, cosa que inmediatamente había hecho cambiar a Lucien de opinión sobre todo lo que le rodeaba. Marc también se había mostrado sensible al cumplido y Mathias probablemente lo habría apreciado en silencio.

Vandoosler había explicado a Juliette que de los tres sólo uno era su sobrino, el que iba de negro, lleno de dorados y plateados, pero a Juliette no le apasionaban las precisiones técnicas y familiares. Era de esas mujeres que se ríen antes de saber el final de un chiste. Así pues, se reía a menudo y eso a Mathias le gustaba. Tenía una risa muy bonita. Le recordaba a su hermana mayor. Ayudaba al camarero a pasar las bandejas y rara vez se quedaba sentada, más por gusto que por necesidad. Por contra, Sophia Siméonidis era la moderación en persona. De vez en cuando miraba a los tres cavadores y sonreía. Su marido estaba a su lado. La mirada de Vandoosler se detenía en ese hombre y Marc se preguntaba qué esperaba averiguar de él. A veces Vandoosler ponía cara de haber descubierto algo. Un truco de poli.

Mathias, por su parte, observaba a Juliette, que, en voz baja, intercambiaba fragmentos de historias con Sophia a intervalos regulares. Parecían divertirse mucho. Sin razón aparente, Lucien quiso saber si Juliette Gosselin tenía un novio, un amigo o similar. Como estaba bebiendo mucho vino, que encontraba muy agradable, le pareció normal plantear la pregunta de forma directa. Y eso hizo. La pregunta hizo reír a Juliette, quien dijo que, aunque sin saber cómo, seguía sin ningún compromiso. En resumen, que estaba completamente sola en la vida. Y eso la hacía reír. Qué buen carácter, se dijo Marc, y la envidió. Le hubiera gustado conocer el truco. En lugar de eso, se enteró de que el restaurante tomaba el nombre de la forma de la puerta de la bodega, cuyas jambas de piedra estaban construidas de tal manera que permitían el paso de enormes toneles. Unas piezas muy bonitas. De 1732, según la fecha grabada en el dintel. También la bodega debía de ser muy interesante. Si el avance sobre el frente oriental

progresaba, iría a echar un vistazo.

El avance progresó. A las tres de la mañana, después de que el sueño hubiera vencido a los más recalcitrantes, y a sólo resistían, y sin saber cómo, Juliette, Sophia y los del caserón desvencijado, apiñados en una misma mesa cubierta de vasos y ceniceros. Mathias estaba sentado al lado de Juliette, y Marc pensó que, aunque discretamente, lo había hecho a propósito. Menudo cretino. Estaba claro que Juliette les había impresionado, a pesar de llevarles cinco años; y es que Vandoosler se había enterado de su edad y les había pasado la información. Su piel blanca, los brazos gruesos, un vestido bastante ceñido, la cara redonda, el pelo largo y claro, y sobre todo su risa. Sin embargo, ella no intentaba seducir a nadie, todo hay que decirlo. Parecía totalmente satisfecha con su «soledad tabernera», como la había calificado hacía un rato. Era Mathias el que desvariaba. No mucho, pero sí un poquito. Cuando se está con el agua al cuello, no es sensato desear a la primera vecina que se ponga por delante, por agradable que sea. Sólo sirve para complicarse la vida en el momento más inoportuno. Y, además, acaba teniendo consecuencias, Marc lo sabía. En fin, quizá estuviera equivocado. Mathias tenía derecho a sentirse impresionado, sin que tal cosa tuviera consecuencias.

Juliette, que no advertía la inmovilidad atenta de Mathias, contaba historias; por ejemplo, la del cliente que comía las patatas fritas de bolsa con tenedor, o la del tipo de los martes que se miraba en un espejo de bolsillo durante toda la comida. A las tres de la mañana se es indulgente con las historias, tanto con las que se oyen como con las que se cuentan. También dejaron que Vandoosler el Viejo relatará pormenorizadamente varios casos criminales. Lo hacía con voz lenta y persuasiva. Resultaba muy entretenido. Lucien olvidó sus dudas sobre el progreso de la ofensiva en los frentes oeste y este. Mathias fue a buscar agua y al volver se sentó en un sitio cualquiera, desde el cual ni siquiera podía apuntar a Juliette. Lo cual sorprendió a Marc, que no estaba acostumbrado a equivocarse al tiro, ya fuera leve o mortal. Entonces Mathias no era un libro abierto como todo el mundo. Quizá fuera un hombre impenetrable. Juliette dijo algo al oído de Sophia. Sophia negó con la cabeza. Juliette insistió. No se oía nada, pero Mathias dijo:

—Si Sophia no quiere cantar, no hay que obligarla.

Juliette se quedó sorprendida, y de repente Sophia cambió de opinión. Entonces se produjo un extraño momento en el que, ante cuatro hombres encerrados en un tonel a las tres de la mañana, Sophia Siméonidis cantó, en privado, acompañada al piano por Juliette, que, aunque tenía poco talento, saltaba a la vista que estaba acostumbrada a tocar para ella. Sin duda Sophia, algunas noches después de cerrar, daba aquellos recitales privados, lejos del escenario, para ella y su amiga.

En realidad, después de una situación tan poco frecuente, nunca se sabe qué

decir. El cansancio se dejaba sentir en los riñones de los cavadores de la zanja, que se levantaron y se pusieron las chaquetas. El restaurante cerró y todo el mundo se fue en la misma dirección. Una vez delante de su casa, Juliette dijo que un camarero la había dejado plantada anteayer. Sin avisar. Juliette dudaba mientras hablaba. Había pensado poner un anuncio mañana, pero como parecía que... como había oído decir que...

—Que estamos con el agua al cuello —completó Marc.

—Eso es, sí —dijo Juliette, cuyo rostro se animó después de haber pasado lo peor—. Esta noche, cuando estaba al piano, pensé que, después de todo, da igual un trabajo que otro y que el puesto podría interesar a uno de ustedes. Cuando se tienen estudios, un puesto de camarero quizá no sea lo ideal, pero mientras...

—¿Cómo sabe que tenemos estudios? —preguntó Marc.

—Es muy fácil reconocerlo cuando uno no los tiene —dijo Juliette riendo en la noche.

Sin saber por qué, Marc se sintió incómodo. Escrutado, analizado, y un poco molesto.

—Pero ¿el piano? —dijo.

—El piano es otra cosa —dijo Juliette—. Mi abuelo era granjero y melómano. Sabía muchísimo de remolachas, lino, trigo, música, centeno y patatas. Durante quince años me obligó a estudiar música. Era de ideas fijas... Cuando vine a París, me puse a trabajar de limpiadora y el piano se acabó. Fue mucho más tarde cuando pude recuperarlo, después de su muerte, porque me dejó un gran capital. Mi abuelo tenía tantas hectáreas como ideas fijas. Puso una condición imperativa para cobrar su herencia: que volviera a tocar el piano... Por supuesto —continuó Juliette riendo—, el notario me dijo que la condición no era válida, pero yo quise respetar la voluntad de mi abuelo. Compré la casa, el restaurante y un piano. Y ésa es la historia.

—¿Por eso hay tanta remolacha en los menús? —preguntó Marc sonriendo.

—Así es —dijo Juliette—. Diferentes tipos de remolacha.

Cinco minutos después, Mathias estaba contratado. Sonreía apretándose las manos una contra otra. Más tarde, al subir la escalera, Mathias preguntó a Marc por qué había mentido diciendo que él no podía ocupar el puesto porque tenía otra oferta.

—Porque es verdad —dijo Marc.

—Es falso. No tienes ninguna oferta. ¿Por qué no has aceptado el trabajo?

—Es del primero que lo ve —dijo Marc.

—Que ve ¿qué?... Dios mío, ¿dónde está Lucien? —dijo bruscamente.

—Mierda, creo que lo hemos dejado abajo.

Lucien, que había bebido el equivalente a veinte vasos de plástico, no había podido superar la etapa de los primeros peldaños y se había quedado dormido en el quinto. Marc y Mathias lo agarraron cada uno por un brazo.

Vandoosler, en perfecta forma, había acompañado a Sophia hasta su puerta y entraba en ese momento.

—Bonito cuadro —comentó—. Los tres evangelistas agarrados unos a otros y abordando la imposible ascensión.

—Por Dios —dijo Mathias levantando a Lucien—, ¿por qué lo hemos instalado en el tercer piso?

—No podíamos saber que bebía como un cosaco —dijo Marc—. Y recuerda que no había otra opción. El orden cronológico como criterio de reparto: en la planta baja, lo desconocido, el misterio del origen, los instintos primarios, la cueva donde todo puede pasar, en resumen, las estancias comunes; en el primer piso, se abandona poco a poco el caos, comienza el lenguaje, el hombre desnudo se alza en silencio, o sea, tú, Mathias; ascendiendo un poco más por la escala del tiempo...

—¿Qué le ha dado para ponerse a berrear así? —preguntó Vandoosler el Viejo.

—Está declamando —dijo Mathias—. A pesar de todo, tiene derecho. Cualquier hora es buena para un discurso.

—Ascendiendo un poco más por la escala del tiempo —continuó Marc—, saltando sobre la Antigüedad, a punto de comenzar el glorioso segundo milenio, los contrastes, las audacias y las penas medievales, o sea, yo, en el segundo piso; luego, arriba, la degradación, la decadencia, el experto en historia contemporánea, o sea, él —continuó Marc sacudiendo a Lucien por el brazo—, en el tercer piso, cerrando con la vergonzosa Gran Guerra la estratigrafía de la historia y la de la escalera; aún más arriba, mi padrino, que vive en el presente de esa manera tan particular.

Marc se detuvo y suspiró.

—Compréndelo, Mathias, aunque fuera más práctico alojar a este tipo en el primero, a pesar de todo no nos podemos permitir alterar la cronología, invertir la estratigrafía de la escalera. La escala del tiempo, Mathias, ¡es todo lo que nos queda! No podemos cargarnos el orden de la escalera, que es lo único que permanece en el orden adecuado. ¡Lo único, Mathias, amigo mío! No podemos cargarnoslo.

—Tienes razón —dijo gravemente Mathias—. No podemos. Hay que subir la Gran Guerra hasta el tercero.

—Si puedo dar mi opinión —intervino Vandoosler con voz suave—, estáis los dos igual de borrachos, y me gustaría que subierais a san Lucas hasta la capa estratigráfica que le corresponde, para que yo pueda acceder a los deshonrosos niveles de los tiempos actuales en los que vivo.

Tremendamente sorprendido, a las once y media del día siguiente, Lucien vio a Mathias arreglarse lo mejor que pudo para ir al trabajo. Los últimos sucesos de

la velada, especialmente la contratación de Mathias como camarero en el restaurante de Juliette Gosselin, le resultaban muy extraños.

—Sí —dijo Mathias— y, además, incluso estrechaste a Sophia Siméonidis entre tus brazos en dos ocasiones para darle las gracias por haber cantado. La trataste con mucha familiaridad, Lucien.

—No recuerdo absolutamente nada —dijo Lucien—. Así que ¿te has enrolado en el frente oriental? ¿Y vas contento? ¿Con una flor en el fusil? ¿Sabías que siempre creemos que vamos a vencer en quince días, pero que en realidad la cosa acaba eternizándose?

—Realmente bebiste como un cosaco —dijo Mathias.

—Como un cosaco armado con un obús —precisó Lucien—. Buena suerte, soldado.

Mathias se pasó al frente oriental. Cuando Lucien no tenía clase, cruzaba la línea con Marc, e iban a comer a Le Tonneau para animarlo y porque se sentían bien allí. Los jueves Sophia Siméonidis también comía en el restaurante. Todos los jueves desde hacía años.

Mathias servía lentamente, taza a taza, sin hacer florituras. A los tres días, Mathias había localizado al cliente que comía las patatas fritas de bolsa con el tenedor. A los siete, Juliette empezó a darle las sobras de la cocina y, de esa manera, el menú de las cenas en el caserón desvencijado mejoró. Nueve días más tarde, Sophia invitó a Marc y Lucien a compartir con ella la comida del jueves. El jueves siguiente, dieciséis días después, Sophia desapareció.

Nadie la vio al día siguiente. Preocupada, Juliette preguntó a san Mateo si podía ver al viejo comisario después de cerrar. A Mathias le disgustaba que Juliette le llamara san Mateo pero, como eran esos nombres idiotas y grandilocuentes los que Vandoosler el Viejo había utilizado al hablar por primera vez de los tres hombres con los que vivía, ella ya no podía quitárselos de la cabeza. Después de cerrar Le Tonneau, Juliette acompañó a Mathias al caserón desvencijado. Él le había expuesto el orden cronológico de los rellanos de la escalera, para que a ella no le sorprendiera ver al mayor instalado en el último piso.

Sin aliento tras la rápida ascensión de los cuatro pisos, Juliette se sentó frente a Vandoosler, cuyo rostro mostró inmediatamente un gran interés. Juliette parecía apreciar a los evangelistas pero prefería la opinión del viejo comisario. Mathias, apoyado en una viga, pensó que en realidad a ella le gustaba el viejo comisario, cosa que le molestaba un poco. Cuanto más atento estaba el viejo, más bello era su rostro.

Lucien, que acababa de volver de Reims, de donde le habían llamado para que diera una bien pagada conferencia sobre «El hundimiento del frente», exigió un resumen de los hechos. Sophia no había vuelto a aparecer. Juliette había ido a ver a Pierre Relivaux, quien había dicho que no había que preocuparse, que volvería. Parecía inquieto, pero seguro de sí mismo. Y eso la llevaba a pensar que Sophia había justificado su marcha antes de irse. Sin embargo, Juliette no entendía que no la hubiera avisado. Eso le preocupaba. Lucien se encogió de hombros. No quería enfadar a Juliette, pero nada obligaba a Sophia a tenerla al corriente de todo. Sin embargo, Juliette se mantenía en sus trece. Sophia jamás había dejado de ir un jueves sin avisarla. En el restaurante cocinaban

especialmente para ella un filete de vaca con champiñones. Lucien farfulló. Como si un filete de vaca pudiera ser importante ante una urgencia imprevisible. Pero para Juliette, por supuesto, el filete de vaca era lo primero. A pesar de todo, ella era inteligente. Sin embargo, siempre ocurre lo mismo: cada vez que uno piensa en otra cosa que no sea lo cotidiano, uno mismo o un filete de vaca, dice una gilipollez. Ella confiaba en que el viejo comisario podría hacer hablar a Pierre Relivaux. Aunque a ella le había parecido entender que Vandoosler no era precisamente un buen profesional.

—Pero, a pesar de todo —dijo Juliette—, un poli siempre es un poli.

—No necesariamente —dijo Marc—. Un poli destituido puede convertirse en un antipoli, incluso en un ser insociable.

—¿No estaba harta del filete de vaca? —preguntó Vandoosler.

—En absoluto —dijo Juliette—. Y además lo come de una forma sorprendente. Alinea los trocitos de champiñón, como si fueran las notas de un pentagrama, y vacía el plato de manera sistemática, compás a compás.

—Una mujer organizada —dijo Vandoosler—. No es de las que desaparecen sin una explicación.

—Si su marido no se alarma —dijo Lucien—, será porque tiene buenas razones, y no está obligado a airear su vida privada porque su mujer se haya largado sin comer un filete. Dejémoslo estar. Nada prohíbe a una mujer irse durante algún tiempo si le apetece. No veo por qué habría que perseguirla.

—Sin embargo —dijo Marc—, Juliette sabe algo que no nos ha dicho. No es sólo el filete lo que le preocupa, ¿verdad Juliette?

—Es verdad —dijo Juliette.

Estaba guapa bajo esa débil luz que iluminaba el desván. Totalmente sumida en su preocupación, no prestaba atención a su atuendo. Inclinada hacia delante, con las manos cruzadas, y su vestido no se le ceñía al cuerpo. Marc advirtió que Mathias se había colocado frente a ella. Otra vez esa turbación paralizadora. Hay que admitir que había motivos. Cuerpo blanco, rotundo, nuca redonda, hombros desnudos.

—Pero si Sophia vuelve mañana —continuó Juliette—, me regañará por haber contado sus secretos a simples vecinos.

—Se puede ser vecinos sin ser simples —dijo Lucien.

—Y está el árbol —dijo dulcemente Vandoosler—. El árbol obliga a hablar.

—¿El árbol? ¿Qué árbol?

—Más tarde —dijo Vandoosler—. Ahora cuéntenos lo que sabe.

Era muy difícil resistirse al sonido de la voz del viejo poli. Y no había razón para que Juliette fuera una excepción.

—Llegó de Grecia con un amigo —dijo Juliette—. Se llamaba Stelyos. Según ella, era un admirador, un protector, aunque, si lo entendí bien, más bien se trataba de un fanático, un seductor, un receloso que no dejaba que nadie se le

acercara. Sophia era manejada, cuidada, protegida por Stelyos. Hasta que conoció a Pierre y abandonó a su compañero de viaje. Parece ser que fue un drama espantoso y que Stelyos intentó quitarse de enmedio o algo por el estilo. Sí, quiso ahogarse, fue eso, sin conseguirlo. Y luego gritó, gesticuló, amenazó, hasta que, por fin, ella no volvió a tener noticias suyas. Ésa es la historia. En realidad, nada del otro jueves. Salvo la forma en que Sophia habla de él. Nunca está tranquila. Cree que un día u otro Stelyos volverá, y que no será muy divertido para nadie. Dice que él es «muy griego», según creo con la cabeza llena de viejas historias griegas, y eso, eso, no desaparece jamás. Los griegos fueron muy importantes en una época. Sophia dice que siempre lo olvidamos. Y bueno, en resumen, hace tres meses, no, tres meses y medio, me enseñó una postal que había recibido de Lyon. Sólo había una estrella en la postal y, además, no muy bien dibujada. A mí no me pareció nada interesante, pero a ella la alteró mucho. Yo creía que la estrella podía querer decir nieve o Navidad, pero ella estaba convencida de que quería decir Stelyos y que no anunciaba nada bueno. Parecer ser que Stelyos siempre estaba dibujando estrellas. Y que los griegos fueron los primeros que dieron importancia a las estrellas. Después no ocurrió nada y ella lo olvidó. Eso es todo. Sin embargo, hoy no me lo quito de la cabeza. Me pregunto si Sophia habrá recibido otra postal. Quizá tenía buenas razones para sentir miedo. De cosas que no podemos entender. Antiguamente los griegos fueron muy importantes.

—¿De cuándo data su boda con Pierre? —preguntó Marc.

—De hace mucho tiempo... quince años... veinte... —dijo Juliette—. Francamente, me parece increíble que un tipo quiera vengarse veinte años más tarde. Realmente hay otras cosas que hacer en la vida aparte de rumiar las decepciones. ¿Se dan cuenta? Si todos los abandonados del mundo intentaran vengarse, la tierra sería un verdadero campo de batalla. Un desierto... ¿No les parece?

—Puede ocurrir que no se olvide a alguien aunque pase mucho tiempo —dijo Vandoosler.

—Que se mate a alguien en el momento, lo entiendo —dijo Juliette sin escuchar—, son cosas que pasan. En caliente. Pero enfurecerse veinte años más tarde, es absurdo. Sin embargo, Sophia parece creer en esa clase de reacciones. Tal vez sean así los griegos, no lo sé. Si lo cuento es porque Sophia le da mucha importancia. Tengo la impresión de que se siente un poco culpable de haber abandonado a su amigo griego y, como Pierre la ha decepcionado, ésa es quizá su forma de recordar a Stelyos. Ella decía que le tenía miedo, pero yo creo que le gustaba pensar en Stelyos.

—¿Pierre la ha decepcionado? —preguntó Mathias.

—Sí —dijo Juliette—. A Pierre ya no le importa nada, bueno, no le importa ella. Le habla, pero nada más. Conversa, como dice Sophia, lee sus periódicos

durante horas, sin levantar la nariz cuando ella pasa. Según parece, lo hace desde por la mañana. Yo le he dicho muchas veces que era normal, pero a ella le parece muy triste.

—Y ahora ¿qué? —dijo Lucien—. Y ahora ¿qué? Si se ha ido a pasear con su amigo griego, a nosotros no nos concierne.

—Pero ¿qué hay del filete de vaca con champiñones? —repuso Juliette, terca—. Me habría avisado. De todas formas, yo preferiría saber. Me tranquilizaría.

—En realidad, no es por el filete —dijo Marc—, sino por el árbol. No sé si podemos quedarnos sin hacer nada ante una mujer que desaparece sin avisar, un marido indiferente y un árbol en el jardín. Son demasiadas cosas. ¿Tú qué opinas, comisario?

Armand Vandoosler levantó su bello rostro. Había puesto cara de poli, con una mirada concentrada que parecía ocultarse bajo las cejas y la nariz, y que daba la impresión de ser más poderosa, más ofensiva. Marc conocía ese gesto. Su padrino tenía un rostro tan expresivo que él podía descifrar los diferentes registros de sus pensamientos. Si el tono de su expresión era grave, pensaba en sus gemelos y en la mujer que estarían no sabía adonde; si el tono era medio, en una investigación policial; si el tono era agudo, en una joven a la que pretendía seducir. Simplificando mucho. Pero a veces todo se mezclaba y entonces se volvía más complicado.

—Estoy preocupado —dijo Vandoosler—, pero no puedo hacer nada solo. Por lo que pude comprobar la otra noche, Pierre Relivaux no hablará ante el primer viejo poli corrupto que aparezca. Seguro que no. Es un hombre que sólo se doblega ante lo oficial. Sin embargo, convendría saber.

—¿Qué? —preguntó Marc.

—Saber si Sophia ha dado un motivo a su marido que justifique su marcha y, si es así, cuál; y si hay algo debajo del árbol.

—¡No vamos a volver a empezar! —gritó Lucien—. ¡No hay nada debajo de ese jodido árbol! Aparte de recipientes de barro del siglo XVIII. Y además rotos.

—No *había* nada debajo del árbol —precisó Vandoosler—. Pero... ¿y hoy?

Juliette los miró uno tras otro sin comprender.

—Pero ¿qué historia es ésa del árbol? —preguntó.

—La joven haya —dijo Marc con impaciencia—. Cerca de la pared del fondo, en su jardín. Ella nos pidió que caváramos debajo.

—¿El haya? ¿La que ha sido plantada recientemente? —preguntó Juliette—. ¡Pero si el propio Pierre me dijo que la había mandado plantar para ocultar la pared!

—¿Os dais cuenta? —dijo Vandoosler—. No fue eso lo que dijo a Sophia.

—¿Qué interés podría tener un tipo en plantar un árbol por la noche sin decirselo a su mujer? ¿Enloquecerla por nada? Es una perversidad imbécil —dijo Marc.

Vandoosler se volvió hacia Juliette.

—¿Sophia no dijo nada más? ¿Sobre Pierre? ¿Hay alguna rival?

—No lo sabe —dijo Juliette—. Pierre se ausenta a veces los sábados o los domingos durante mucho rato. Para airearse. Pero esa necesidad de airearse no hay quien se la crea. Así que ella lo cuestiona, como haría cualquiera. Aunque a mí, por ejemplo, esas cuestiones no me quitan el sueño. Realmente, mirándolo bien, es una ventaja.

Se echó a reír. Mathias la miraba fijamente, inmóvil como siempre.

—Necesitamos saber algo —dijo Vandoosler—. Voy a intentar aclararlo con el marido, conseguir una entrevista. Tú, san Lucas, ¿tienes clase mañana?

—Se llama Lucien —murmuró Mathias.

—Mañana es sábado —dijo Lucien—. Día libre para los santos, para los soldaos de permiso y para una parte del resto del mundo.

—Marc y tú vigilaréis a Pierre Relivaux. Es un hombre ocupado y prudente. Si tiene una amante, le dedicará el fin de semana, como es lógico. ¿Habéis vigilado alguna vez a alguien? ¿Sabéis cómo se hace? No, claro. Cuando se os saca de vuestros líos históricos, no servís para nada. Sin embargo, tres investigadores capaces de bucear en el tiempo para sacar a flote un pasado sumergido, deberían estar preparados para abordar la época actual. ¿O es que la época actual no os interesa?...

Lucien hizo una mueca.

—¿Y Sophia? —dijo Vandoosler—. ¿Pasáis de ella?

—Por supuesto que no —dijo Marc.

—Bien. San Lucas y san Marcos seguiréis a Relivaux todo el fin de semana. Sin perderlo de vista ni un minuto. San Mateo trabaja, que se quede en su tonel con Juliette. Con los oídos bien abiertos, que nunca se sabe. En cuanto al árbol...

—¿Qué hacemos? —preguntó Marc—. La verdad es que no podemos volver a hacernos pasar por obreros del Ayuntamiento. Pero no crearás realmente que...

—Todo es posible —dijo Vandoosler—. Respecto al árbol, hay que hacer algo pronto. Leguennec se ocupará del asunto. Es muy tenaz.

—¿Quién es Leguennec? —preguntó Juliette.

—Un tipo con el que he jugado partidas de cartas formidables —dijo Vandoosler—. Inventamos un juego increíble que se llamaba «el ballenero». Formidable. Sabía muchísimo de ballenas, había sido pescador en su juventud. Pesca de altura en el mar de Irlanda, nada menos. Formidable.

—¿Y qué quieres que hagamos con tu jugador de cartas de los mares de Irlanda? —quiso saber Marc.

—Ese pescador y jugador de cartas se hizo poli.

—¿Como tú? —preguntó Marc—. ¿De manga ancha o estrecha?

—Ni lo uno ni lo otro. La prueba es que sigue siendo poli. Actualmente,

incluso es inspector jefe en la comisaría del distrito 13. Fue uno de los pocos que intentó defenderme cuando me destituyeron. Pero no puedo avisarle yo porque lo pondría en una posición incómoda. El nombre de Vandoosler sigue siendo demasiado conocido allí. San Mateo se encargará de ello.

—¿Y con qué pretexto? —dijo Mathias—. ¿Qué voy a decir al tal Leguennec? ¿Que una señora no ha vuelto a su casa y que su marido no está preocupado? De momento, cualquier adulto es libre de ir adonde quiera sin que intervenga la policía, joder.

—¿El pretexto? Nada más simple. Me parece que hace quince días tres tipos fueron a cavar al jardín de la señora haciéndose pasar por empleados municipales. Un fraude. Ahí tienes un excelente pretexto. Tú le proporcionas los demás elementos y Leguennec comprenderá, aunque utilices medias palabras. Acudirá.

—Gracias —dijo Lucien—. El comisario nos anima a ir a cavar y luego pone a los polis tras nuestra pista. Menuda jugada.

—Piensa, san Lucas. Yo conduzco a Leguennec hasta vosotros, lo cual es un poco distinto. Mathias no tendrá que decir los nombres de los cavadores.

—Ese Leguennec los descubrirá, ¡si es tan bueno!

—Yo no he dicho que sea bueno, he dicho que es muy tenaz. Efectivamente, descubrirá los nombres porque yo mismo se los diré, pero más tarde. Si es necesario. Te diré cuándo tienes que intervenir, san Mateo. Pero dejémoslo por ahora, creo que Juliette está cansada.

—Es verdad —dijo ella levantándose—. Me voy a casa. ¿Realmente hace falta meter a la policía en el ajo?

Juliette miró a Vandoosler. Sus palabras parecían haberla tranquilizado. Lo miró, sonriente. Marc echó una ojeada a Mathias. Su padrino tenía una belleza antigua que le había servido de mucho y que seguía causando estragos. ¿Qué podían hacer los rasgos sosegados de Mathias contra aquella belleza antigua que seguía causando un gran efecto?

—Creo —dijo Vandoosler— que ahora hay que ir a dormir. Iré a ver a Pierre Relivaux mañana por la mañana. Después, san Lucas y san Marcos tomarán el relevo.

—Ejecutaremos la misión —dijo Lucien.

Y sonrió.

Encaramado a una silla, Vandoosler había sacado la cabeza por un ventanuco y vigilaba si se despertaba alguien en la casa de la derecha. El frente occidental, como decía Lucien. Verdaderamente, un tipo inquieto. Sin embargo, al parecer había escrito libros muy sólidos sobre montones de aspectos desconocidos de lo que había sucedido del 14 al 18. ¿Cómo podía uno apasionarse por aquella historia tan antigua cuando podían surgir tantos y tan formidables tejemanejes en un rincón de cualquier jardín? Después de todo, quizá fuera el mismo trabajo.

Tal vez debería plantearse no volver a llamarlos san Fulano y san Mengano. A ellos no les gustaba, cosa absolutamente comprensible. Ya no eran niños. Sí, pero a él le divertía. Le divertía muchísimo. Y hasta entonces, Vandoosler nunca había renunciado a algo que le proporcionase placer. Así pues, vería lo que daban de sí investigando sobre el presente aquellos tres estudiosos del pasado. Puestos a buscar, ¿qué diferencia había entre la vida de los cazadores-recolectores, la de los monjes cistercienses, la de los guripas o la de Sophia Siméonidis? Mientras tanto, a vigilar el frente occidental, a esperar a que se despertase Pierre Relivaux, que ya no debería tardar. No era la clase de tipo que se queda remoloneando en la cama. Era un voluntarista aplicado, una especie un poco jodida.

Hacia las nueve y media, Vandoosler consideró que, por los diversos vaivenes vislumbreados, Pierre Relivaux estaba preparado. Preparado para él, Armand Vandoosler. Bajó los cuatro pisos y saludó a los evangelistas ya reunidos en la sala común. Los evangelistas, codo con codo, a punto de empezar a desayunar. Seguramente era el contraste entre las palabras y los actos lo que le gustaba. Vandoosler fue a llamar a casa del vecino.

A Pierre Relivaux no le gustó la intromisión. Vandoosler lo había previsto y había optado por un ataque directo: ex poli preocupado por su mujer desaparecida, preguntas que hacer, estarían dentro de la casa. Pierre Relivaux respondió lo que Vandoosler esperaba, o sea, que eso sólo le concernía a él.

—Es muy cierto —dijo Vandoosler instalándose en la cocina sin haber sido invitado—, pero hay una pega. La policía puede venir a hacerle una pequeña visita porque considerará que a ellos también les concierne. Así pues, me ha parecido que los consejos previos de un viejo poli podrían serle útiles.

Como estaba previsto, Pierre Relivaux frunció el ceño.

—¿La policía? ¿A santo de qué? Que yo sepa, mi mujer tiene derecho a ausentarse, ¿no?

—Por supuesto, pero se ha producido una lamentable cadena de

circunstancias. ¿Recuerda usted a esos tres obreros que vinieron, hace quince días, a cavar una zanja en su jardín?

—Por supuesto. Sophia me dijo que iban a revisar líneas eléctricas antiguas. No les presté la menor atención.

—Es una pena —dijo Vandoosler—, porque no se trataba de empleados municipales, ni de la Electricidad de Francia, ni ningún otro trabajador respetable. Jamás ha habido una línea eléctrica en su jardín. Esos tres tipos mintieron.

—¿Eso no tiene sentido! —gritó Relivaux—. ¿Qué es todo este lío? ¿Y qué relación tiene con la policía o con Sophia?

—Ahí es donde todo se embrolla —dijo Vandoosler fingiendo sentirlo sinceramente por Relivaux—. Una persona del barrio, un fisgón, en cualquier caso uno que no le quiere mucho, ha comenzado a decir que se trata de un fraude. Supongo que reconoció a uno de los obreros y le hizo preguntas. Parece ser que ha avisado a los polis. Me he enterado porque aún tengo algún contacto allí.

Vandoosler mentía con facilidad y placer. Le encantaba y le hacía sentirse bien.

—La policía se rió y no hizo caso —continuó—, pero se rió menos cuando el mismo testigo, enfadado, intensificó su vigilancia y les informó de que su mujer había « desaparecido sin avisar », como ya se dice en el barrio. Y, por otra parte, que la zanja ilegal había sido encargada por su propia mujer, de modo que ella tiene algo que ver con la joven haya que ve usted allí.

Vandoosler señaló el árbol dirigiendo lánguidamente el dedo hacia la ventana.

—¿Sophia hizo eso? —dijo Relivaux.

—Hizo eso. Según el testigo. De manera que la policía sabe que a su mujer le preocupaba la inexplicable aparición de ese árbol. Que mandó cavar debajo. Que después desapareció. En quince días. Demasiado para la policía. Hay que comprenderlos. Se preocupan por cualquier chorrada. Vendrán a hacerle preguntas, no hay la menor duda.

—Ese « testigo », ¿quién es?

—Anónimo. Los hombres son cobardes.

—Y usted ¿qué viene a hacer aquí? Que la policía venga a mi casa, ¿a usted qué le importa?

Vandoosler también había previsto esa pregunta banal. Pierre Relivaux era un hombre concienzudo, receloso, nada original en apariencia. Por eso el viejo comisario especulaba con una amante de fin de semana. Vandoosler le miraba. Medio calvo, medio gordo, medio simpático, medio todo. Hasta el momento, no demasiado difícil de manipular.

—Digamos que si yo pudiera confirmar su versión de los hechos, sin duda les tranquilizaría. Todavía se acuerdan de mí.

—¿Por qué me iba usted a hacer un favor? ¿Qué quiere de mí? ¿Pasta?

Vandoosler movió la cabeza sonriendo. Relivaux era también medio gilipollas.

—Sin embargo —insistió Relivaux—, me parece que en el caserón en el que vive, perdóneme si me equivoco, todos parecen un poco...

—Con el agua al cuello —dijo Vandoosler—. Es cierto. Veo que está mejor informado de lo que aparenta.

—Los desarrapados son mi oficio —dijo Relivaux—. De todas formas, fue Sophia la que me lo dijo. Entonces, ¿el motivo?

—Los polis me causaron muchos problemas en una época. Cuando les da por ahí, pueden llegar muy lejos, no saben parar. Desde entonces, procuro intentar evitárselos a los demás. Una pequeña revancha, si quiere llamarlo así. Un dispositivo antipoli. Y además me distrae. Gratuitamente.

Vandoosler dejó que Pierre Relivaux reflexionara sobre aquel motivo aparente y mal argumentado. Pareció tragárselo.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Relivaux.

—Lo que ellos quieren saber.

—¿O sea?

—¿Dónde está Sophia?

Pierre Relivaux se levantó, abrió los brazos y volvió a la cocina.

—Se ha ido. Pero volverá. No hay por qué preocuparse.

—Querrán saber por qué no se preocupa usted.

—Porque estoy muy ocupado y porque Sophia me dijo que se iba. Me habló de una cita en Lyon. ¡No es el fin del mundo!

—Seguramente no le creerán. Vaya al grano señor Relivaux. Le va en ello su tranquilidad que, según creo, para usted es preciosa.

—Es un asunto sin interés —dijo Relivaux—. El martes Sophia recibió una tarjeta postal. Me la enseñó. Había en ella una estrella pintarrajeada y una cita a tal hora en tal hotel de Lyon. Debía coger tal tren la noche siguiente. Sin firma. En lugar de permanecer tranquila, Sophia se largó corriendo. Se le había metido en la cabeza que la postal era de un antiguo amigo suyo, un griego, Stelyos Koutsoukis. A causa de la estrella. Yo tuve que vérmelas con ese tipo varias veces antes de mi matrimonio. Un admirador-rinoceronte-impulsivo.

—¿Perdón?

—No, nada. Un seguidor de Sophia.

—Su antiguo amante.

—Por supuesto —dijo Pierre Relivaux—. Intenté convencer a Sophia de que no se fuera. A saber de quién era la postal y qué le esperaba. Aunque, si la postal era del tal Stelyos, la cosa no era mejor. Sin embargo, no hubo nada que hacer, cogió su bolso y se fue. Confieso que pensaba verla regresar ayer. No sé nada más.

—¿Y el árbol? —preguntó Vandoosler.

—¿Qué quiere que le diga de ese árbol? ¡Sophia hizo de él una montaña! No pensé que hasta llegaría a mandar que cavaran debajo. ¿Qué pudo imaginar? Siempre está inventándose historias... Debe de ser un regalo, seguro. Seguramente usted sabe que Sophia fue bastante conocida antes de retirarse de los escenarios. Cantaba.

—Lo sé. Sin embargo, Juliette Gosselin dice que es usted quien ha plantado el árbol.

—Sí, eso fue lo que le dije. Una mañana, junto a la verja, Juliette me preguntó qué significaba ese nuevo árbol. Vista la preocupación de Sophia, no tuve ganas de explicarle que no sabíamos de dónde procedía para que aquel asunto se extendiera como la pólvora por el barrio. Como usted ha comprendido muy bien, la tranquilidad es muy importante para mí. Entonces hice lo más sencillo. Dije, para cerrar el capítulo, que me había apeticido plantar un haya. Es lo que también debí decir a Sophia. Habría evitado muchos problemas.

—Todo eso es perfecto —dijo Vandoosler—, pero es su versión. Estaría bien que pudiera usted enseñarme esa tarjeta postal. Para que podamos localizarla.

—Lo siento muchísimo —dijo Relivaux—. Sophia se la llevó porque contenía las indicaciones que debía seguir. Sea usted razonable.

—Sí, claro. Es un contratiempo enojoso pero no muy grave. Todo esto tiene sentido.

—¡Naturalmente que lo tiene! ¿Por qué iban a sospechar de mí?

—Usted sabe lo que piensan los polis del marido cuando su mujer desaparece.

—Es estúpido.

—Sí, estúpido.

—La policía no llegará tan lejos —dijo Relivaux poniendo una mano tensa sobre la mesa—. Yo no soy un cualquiera.

—Sí —repetió dulcemente Vandoosler—. Como todo el mundo.

Vandoosler se levantó lentamente.

—Si los polis vienen a verme, le apoyaré —añadió.

—No vale la pena. Sophia va a volver.

—Ojalá.

—Yo no estoy preocupado.

—Entonces mucho mejor. Y gracias por su franqueza.

Vandoosler atravesó el jardín para volver a su casa. Pierre Relivaux lo miró mientras se alejaba y pensó: «¿Por qué se meterá ese cabrón en lo que no le importa?».

No fue hasta el domingo por la noche cuando los evangelistas informaron de algo con cierta consistencia. El sábado, Pierre Relivaux sólo había salido a comprar los periódicos. Marc había dicho a Lucien que seguramente Relivaux diría «la prensa» y no «los periódicos», y que algún día habría que comprobarlo sólo por el gusto de hacerlo. En cualquier caso, no se había movido, encerrado en su casa con la prensa. Quizá temía la visita de los polis. Como no había ocurrido nada, Pierre decidió hacer algo. Hacia las once de la mañana salió, y Marc y Lucien se pegaron a sus talones. Relivaux los condujo hasta un pequeño edificio del distrito 15.

—Hemos dado en el blanco —resumió Marc informando a Vandoosler—. La chica vive en el cuarto. Es muy agradable, un poco dejada, con ese estilo dulce, pasivo, generoso.

—Digamos con un estilo «vulgar» —precisó Lucien—. Como personalmente soy muy exigente con la calidad, desapruébo ese pánico que os hace engancharos a cualquiera.

—Eres tan exigente —dijo Marc— que estás solo. Que conste.

—Vale —dijo Lucien—, pero ése no es el asunto que trataremos esta noche. Continúa con tu informe, soldado.

—Eso es todo. La chica está sola, mantenida. No trabaja, nos hemos informado en el barrio.

—Así que Relivaux tiene una amante. Su intuición era buena —dijo Lucien a Vandoosler.

—No es intuición —dijo Marc—. El comisario tiene una larga experiencia.

El padrino y el ahijado intercambiaron una breve mirada.

—Métete en tus asuntos, san Marcos —dijo Vandoosler—. ¿Estáis seguros de que se trata de una amante? Podría ser una hermana, una prima.

—Nos quedamos detrás de la puerta y escuchamos —explicó Marc—. Resultado: no es su hermana. Relivaux la dejó hacia las siete. Me da la impresión de que ese tipo es peligroso y detestable.

—No tan deprisa —dijo Vandoosler.

—No subestimemos al enemigo —dijo Lucien.

—¿El cazador-recolector no ha vuelto? —preguntó Marc—. ¿Sigue en el tonel?

—Sí —dijo Vandoosler—. Y Sophia no ha telefoneado. Si quisiera mantener su asunto en secreto para tranquilizar a sus allegados, avisaría a Juliette. Pero

nada, ni una señal. Ya hace cuatro días. Mañana por la mañana, san Mateo llamará a Leguennec. Esta noche le haré repetir el texto que tiene que decirle. El árbol, la zanja, la amante, la esposa desaparecida. Leguennec se pondrá en marcha. Vendrá a ver qué pasa.

Mathias telefoneó. Expuso los hechos con voz serena. Leguennec se puso en marcha.

Esa misma tarde dos polis estaban trabajando en el haya bajo la dirección de Leguennec, quien mantenía a Pierre Relivaux vigilado. No le había interrogado realmente, porque estaba al límite de la legalidad y él lo sabía. Leguennec actuaba movido por sus intuiciones, aunque se largaría lo más deprisa posible si no averiguaba nada. Los dos polis que cavaban le eran leales. Mantendrían la boca cerrada.

Desde la ventana del segundo, el piso medieval, Marc, Mathias y Lucien, apretujados unos contra otros, observaban.

—El haya va a acabar hasta la coronilla —dijo Lucien.

—Cierra el pico —dijo Marc—. ¿Es que no comprendes que esto es grave? ¿No comprendes que de un momento a otro pueden encontrar a Sophia ahí debajo? ¿Y tú te burlas? ¿Cuando yo llevo cinco días sin poder construir una frase que tenga un poco de sentido, ni siquiera una frase de más de siete palabras?

—Me he dado cuenta —dijo Lucien—. Eres patético.

—Para ya. Toma ejemplo de Mathias. Mira qué discreto. Está callado.

—Mathias es así, pero acabará mal si sigue así. ¿Me oyes, Mathias?

—Te oigo. Y me importa un carajo.

—Nunca escuchas a nadie. Lo único que haces es oír. Y eso no está bien.

—Cállate, Lucien —gritó Marc—. Te digo que esto es grave. Yo apreciaba mucho a Sophia Siméonidis. Si la encuentran ahí, vomito y me vuelvo loco. ¡Silencio! Uno de los polis está mirando algo. No... Continúa.

—Vaya —dijo Mathias—, tu padrino ha aparecido detrás de Leguennec. ¿Qué ha ido a hacer allí? ¿No podría estar quieto por una vez?

—Imposible, mi padrino quiere estar en todas partes —dijo Marc—. Existir en todas partes. Por otro lado, eso es más o menos lo que hace en su vida. Todo lugar en el que él no esté le parece un espacio desolado que le tiende los brazos. A fuerza de dividirse durante cuarenta años, ya no sabe muy bien dónde se encuentra, nadie lo sabe. Mi padrino, en realidad, es un conglomerado de millares de padrinos apiñados en el mismo tipo. Habla normalmente, camina, va a la compra, pero lo cierto es que si miras dentro de él no sabes qué te vas a encontrar. Un pendenciero, un gran poli, un traidor, un charlatán, un creador, un salvador, un destructor, un marino, un pionero, un vagabundo, un asesino, un protector, un gandul, un príncipe, un aficionado, un exaltado, en fin, todo lo que quieras. De alguna manera, resulta muy práctico. Salvo que jamás eres tú el que

elige. Es él.

—Creía que había que tener la boca cerrada —dijo Lucien.

—Estoy nervioso —dijo Marc—. Tengo derecho a hablar. Estoy en mi piso.

—A propósito de piso, ¿eres tú el que ha escrito esas páginas tan chapuceras que he leído en tu mesa de trabajo? ¿Sobre el comercio en los pueblos a principios del siglo XI? ¿Esas ideas se te han ocurrido a ti? ¿Lo has comprobado?

—Nadie te ha autorizado a leerlo. Si no te gusta sacar la cabeza de las trincheras de esa guerra tuya, nadie te obliga.

—Sí, me ha gustado. Pero ¿qué coño hace tu padrino?

Vandoosler se había acercado sin hacer ruido a los hombres que cavaban. Se había colocado detrás de Leguennec, al que sacaba una cabeza. Leguennec era un bretón de pequeña estatura, robusto, con el pelo rizado y las manos anchas.

—Hola, Leguennec —dijo Vandoosler con voz suave.

El inspector se volvió sobresaltado. Miró a Vandoosler, sorprendido.

—¿Qué pasa? —preguntó Vandoosler—. ¿Ya no te acuerdas de tu jefe?

—Vandoosler... —dijo Leguennec lentamente—. Entonces... ¿eres tú el que está detrás de todo este trapicheo?

Vandoosler sonrió.

—Por supuesto —respondió—. Me alegro de volver a verte.

—Yo también —dijo Leguennec—, pero...

—Lo sé. No se lo diré a nadie. Ahora no. No estaría bien. No te preocupes, seré tan mudo como te interese que lo sea si no encuentras nada.

—¿Por qué me habéis llamado a mí?

—Me parecía un buen caso para ti. Y, además, es tu sector. Y tú eras curioso por naturaleza en otras épocas. Te gustaba pescar el pez y encontrar la red.

—¿Realmente piensas que esa mujer ha sido asesinada?

—No lo sé, pero estoy seguro de que algo no va bien. Seguro, Leguennec.

—¿Qué sabes?

—Sólo lo que te han contado esta mañana por teléfono. Era un amigo mío. Por cierto, no te canses buscando a los tipos que cavaron la primera zanja. También han sido mis amigos. Así no perderás el tiempo. Ni una palabra a Relivaux. Cree que intento ayudarle. Tiene una amante de fin de semana en el distrito 15. Te pasaré la dirección si llega a ser necesario. Si no, no hay ninguna razón para incordiarla, lo dejamos y ya está.

—Por supuesto —dijo Leguennec.

—Ahora me largo. Es más prudente para ti. No corras riesgos llamándome por eso —dijo Vandoosler señalando el hoyo bajo el árbol—. Puedo ver todo lo que pasa, vivo aquí al lado. Bajo el cielo.

Vandoosler hizo un breve gesto hacia las nubes y desapareció.

—¡Lo están tapando! —dijo Mathias—. No había nada.

Marc lanzó un suspiro de auténtico alivio.

—Fin —dijo Lucien.

Se frotó los brazos y las piernas entumecidos por la larga vigilancia, aprisionado entre el cazador-recolector y el medievalista. Marc cerró la ventana.

—Voy a decírselo a Juliette —dijo Mathias.

—¿No puedes esperar? —preguntó Marc—. De todas formas, trabajas esta tarde, ¿no?

—No, es lunes. Los lunes está cerrado.

—Ah, sí. Entonces haz lo que quieras.

—Es que me parece —dijo Mathias— que sería un detalle avisarla de que su amiga no está debajo del árbol, ¿no crees? Ya hemos tenido bastantes preocupaciones. Es más agradable saber que está dándose un garbeo por ahí.

—Sí. Haz lo que quieras.

Mathias desapareció.

—¿Qué opinas? —preguntó Marc a Lucien.

—Creo que Sophia recibió una postal del tal Stelyos, que volvió a ver al tipo y que, desengañada de su marido, harta de estar en París y añorando su tierra natal, decidió largarse con el griego. Una buena decisión. A mí no me gustaría acostarme con Relivaux. Ella dará señales de vida de aquí a dos meses, cuando se le haya pasado el entusiasmo. Una postalita desde Atenas.

—No, hablo de Mathias. De Mathias y Juliette. ¿Qué opinas de ellos? ¿No has visto nada?

—No mucho.

—¿Algún detalle? ¿No has visto algún detalle?

—Sí, detalles. Detalles los hay por todas partes, ya sabes. No hay por qué darles tanta importancia. ¿Acaso te molesta? ¿A ti te gustaba?

—Claro que no —dijo Marc—. En realidad, me da igual. Estoy diciendo gilipolleces. Olvídale.

Oyeron al comisario subir las escaleras. Sin detenerse, gritó al pasar que no había nada que declarar.

—Los combates quedan suspendidos —dijo Lucien.

Antes de salir, miró a Marc, que se había quedado apostado delante de la ventana. El día estaba cayendo.

—Harías mejor volviendo a trabajar en tu comercio rural —dijo—. Ya no hay nada que ver. Ella está en una isla griega. Disfrutando. Los griegos son muy alegres.

—¿De dónde has sacado eso?

—Me lo acabo de inventar.

—Seguro que tienes razón. Debe de haberse largado.

—¿A ti te gustaría acostarte con Relivaux?

—Por favor... —dijo Marc.

—Entonces, ya lo ves. Ella se ha largado.

Lucien archivó el asunto en el purgatorio de su mente. Todo lo que pasaba por su purgatorio acababa, después de un lapso de tiempo bastante breve, cayendo en los cajones inaccesibles de su memoria. Volvió a su capítulo sobre la propaganda, que había sufrido algunas intromisiones durante los últimos quince días. Marc y Mathias volvieron a trabajar en unas obras que ningún editor les había pedido jamás. Se veían a la hora de comer y Mathias, al regresar por la noche de su trabajo, saludaba sucintamente a sus amigos y hacía una breve visita al comisario. Invariablemente, Vandoosler siempre le hacía la misma pregunta.

—¿Hay noticias?

Y Mathias movía la cabeza antes de volver a bajar al primer piso, el suyo.

Vandoosler nunca se acostaba antes del regreso de Mathias. Debía de ser el único que permanecía atento, aparte de Juliette, que el jueves especialmente estuvo acechando con ansiedad la puerta del restaurante. Pero Sophia no apareció.

Al día siguiente salió un agradable sol de mayo. Después de toda la lluvia que había caído desde hacía un mes, aquello fue para Juliette como un reactivo. A las tres de la tarde cerró el restaurante, como de costumbre, mientras Mathias se quitaba la camisa de camarero y, con el torso desnudo, buscaba su jersey detrás de una mesa. Juliette no era insensible a ese rito cotidiano. No pertenecía a la clase de mujer que se aburre pero, desde que Mathias trabajaba en el restaurante, se sentía mejor. Tenía pocas cosas en común con su otro camarero y su cocinero. Con Mathias no tenía ninguna, pero podía hablar con él de lo que quisiera, lo cual resultaba muy agradable.

—No vuelvas antes del martes —le dijo Juliette decidiéndose bruscamente—. Vamos a cerrar todo el fin de semana. Me voy a largar a mi casa, a Normandía. Todas esas historias de hoyos y de árboles me han entristecido. Me pondré unas botas y caminaré por la hierba mojada. Me encanta ponerme botas y el final del mes de mayo.

—Es una buena idea —dijo Mathias, que no imaginaba en absoluto a Juliette con botas de goma.

—Si quieres, puedes venir. Creo que hará bueno. Tú debes de ser de esos hombres a los que les gusta el campo.

—Cierto —dijo Mathias.

—Puedes llevar contigo a san Marcos y san Lucas, y también al viejo y flamante comisario, si os apetece. La soledad no me gusta especialmente. La

casa es grande y no nos molestaremos. En fin, haced lo que queráis. ¿Tenéis coche?

—Como estamos en la ruina, no tenemos coche pero sé dónde pedir prestado uno. Tengo un amigo que trabaja en un garaje. ¿Por qué has dicho «flamante»?

—Por nada. Es bastante guapo, ¿no? Con sus arrugas me hace pensar en una iglesia con molduras que se disparan por todas partes, de esas que parecen a punto de desmoronarse como una tela agujereada y que a pesar de todo permanecen en pie. Me impresiona un poco.

—Pero ¿entiendes de iglesias?

—Iba a misa cuando era pequeña, imagínate. A veces, mi padre nos llevaba a la catedral de Evreux los domingos y yo leía el folleto durante el sermón. Nada más, es todo lo que sé de iglesias góticas. ¿Te molesta que diga que el viejo se parece a la catedral de Evreux?

—Por supuesto que no —dijo Mathias.

—Conozco otras además de Evreux: la pequeña iglesia de Caudebeuf es sólida, sobria, la recuerdo de vez en cuando y me transmite mucha paz. Y eso es todo respecto a las iglesias y lo que sé de ellas. Juliette sonrió.

—Después de todo esto, me apetece mucho ir a caminar. O a montar en bici.

—Marc ha debido de vender su bici. ¿Tienes alguna allí?

—Dos. Si os apetece la idea, la casa está en Verny-sur-Besle, un pueblo no lejos de Bernay, muy pequeño. Al dejar la nacional, verás una granja grande a la izquierda de la iglesia. Se llama Le Mesnil. Hay un pequeño río y manzanos, sólo manzanos. Ni un haya. ¿Te acordarás?

—Sí —dijo Mathias.

—Ahora, me voy —dijo Juliette cerrando las contraventanas—. No es necesario que me aviséis si venís. De todas formas, no hay teléfono.

Se echó a reír, besó a Mathias en la mejilla y se alejó agitando la mano. Mathias se quedó plantado en la acera. Los coches apeataban. Pensó que podría darse un baño en el riachuelo si el sol se portaba bien. Juliette tenía la piel suave y era agradable acercarse a ella. Mathias reaccionó y caminó muy lentamente hasta el caserón desvencijado. El sol le calentaba el cuello. La idea le apetecía, estaba claro. Le apetecía ir a sumergirse en aquella zona de Verny-sur-Besle e ir en bici hasta Caudebeuf, aunque no le interesaran gran cosa las iglesias pequeñas. Pero, en cambio, a Marc le gustaría. Porque estaba claro que no iría solo. Solo con Juliette, con su risa, su cuerpo rozagante, ágil, blanco y relajado, tanto contacto podría dar paso a mucha confusión. Mathias percibía ese riesgo con bastante claridad y de alguna manera lo temía. Se sentía tan pesado en ese momento... Lo más sensato sería llevar a los otros dos y al comisario. El comisario iría a ver Evreux, con su suntuosa grandeza y su deshilachada decadencia. Convencer a Vandoosler sería fácil. Al viejo le gustaba moverse, ver. Después, dejaría que el comisario convenciera a los otros dos. De todas

formas, la idea era buena. Sentaría bien a todo el mundo, aunque a Marc le gustaran más las ciudades y aunque Lucien se pusiera a vociferar contra la rústica sencillez del proyecto.

Hacia las seis de la tarde salieron todos de viaje. Lucien, que había llevado sus documentos, refunfuñaba en el asiento trasero del coche por el aspecto rural y primitivo de Mathias. Mathias sonreía mientras conducía. Llegaron a la hora de cenar.

El sol aguantó. Mathias pasó mucho tiempo desnudo en el río sin que nadie se explicara cómo no sentía frío. El sábado se levantó muy temprano, vagó por el jardín, visitó la leñera, la bodega, el viejo lagar, y se fue a Caudebeuf para ver si la iglesia era como le habían dicho. Lucien pasó mucho tiempo durmiendo en la hierba sobre sus documentos. Marc pasó horas montando en bici. Armand Vandoosler contó historias a Juliette, como la primera noche en Le Tonneau.

—Sus evangelistas están bien —dijo Juliette.

—A decir verdad, no son míos —dijo Vandoosler—. Hago como que lo son. Juliette movió la cabeza.

—¿Es indispensable llamarles san Algo? —preguntó ella.

—Oh, no... Por el contrario, es una fantasía vanidosa y pueril que se me ocurrió una noche en que estaban cada uno en una ventana... Es como un juego. Yo soy un jugador, y también un mentiroso, un embustero. En resumidas cuentas, juego, hago trapicheos con ellos, y por eso los llamo así. Después, imagino que cada uno tiene una pequeña aureola brillante, ¿comprendes? De todas formas eso les irrita. Y ahora, me he acostumbrado.

—Yo también —dijo Juliette.

XVI

Lucien no quiso reconocerlo al regresar el lunes por la noche, pero los tres días habían sido excelentes. El análisis de la propaganda destinada a la retaguardia no había progresado, pero su serenidad sí. Cenaron en calma y nadie alzó la voz, ni siquiera él. Mathias tuvo tiempo de hablar y Marc de construir varias frases muy largas a propósito de cualquier tontería. Todas las noches era Marc el que sacaba la bolsa de la basura delante de la verja. Siempre la sujetaba con la mano izquierda, la mano de los anillos. Era una manera de demostrar su rechazo a los desperdicios. Pero aquel día regresó sin la bolsa, preocupado. Volvió a salir varias veces durante las dos horas que siguieron, yendo y viniendo de la casa a la verja.

—¿Qué te pasa?—acabó preguntándole Lucien—. ¿Visitando tu propiedad?

—Hay una chica sentada en el murete, frente a la casa de Sophia. Tiene un niño dormido en los brazos. Hace ya más de dos horas que está ahí.

—Déjalo —dijo Lucien—. Seguramente está esperando a alguien. No hagas como tu padrino, no te metas donde no te llaman. Para mí ya ha sido suficiente.

—Es por el niño —dijo Marc—. Me parece que empieza a hacer fresco.

—Tranquilízate —dijo Lucien.

Sin embargo, nadie abandonó el salón. Se hicieron un segundo café. Y una lluvia menuda empezó a caer.

—Va a llover toda la noche —dijo Mathias—. Es triste para estar a 31 de mayo.

Marc se mordió los labios. Volvió a salir.

—Sigue ahí —dijo al volver—. Ha envuelto al niño en su cazadora.

—¿Cómo es?—preguntó Mathias.

—No me he fijado —dijo Marc—. No quiero asustarla. No va vestida con harapos, si es eso lo que preguntas. Pero los lleve o no, no vamos a dejar a una chica y a su hijo esperando no sé qué toda la noche bajo la lluvia, ¿no os parece? Así que Lucien, déjame tu corbata. Muévete.

—¿Mi corbata? ¿Para qué? ¿Vas a atraparla a lazo?

—No seas imbécil —dijo Marc—. Es sólo para que no tenga miedo. Resulta que las corbatas tranquilizan mucho. Vamos, date prisa —dijo Marc agitando la mano—. Está lloviendo.

—¿Por qué no voy yo?—preguntó Lucien—. Así no tendría que deshacerme el nudo de la corbata. Además, el estampado no le va nada a tu camisa negra.

—Tú no vas porque no eres un tipo del que uno se pueda fiar, eso es todo —

dijo Marc haciéndose el nudo de la corbata a toda velocidad—. Si la traigo aquí, no la miréis como a un bicho raro. Sed naturales.

Marc salió y Lucien preguntó a Mathias qué había que hacer para ser natural.

—Hay que comer —dijo Mathias—. Nadie tiene miedo de alguien que está comiendo.

Mathias cogió la tabla del pan y cortó dos gruesas rebanadas. Pasó una a Lucien.

—Pero es que no tengo hambre —dijo Lucien con voz quejumbrosa.

—Cómete el pan.

Mathias y Lucien habían empezado a morder las enormes rebanadas cuando Marc regresó, empujando con suavidad a una mujer joven, silenciosa, cansada, que estrechaba contra su pecho a un niño bastante crecido. Marc se preguntó fugazmente por qué Mathias y Lucien estaban comiendo pan.

—Siéntese, por favor —dijo un poco ceremonioso para que se tranquilizara.

Le cogió las prendas mojadas.

Mathias salió de la estancia sin decir nada y volvió con un edredón y una almohada cubierta con una funda limpia. Con un gesto, invitó a la joven a acostar al niño en la cainita del rincón, cerca de la chimenea. Le tapó con el edredón con ademanes suaves y encendió el fuego. Es un auténtico cazador-recolector con un corazón enorme, pensó Lucien haciendo una mueca. Sin embargo, los ademanes silenciosos de Mathias lo habían conmovido. A él no se le habría ocurrido. Lucien a menudo se quedaba paralizado.

La joven no parecía tener miedo y mucho menos frío. Debía de ser por el fuego de la chimenea. El fuego siempre produce un buen efecto sobre el miedo y sobre el frío, y Mathias había conseguido una potente lumbre. Pero después de hacerlo, no sabía qué decir. Apretaba las manos una contra otra como para romper el silencio.

—¿Qué es? —preguntó Marc para mostrarse amable—. Me refiero al pequeño.

—Un chico —dijo la joven—. Tiene cinco años.

Marc y Lucien movieron la cabeza muy serios.

La joven se quitó la bufanda que se había enrollado alrededor de la cabeza, agitó el pelo, puso la bufanda mojada en el respaldo de la silla y levantó los ojos para ver en qué lugar se encontraba. En realidad, también a ella la miraban. Sin embargo, los tres evangelistas necesitaron poco tiempo para comprender que el rostro de su refugiada era lo bastante delicado como para pensar mal de unos santos. No era una belleza evidente. Debía de tener unos treinta años. La cara pálida, los labios de niña, la línea del maxilar muy perfilada, el pelo abundante, negro, muy corto en la nuca, todo eso hacía que Marc deseara acariciar aquella cara. A Marc le gustaban los cuerpos esbeltos y muy finos. No podía captar si la mirada era desafiante, decidida, viva o bien si se ocultaba temerosa, sombría,

tímida.

La chica estaba tensa y echaba frecuentes ojeadas a su hijo dormido. Sonreía un poco. No sabía por dónde empezar ni si había que hacerlo. ¿Los nombres? ¿Y si empezaba por sus nombres? Marc presentó a todo el mundo. Añadió que su tío, antiguo policía, dormía en el cuarto piso. Éste fue un detalle un poco innecesario, pero útil. La joven pareció tranquilizarse. Incluso se levantó y fue a calentarse junto al fuego. Llevaba unos pantalones de tela bastante ajustados a los muslos y a las estrechas caderas, y una blusa demasiado amplia. No era tan femenina como Juliette, con aquellos vestidos que le dejaban los hombros al aire. Sin embargo, tenía una bella carita pálida que sobresalía de la blusa.

—No se sienta obligada a decir su nombre —dijo Marc—. Le hemos pedido que entrara sólo porque llovía. Entonces... con el pequeño, pensamos... En fin... pensamos...

—Gracias —dijo la joven—. Han sido muy amables al haber pensado por mí, porque yo ya no sabía qué hacer. Pero puedo decir mi nombre, Alexandra Haufman.

—¿Alemana? —preguntó bruscamente Lucien.

—A medias —dijo ella, un poco sorprendida—. Mi padre es alemán, pero mi madre es griega. Me suelen llamar Lex.

Lucien emitió un ruidito de satisfacción.

—¿Griega? —preguntó Marc—. ¿Su madre es griega?

—Sí —dijo Alexandra—. Pero... ¿qué importancia tiene? ¿Acaso es tan raro? En la familia todos nos hemos movido mucho. Yo nací en Francia. Vivimos en Lyon.

En el caserón no había un piso previsto para la Antigüedad, fuera griega o romana, pero inevitablemente todo el mundo pensó en Sophia Siméonidis. Una joven medio griega sentada durante horas ante la casa de Sophia, con el pelo muy negro y los ojos muy oscuros, como ella. Con la voz armoniosa y grave, como ella. Con las muñecas frágiles y las manos largas y ligeras, como ella. La única excepción era que Alexandra tenía las uñas cortas, casi comidas.

—¿Estaba usted esperando a Sophia Siméonidis? —preguntó Marc.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Alexandra—. ¿La conoce?

—Somos vecinos —señaló Mathias.

—Es verdad, soy boba —dijo ella—. Pero tía Sophia nunca habló de ustedes en las cartas que escribía a mi madre. Aunque hay que decir que no escribe muy a menudo.

—Somos nuevos —dijo Marc.

La mujer puso cara de haber comprendido. Miró a su alrededor.

—Así que entonces ¿son ustedes los que alquilaron la casa abandonada? ¿El caserón desvencijado?

—Exactamente —dijo Marc.

—Pues no lo veo muy desvencijado. Un poco vacío quizá... casi monacal.

—Hemos trabajado mucho en él —dijo Marc—, pero eso no importa. ¿Es usted realmente la sobrina de Sophia?

—Así es —dijo Alexandra—. Es la hermana de mi madre. No parece que le guste mucho. ¿No aprecian a tía Sophia?

—Sí; mucho incluso —dijo Marc.

—Me alegro. Cuando decidí venir a París la llamé, y ella me propuso que me alojara en su casa con el pequeño hasta que encontrara trabajo.

—¿No tenía trabajo en Lyon?

—Sí, pero lo dejé.

—¿No le gustaba?

—Sí, era un buen trabajo.

—¿No le gustaba Lyon?

—Sí.

—Entonces —intervino Lucien—, ¿por qué ha venido a instalarse aquí?

La joven se quedó un momento en silencio, apretando los labios, tratando de reprimir algo. Cruzó los brazos, apretándolos también.

—Allí me sentía un poco triste —dijo.

Inmediatamente Mathias se puso a cortar más rebanadas de pan. Al final, todo el mundo acaba comiendo. Ofreció una a Alexandra, con mermelada. Ella sonrió, aceptó y tendió la mano. De nuevo tuvo que levantar la cara. Había evidentes lágrimas en sus ojos. Arrugando la cara, había conseguido que las lágrimas permaneciesen en sus ojos, sin rodar por las mejillas. Pero, de repente, sus labios temblaron. Primero uno y luego otro.

—No lo entiendo —dijo Alexandra comiéndose la rebanada—. Tía Sophia lo había organizado todo desde hacía dos meses. Había matriculado al niño en el colegio del barrio. Todo estaba dispuesto. Me esperaba hoy y debía venir a buscarme a la estación para ayudarme con el niño y las maletas. La esperé mucho rato y luego pensé que quizá, después de diez años, no me había reconocido o que nos habíamos despistado en el andén. Entonces vine hasta aquí. Pero no hay nadie. No lo entiendo. Tendré que seguir esperando. Quizá estén en el cine. Aunque me parece raro. Sophia jamás se habría olvidado de mí.

Alexandra se jugó rápidamente los ojos y miró a Mathias. Éste preparó una segunda rebanada. Ella no había cenado.

—¿Dónde están sus maletas? —preguntó Marc.

—Las dejé junto al murete, pero ¡no vaya a buscarlas! Cogeré un taxi, buscaré un hotel y mañana llamaré a tía Sophia. Ha debido de ser un malentendido.

—No creo que ésa sea la mejor solución —dijo Marc.

Miró a los otros dos. Mathias había agachado la cabeza y contemplaba la tabla del pan. Lucien caminaba de un lado a otro de la sala.

—Escuche —dijo Marc—. Sophia desapareció hace once días. No se la ha vuelto a ver desde el jueves 20 de mayo.

La joven se puso rígida en la silla y miró de hito en hito a los tres hombres.

—¿Desapareció? —murmuró—. Pero ¿qué me dicen?

Las lágrimas volvieron a sus ojos un poco caídos, tímidos y decididos. Había dicho que estaba un poco triste. Quizá fuera eso. Sin embargo, Marc habría apostado que era mucho más que eso. Debía de contar con su tía para huir de Lyon, huir del lugar de un desastre. Él conocía esa reacción. Y resultaba que, al final del viaje, Sophia no estaba allí.

Marc se sentó a su lado. Comenzó a buscar las palabras con que contar la desaparición de Sophia, la cita de la estrella en Lyon, su presumible marcha con Stelyos. Lucien pasó por detrás de él y, lentamente, sin que Marc pareciera darse cuenta, recuperó su corbata. Muda, Alexandra lo escuchaba. Lucien volvió a hacerse el nudo de la corbata e intentó suavizar las cosas diciendo que Pierre Relivaux no era ninguna joya. Mathias movió su corpachón, echó leña al fuego, cruzó la habitación y acomodó el edredón que tapaba al niño. Era un niño guapo, con el pelo tan negro como el de su madre, pero rizado. Lo mismo que las pestañas. Aunque todos los niños son guapos cuando duermen. Habría que esperar a la mañana para saberlo. Si la madre se quedaba, por supuesto.

Alexandra, con los labios apretados, hostiles, movía la cabeza.

—No —dijo—. No. Tía Sophia no habría hecho eso. Me habría avisado.

Esta chica, pensó Lucien, es igual que Juliette. ¿Por qué la gente está tan segura de no poder ser olvidada?

—Tiene que haber algo más. Le ha tenido que ocurrir algo —dijo Alexandra en voz baja.

—No —dijo Lucien repartiendo unos vasos—. Ya nos hemos ocupado de este asunto. Incluso hemos buscado debajo del árbol.

—Estúpido —susurró Marc entre dientes.

—¿Debajo del árbol? —preguntó Alexandra—. ¿Qué quiere decir «debajo del árbol»?

—Nada —dijo Marc—. Está desvariando.

—No creo que esté desvariando —dijo Alexandra—. ¿Qué significa esto? ¡Es mi tía y necesito saberlo!

Con voz entrecortada, reprimiendo su rabia contra Lucien, Marc contó el suceso del árbol.

—¿Y todos ustedes han llegado a la conclusión de que tía Sophia se está divirtiendo en alguna parte con Stelyos? —dijo Alexandra.

—Sí. Bueno, casi —dijo Marc—. Creo que mi padrino, que también es mi tío, no está totalmente de acuerdo. A mí lo del árbol me sigue preocupando. Pero Sophia se ha ido. Eso es seguro.

—Y yo —dijo Alexandra dando un golpe en la mesa—, y les digo que es

imposible. Incluso desde Délos, tía Sophia me habría llamado para avisarme. Se podía contar con ella. Además, amaba a Pierre. ¡Le ha ocurrido algo! ¡Seguro! ¿No me creen? ¡Entonces los polis me creerán! ¡Tengo que ver a la policía!

—Mañana —dijo Marc, conmovido—. Vandoosler mandará venir al inspector Leguennec y usted testificará si quiere. Si mi padrino se lo pide, el inspector continuará con la investigación. Creo que mi padrino hace lo que quiere con el tal Leguennec. Son viejos compañeros de la partida de cartas de los balleneros en el mar de Irlanda. Sin embargo, debe usted saber que Pierre Relivaux no se portaba muy bien con Sophia. Y, además, no ha denunciado su desaparición ni tiene intención de hacerlo. Está en su derecho de dejar que su mujer vaya a donde quiera. Los polis no pueden intervenir.

—¿No se les puede llamar ahora? Yo denunciaré su desaparición.

—Usted no es su marido. Y además, ahora son casi las dos de la mañana —dijo Marc—. Hay que esperar.

Oyeron a Mathias, que había vuelto a desaparecer, bajar la escalera con pasos lentos.

—Perdona, Lucien —dijo abriendo la puerta—, te he tomado prestada la ventana de tu piso. La mía no es lo bastante alta.

—Hay que tener cuidado con el período de la historia que se elige —dijo Lucien—, porque después uno se queja de no tener perspectiva.

—Relivaux ha vuelto —continuó Mathias sin prestar atención a Lucien—. Ha encendido la luz, ha deambulado por la cocina y acaba de meterse en la cama.

—Allá voy —dijo Alexandra poniéndose en pie de un salto.

Levantó con cuidado al niño, le puso la cabeza en su hombro, pelo negro contra pelo negro, y con una mano cogió su bufanda y su cazadora.

Mathias se puso delante de la puerta.

—No —dijo.

Aunque no tuvo miedo realmente, Alexandra sintió algo que se le parecía bastante. No entendía nada.

—Se lo agradezco a los tres —dijo con firmeza—. Me han hecho ustedes un gran favor, pero, ahora que ha vuelto, me voy a casa de mi tío.

—No —repitió Mathias—. No estoy intentando retenerla aquí. Si prefiere dormir en otra parte, la acompañaré a un hotel. Pero no irá a casa de su tío.

Mathias bloqueaba toda la puerta con su enorme cuerpo. Dirigió una mirada a Marc y Lucien por encima del hombro de Alexandra, más para imponer su voluntad que para buscar su aprobación.

Terca, Alexandra se enfrentó a Mathias.

—Lo siento en el alma —dijo Mathias— pero Sophia ha desaparecido. No la dejaré ir allí.

—¿Por qué? —preguntó Alexandra—. ¿Qué me ocultan? ¿Acaso tía Sophia está allí? ¿No quieren que la vea? ¿Me han mentido?

Mathias movió la cabeza.

—No. Le hemos dicho la verdad —dijo lentamente—. Ha desaparecido. Podemos pensar que está con el tal Stelyos. Podemos pensar como usted que le ha ocurrido algo. Pero yo, yo creo que la han asesinado. Y hasta que no se sepa quién fue, no dejaré que usted vaya a su casa. Ni usted ni el niño.

Mathias seguía plantado ante la puerta. Su mirada no se apartaba de la joven.

—Creo que estará mejor aquí que en el hotel —dijo Mathias—. Démelo.

Mathias tendió sus fuertes brazos y, sin decir una palabra, Alexandra puso al niño en ellos. Marc y Lucien permanecían en silencio, asumiendo el golpe de estado pacífico de Mathias. Éste dejó libre la puerta, y volvió a meter al niño en la cama y a tapanlo con el edredón.

—Duerme bien —dijo Mathias sonriendo—. ¿Cómo se llama?

—Cyrille —dijo Alexandra.

Tenia la voz cansada. Sophia, asesinada. ¿Qué era lo que sabía aquel tipo tan grande? ¿Y por qué le hacía caso?

—¿Está usted seguro de lo que dice de tía Sophia?

—No —dijo Mathias—, pero prefiero ser prudente.

Lucien lanzó de repente un gran suspiro.

—Creo que es mejor contar con la sabiduría milenaria de Mathias —dijo—. Su vitalidad animal se remonta a las últimas glaciaciones. Sabe mucho de los peligros de la estepa y de todo tipo de animales salvajes. Sí, creo que es mejor confiar en la protección de este rubio primitivo de instintos primarios pero realmente muy útiles.

—Es verdad —dijo Marc, aún presa de la impresión que le habían causado las sospechas de Mathias—. ¿Quiere usted vivir aquí hasta que las cosas se aclaren? En la planta baja hay una estancia contigua en la que le podemos preparar una habitación. No será muy cálida y un poco... monacal, como usted dice. Es curioso, su tía Sophia llama a esta gran sala el «refectorio de los monjes». Nadie la molestará, nosotros tenemos cada uno nuestro piso. Sólo nos reunimos aquí abajo para hablar, gritar, comer o hacer fuego para alejar a los animales salvajes. Usted podría decir a su tío que, dadas las circunstancias, prefiere no molestarlo. Aquí, pase lo que pase, siempre hay alguien. ¿Qué decide?

Alexandra se había enterado en una noche de tantas novedades que se sentía agotada. Volvió a mirar las caras de los tres hombres, reflexionó un momento, miró a Cyrille dormido y se estremeció.

—De acuerdo —dijo—. Se lo agradezco mucho.

—Lucien, ve a buscar las maletas que se han quedado fuera —dijo Marc—, y tú, Mathias, ayúdame a pasar la cama del niño a la otra habitación.

Trasladaron el diván y subieron al segundo piso a buscar una cama supletoria que Marc conservaba de un pasado mejor, una lámpara y una alfombra que

Lucien accedió a prestar.

—Es lo mejor, así estará menos triste —dijo Lucien enrollando la alfombra.

Una vez que estuvo la habitación un poco arreglada, Marc cambió la llave de lado en la puerta, para que Alexandra Haufman pudiera encerrarse si lo deseaba. Lo hizo discretamente, sin comentarios. Siempre con esa elegancia discreta del señor venido a menos, pensó Lucien. Habrá que ir pensando en comprarle un anillo con un sello, para que pueda cerrar las cartas con lacre rojo. Seguramente le gustará mucho.

XVII

Aquella mañana el inspector Leguennec llegó quince minutos después de la llamada telefónica de Vandoosler. Mantuvo un breve conciliábulo con su antiguo jefe antes de pedir entrevistarse con la joven. Marc salió del salón junto con su padrino, al que sacó de allí a la fuerza, para dejar a Alexandra tranquila con el inspector bajito.

Vandoosler se puso a deambular por el jardín con su ahijado.

—Si no hubiera venido, creo que no me habría preocupado más de este asunto. ¿Qué piensas de la chica? —preguntó Vandoosler.

—Habla más bajo —dijo Marc—. El pequeño Cyrille está jugando en el jardín. No es nada tonta y muy guapa, de ensueño. Supongo que te habrás dado cuenta.

—Por supuesto —dijo Vandoosler irritado—. Eso salta a la vista. Pero ¿qué más?

—Es difícil juzgar a alguien en tan poco tiempo —dijo Marc.

—Siempre has dicho que te bastan cinco minutos para darte cuenta de todo.

—Sí, pero es un poco falso. Cuando la gente tiene una historia triste, no se puede ver con claridad. Y ella, si quieres mi opinión, parece hecha polvo. Entonces la desilusión nubla la vista, como si fuera una cascada o una lluvia torrencial. Conozco el efecto que causan estas cascadas.

—¿Has hecho alguna pregunta sobre este asunto?

—Te he pedido que hables en voz baja, por Dios. No, no he preguntado nada. Eso no se hace, entérate. Yo intuyo, analizo, compruebo. No es que sea un adivino.

—¿Crees que la ha mandado alguien?

—Mejor harías en cerrar el pico —dijo Marc.

El padrino apretó los labios y dio una patada a una piedra.

—Era mi piedra —dijo Marc secamente—. La dejé ahí el jueves pasado. Podías haber preguntado antes de darle una patada.

Vandoosler siguió dando patadas a la piedra durante unos instantes. Luego la piedra se perdió entre las altas hierbas.

—Eres muy listo —dijo Marc—. ¿Crees que una piedra así se puede encontrar en cualquier lugar?

—Continúa —dijo Vandoosler.

—Estábamos en la cascada. Añade a eso la desaparición de su tía. Es demasiado. Tengo la impresión de que la chica es honesta. Dulce, auténtica,

frágil y muchas cosas delicadas que no hay que tocar, como su nuca. Y, sin embargo, tiene mal humor y es muy susceptible. Enseña los dientes por cualquier tontería. No, en realidad no es así. Entonces digamos que tiene pensamientos claros en un temperamento fuerte. O por el contrario, pensamientos fuertes en un temperamento claro. Mierda, yo qué sé, no tengo ni idea, pero en el asunto de su tía llegará hasta el final, puedes estar seguro. Dicho esto, ¿nos ha contado toda la verdad? Tampoco lo sé. ¿Qué va a hacer Leguennec? Quiero decir, ¿qué vais a hacer vosotros dos?

—Acabar con tanta discreción. De todas formas, como tú dices, esa chica va a remover cielo y tierra. Así que sigamos adelante y abramos la investigación con cualquier pretexto. Todo está demasiado enmarañado y se nos va a escapar. Creo que tenemos que disparar los primeros. Pero es imposible comprobar la historia de la cita de la estrella en Lyon, porque el marido no recuerda el nombre del hotel escrito en la postal. Ni siquiera sabe dónde había sido franqueada. Ese tipo es muy escurridizo. O a lo mejor nos ha mentido y la postal no ha existido jamás. Leguennec ha mandado llamar a los hoteles de Lyon. No han alojado a nadie con ese nombre.

—¿Tú piensas lo mismo que Mathias? ¿Que Sophia ha sido asesinada?

—Más despacio, pequeño. San Mateo va un poco deprisa.

—Mathias puede ser rápido cuando es necesario. Los cazadores-recolectores a veces son así. ¿Y por qué un asesinato? ¿Por qué no un accidente?

—¿Accidente? No. Habrían encontrado el cuerpo hace mucho tiempo.

—Entonces, ¿es posible? ¿Asesinato?

—Es lo que piensa Leguennec. Sophia Siméonidis es muy rica. En cambio, su marido, si cambia el gobierno, tendría que volver a un puesto subalterno. Pero no hay cadáver, Marc. Y si no hay cadáver, no hay asesinato.

Al salir, Leguennec entabló un nuevo conciliábulo con Vandoosler. Luego movió la cabeza y se alejó, discreto y muy decidido.

—¿Qué va a hacer?—preguntó Marc.

—Abrir la investigación. Jugar a las cartas conmigo. Trabajarse a Pierre Relivaux. Y créeme que no es nada divertido que Leguennec «te trabaje». Tiene una paciencia inagotable. Estuve en un barco de pesca con él, sé de lo que hablo.

La noticia cayó dos días después como un golpe brutal. No obstante, Leguennec la anunció por la noche con voz comedida. Los bomberos habían sido llamados durante la noche para controlar un violento incendio en una callejuela abandonada de Maisons-Alfort. Cuando llegaron, el fuego se había extendido a las casas contiguas, unos cuchitriles abandonados. El incendio no fue apagado hasta las tres de la mañana. En medio de los escombros, tres coches reducidos a cenizas y en uno de ellos, un cuerpo carbonizado. Leguennec se enteró del suceso

a las siete, mientras se afeitaba. Fue a buscar a Pierre Relivaux a su despacho a las tres de la tarde. Relivaux reconoció con total seguridad una piedrecita de basalto que le mostró Leguennec. Un fetiche volcánico del que Sophia Siméonidis no se separaba jamás y que llevaba en el bolso o en el bolsillo desde hacía veintiocho años.

Alexandra, incrédula, sentada en la cama con sus largas piernas cruzadas, la cabeza entre las manos, exigía detalles, evidencias. Eran las siete de la tarde. Leguennec había autorizado a Vandoosler y los demás a quedarse en la habitación. Todo aparecería en los periódicos del día siguiente. Lucien vigilaba que el niño no manchase la alfombra con sus rotuladores. Eso le preocupaba.

—¿Por qué se desplazaron ustedes hasta Maisons-Alfort? —preguntó Alexandra—. ¿Qué sabían?

—Nada —aseguró Leguennec—. Tengo cuatro personas desaparecidas en mi sector. Pierre Relivaux no quiso denunciar la desaparición de su mujer. Estaba seguro de que regresaría. Pero, cuando vosotros llegasteis, digamos que... lo convencí de que pusiera la denuncia. Sophia Siméonidis estaba en mi lista y en mi cabeza. Fui a Maisons-Alfort porque es mi trabajo. No estaba solo, debo decíroslo. Otros inspectores estaban allí, buscando adolescentes y maridos esfumados. Pero yo era el único que buscaba una mujer. Las mujeres desaparecen mucho menos que los hombres, ¿lo sabíais? Cuando un hombre casado o un adolescente desaparece, no nos preocupamos demasiado. Pero cuando se trata de una mujer, hay motivos para temer lo peor. ¿Comprendéis? Sin embargo, el cuerpo, y perdonadme, era imposible de identificar, ni siquiera por los dientes, destrozados o reducidos a polvo.

—Leguennec —le interrumpió Vandoosler—, puedes ahorrarnos los detalles.

Leguennec movió su pequeña cabeza de fuertes mandíbulas.

—Lo intento, Vandoosler, pero la señorita Haufman quiere evidencias.

—Continúe, inspector —dijo Alexandra en voz baja—. Tengo que saberlo.

La joven tenía muy mala cara porque había llorado, y tenía el pelo negro pegado a la cabeza, al haber pasado por él repetidamente sus manos mojadas. A Marc le hubiera gustado secárselo, peinárselo. Pero no podía hacer nada.

—El laboratorio está trabajando en el caso, aunque se necesitarán varios días para obtener, si tal ocurre, nuevos resultados. Sin embargo, el cuerpo quemado era de baja estatura, cosa que hace pensar en una mujer. Han mirado con lupa el chasis del coche, pero no quedaba nada, ni un trozo de vestido, ni un accesorio, nada. El incendio fue provocado con muchos litros de gasolina, derramados con profusión no solamente sobre el cuerpo y el coche, sino también por el suelo de alrededor y la fachada de la casa contigua, afortunadamente vacía. Ya no vive nadie en esa callejuela. Va a ser derribada y hay varios chasis de coche acabando de pudrirse en ella, que sirven a veces de refugio nocturno a los

vagabundos.

—Así pues, el lugar había sido bien elegido, ¿verdad?

—Sí, porque durante el tiempo que se tardó en dar la alarma, el fuego ya había hecho su trabajo.

El inspector Leguennec balanceaba con la punta de los dedos la bolsita que contenía la piedra negra, y Alexandra seguía con los ojos aquel leve y exasperante movimiento.

—¿Y qué más? —preguntó.

—En el emplazamiento de los pies se han encontrado dos fragmentos de oro fundido que hacen pensar en anillos o en una cadena. Así pues, era alguien lo bastante pudiente como para poder al menos poseer varias joyas de oro. Por último, en lo que queda del asiento del copiloto, se encontró una piedrecita negra que resistió al fuego, un trocito de basalto, único vestigio sin duda del contenido de un bolso de mano puesto en el asiento a la derecha de la conductora. Nada más. Las llaves también tendrían que haber resistido. Pero, curiosamente, no hay ni rastro de las llaves. He puesto todas mis esperanzas en esta piedra. ¿Comprendéis? Mis otras tres personas desaparecidas eran hombres de gran estatura. Así que mi primera visita ha sido a Pierre Relivaux. Le he preguntado si su mujer llevaba sus llaves cuando salía, como todo el mundo. Pero resulta que no. Sophia escondía sus llaves en el jardín, como una chiquilla, ha dicho Relivaux.

—Es lógico —dijo Alexandra con una sonrisa vaga—. Mi abuela le tenía terror a perder las llaves. Nos enseñó a todos a esconder nuestras llaves como hacen las ardillas con las nueces. Nunca las llevamos encima.

—¡Ah! —exclamó Leguennec—, ahora lo entiendo mejor. He enseñado a Relivaux esta piedra de basalto sin hablarle del descubrimiento de Maisons-Alfort. La ha reconocido sin dudar.

Alexandra tendió la mano hacia la bolsita.

—Tía Sophia la había cogido en una playa de Grecia, al día siguiente de su primer éxito sobre un escenario —murmuró—. Nunca salía sin ella, cosa que, por otra parte, molestaba mucho a Pierre. En cambio, a nosotros... a nosotros nos hacía mucha gracia; y, al final, ha sido esa piedrecita la que... Un día se fueron juntos a Dordoña y tuvieron que dar la vuelta a más de cien kilómetros de París, porque Sophia había olvidado su piedra. Es verdad, la metía en el bolso de mano o en el bolsillo del abrigo. En el escenario, fuera cual fuese su traje, exigía que le cosieran un bolsillito interior para llevarla. Jamás habría cantado sin ella.

Vandoosler suspiró. Qué puñeteros pueden ser los griegos, a veces.

—Cuando acabe su investigación —continuó Alexandra en voz baja—, bueno... si ustedes no están obligados a conservarla, me gustaría quedármela. Por supuesto, a menos que mi tío Pierre...

Alexandra devolvió la bolsita al inspector Leguennec, que movió la cabeza.

—De momento, nos la quedamos nosotros, por supuesto, pero Pierre Relivaux

no me ha hecho ninguna petición en ese sentido.

—¿Cuáles son las conclusiones de la policía? —preguntó Vandoosler.

A Alexandra le gustaba oír hablar al viejo poli, el tío o el padrino del tipo de negro con anillos en los dedos, si es que lo había entendido bien. Desconfiaba un poco del antiguo comisario, pero su voz era tranquilizadora y alentadora. Incluso cuando no decía nada especial.

—¿Qué os parece si pasamos a la habitación de al lado? —preguntó Marc—. Podríamos beber algo.

Todos se desplazaron en silencio y Mathias se puso la chaqueta. Era su hora de ir a servir mesas en Le Tonneau.

—¿Juliette no va a cerrar? —preguntó Marc.

—No —dijo Mathias—, pero yo voy a tener que trabajar por los dos. Casi no puede mantenerse en pie. Cuando, hace un rato, Leguennec le rogó que identificase la piedra, ella le pidió explicaciones.

Leguennec separó sus cortos brazos con gesto desconsolado.

—Las personas quieren explicaciones —dijo—, y es normal, e inmediatamente después les da un patatús, cosa que también es normal.

—Hasta esta noche, san Mateo —dijo Vandoosler—. Cuida a Juliette. Entonces, Leguennec, ¿las primeras conclusiones?

—La señora Siméonidis ha sido encontrada catorce días después de su desaparición. No necesito decirte que en el estado en que se encontraba el cuerpo, carbonizado, reducido a cenizas, es imposible asegurar cuándo murió: pudo ser asesinada hace catorce días y luego metida en el coche abandonado, o bien la noche pasada. Y en tal caso, no sabemos qué hizo en ese tiempo intermedio y por qué se fue. También pudo dirigirse ella sola a la callejuela, esperar a alguien y allí la atraparon. En el estado en que está la callejuela, es imposible ver nada. Hollín y escombros por todas partes. Francamente, la investigación no puede empezar peor. Los puntos de partida para la investigación son muy débiles. No sabemos cómo sucedió, las coartadas, si deben abarcar catorce días, son imposibles de verificar, no hay pruebas materiales, sólo podemos iniciar nuestra investigación preguntándonos por qué, y eso nos conduce a un montón de sospechosos: herederos, enemigos, amantes, maestros cantores, etc.

Alexandra empujó su taza vacía y salió del «refectorio». Su hijo estaba dibujando en el piso de arriba; se había instalado en el de Mathias ante una mesita. La joven volvió a bajar con él y cogió una chaqueta de su habitación.

—Voy a salir —dijo a los cuatro hombres sentados a la mesa—. No sé cuándo volveré. Les ruego que no me esperen.

—¿Con el niño? —preguntó Marc.

—Sí. Si vuelvo tarde, Cyrille se dormirá en el asiento de atrás del coche. No se preocupen, necesito moverme un poco.

—¿El coche? ¿Qué coche? —dijo Marc.

—El de tía Sophia. El rojo. Pierre me ha dado las llaves y me ha dicho que podía cogerlo cuando quisiera. Él tiene el suyo.

—¿Ha ido a ver a Relivaux? —preguntó Marc—. ¿Sola?

—¿No cree que mi tío se habría sorprendido de que ni siquiera le hubiera visitado una sola vez en dos días? Mathias puede decir lo que quiera, pero Pierre ha estado encantador. No me gustaría que la policía le fastidiara. Bastantes penas tiene ya.

Alexandra tenía los nervios de punta, estaba claro. Marc se preguntó si no habría actuado un poco precipitadamente acogiéndola. ¿Por qué no enviarla a casa de Relivaux? No, no era el momento. Además, Mathias volvería a ponerse delante de la puerta, como una roca. Observó a la joven que sujetaba con fuerza a su hijo de la mano, con la mirada perdida no se sabía dónde. La cascada de desilusiones, había estado a punto de olvidar la cascada. ¿Adónde iba con el coche? Había dicho que no conocía a nadie en París. Marc tocó suavemente el pelo rizado de Cyrille. El chiquillo tenía un pelo que era imposible no acariciar. Eso no impedía que su madre, aunque muy delicada y guapa, pudiera llegar a ser un coñazo cuando tenía los nervios de punta.

—Quiero cenar con san Marcos —dijo Cyrille—. Y con san Lucas. Estoy harto del coche.

Marc miró a Alexandra y le dio a entender que no le molestaba, que no iba a salir esa noche, que se quedaría con el pequeño.

—De acuerdo —dijo Alexandra.

Besó a su hijo, le dijo que en realidad se llamaban Marc y Lucien y, apretándose el cuerpo con los brazos, salió después de hacer un gesto con la cabeza al inspector Leguennec. Marc aconsejó a Cyrille que fuera a terminar sus dibujos antes de la cena.

—Si va a Maisons-Alfort —dijo Leguennec—, perderá el tiempo. La callejuela está cortada.

—¿Por qué iba a ir allí? —preguntó Marc repentinamente irritado, olvidando que unos minutos antes había deseado que Alexandra se fuera a vivir a otro sitio—. Deambulará de aquí para allá sin rumbo fijo, y ¡nada más!

Leguennec separó sus anchas manos sin responder.

—¿Vas a mandar que la sigan? —preguntó Vandoosler.

—No, esta noche no. Esta noche no hará nada importante.

Marc se levantó, dirigiendo una rápida mirada de Leguennec a Vandoosler.

—¿Seguirla? ¿Qué broma es ésta?

—Su madre va a heredar y eso beneficiará a Alexandra —dijo Leguennec.

—¿Y qué? —gritó Marc—. ¡Ella no es la única, creo yo! ¡Dios mío, miraos un momento! ¡Ni un parpadeo, ni un temblor! ¡Lo primero es ser duro y sospechar! ¡La chica lo cuenta todo, de una manera, de otra, en verso, en prosa,

y vosotros... vosotros os dedicáis a vigilarla! ¡Hombres de carácter, hombres a los que nada les importa, hombres que no nacieron ayer! ¡Tonterías! ¡Todo el mundo puede hacerlo! ¿Y sabéis lo que hago con los hombres que se creen que controlan todo?

—Lo sabemos —dijo Vandoosler—. Los mandas a la mierda.

—Exactamente, ¡los mando a la mierda! No hay peores cretinos que los hombres que ni siquiera son capaces de sentirse alguna vez como si se acabaran de caer de un guindo. O de un arbusto, o de un matorral, o de un árbol gigantesco, y me pregunto si tú, aunque seas el más duro de todos los polis, no te habrás caído de todo un bosque.

—Te presento a san Marcos, mi sobrino —dijo Vandoosler a Leguennec, sonriendo—. Está escribiendo él solo el Evangelio.

Marc se encogió de hombros, acabó el contenido de su vaso de un trago y lo volvió a dejar haciendo ruido sobre la mesa.

—Tío, no diré más, porque, pase lo que pase, siempre querrás tener la última palabra.

Marc abandonó la sala y subió la escalera. Lucien le siguió sin hacer ruido y le agarró por el hombro en el descansillo del primero. Aunque parezca raro, Lucien habló con voz normal.

—Calma, soldado —dijo—. La victoria será nuestra.

Marc miró el reloj cuando Leguennec abandonó el desván de Vandoosler. Eran las doce y diez de la noche. Habían estado jugando a las cartas. Incapaz de dormir, oyó a Alexandra volver hacia las tres de la mañana. Había dejado todas las puertas abiertas para poder oír a Cyrille si se despertaba. Marc pensó que no estaba bien bajar a escuchar. Pero bajó y aguzó el oído desde el séptimo peldaño de la escalera. La joven se movía sin hacer ruido para no despertar a nadie. Marc la oyó beber un vaso de agua. Era exactamente lo que pensaba. Uno parte de frente y en línea recta, determina perderse en lo desconocido, apuesta por varias soluciones contradictorias y, en realidad, sólo da un rodeo y luego regresa.

Marc se sentó en el séptimo peldaño. Sus pensamientos se agolpaban, se apiñaban o bien se apartaban unos de otros. Como las placas de la corteza terrestre que se las ingenian para patinar sobre el resbaladizo y cálido chisme que hay debajo. Sobre la capa en fusión. Es terrible la historia de las placas, que hacen gilipolleces en todos los sentidos sobre la superficie de la tierra. Es imposible que se queden en su sitio. La tectónica de las placas, así es como se llama. Pues bien, en él estaba la tectónica de los pensamientos. Continuos deslizamientos y a veces, inevitablemente, el empujón. Con los problemas que eso conlleva. Cuando las placas se separan, erupción volcánica. Cuando las placas chocan, también erupción volcánica. ¿Qué le pasaba a Alexandra Haufman? ¿Cómo se iban a desarrollar los interrogatorios de Leguennec? ¿Por qué Sophia se había quemado en Maisons-Alfort? ¿Acaso Alexandra había amado al tipo ése, el padre de Cyrille? ¿Es que él debería ponerse también un anillo en su mano derecha? ¿Por qué tener una piedra de basalto para cantar? Ah, el basalto. Cuando las placas se separan, surge el basalto, y cuando las placas se superponen, ocurre otra cosa. ¿El...? ¿La...? La andesita. Exactamente, la andesita. ¿Y por qué esa diferencia? Misterio, ya no se acordaba. Oyó a Alexandra preparándose para acostarse. Y él, sentado en un peldaño de madera, cuando ya habían dado hacia rato las tres de la madrugada, esperaba que la tectónica se calmara. ¿Por qué había puesto a su padrino de vuelta y media? ¿Les haría Juliette de comer una isla flotante mañana como solía hacer los viernes? ¿Acaso Relivaux desembucharía a propósito de su amante? ¿Quién heredaba a Sophia? ¿No era demasiado audaz su conclusión sobre el comercio rural? ¿Por qué Mathias nunca quería vestirse?

Marc se pasó las manos por los ojos. Estaba llegando a ese momento en que la red de los pensamientos se convierte en un caos tan denso que ya no puede

pasar por ella ni una aguja. Entonces hay que dejar todo a un lado e intentar dormir. Repliegue a la retaguardia, habría dicho Lucien, lejos de la zona de fuego. Y Lucien, ¿él también erupcionaría? «Erupcionar» no existe. ¿Eruptar? Tampoco. Lucien se dedicaría, más bien, a poner orden en la actividad sísmica humeante crónica. ¿Y Mathias? Mathias no era tectónico en absoluto. Mathias era el agua, la lluvia. Pero el agua inmensa, el océano. El océano que enfría la lava. Aunque en el fondo del océano no haya tanta calma como se cree. También hay líos ahí dentro, no existe la razón. Fosas, fracturas... Y quizá, incluso, en lo más hondo, repugnantes especies animales desconocidas. Alexandra se había acostado. Ya no se oía el menor ruido abajo, todo estaba oscuro. Marc estaba adormilado, pero no tenía frío. La luz volvió a la escalera y oyó a su padrino bajar suavemente los peldaños y detenerse a su altura.

—Deberías ir a dormir, Marc, de verdad —susurró Vandoosler.

Y el viejo se alejó con su linterna. A mear fuera, seguro. Un acto preciso, sencillo y saludable. A Vandoosler el Viejo jamás le había interesado la tectónica de las placas, a pesar de que Marc le había hablado a menudo de ella. A Marc no le apetecía seguir en el peldaño cuando regresara. Subió rápidamente, abrió la ventana de su cuarto para que entrara el fresco y se acostó. ¿Por qué llevaba su padrino una bolsa de plástico para ir a mear afuera?

Al día siguiente, Marc y Lucien llevaron a Alexandra a cenar al restaurante de Juliette. Los interrogatorios habían empezado y se anunciaban lentos, largos e inútiles.

Pierre Relivaux se había sometido al interrogatorio aquella mañana, por segunda vez. Vandoosler transmitía todas las informaciones que le proporcionaba el inspector Leguennec. Sí, existía la amante en París, pero él no entendía qué les podía importar y por qué lo sabían. No, Sophia nunca se había enterado. Sí, heredaba una tercera parte de sus bienes. Sí, era una cantidad enorme, aunque habría preferido que Sophia siguiera viva. Si no le creían, que se fueran a la mierda. No, Sophia no tenía enemigos personales. ¿Un amante? Le sorprendería mucho.

Después, le había tocado a Alexandra. Tuvo que volver a decir todo otras cuatro veces. Su madre heredaba una tercera parte de los bienes de Sophia. Pero su madre no sabía negarle nada, ¿verdad? Así pues, ella se beneficiaba directamente del dinero de la familia. Sí, sin duda, ¿y qué? ¿Por qué había venido a París? ¿Quién podía confirmar la invitación de Sophia? ¿Dónde había estado aquella noche? ¿En ninguna parte? Difícil de creer.

El interrogatorio de Alexandra duró tres horas.

Al final de la tarde, le tocó el turno a Juliette.

—Juliette no parece de buen humor —dijo Marc a Mathias entre plato y plato.

—Leguennec la ha enfadado —dijo Mathias—. El inspector no creía que una cantante pudiera ser amiga de la dueña de un bar.

—¿Crees que Leguennec lo ha hecho a propósito para ponerla nerviosa?

—Quizá. En cualquier caso, si pretendía hacerle daño, lo ha conseguido.

Marc miró a Juliette, que estaba colocando los vasos en silencio.

—Voy a ir a decirle algo —dijo Marc.

—Es inútil —dijo Mathias—, ya he hablado yo con ella.

—Quizá no utilizamos las mismas palabras, ¿no crees? —dijo Marc, cruzando la mirada con la de Mathias durante un breve instante.

Se levantó y pasó entre las mesas hasta la barra.

—No te preocupes —murmuró a Mathias al pasar—. No tengo nada inteligente que decirle. Simplemente tengo un gran favor que pedirle.

—Haz lo que quieras —dijo Mathias.

Marc apoyó los codos en la barra e hizo una seña a Juliette para que se

acercara.

—¿Leguennec te ha molestado? —le preguntó.

—No importa, estoy acostumbrada. ¿Te lo ha contado Mathias?

—Me ha hecho un resumen. Para Mathias ya es mucho. ¿Qué quería saber Leguennec?

—Adivínalo, no es muy complicado. ¿Cómo podía una cantante dirigir la palabra a la hija de unos tenderos de provincias? ¿Y qué? Los abuelos de Sophia cuidaban cabras.

Juliette interrumpió sus quehaceres detrás de la barra.

—En realidad —dijo sonriendo—, yo tengo la culpa. Ante su gesto de poli escéptico, empecé a justificarme como una niña. A decir que Sophia tenía amigas en estratos sociales a los que yo no podía acceder, a decir que no era forzosamente con esas mujeres con las que ella podía hablar con sinceridad. Sin embargo, él conservaba su mueca escéptica.

—Es un truco —dijo Marc.

—Quizá, pero funciona muy bien, porque yo, en lugar de pararme a reflexionar, he hecho el ridículo: le he enseñado mi biblioteca para demostrarle que sabía leer. Para demostrarle que durante todos estos años y con toda esta soledad, he leído y leído miles de páginas. Entonces él ha recorrido las estanterías y ha empezado a aceptar la idea de que yo hubiera podido ser amiga de Sophia. ¡Qué cabrón!

—Sophia decía que ella no leía casi nada —dijo Marc.

—Exactamente. Yo no sabía nada de ópera, así que intercambiábamos conocimientos y charlábamos en la biblioteca. Sophia lamentaba haber «abandonado» el camino de la lectura. Yo le decía que a veces leemos porque hemos abandonado otras cosas. Puede parecer extraño, pero algunas tardes Sophia cantaba mientras yo tecleaba el piano, y otras tardes yo leía mientras ella fumaba.

Juliette suspiró.

—Lo peor es que Leguennec ha interrogado a mi hermano para saber si, por casualidad, los libros eran suyos. ¡Como lo oyes! A Georges sólo le gustan los crucigramas. Trabaja en la edición de libros, pero no lee ni una línea, se encarga de la difusión. Es un experto en crucigramas. En resumen, parece que, cuando se es tabernera, una no tiene derecho a ser amiga de Sophia Siméonidis a menos que proporcione la prueba de que ha sabido alejarse de los pastos normandos. Hay mucho barro en los pastos.

—No te alteres —dijo Marc—. Leguennec ha puteado a todo el mundo. ¿Me puedes servir una copa?

—Te la llevo a la mesa.

—No, en la barra, por favor.

—¿Qué te pasa, Marc? ¿Tú también estás enfadado?

—No exactamente. Tengo que pedirte un favor. En tu jardín hay un pequeño pabellón, ¿verdad? Una construcción independiente.

—Sí, ya lo has visto. Data del siglo pasado, supongo que construido para los criados de la casa.

—¿Cómo es? ¿Está en buen estado? ¿Se puede vivir en él?

—¿Quieres dejar tu casa?

—Dime, Juliette, ¿se puede vivir en él?

—Sí, está en buen estado. Y tiene todo lo necesario.

—¿Por qué has arreglado ese pabellón?

Juliette se mordisqueó los labios.

—En el caso de que, Marc, en el caso de que... Quizá no esté siempre sola... Nunca se sabe. Y como mi hermano vive conmigo, un pequeño pabellón para tener independencia, en el caso de que... ¿Te parece ridículo? ¿Te hace gracia?

—En absoluto —dijo Marc—. ¿Y lo vas a ocupar en breve?

—Sabes perfectamente que no —dijo Juliette encogiéndose de hombros—. Dime, ¿qué es lo que quieres?

—Me gustaría que se lo ofrecieras delicadamente a alguien. Si no te parece mal. A cambio de un pequeño alquiler.

—¿Para ti? ¿Para Mathias? ¿Lucien? ¿El comisario? ¿Es que ya no os soportáis?

—No, la cosa va bastante bien. Es para Alexandra. Dice que no se puede quedar en nuestra casa. Dice que nos molesta con su hijo, que no puede vivir eternamente con nosotros, pero yo creo más bien que quiere estar un poco tranquila. De todas formas, empieza a dar algunas señales, está buscando algo. Entonces he pensado...

—No quieres que se vaya lejos, ¿es eso?

Marc se puso a dar vueltas al vaso.

—Mathias dice que hay que velar por ella. Hasta que el asunto termine. En tu pabellón estaría tranquila con su hijo y al mismo tiempo estaría muy cerca.

—Eso es. Muy cerca de ti.

—Te equivocas, Juliette. Mathias piensa que realmente es mejor que no esté sola.

—Me da igual —le interrumpió Juliette—. No me disgusta que venga con su hijo. Si puedo hacerte ese favor, de acuerdo. Además, es la sobrina de Sophia. Es lo menos que puedo hacer.

—Eres un encanto.

Marc la besó en la frente.

—Pero —dijo Juliette— ¿lo sabe ella?

—Evidentemente no.

—¿Y qué te hace creer que a ella le apetece quedarse cerca de vosotros? ¿Has pensado en eso? ¿Qué vas a hacer para que acepte?

Marc se entristeció.

—Eso te lo dejo a ti. No le digas que la idea se me ha ocurrido a mí. Busca buenos argumentos.

—Así que ¿quieres que lo haga yo?

—Cuento contigo. No la dejes marchar.

Marc volvió a la mesa en la que Lucien y Alexandra removían sus cafés.

—Quiso saber con exactitud adonde había ido anoche —decía Alexandra—. ¿De qué ha servido que le dijera que ni siquiera miré los nombres de los pueblos? No me creyó, pero me importa un bledo.

—El padre de su padre, ¿también era alemán? —la interrumpió Lucien.

—Sí, pero ¿eso qué tiene que ver? —dijo Alexandra.

—¿Estuvo en la guerra? ¿En la Primera? ¿Dejó cartas o notas?

—Lucien, ¿no puedes contenerte? —preguntó Marc—. Si quieres hablar de todas todas, ¿no se te pueden ocurrir otros temas? Si escarbas bien en tu cabeza, descubrirás que se puede hablar de otra cosa.

—Vale —dijo Lucien—. ¿Saldrá otra vez con el coche esta noche? —preguntó después de un silencio.

—No —dijo Alexandra sonriendo—. Leguenec me ha quitado el coche esta mañana. Sin embargo, se ha levantado viento, y me gusta el viento. Habría sido una bonita noche para conducir.

—Eso me supera —dijo Lucien—. Conducir por nada y hacia ninguna parte. Francamente, no le veo la gracia. ¿Puede usted pasar toda una noche conduciendo así, sin más?

—Toda una noche, no sé... Sólo hace once meses que lo hago, de vez en cuando. Hasta ahora, siempre me he acabado rajando hacia las tres de la madrugada.

—¿Rajando?

—Rajando. Entonces regreso. Una semana después, vuelve a apetecerme y creo que va a servir de algo. Pero es un fracaso.

Alexandra se encogió de hombros y metió sus cortos cabellos detrás de las orejas. A Marc le hubiera gustado mucho hacérselo él.

No se sabe cómo lo hizo Juliette. El caso es que Alexandra se mudó al día siguiente al pequeño pabellón. Marc y Mathias la ayudaron a trasladar sus cosas. Animada por aquella distracción, Alexandra se relajó. Marc, que observaba los remolinos de las historias tristes que afloraban en aquel rostro, totalmente reconocibles a ojos del experto, estaba satisfecho de verlos desaparecer, aunque sabía que esa clase de pausa podía no ser sino provisional. Pausa que hizo decir a Alexandra que podían llamarla Lex y tutearla.

Lucien, mientras enrollaba su alfombra para guardarla, murmuró que la evolución de las fuerzas presentes sobre el terreno se estaba volviendo cada vez más compleja, pues el frente occidental había perdido trágicamente a uno de sus elementos principales, dejando en su lugar a un marido dudoso, mientras el frente oriental, ya sobrecargado por el desplazamiento de Mathias al tonel, quedaba reforzado por una nueva aliada acompañada de un niño. Nueva aliada que originalmente había llegado para ocupar el frente occidental, había sido retenida momentáneamente en zona neutral y ahora desertaba a la trinchera oriental.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marc—, ¿que tu jodida Gran Guerra te ha vuelto loco o refunfuñas porque sientes la marcha de Alexandra?

—No estoy refunfuñando —dijo Lucien—, estoy doblando mi alfombra y comentando el hecho. Lex (ella ha dicho que la llamemos Lex) quería irse de aquí, pero va a estar a dos pasos. A dos pasos de su tío Pierre, a dos pasos del epicentro del drama. ¿Qué está buscando? ¿O quizá has sido tú quien ha puesto en marcha la operación Pabellón Este? —dijo incorporándose con la alfombra bajo el brazo.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —preguntó Marc a la defensiva.

—Para tenerla a la vista, o al alcance de la mano, como prefieras. Yo me inclino por la segunda opción. En cualquier caso, felicidades. La jugada te ha salido bien.

—Lucien, me irritas.

—¿Por qué? A ti te gusta y se nota, está clarísimo. Ten cuidado, te vas a pegar un batacazo. Estás a punto de olvidar que estamos con el agua al cuello. Y cuando se está con el agua al cuello uno puede resbalar y ahogarse. Hay que caminar paso a paso, con cuidado. Y, sobre todo, no correr como un loco. No es que yo crea que las distracciones no son necesarias para los pobres tipos hundidos hasta el cuello en sus embarradas trincheras. Al contrario. Pero Lex es demasiado

guapa, demasiado conmovedora y demasiado inteligente para que se la pueda considerar una simple distracción. Tú no vas a distraerte, corres el riesgo de enamorarte. Y eso es una catástrofe, Marc, una catástrofe.

—¿Y por qué una catástrofe, soldado cretino?

—Tú sí que eres un cretino enamorado, pero sospechas lo mismo que yo, que a Lex la han abandonado con el crío. O algo así. Entonces, como un caballero cretino montado en su corcel, te dices que su corazón está vacío y que tu misión es llenarlo. Grave error de apreciación, déjame decírtelo.

—Escúchame bien, cretino de las trincheras. Sé mucho más que tú sobre el vacío. Y el vacío ocupa más espacio que cualquier lleno.

—Extraña lucidez para un tipo de la retaguardia —dijo Lucien—. Marc, no eres nada idiota.

—¿Te sorprende, quizá?

—En absoluto. Ya estaba informado.

—En resumen —dijo Marc—, no instalo a Alexandra en el pabellón para poder lanzarme sobre ella. Aunque me perturbe. Además, ¿quién no se sentiría perturbado?

—Mathias —dijo Lucien levantando el dedo—. Mathias está perturbado por la bella y valiente Juliette.

—¿Y tú?

—Yo, ya te lo he dicho, voy poco a poco y observo. De momento, eso es todo.

—Mientes.

—Quizá. Es verdad que no estoy totalmente desprovisto de sentimientos y atenciones. Por ejemplo, he propuesto a Alexandra que, si le apetece, se quede con mi alfombra durante algún tiempo en su pabellón. Respuesta: le da exactamente igual.

—Es lógico. Tiene otras cosas en que pensar antes que en tu alfombra, dejando el vacío aparte. Y si quieres saber por qué quiero que esté cerca de aquí, es porque no me gusta el giro que están tomando los pensamientos del inspector Leguennec. Ni los de mi padrino. Esos dos pescan juntos. A Lex la han llamado pasado mañana para un nuevo interrogatorio. Así que es mejor que estemos cerca, por si nos necesita.

—Un noble caballero, ¿no es así, Marc? Incluso sin caballo. ¿Y si Leguennec no estuviera totalmente equivocado? ¿Lo has pensado?

—Por supuesto.

—¿Y qué?

—Pues que me preocupa. Hay varias cosas que me gustaría mucho entender.

—¿Y crees que lo conseguirás?

Marc se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Le he pedido que pase por aquí cuando haya acabado de

instalarse. Con la secreta intención desleal de hacerle algunas preguntas sobre las cosas que me preocupan. ¿Qué te parece?

—Arriesgado y desagradable, pero la ofensiva puede ser interesante. ¿Puedo estar presente?

—Con una condición: que vengas con una flor en tu fusil y permanezcas en silencio.

—Si eso te tranquiliza —dijo Lucien.

Alexandra pidió tres terrones de azúcar para su taza de té. Mathias, Lucien y Marc la oían hablar, contar cómo por casualidad Juliette le había dicho que estaba buscando un inquilino para su pequeño pabellón, decir que la habitación de Cyrille era muy bonita, que todo era precioso y claro en aquella casa, que allí se respiraba bien, que había libros para toda clase de insomnios, que por las ventanas vería nacer las flores y que a Cyrille le gustaban las flores. Juliette había llevado a Cyrille a Le Tonneau a hacer pasteles. Pasado mañana, lunes, iría a su nuevo colegio. Y ella, a la comisaría. ¿Qué quería Leguennec de ella? Si ya lo había dicho todo...

Marc pensó que era la ocasión perfecta para iniciar la arriesgada y desagradable ofensiva, pero la idea ya no le parecía tan buena. Se levantó y se sentó en la mesa para recuperar la energía. Nunca le habían salido bien las cosas quedándose sentado como si nada en una silla.

—Creo saber lo que quiere de ti —dijo tranquilamente—. Puedo hacerte yo sus preguntas antes que él, para que las pienses.

Alexandra levantó vivamente la cabeza.

—¿Que tú vas a interrogarme? ¿Así que tú, vosotros tampoco tenéis otra cosa en la cabeza? ¿Dudas? ¿Turbios pensamientos? ¿La herencia?

Alexandra se había levantado. Marc le agarró la mano para retenerla. Aquel contacto le produjo un ligero estremecimiento en el estómago. Bueno, seguramente había mentido a Lucien al decirle que no quería lanzarse sobre ella.

—No se trata de eso —dijo—. ¿Por qué no vuelves a sentarte y te tomas el té? Yo puedo preguntarte suavemente cosas que Leguennec te arrancará con dureza. ¿Por qué no?

—Estás mintiendo —dijo Alexandra—, pero me da igual, te lo aseguro. Haz tus preguntas si eso va a tranquilizarte. No tengo miedo de ti, ni de vosotros, ni de Leguennec, ni de nadie, sólo de mí. Adelante, Marc. Lánzame tus retorcidos pensamientos.

—Voy a cortar unas rebanadas de pan —dijo Mathias.

Con la cara contraída, Alexandra se apoyó en el respaldo de la silla y comenzó a balancearse.

—No importa —dijo Marc—. Dejémoslo.

—Qué combatiente tan valeroso —murmuró Lucien.

—No —dijo Alexandra—. Espero tus preguntas.

—Valor, soldado —dijo Lucien en voz baja pasando por detrás de Marc.

—Bien —dijo Marc con voz sorda—. Bien. Leguennec seguramente te preguntará por qué llegaste en el momento oportuno, precipitando la reanudación de la investigación, que conduce dos días más tarde al descubrimiento del cuerpo de tu tía. Sin tu llegada, el caso se habría cerrado y todos habríamos pensado que la tía Sophia se había esfumado en una isla griega. Y si no había cuerpo, no había muerto, y si no había muerto, no había herencia.

—¿Y qué? Ya lo he dicho. Vine porque tía Sophia me lo propuso. Necesitaba irme. No es un secreto para nadie.

—Salvo para su madre.

Los tres hombres volvieron a la vez la cabeza hacia la puerta, en la que apareció de nuevo Vandoosler, sin que le hubieran oído bajar.

—No te hemos llamado —dijo Marc.

—No —dijo Vandoosler—. Ahora ya no me llamáis mucho, aunque eso no impide que yo me presente, como puedes comprobar.

—Lárgate —dijo Marc—. Lo que estoy haciendo ya es bastante difícil.

—Porque lo estás haciendo fatal. ¿Quieres adelantarte a Leguennec? ¿Deshacer los nudos de las cuerdas antes que él, liberar a la joven? Entonces, al menos hazlo bien, te lo ruego. ¿Me permite? —preguntó a Alexandra sentándose junto a ella.

—No creo que tenga elección —dijo Alexandra—. Mirándolo bien, prefiero responder a un verdadero poli, corrupto, por lo que me han dicho, que a tres falsos polis con dudosas intenciones. Salvo la intención de Mathias de cortar el pan, que es buena. Le escucho.

—Leguennec ha llamado a su madre. Ella sabía que iba usted a instalarse en París. Conocía el motivo. Penas de amor, llamémoslo así para abreviar, tres palabras ciertamente demasiado breves para todo lo que se podría contar.

—Porque es usted un entendido en penas de amor, ¿no? —preguntó Alexandra, aún con el ceño fruncido.

—Bastante —contestó Vandoosler con serenidad—. He tenido muchas, una de ellas bastante seria. Sí, las conozco un poco.

Vandoosler se pasó las manos por el pelo blanco y negro. Hubo un silencio. Marc le había oído pocas veces hablar con seriedad y sencillez. Vandoosler, con gesto tranquilo, tecleaba sin ruido sobre la mesa de madera. Alexandra lo miraba.

—Sigamos —añadió él—. Sí, sé un rato de eso.

Alexandra agachó la cabeza. Vandoosler preguntó si el té era obligatorio o si se podía tomar otra cosa.

—Todo esto es para decir —continuó sirviéndose una copa— que la creo cuando cuenta que ha huido. Lo sé desde el principio. Leguennec lo ha comprobado y su madre lo ha confirmado. Estaba usted sola con Cyrille desde hace casi un año y quería venir a París, pero lo que su madre no sabía es que

Sophia iba a acogerla. Usted solamente le había hablado de unos amigos.

—Mi madre siempre tuvo un poco de envidia de su hermana —dijo Alexandra—. Yo no quería que ella imaginara que la dejaba por Sophia, no quería arriesgarme a herirla. Nosotros, los griegos, tenemos mucha facilidad para imaginarnos cosas y eso nos encanta. Bueno, eso es lo que decía mi abuela.

—Un motivo muy noble —dijo Vandoosler—. Vayamos a lo que puede pensar Leguennec... Alexandra Haufman, transformada por el desamparo, ávida de revancha...

—¿Revancha? —murmuró Alexandra—. ¿Qué revancha?

—No me interrumpa, por favor. La fuerza de un poli reside en el largo monólogo que aplasta como una mole o en la réplica cogida al vuelo que mata como una escopeta. No conviene privar al poli de esos estudiados placeres, porque si no se irrita. Pasado mañana, recuerde no interrumpir a Leguennec. Así que, ávida de revancha, decepcionada, amargada, decidida a intentar nuevas posibilidades, sin demasiado dinero, celosa de la vida fácil de su tía, encuentra ahí el modo de vengar a su madre que, por su lado, nunca ha tenido éxito a pesar de algunos intentos olvidados en el mundo del canto, y proyecta eliminar a su tía y conseguir una gran parte de su fortuna a través de su madre.

—Formidable —dijo Alexandra entre dientes—. ¿Acaso no he dicho que quería mucho a tía Sophia?

—Una defensa pueril, jovencita, y boba. Un inspector no pierde el tiempo en esas sandeces si conoce el móvil y el procedimiento. Sobre todo teniendo en cuenta que usted no ha visto a su tía desde hace diez años. No la ha visto tanto como para quererla como dice. Prosigamos. Usted tenía un coche en Lyon. ¿Por qué venir en tren? ¿Por qué llevar, la víspera de su marcha, el coche al taller para venderlo, insistiendo en el hecho de que a usted le parecía demasiado viejo para hacer el viaje hasta París?

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Alexandra, sorprendida.

—Su madre me dijo que usted había vendido su coche. He telefonado a todos los talleres cercanos a su domicilio hasta dar con el que era.

—Pero ¿qué hay de malo en ello? —gritó Marc de repente—. ¿Qué estás buscando? ¡Déjala en paz de una vez!

—¿Qué te pasa, Marc? —dijo Vandoosler levantando los ojos hacia él—. ¿No querías prepararla para Leguennec? Es lo que estoy haciendo. ¿Quieres hacer de poli y ni siquiera soportas el principio de un interrogatorio? Yo, en cambio, sé perfectamente lo que le espera el lunes. Y tú, san Mateo, ¿puedes decirme por qué cortas rebanadas de pan para veinte personas?

—Para sentirme a gusto —dijo Mathias—. Y porque Lucien se las come. A Lucien le gusta el pan.

Vandoosler suspiró y se volvió hacia Alexandra, cuya ansiedad aumentaba, al igual que sus lágrimas, que enjugaba con un trapo de cocina.

—¿Ya? —dijo—. ¿Ya han hecho todas esas llamadas telefónicas, todas esas investigaciones? ¿Es tan terrible vender un coche? Estaba destrozado. No quería hacer en él el viaje a París con Cyrille. Y, además, me recordaba cosas. Lo malvendí... ¿Es un crimen?

—Prosigo el razonamiento —dijo Vandoosler—. Durante la semana anterior, el miércoles por ejemplo, en que usted dejó a Cyrille con su madre, se va a París en su coche que, según el empleado del taller, no está tan destrozado como usted dice.

Lucien, que daba vueltas alrededor de la gran mesa como de costumbre, arrebató de las manos de Alexandra el trapo de cocina y le dio un pañuelo.

—El trapo no está muy limpio —le susurró.

—No está tan destrozado como usted dice —repitió Vandoosler.

—Le acabo de decir que ese coche me recordaba cosas, ¡mierda! —dijo Alexandra—. Si usted comprende por qué se huye, también puede comprender por qué se malvende un coche, ¿sí o no?

—Por supuesto, pero si esos recuerdos le pesaban tanto, ¿por qué no vender el coche antes?

—Porque con los recuerdos se duda, ¡mierda! —gritó Alexandra.

—Alexandra, nunca diga dos veces mierda a un poli. Conmigo no tiene la menor importancia, pero el lunes tenga cuidado. Leguennec no se inmutará, pero no le gustará. No le diga mierda. Además, no hay que decir mierda a un bretón, es el bretón el que dice mierda. Es una ley.

—Entonces ¿por qué has escogido al tal Leguennec? —preguntó Marc—. ¿Si no cree nada de lo que se le dice y no es capaz de soportar que se le diga mierda?

—Porque Leguennec es muy hábil, porque Leguennec es un amigo, porque es su sector, porque buscará todas las pistas para nosotros y porque, al final, yo haré lo que quiera con esas pistas, yo, Armand Vandoosler.

—¡Qué dices! —gritó Marc.

—Deja de gritar, san Marcos, no te conviene si quieres que te canonicen, y deja de interrumpirme. Continúo. Alexandra, usted dejó su trabajo hace tres semanas previendo su marcha. Usted mandó por correo una postal con una estrella a su tía y concertó una cita con ella en Lyon. Todo el mundo en la familia conoce la antigua historia de Stelyos y sabe qué nombre le evocará a Sophia el dibujo de una estrella. Usted llega a París por la noche, se encuentra con su tía, le cuenta cualquier cosa sobre Stelyos, que se halla en Lyon, la lleva en su coche y la mata. Bien. Luego la deja en alguna parte, por ejemplo en el bosque de Fontainebleau o en el de Marly, como usted quiera, en un rincón lo bastante apartado como para que no la encuentren demasiado pronto, cosa que evita la cuestión del día del fallecimiento y las coartadas concretas que hay que proporcionar, y regresa a Lyon por la mañana. Pasan los días, nada en los periódicos. Eso la tranquiliza. Después, se preocupa. El rincón está demasiado

apartado. Si no encuentran el cuerpo, no hay herencia. Ha llegado el momento de venir aquí. Vende su coche, se encarga de explicar que en ningún caso le gustaría hacer el viaje con él hasta París y viene en tren. Se hace notar, esperando estúpidamente bajo la lluvia con el niño sin pensar en ir a refugiarse al café más próximo. No admite que nadie crea en la desaparición voluntaria de Sophia. Entonces usted protesta y la investigación vuelve a ponerse en marcha. Pide prestado el coche de su tía el miércoles por la tarde, sale de noche a recuperar su cadáver, toma toda clase de precauciones para que no queden huellas de él en el maletero, una ardua tarea, plásticos, aislantes y siniestros detalles técnicos, y se deshace de él metiéndolo en un coche abandonado en una callejuela del extrarradio. Le prende fuego para evitar cualquier huella. Usted sabe que la piedra fetiche de tía Sophia resistirá. Resistió perfectamente al volcán que la escupió... Una vez realizado el trabajo, se identifica el cuerpo. Sólo al día siguiente se servirá usted oficialmente del coche que su tío le ha prestado. Para conducir de noche sin un destino, dice usted. O bien para hacer olvidar la noche en que usted condujo con un destino muy concreto, en el caso de que la hubieran visto. Un detalle más: no busque el coche de su tía, pasó al laboratorio para ser examinado ayer por la mañana.

—Ya lo sé, como puede imaginar —le interrumpió Alexandra.

—Examen del maletero, de los asientos... —continuó Vandoosler—. Seguramente ha oído usted hablar de ese tipo de rastreo. Se lo devolverán en cuanto las operaciones hayan terminado. Y eso es todo —concluyó dando un golpecito a la joven en el hombro.

Alexandra, inmóvil, tenía la mirada vacía de los que exploran las dimensiones de un desastre. Marc se preguntó si no debía echar a ese viejo cabrón de su padrino, agarrarlo por los hombros de su impecable chaqueta gris, partírle su bella cara y lanzarlo por la ventana del arco de medio punto. Vandoosler levantó los ojos y se cruzó con su mirada.

—Sé lo que estás pensando, Marc. Eso te aliviaría, pero economiza tus esfuerzos y ahórramelos. Puedo ser útil, ocurra lo que ocurra y la acusen de lo que la acusen.

Marc pensó en el asesino que Armand Vandoosler había dejado escapar ignorando a la justicia. Intentaba no perder la cabeza, pero el discurso que acababa de pronunciar su padrino era coherente. Incluso demasiado coherente. De repente, volvió a oír la voz de Cyrille, el jueves por la noche, diciendo que quería cenar con ellos, que estaba harto del coche... Entonces, ¿Alexandra había conducido con él la noche anterior? ¿La noche en la que había ido a buscar el cadáver? No. Demasiado espantoso. Seguramente el niño pensaba en otros viajes. Alexandra conducía por la noche desde hacía once meses.

Marc miró a los demás. Mathias estaba cortando una rebanada de pan con los ojos bajos, fijos en la mesa. Lucien quitaba el polvo a una estantería con el trapo

sucio. Y él esperaba que Alexandra reaccionara, explicara, gritara.

—Tiene sentido —dijo solamente.

—Tiene sentido —confirmó Vandoosler.

—Estás chiflada, di otra cosa —suplicó Marc.

—No está chiflada —dijo Vandoosler—, es muy inteligente.

—Pero ¿y los demás? —dijo Marc—. Ella no es la única que va a beneficiarse del dinero de Sophia. Está su madre...

Alexandra apretó el pañuelo cerrando el puño.

—No toques a su madre —dijo Vandoosler—. No se ha movido de Lyon. Ha estado yendo a su oficina todos los días, incluidos los sábados. Trabaja media jornada y va a buscar a Cyrille al colegio todas las tardes. Es irreprochable. Ya se ha comprobado.

—Gracias —suspiró Alexandra.

—Entonces ¿Pierre Relivaux? —preguntó Marc—. De todas formas, es el primer beneficiario, ¿no? Además, existe una amante.

—Relivaux no está en el mejor lugar, es verdad. Muchas ausencias nocturnas desde la desaparición de su mujer. Sin embargo, no ha hecho nada para que la encuentren, recuérdalo. Así que, si no hay cuerpo, no hay herencia.

—¡Ha estado fingiendo! ¡Sabía perfectamente que la encontrarían tarde o temprano!

—Es posible —dijo Vandoosler—. Leguennec tampoco piensa olvidarlo, no te preocupes.

—¿Y el resto de la familia? —preguntó Marc—. Lex, habla del resto de tu familia.

—Pregunta a tu tío —dijo Alexandra—, ya que parece saberlo todo antes que los demás.

—Come pan —dijo Mathias a Marc—. Te relajará las mandíbulas.

—¿Tú crees?

Mathias asintió con la cabeza y le tendió una rebanada. Marc se puso a morder el pan como un imbécil mientras escuchaba cómo Vandoosler recuperaba el hilo de su discurso.

—Tercer heredero, el padre de Sophia, que vive en Dourdan —dijo Vandoosler—. Siméonidis el Viejo adora a su hija. No faltaba a uno solo de sus conciertos. Fue en la Ópera de París donde conoció a su segunda mujer. La segunda mujer había ido a ver a su hijo, un simple figurante en el reparto, del que estaba muy orgullosa. Al igual que de haber conocido, por el azar de haber ocupado una plaza contigua en el patio de butacas, al padre de la cantante. Debíó de pensar que sería un buen trampolín para su hijo, pero luego, de una cosa pasaron a otra, se casaron y se instalaron en su casa de Dourdan. Dos puntos: Siméonidis no es rico y sigue trabajando. Pero el dato fundamental es que es un ferviente admirador de su hija. Está horrorizado por su muerte. Lo ha

coleccionado todo sobre ella, todo lo que se ha dicho o escrito, las fotografías, los dibujos, los rumores. Según parece, todo eso ocupa una habitación entera de su casa. ¿Verdadero o falso?

—Eso es lo que cuenta la leyenda familiar —murmuró Alexandra—. Es un viejo bueno aunque autoritario, pero se casó con una idiota en segundas nupcias. Esa idiota es más joven y hace de él lo que quiere, excepto en lo que se refiere a Sophia. Ése es un ámbito sagrado que no se puede ni tocar.

—El hijo de esa mujer es un poco raro.

—¡Ah! —exclamó Marc.

—No te embales —dijo Vandoosler—. Raro en el sentido de que es un pasmado sin arrestos que con más de cuarenta años vive del dinero de su madre, incapaz de pegar golpe, que consigue de vez en cuando tres perras trapicheando con tanta torpeza que siempre lo pillan, aunque lo sueltan pronto, en una palabra, se trata de un desgraciado más que de un sospechoso. Sophia le proporcionó varios trabajos de figurante pero, incluso en los papeles mudos, jamás destacó y se cansó enseguida.

Alexandra limpiaba mecánicamente la mesa con el pañuelo blanco que le había prestado Lucien, que sufría por su pañuelo. Mathias se levantó para ir a incorporarse al turno de la tarde en Le Tonneau. Dijo que daría de cenar a Cyrille en la cocina y que luego saldría tres minutos del trabajo para llevarlo al pabellón. Alexandra le sonrió.

Mathias subió a su piso para cambiarse. Juliette le había exigido que se pusiera algo bajo su ropa de camarero. Eso era muy duro para Mathias. Tenía la impresión de que iba a estallar bajo tres capas de ropa. Sin embargo, comprendía las razones de Juliette. También le había pedido que dejara de cambiarse en el pasillo entre la cocina y el salón cuando los clientes se habían ido, «porque podían verlo». En este caso Mathias no entendía las razones de Juliette y no entendía muy bien por qué podía resultar violento, pero no quería molestarla. Así que ahora se cambiaba en su habitación, cosa que le obligaba a salir a la calle completamente vestido, con calzoncillos, zapatos, pantalones negros, camisa, pajarita, chaleco y chaqueta, y eso le hacía sentirse bastante desgraciado. Pero el trabajo le gustaba. Era el tipo de trabajo que no impide pensar al mismo tiempo. Y cuando podía, algunas noches cuando había poca gente, Juliette lo dejaba salir más temprano. Él no hubiera tenido inconveniente en pasar allí toda la noche, a solas con ella, pero como no lo decía, Juliette no podía adivinarlo. Así que lo dejaba salir más temprano. Mientras se abrochaba los botones de aquel espantoso chaleco, Mathias pensaba en Alexandra y en el número de rebanadas de pan que había tenido que cortar para conseguir que la situación fuera tolerable. El viejo Vandoosler no se andaba con chiquitas. De todas formas, era increíble la cantidad de rebanadas que Lucien podía tragar.

Después de la marcha de Mathias, todo el mundo se quedó en silencio. Solía

pasar siempre con Mathias, pensó Marc vagamente. Cuando Mathias estaba allí, como apenas hablaba, nadie le hacía caso. Pero, cuando ya no estaba, era como si el puente de piedra que los sostenía hubiera desaparecido bruscamente y hubiera que encontrar de nuevo un punto de apoyo. Sintió un escalofrío y se agitó.

—Te estás durmiendo, soldado —dijo Lucien.

—Claro que no —dijo Marc—. Me muevo aunque esté sentado. Es una cuestión de tectónica, tú no lo puedes entender.

Vandoosler se levantó y obligó a Alexandra, con un gesto de la mano, a volver la cara hacia él.

—Todo tiene sentido —le repitió Alexandra—. El viejo Siméonidis no mató a Sophia porque la quería. Su hijastro no mató a Sophia porque es un pusilánime. Su madre tampoco porque es una gilipollas. Mamá tampoco porque es mamá. Y, además, no se ha movido de Lyon. Quedo yo: yo que he venido, yo que he mentido a mi madre, yo que vendí el coche, yo que no he visto a tía Sophia desde hace diez años, yo que estoy amargada, yo que he desencadenado la investigación viniendo aquí, yo que no tengo trabajo, yo que he cogido el coche de mi tía, yo que conduzco sin rumbo durante la noche. Estoy perdida. De todas formas, ya estaba con el agua al cuello.

—Nosotros también —dijo Marc—, pero existe una diferencia entre estar con el agua al cuello y estar perdido. En un caso uno resbala, pero en el otro desaparece. No es lo mismo en absoluto.

—Deja a un lado tus precisiones —dijo Vandoosler—. No es eso lo que ella necesita.

—Una precisión terminológica de vez en cuando nunca ha hecho mal a nadie —dijo Marc.

—De momento, lo que yo he dicho a Alexandra es más útil. Está preparada. Todos los errores que ha cometido esta tarde: perder los nervios, llorar, cabrearse, interrumpir, decir dos veces mierda, gritar, mostrarse abatida o derrotada; todo eso no lo volverá a hacer el lunes. Mañana dormirá, leerá, paseará con el niño por el parque o por los muelles del Sena. Sin duda, Leguennec hará que la sigan. Está previsto. Aunque ella no se dará cuenta. El lunes irá a llevar al niño al colegio y se dirigirá a la comisaría. Ahora sabe a qué atenerse. Dirá su verdad sin inmutarse, sin agredir, y eso es lo mejor que se puede hacer para tranquilizar a un poli de momento.

—Dirá la verdad, pero Leguennec no la creará —dijo Marc.

—Yo no he dicho « la » verdad. He dicho « su » verdad.

—Entonces, ¿la crees culpable? —dijo Marc volviendo a irritarse.

Vandoosler levantó las manos y las dejó caer sobre los muslos.

—Marc, hace falta tiempo para discernir si « la » verdad y « su » verdad son la misma. Tiempo. Es todo lo que necesitamos. Es lo que intento ganar.

Leguennec es un buen poli, pero tiene tendencia a querer apresar la ballena demasiado deprisa. Es un arponero, está claro. A mí, en cambio, me gusta más observar a la ballena, soltar la soga, echar agua encima si el asunto se calienta demasiado, descubrir por dónde vuelve a salir la ballena, observarla de nuevo, y así sucesivamente. Tiempo, tiempo...

—¿Qué espera del tiempo? —preguntó Alexandra.

—Reacciones —dijo Vandoosler—. Hay cosas que se remueven después de un asesinato. Espero las reacciones. Aunque sean pequeñas. Surgirán. Basta con estar atento.

—¿Y te vas a quedar ahí arriba, en el desván, acechando las reacciones? —preguntó Marc—. ¿Sin moverte? ¿Sin buscar? ¿Sin cambiar de sitio? ¿Crees que las reacciones te irán a caer justo sobre la cabeza como excrementos de paloma? ¿Sabes cuántas mierdas de paloma me han caído en la cabeza en los veintitrés años que hace que vivo en París? ¿Sabes cuántas? ¡Sólo una, sólo una! Una asquerosa mierdecilla, cuando hay millones de palomas cagando todo el santo día en la ciudad. ¿Entonces? ¿Qué esperas? ¿Que las reacciones vengan dócilmente hasta aquí para instalarse en tu cráneo atento?

—Exactamente —dijo Vandoosler—, porque aquí...

—Porque aquí está el frente —dijo Lucien.

Vandoosler se levantó y movió la cabeza.

—Tu amigo de la Gran Guerra es muy listo —dijo.

Se produjo un pesado silencio. Vandoosler rebuscó en sus bolsillos y sacó dos monedas de cinco francos. Eligió la más brillante y desapareció en el sótano, donde habían amontonado todas las herramientas. Se oyó la breve vibración de un taladro. Vandoosler regresó con la moneda agujereada en la mano y la clavó de tres martillazos en la viga izquierda de la chimenea.

—¿Has terminado tu espectáculo? —le preguntó Marc.

—Ya que hemos hablado de ballenas —respondió Vandoosler—, clavo esta moneda en el gran mástil. Será para el que arponee al asesino.

—¿Es indispensable? —dijo Marc—. Sophia está muerta y tú te dedicas a bromear. Te aprovechas de su muerte para hacer el gilipollas, para hacer de capitán Acab. Eres patético.

—No es una burla, es un símbolo. Un matiz. Pan y símbolos. Son lo importante.

—Y, por supuesto, tú eres el capitán, ¿no?

Vandoosler movió la cabeza.

—No lo sé —dijo—. No estamos haciendo una carrera. Quiero a ese asesino y quiero que todo el mundo trabaje para encontrarlo.

—En otra época eras más indulgente con los asesinos —dijo Marc.

Vandoosler se volvió rápidamente.

—Con éste —dijo— no seré indulgente. Es una bestia inmundada.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué lo sabes?

—Lo sé. Es un matarife. Un matarife, ¿me has oído bien? Buenas noches a todo el mundo.

El lunes, hacia el mediodía, Marc oyó detenerse un coche ante la verja de su casa. Soltó el lápiz y se abalanzó hacia la ventana: Vandoosler salía de un taxi con Alexandra. La acompañó hasta su pabellón y regresó canturreando. Así que eso era lo que había ido a hacer: había ido a buscarla a la salida de la comisaría. Marc apretó los dientes. La omnipotencia sutil de su padrino empezaba a exasperarle. La sangre le golpeó en las sienes. Otra vez esos malditos ramalazos de furia. La tectónica. ¿Cómo diablos hacía Mathias para permanecer tranquilo y firme cuando no le sucedía nada de lo que deseaba? A él le parecía que se hundía en la miseria. Aquella mañana se había comido la tercera parte del lápiz, escupiendo sin cesar astillas de madera sobre la hoja de papel. ¿Ponerse sandalias? Era ridículo. No solamente tendría frío en los pies sino que, además, perdería el último toque de distinción que le quedaba, refugiado en la elegancia de su atuendo. Así que nada de sandalias.

Marc se apretó el cinturón plateado y se alisó los pantalones negros y ajustados. Alexandra ni siquiera había venido ayer a verlos.

Por otra parte, ¿por qué iba a venir? Ahora tenía su pabellón, su autonomía, su libertad. Era una chica muy celosa de su libertad, había que tener cuidado con eso. Además, había pasado el domingo como le había recomendado Vandoosler el Viejo. En el parque con Cyrille. Mathias le había visto jugar al balón y había estado un buen rato con ellos. Suave sol de junio. A Marc no se le había ocurrido esa idea. Mathias sabía ser en algunos momentos un apoyo con esos pequeños detalles que a Marc ni se le hubieran pasado por la cabeza. Marc había recuperado el hilo de su estudio del comercio en el campo en los siglos XI y XII, con absoluto entusiasmo. La cuestión del excedente de la producción rural era muy farragosa y había que lanzarse a ella de cabeza para no hundirse hasta las patas. Una mierda. Seguramente habría hecho mejor jugando al balón: se sabe lo que se lanza, se ve lo que se atrapa. En cuanto a su padrino, había pasado todo el domingo encaramado en la silla, con la nariz fuera del ventanuco, vigilando los alrededores. Qué cabrón. Seguro que, al adoptar esa actitud de vigía en su nido de urraca o de capitán de barco ballenero, algún ingenuo lo hubiera considerado importante. Sin embargo a Marc, esa clase de chulería no le impresionaba.

Oyó a Vandoosler subir los cuatro pisos. No se movió, decidido a no darle la satisfacción de tener que pedirle noticias. La determinación de Marc flaqueó rápidamente, cosa que en los asuntos cotidianos era habitual en él, y veinte minutos más tarde abrió la puerta del desván.

Su padrino había vuelto a subirse a la silla y tenía la cabeza fuera del ventanuco.

—Así pareces un imbécil —dijo Marc—. ¿Qué estás esperando? ¿Una reacción? ¿Una mierda de paloma? ¿Una ballena?

—No te he dicho nada que pudiera molestarte, me parece —dijo Vandoosler bajando de la silla—. ¿Por qué te irritas?

—Vas de importante, de indispensable. Vas de guapo. Eso es lo que me irrita.

—Estoy de acuerdo contigo, es irritante. A pesar de todo, ya estás acostumbrado y normalmente te da igual. Pero ahora se trata de Lex y eso te irrita. Olvidas que si velo por la chica es para evitar chapuzas que pueden llegar a ser desagradables para todo el mundo. ¿Quieres hacerlo tú solo? No tienes oficio. Y como te irritas y no escuchas lo que digo, no lo entiendes. En fin, tú no tienes acceso a Leguennec. Si quieres ayudarla, tendrás que soportar mis intervenciones. Y quizá incluso ejecutar mis consignas, porque no podré estar en todas partes a la vez. Tú y los dos evangelistas podréis ser útiles.

—¿En qué? —preguntó Marc.

—Espera. Es demasiado pronto.

—¿Estás esperando una mierda de paloma?

—Llámalo así si quieres.

—¿Estás seguro de que vendrá?

—Casi seguro. Alexandra se ha portado bien en el interrogatorio de esta mañana. Leguennec se moderó, aunque tiene un buen argumento contra ella. ¿Quieres saberlo o te importan un bledo mis chapuzas?

Marc se sentó.

—Han examinado el coche de tía Sophia —dijo Vandoosler—. En el maletero han encontrado dos cabellos. No hay la menor duda, proceden de la cabeza de Sophia Siméonidis.

Vandoosler se frotó las manos y soltó una carcajada.

—¿Te hace gracia? —preguntó Marc, aterrado.

—Tranquilízate, joven Vandoosler, ¿cuántas veces tendré que repetírtelo? —volvió a reírse y se sirvió una copa—. ¿Quieres? —ofreció a Marc.

—No, gracias. Esos cabellos son muy graves. Y tú te ríes. Me das asco. Eres cínico y malvado. A menos... A menos que pienses que no se puede concluir nada de eso... Después de todo era el coche de Sophia, no es raro que encuentren pelos en él.

—¿En el maletero?

—¿Por qué no? Caídos de un abrigo.

—Sophia Siméonidis no era como tú. No habría metido sus abrigos directamente en un maletero. No, estaba pensando en otra cosa. No te alteres. Una investigación no se resuelve de una patada. Todavía se puede hacer algo. Y si intentas calmarte, es decir, dejas de temer que yo esté intentando engatusar a

Alexandra, en un sentido u otro, y recuerdas que he sido yo quien casi te he educado, y no lo he hecho tan mal, a pesar de tus gilipolleces y a pesar de las mías, en fin, resumiendo, si me concedes algún crédito y abandonas las hostilidades, voy a pedirte un pequeño favor.

Marc reflexionó un momento. La historia de los cabellos le preocupaba profundamente. El viejo parecía saber más. De todas formas, era inútil seguir ahondando, no tenía ganas de poner a su tío en la puerta. Ni a su padrino. Esa seguía siendo la situación incuestionable, como habría dicho el propio Vandoosler.

—Dilo de una vez—suspiró Marc.

—Esta tarde voy a ausentarme. Se va a interrogar a la amante de Relivaux, y luego al propio Relivaux. Iré a dar una vuelta por ahí. Necesito un vigía aquí por si cae la mierda de paloma. Tú te dedicarás a la vigilancia en mi lugar.

—¿Qué tengo que hacer?

—Quedarte en casa. No te vayas, ni siquiera a un recado. Nunca se sabe. Y quédate en la ventana de tu cuarto.

—Pero, por Dios, ¿qué tengo que vigilar? ¿Qué estás esperando?

—No tengo la menor idea. Por eso hay que permanecer atento. Incluso al incidente más anodino. ¿Lo has entendido?

—De acuerdo —dijo Marc—, pero no veo adonde quieres llegar. De todas formas, trae pan y huevos. Lucien da clase hasta las seis. Era yo el que tenía que ir a la compra.

—¿Hay algo para comer?

—Queda una carne asada con muy mal aspecto. ¿Por qué no vamos a Le Tonneau?

—Los lunes está cerrado. Además, te acabo de decir que no podemos abandonar la casa, ¿lo recuerdas?

—¿Ni siquiera para comer?

—Ni siquiera. Acabaremos la carne asada. Después subirás a tu ventana y esperarás. No cojas un libro al mismo tiempo. Quédate en la ventana y mira.

—Me aburriré —dijo Marc.

—No lo creas, fuera pasan montones de cosas.

A partir de la una y media, Marc se apostó, malhumorado, a la ventana del segundo piso. Llovía. Normalmente pasaba muy poca gente por aquella callecita y menos aún cuando llovía. Era muy difícil descubrir algo bajo los paraguas. Como Marc había presentado, no ocurrió realmente nada. Dos señoras pasaron en un sentido, un hombre en otro. Luego, hacia las dos y media, el hermano de Juliette hizo su aparición, protegido por un gran paraguas negro. Verdaderamente, al gordo Georges no se le veía mucho. Trabajaba de forma irregular, cuando la editorial lo enviaba a librerías de provincias a dejar depósitos. A veces se ausentaba una semana y luego permanecía varios días en su casa. Entonces uno

se podía cruzar con él paseando o tomando una cerveza aquí o allá. Era un tipo con la piel tan blanca como su hermana, amable, pero no decía ni una palabra. Dirigía breves saludos corteses sin intentar entablar conversación. Jamás se le veía en Le Tonneau. Marc no se había atrevido a preguntarle a Juliette sobre él, pero ella no parecía estar nada orgullosa de aquel hermano gordo que con cuarenta años aún vivía en su casa. Casi nunca hablaba de él. Como si le escondiera y le protegiera. No se le conocía ninguna mujer, aunque Lucien, con matices, claro está, había sugerido la hipótesis de que era el amante de Juliette. Absurdo. Su parecido físico saltaba a la vista, uno en feo, la otra en guapa. Decepcionado pero rindiéndose a la evidencia, Lucien había cambiado de hombro su fusil y afirmaba haber visto a Georges meterse en una tienda porno de la Rue Saint-Denis. Marc se encogió de hombros. A Lucien todo le servía para quemarse la sangre, desde lo más obsceno a lo más refinado.

Hacia las tres de la tarde vio a Juliette entrar corriendo en su casa, protegiéndose de la lluvia con un cartón, y luego, siguiéndola de cerca, a Mathias, el cual, con la cabeza descubierta, se dirigía con paso lento hacia la casa. Los lunes solía ayudar a Juliette con el suministro semanal del tonel. El agua le chorreaba por todas partes pero, por supuesto, eso no molestaba a un tipo como Mathias. Luego otra señora. Luego, un tipo un cuarto de hora después. La gente caminaba deprisa, encogidos por la humedad. Mathias llamó a su puerta para pedirle una goma. Ni siquiera se había secado el pelo.

—¿Qué estás haciendo en la ventana? —preguntó.

—Cumpliendo una misión —respondió Marc con hastío—. El comisario me ha encargado que vigile lo que suceda. Así que vigilo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tiene que suceder?

—Eso no se sabe. No sirve de nada que te diga que no ha sucedido nada. Han encontrado dos cabellos de Sophia en el maletero del coche que Lex pidió prestado.

—Qué mierda.

—Ya lo creo. Pero a mi padrino le hace gracia. Mira, ahí está el cartero.

—¿Quieres que te releve?

—Gracias, pero ya me he acostumbrado. Soy el único aquí que no hace nada. Aunque ésta sea una misión totalmente inútil.

Mathias se metió la goma en el bolsillo y Marc siguió en su puesto. Señoras, paraguas. Niños que salían del colegio. Alexandra pasó con el pequeño Cyrille. Sin dirigir una mirada hacia el caserón. Aunque ¿por qué habría de mirar hacia allí?

Pierre Relivaux aparcó su coche un poco antes de las seis. Seguramente había examinado también su vehículo. Abrió con fuerza la verja de su jardín. Los interrogatorios no ponen a nadie de buen humor. Debía de tener miedo de que la historia de su amante del distrito 15 llegara hasta su ministerio. Aún no se sabía

cuándo tendría lugar el entierro de los restos fúnebres de Sophia. La policía todavía no los había entregado. Sin embargo, Marc no confiaba en que Relivaux se viniera abajo en el entierro. Parecía preocupado, pero no destrozado por la muerte de su mujer. Al menos, si era el asesino, no intentaba fingir, cosa que también podría ser una táctica. Hacia las seis y media, volvió Lucien. Y se acabó la tranquilidad. Después, Vandoosler el Viejo, empapado como una sopa. Marc estiró los músculos entumecidos por la inmovilidad. Se acordó de aquella ocasión en que había vigilado a los polis que cavaban debajo del árbol. Ya no se había vuelto a hablar del árbol. Sin embargo, todo había empezado ahí. Y Marc no conseguía olvidarlo. El árbol.

Una tarde perdida. No pasó nada, ni siquiera un suceso insignificante, ni una cagadita de paloma siquiera, nada.

Marc bajó a informar a su padrino, que estaba encendiendo fuego en la chimenea para secarse.

—Nada —dijo—. He estado cinco horas entumecido mirando la nada. ¿Y tú? ¿Qué tal los interrogatorios?

—Leguennec empieza a mostrarse reticente a soltar información. Aunque somos amigos, tiene su orgullo. Está patinando y no le apetece que nadie esté ahí para verlo. En vista de mi pasividad, su confianza en mí, a pesar de todo, no se ha visto dañada. Y, además, ahora lo han ascendido. Le molesta que esté todo el tiempo pegado a su sombra, cree que me burlo de él. Sobre todo porque me he reído por lo de los cabellos.

—¿Por qué te has reído?

—Pura táctica, joven Vandoosler, pura táctica. Pobre Leguennec. Creía tener ya a la asesina y de repente se ve con media docena de criminales en potencia todos ellos igualmente relacionados con el caso. Le voy a tener que invitar a una partida de cartas para que se relaje.

—¿Media docena? ¿Ha habido otros candidatos?

—Digamos que he conseguido que Leguennec considere que, aunque la pequeña Alexandra se hubiera marchado precipitadamente, no era una razón para arriesgarse a cometer una sandez. No olvides que intento frenarlo. Y nada más que eso. Le he hecho una relación de un montón de asesinos muy aceptables. Esta tarde, Relivaux, que se defiende bien, le había impresionado favorablemente. Era imprescindible que yo pusiera mi granito de arena. Relivaux asegura que no ha tocado el coche de su mujer. Que había dado las llaves a Alexandra. He tenido que decir a Leguennec que Relivaux escondió un duplicado en su casa. Además, yo mismo se lo he llevado. ¿Eh? ¿Qué dices a eso?

El fuego crepitaba en la chimenea y a Marc siempre le había gustado ese breve momento de abrazo desordenado que precede al derrumbamiento de los leños tras la combustión ordinaria, instantes igualmente cautivadores, pero por otras razones. Lucien acababa de llegar para calentarse. Estaban en junio, pero

era de noche y, en las habitaciones se les quedaban los dedos fríos. Salvo a Mathias, que acababa de entrar con el torso desnudo para preparar la cena. Mathias tenía el torso musculoso, pero casi sin vello.

—Estupendo —dijo Marc, receloso—. ¿Y cómo has conseguido esas llaves?

Vandoosler lanzó un suspiro.

—Ya veo —dijo Marc—. Forzaste la puerta durante su ausencia. Nos vas a traer muchos problemas.

—El otro día fuiste tú quien levantó la liebre —respondió Vandoosler—. Cuesta mucho perder las costumbres. Yo sólo quería ver. Buscaba cualquier cosa. Cartas, extractos de cuentas, llaves... Es prudente el tal Relivaux. No había ni un papel comprometedor en su casa.

—¿Cómo conseguiste las llaves?

—Fue muy fácil. Detrás del tomo C de la edición del siglo XIX del *Gran Larousse*. Ese diccionario es una maravilla. Que haya escondido las llaves no le acusa, está claro. Quizá es una cagueta y le ha parecido más fácil decir que nunca había tenido un duplicado.

—Entonces ¿por qué no las tiró?

—En los momentos difíciles puede resultar útil poder disponer de un coche del que supuestamente no se tienen las llaves. En cuanto a su propio coche, ha sido examinado. No han encontrado nada.

—¿Y su amante?

—No se resistió a los ataques de Leguennec. San Lucas se equivocó en su diagnóstico. Esa chica no se contenta con Pierre Relivaux, lo utiliza. Le sirve para vivir bien, ella y su amante de verdad, que no ve ningún inconveniente en desaparecer cuando Relivaux acude a pasar el sábado y el domingo. Según la chica, el imbécil de Relivaux no sospecha nada. Una vez los dos hombres se encontraron. El cree que es su hermano. Según ella, le convenía que la situación siguiera así, y, realmente, no acabo de ver qué ganaría ella con un matrimonio que la privaría de su libertad. Y tampoco veo que, por su parte, Relivaux ganara algo con ello. Sophia Siméonidis era una mujer con más valor para él en las esferas sociales a las que aspira. Pero, como quería ayudar, sugerí que la chica, Elizabeth es su nombre, podía estar mintiendo y que quizá deseaba aprovecharse de las ventajas de un Relivaux desembarazado de su mujer y rico. Habría podido conseguir casarse con él, pues mantiene una relación desde hace seis años, la chica no está mal y es mucho más joven que él.

—¿Y tus otros sospechosos?

—Por supuesto cargué contra la madrastra de Sophia y su hijo. Estuvieron juntos la noche del incendio en Maisons-Alfort, pero cualquiera de ellos podría haber hecho el viaje. Dourdan no está lejos. Más cerca que Lyon.

—Con ésos no sale la media docena —dijo Marc—. ¿A quién más has lanzado a las garras de Leguennec?

—Pues a san Lucas, a san Mateo y a ti. Así estará ocupado.

Marc se incorporó de un salto mientras Lucien sonreía.

—¿A nosotros? ¡Estás majareta!

—¿Quieres ayudar a la chica, sí o no, joder?

—¡Mierda! ¡Eso no ayudará a Alexandra! ¿Por qué quieres que Leguennec sospeche de nosotros?

—Muy fácil —intervino Lucien—. Somos tres hombres fracasados de treinta y cinco años que viven juntos en un caserón medio en ruinas. Bien. Es decir, unos vecinos poco recomendables. Uno de los tres tipos llevó a la señora de paseo, la violó salvajemente y la mató para que se callara.

—¿Y la postal que recibió? —gritó Marc—. ¿La postal con la estrella y la cita? ¿También hemos sido nosotros?

—Eso complica un poco las cosas —admitió Lucien—. Digamos que la dama nos había hablado del tal Stelyos y de la postal recibida hace tres meses. Para contarnos sus temores, para animarnos a cavar. Porque no olvidemos que cavamos.

—¡Puedes estar seguro de que no he olvidado ese asqueroso árbol!

—Entonces —continuó Lucien—, con el fin de atraer a la dama fuera de su casa, uno de nosotros utiliza esa burda estratagema, sale al encuentro de la dama en la Gare de Lyon, se la lleva y comienza el drama.

—¡Pero Sophia jamás nos habló de Stelyos!

—¿Cómo pretendes que eso importe a la policía? Sólo tenemos nuestra palabra, y, como estamos con la mierda hasta el cuello, nuestra palabra no cuenta absolutamente nada.

—Perfecto —dijo Marc temblando de rabia—. Perfecto. Decididamente mi padrino tiene unas ideas increíbles. ¿Y él? ¿Por qué no él? Con su glorioso pasado de policía y ligón, no desentonaría en el cuadro. ¿Qué piensas tú, comisario?

Vandoosler se encogió de hombros.

—Piensa que con sesenta y ocho años uno no se pone a violar mujeres. Ya lo habría hecho antes. Todos los polis lo saben. Mientras que de unos hombres de treinta y cinco años, solitarios y medio chiflados se puede esperar de todo.

Lucien soltó una carcajada.

—Increíble —dijo—. Es usted increíble, comisario. Su sugerencia a Leguennec me divierte infinitamente.

—A mí no —dijo Marc.

—Porque tú eres un alma pura —dijo Lucien dándole un golpecito en el hombro—. No soportas que se ensucie tu imagen. Pero, mi pobre amigo, tu imagen no saldrá dañada. Se trata de sembrar la confusión. Leguennec no puede hacer nada contra nosotros. Simplemente, mientras inspecciona nuestros orígenes, nuestros progresos y nuestras respectivas hazañas, ganamos un día y tenemos ocupados a dos polis para nada. ¡Siempre conviene dar caña al

enemigo!

—Me parece una estupidez.

—De eso nada. Estoy seguro de que a Mathias le hará mucha gracia.

¿Verdad, Mathias?

Mathias esbozó una pequeña sonrisa.

—A mí —dijo— me da exactamente igual.

—¿Te da igual que los polis te fastidien? ¿Te da igual ser sospechoso de haber violado a Sophia? —preguntó Marc.

—¿Y qué? Yo sé que jamás violaré a una mujer. Así que lo que piensen los demás me importa un bledo.

Marc suspiró.

—El cazador-recolector es un sabio —profirió Lucien—. Y, además, desde que trabaja en el tonel, también ha aprendido a cocinar. Como yo no soy ni puro ni sabio, os propongo que comamos.

—Comer, sólo te importa comer y esa Gran Guerra —dijo Marc.

—Comamos —dijo Vandoosler.

Pasó por detrás de Marc y le apretó rápidamente el hombro. Apretarle el hombro era lo que siempre hacía cuando se cabreaban desde que era niño. Era un gesto que quería decir: « No te preocupes, joven Vandoosler, no hago nada contra ti, no te enfades, te enfadas demasiado, no te preocupes ». Marc sintió que su ira se disipaba. Alexandra seguía sin ser inculpada y era eso por lo que velaba el viejo desde hacía cuatro días. Marc le dirigió una mirada. Armand Vandoosler se sentó a la mesa con el rostro inexpresivo. Un saco de mierda, un saco de maravillas. Era difícil ser ambas cosas. Sin embargo, así era su tío, y Marc, aunque le gritaba, confiaba en él. En algunos momentos.

A pesar de todo, cuando a las ocho de la mañana del día siguiente Vandoosler entró en su habitación seguido de Leguennec, Marc fue presa del pánico.

—Es la hora —le dijo Vandoosler—. Me tengo que ir con Leguennec. Sólo tienes que hacer lo mismo que ayer y todo irá muy bien.

Acto seguido Vandoosler desapareció. Marc se quedó como aletado en la cama, con la impresión de haber escapado por los pelos de que lo acusaran del crimen. Sin embargo, no le había pedido a su padrino que lo despertara. Vandoosler el Viejo se estaba volviendo majareta. No, no era eso. Seguramente, tenía prisa por acompañar a Leguennec, y por eso le había pedido que prosiguiera la vigilancia en su ausencia. Su padrino no tenía a Leguennec al corriente de todos sus tejemanejes. Marc se levantó, se dio una ducha y bajó al refectorio de la planta baja. Ya de pie desde no se sabe qué hora, Mathias estaba ordenando los leños en la caja de madera. Era el único que se levantaba al alba, aunque nadie se lo pidiera. Como estaba un poco atontado, Marc se hizo un café fuerte.

—¿Sabes por qué ha venido Leguennec? —le preguntó Marc.

—Porque no tenemos teléfono —dijo Mathias—. Eso le obliga a venir cada vez que quiere hablar con tu tío.

—Eso lo comprendo, pero ¿por qué tan temprano? ¿Te ha dicho algo?

—Absolutamente nada —dijo Mathias—. Tenía el aspecto preocupado que tienen los bretones cuando se acerca una tormenta, pero supongo que es su aspecto normal, incluso cuando no hay tormentas. Me ha hecho un breve gesto con la cabeza y se ha ido escaleras arriba. Me ha parecido escuchar que se quejaba de este caserón de cuatro pisos y sin teléfono. Eso es todo.

—Habrás que esperar —dijo Marc—. Y yo tengo que volver a mi puesto en la ventana. Menuda diversión. No sé lo que espera el viejo. Mujeres, hombres, paraguas, el cartero, el gordo Georges Gosselin, es todo lo que veo pasar.

—Y Alexandra —dijo Mathias.

—¿Qué opinas de ella? —preguntó Marc, indeciso.

—La encuentro adorable —dijo Mathias.

Satisfecho y celoso, Marc puso en una bandeja su taza y dos rebanadas de pan que Mathias había cortado, lo subió todo al segundo piso y acercó un taburete alto a la ventana. Al menos no estaría todo el día de pie.

Aquella mañana no llovía. Había una luz de junio muy aceptable. Con suerte, habría llegado a tiempo de ver a Lex saliendo para llevar a su hijo al colegio. Sí,

justo a tiempo. La joven cruzó, con el paso un poco cansino, dando la mano a Cyrille, que parecía estar contándole montones de historias. Como el día anterior, ella no levantó la cabeza hacia el caserón. Y, como el día anterior, Marc se preguntó por qué habría de hacerlo. Además, era mejor así. Que le hubiera visto apostado e inmóvil en un taburete comiendo pan con mantequilla y mirando la calle, sin duda no le habría beneficiado en nada. Marc no vio el coche de Pierre Relivaux. Seguramente habría salido pronto aquella mañana. ¿Honrado trabajador o asesino? Su padrino había dicho que el asesino era un matarife. Un matarife es otra cosa, menos patético y mucho más peligroso. Da mucho más miedo. A Marc no le parecía que Relivaux fuese un matarife, no le daba ningún miedo. En cambio, Mathias encajaba muy bien. Alto, grande, fuerte, imperturbable, un orangután con intenciones ocultas y, a veces, descabelladas, gran conocedor de la ópera sin que nadie lo sospechara. Sí, Mathias encajaba muy bien.

De pensamiento en pensamiento, dieron las nueve y media. Mathias entró para devolverle la goma. Marc le dijo que encajaba perfectamente en la imagen que él tenía de un matarife y Mathias se encogió de hombros.

—¿Cómo va la vigilancia?

—Nada —dijo Marc—. El viejo está pirado y yo lo sigo en su locura. Debe de ser de familia.

—Si esto dura —dijo Mathias—, te subiré la comida antes de irme al tonel.

Mathias cerró suavemente la puerta y Marc le oyó acomodarse en su mesa de trabajo del piso de abajo. Cambió de postura en el taburete. Conseguiría un cojín para días futuros. Se imaginó por un instante inmóvil años y años delante de la ventana, instalado en una mullida butaca especial, esperando inútilmente, visitado sólo por Mathias con sus bandejas. La mujer de la limpieza de Relivaux entró abriendo con su llave a las diez. Marc recuperó el hilo de sus breves pensamientos. Cyrille tenía la tez mate, el pelo rizado, el cuerpo rechoncho. Quizá el padre era gordo y feo, ¿por qué no? Mierda. ¿Por qué tenía que estar pensando siempre en ese tipo? Movié la cabeza y volvió a mirar hacia el frente occidental. La joven haya estaba floreciendo, contenta de que hubiera llegado junio. Marc no conseguía olvidar aquel árbol, y parecía ser el único que no lo olvidaba. Aunque había visto a Mathias detenerse el otro día delante de la verja de Relivaux y mirar de soslayo, le había parecido que observaba el árbol o más bien el pie del árbol. ¿Por qué Mathias contaba tan poco de lo que hacía? Sabía detalles sobre la carrera de Sophia. Sabía quién era cuando había ido a verles la primera vez. Ese tipo sabía mucho, pero nunca decía nada. Marc se propuso, cuando Vandoosler le dejara abandonar el taburete, preocuparse por el árbol. Como había hecho Sophia.

Vio pasar a una señora. Apuntó: « 10:20: una señora muy atareada pasa con la cesta de la compra. ¿Qué lleva en la cesta? ». Había decidido apuntar todo lo

que veía para aburrirse menos. Volvió a coger la hoja y añadió: « En realidad no es una cesta, sino lo que se llama un capacho. Capacho es una palabra graciosa, que ya sólo utiliza la gente mayor y en provincias. Ver su etimología ». La intención de buscar la etimología de la palabra « capacho » le animó un poco. Cinco minutos más tarde, volvió a coger la hoja. Era una mañana muy movida. Apuntó: « 10:25: un tipo enjuto llama a la puerta de la casa de Relivaux ». Marc se enderezó bruscamente. Era verdad, un tipo enjuto estaba llamando a la puerta de la casa de Relivaux, un tipo que no era ni el cartero ni el empleado de la compañía eléctrica ni el chico de la tienda.

Marc se levantó, abrió la ventana y se asomó. Mucha expectación para nada. Sin embargo, como Vandoosler daba tanta importancia a vigilar hasta si cagaba una paloma, a Marc le parecía también importante su misión de vigía y empezaba a confundir mierdas de paloma con pepitas de oro. De hecho, aquella mañana le había birlado a Mathias de su habitación unos gemelos de teatro, prueba de que éste había ido bastante a la ópera. Se ajustó los pequeños gemelos y se puso a otear. Claramente se trataba de un auténtico señor. Con una cartera de profesor, un abrigo claro y limpio, poco pelo, una silueta alta y delgada. La mujer de la limpieza le abrió y, por sus gestos, Marc comprendió que estaba diciendo que el señor no estaba en casa, que tendría que volver en otra ocasión. El tipo enjuto insistió. La mujer de la limpieza volvió a negar con la cabeza y aceptó la tarjeta que el tipo había sacado del bolsillo y en la que había escrito algo. Cerró la puerta. Bien. Una visita de Pierre Relivaux. ¿Debería ir a ver a la mujer de la limpieza? ¿Pedir que le dejara leer la tarjeta de visita? Marc escribió unas notas en su hoja. Al volver a levantar los ojos vio que el tipo no se había ido, que permanecía inmóvil ante la verja, indeciso, frustrado, meditabundo. ¿Y si había ido preguntando por Sophia? Finalmente se marchó balanceando la cartera. Marc se levantó de un salto, bajó la escalera a toda velocidad, corrió a la calle y, de varias zancadas, alcanzó al tipo flaco. Llevaba tanto tiempo quieto en la ventana que no iba a dejar escapar el primer acontecimiento relevante que le caía del cielo.

—Soy un vecino —dijo Marc—. Lo he visto llamar a la puerta. ¿Puedo ayudarlo en algo?

Marc estaba jadeante y seguía teniendo la pluma en la mano. El tipo lo miró con interés e incluso, a Marc se lo pareció, con cierta esperanza.

—Se lo agradezco —dijo el tipo—. Quería ver a Pierre Relivaux, pero no está.

—Vuelva esta tarde —dijo Marc—. Regresa hacia las seis o las siete.

—No —dijo el tipo—, su asistenta me ha dicho que se había ido de viaje por unos días y que no sabía adonde había ido ni cuándo volvería. Quizá el viernes o el sábado. No puede asegurarlo. Me fastidia mucho, porque vengo de Ginebra.

—Si quiere —dijo Marc, preocupado ante la idea de que se le escapara aquel

insignificante acontecimiento—, puedo intentar enterarme. Estoy seguro de obtener la información muy pronto.

El tipo dudó. Parecía preguntarse por qué Marc se interesaba tanto.

—¿Tiene usted tarjeta telefónica? —preguntó Marc. El tipo asintió con la cabeza y le siguió sin la menor resistencia hasta una cabina en la esquina de la calle.

—Es que no tengo teléfono —explicó Marc.

—Sí, claro —dijo el tipo.

Una vez en la cabina, sin dejar de vigilar al tipo enjuto con el rabillo del ojo, Marc preguntó en información el número de la comisaría del distrito 13. Fue una suerte tener la pluma. Apuntó el número en su mano y llamó a Leguennec.

—Inspector, pásame a mi tío, es urgente.

Marc pensaba que la palabra «urgente» era un término clave y decisivo cuando se quería algo de un poli. Unos minutos más tarde oyó la voz de Vandoosler.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vandoosler—. ¿Has averiguado algo?

Marc se dio cuenta en ese momento de que no había averiguado absolutamente nada.

—No creo —dijo—, pero pregunta a tu amigo bretón adonde ha ido Relivaux y cuándo va a volver. No habrá tenido más remedio que avisar de su ausencia a la policía.

Marc esperó unos instantes. Había dejado a propósito la puerta abierta para que el tipo oyera todo lo que decía, y no parecía sorprendido. Eso quería decir que estaba al corriente de la muerte de Sophia Siméonidis.

—Apunta —dijo Vandoosler—. Ha salido esta mañana de viaje de trabajo a Tolón. Se ha comprobado en el ministerio que no ha mentido. No se ha determinado el día de su vuelta, depende de cómo vayan sus asuntos allí. Lo mismo puede volver mañana que el lunes que viene. La poli puede ponerse en contacto con él en caso de urgencia a través del ministerio, pero tú no.

—Gracias —dijo Marc—. Y a ti ¿cómo te va?

—Se está investigando al padre de la amante de Relivaux, ¿recuerdas? Elizabeth. Su padre está en chirona desde hace diez años por haber cosido a puñaladas a un supuesto amante de su mujer. Leguennec dice que seguramente en la familia tienen la sangre caliente. Ha vuelto a llamar a Elizabeth y la está interrogando para saber si se parece más a su padre o a su madre.

—Perfecto —dijo Marc—. Di a tu amigo bretón que hay una terrible tempestad en Finisterre, eso seguramente le servirá de distracción, si le gustan las tempestades.

—Ya lo sabe. Me ha dicho: «Los barcos están en el muelle. Se esperan dieciocho que aún se encuentran en el mar».

—Muy bien —dijo Marc—. Hasta luego.

Marc colgó y se dirigió al tipo delgado.

—Tengo la información —dijo—. Venga conmigo.

Marc quería hacer entrar al tipo en su casa para saber al menos por qué buscaba a Pierre Relivaux. Seguramente era un asunto de trabajo, pero nunca se sabía. Para Marc, Ginebra implicaba necesariamente asuntos de trabajo, asuntos muy importantes.

El tipo le siguió, sin abandonar esa mirada de esperanza, cosa que intrigó a Marc. Le invitó a sentarse en el refectorio, y después de haber sacado dos tazas y puesto café a calentar, cogió la escoba y dio un fuerte golpe en el techo. Desde que se habían acostumbrado a llamar a Mathias de ese modo, siempre golpeaban en el mismo lugar para no estropear todo el techo. El palo de la escoba agujereaba el yeso y Lucien insistía en rellenar los agujeros. Cosa que aún no se había hecho.

Mientras tanto, el tipo había dejado la cartera en una silla y miraba la moneda de cinco francos clavada en la viga. Fue sin duda a causa de la moneda por lo que Marc entró sin preámbulos en el meollo de la cuestión.

—Estamos buscando al asesino de Sophia Siméonidis —dijo, intentando explicar por qué habían clavado una moneda de cinco francos.

—Yo también —dijo el tipo.

Marc sirvió el café. Se sentaron juntos. Así que era eso. Ya sabía que Sophia había muerto y también él buscaba al asesino. No parecía triste, así que Sophia no era alguien cercano. Buscaba por otra razón. Mathias entró en la sala y se sentó en el banco haciendo una pequeña reverencia con la cabeza.

—Mathias Delamarre —le presentó Marc—. Y yo soy Marc Vandoosler.

El tipo se vio obligado a presentarse.

—Me llamo Christophe Dompierre y vivo en Ginebra.

Entonces les tendió una tarjeta, pero esta vez no era telefónica.

—Ha sido usted muy amable ayudándome —añadió Dompierre—. ¿Cuándo volverá?

—Está en Tolón, pero el ministerio no puede precisar la fecha de su regreso. Entre mañana y el lunes. Depende de su trabajo. De todas formas, nosotros no podemos ponernos en contacto con él.

El tipo movió la cabeza y se mordió los labios.

—Es un gran contratiempo —dijo—. ¿Están ustedes investigando la muerte de la señora Siméonidis? ¿Son ustedes... policías?

—No. Era nuestra vecina y nos caía bien. Esperamos averiguar algo.

Marc se dio cuenta de que estaba diciendo frases muy tópicas y la mirada de Mathias se lo confirmó.

—El señor Dompierre también está buscando —dijo a Mathias.

—¿Qué? —preguntó Mathias.

Dompierre le observó. Los rasgos tranquilos de Mathias, el azul marino de sus

ojos debieron de inspirarle confianza, porque se quitó el abrigo y se instaló más cómodamente en la silla. Algo le pasa a uno por la cara que dura una fracción de segundo, pero que basta para saber si está decidido o no. Marc sabía captar perfectamente esa fracción de segundo y aquello le resultaba más fácil que conseguir que una piedra saltara a una acera. Dompierre acababa de decidirse.

—Quizá puedan ustedes hacerme un favor —dijo—. Avisarme en cuanto Pierre Relivaux regrese. ¿Les molestaría mucho?

—Será fácil —dijo Marc—, pero ¿qué quiere de él? Relivaux dice no saber nada del asesinato de su mujer. Los polis no le quitan ojo, pero de momento no tienen nada serio contra él. ¿Sabe usted algo más?

—No. Espero que sea él quien sepa algo más. De una visita que alguien iba a hacerle a su mujer, o algo así.

—No es usted muy claro —dijo Mathias.

—Es que aún no lo veo claro —dijo Dompierre—. Dudo. Dudo desde hace quince años, y con la muerte de la señora Siméonidis tal vez pueda encontrar lo que tanto tiempo he buscado. Lo que los polis no quisieron saber en otro tiempo.

—¿Cuándo?

Dompierre se movió en la silla.

—Es demasiado pronto para hablar —dijo—. Yo no sé nada. No quiero cometer un error, sería muy grave. Y no quiero que ningún poli se entrometa, ¿comprenden? Ningún poli. Si lo consigo, si encuentro el eslabón que falta, iré a verlos. O, más bien, les escribiré. No quiero verlos. Nos hicieron demasiado daño a mi madre y a mí hace quince años. No nos escucharon cuando sucedió aquello. Es verdad que teníamos poco que decir. Sólo lo que pensábamos. Lo que creíamos. Y eso no es nada para un poli.

Dompierre agitó el aire con la mano.

—Parece que les estoy contando mi vida —dijo—, y mi vida en cualquier caso no les concierne. Sin embargo, sigo pensando lo mismo, y mi madre también lo pensaba, aunque ahora está muerta. O sea, que lo pensábamos los dos. Y no voy a dejar que un poli me diga que miento. No, eso jamás.

Dompierre se calló y los miró, al uno y al otro.

—Ustedes me caen bien —dijo después de su examen—. Creo que no son de esa gente que se dedica a robar a los demás, pero prefiero esperar un poco antes de pedirles que me ayuden. Fui a Dourdan a ver al padre de la señora Siméonidis el fin de semana pasado. Me dejó ver sus archivos y creo haber descubierto algunas cosas. Le dejé mis señas por si encontraba nuevos documentos, pero me dio la impresión de que no me estaba escuchando. Está hecho polvo. Y el asesino se me sigue escapando. Busco un nombre. Díganme, ¿son ustedes vecinos desde hace mucho tiempo?

—Desde el 20 de marzo —dijo Mathias.

—Ah, eso no es mucho. Sin duda ella no les habrá hecho confidencias.

Desapareció el 20 de mayo, ¿verdad? ¿Vino alguien a verla antes de esa fecha? ¿Alguien inesperado para ella? No hablo de un viejo amigo o un conocido ocasional. No. ¿Alguien que no pensara volver a ver o incluso alguien que no conociera?

Marc y Mathias movieron la cabeza. Habían tenido poco tiempo para conocer a Sophia, pero podían preguntar a los demás vecinos.

—Llegó alguien totalmente inesperado —dijo Marc con el ceño fruncido—. En realidad no es alguien, sino algo.

Christophe Dompierre encendió un cigarrillo y Mathias se fijó en que sus delgadas manos temblaban ligeramente. Mathias había decidido que ese tipo le caería bien. Lo encontraba demasiado delgado, nada guapo, pero era íntegro, fiel a su idea, a su convicción. Como él cada vez que Marc no escuchaba cuando le hablaba de la caza del uro. Ese tipo tan endeble no soltaría el arco, no había la menor duda.

—En realidad se trata de un árbol —continuó Marc—, de una joven haya. No sé si eso puede interesarle, porque no sé lo que está buscando. No me quito de la cabeza ese árbol, aunque todo el mundo pasa de él. ¿Se lo cuento?

Dompierre hizo un gesto afirmativo, y Mathias le acercó un cenicero. Escuchó la historia con atención concentrada.

—Sí —dijo—, pero eso no me lo esperaba. De momento, no veo la relación.

—Yo tampoco —dijo Marc—. Realmente, creo que no hay relación y, sin embargo, pienso mucho en ello. Todo el tiempo. No sé por qué.

—Yo también pensaré en ello —dijo Dompierre—. Por favor, avísenme cuando Relivaux vuelva a aparecer. Quizá ha recibido a la persona que busco sin darse cuenta de la importancia de la visita. Les dejo mi dirección. Me hospedo en un hotelito del distrito 19, el Hotel du Danube, Rue de la Prévoyance. De niño viví allí. No duden en ponerse en contacto conmigo, incluso de noche, porque me pueden llamar de Ginebra en cualquier momento. Estoy en misión europea. Les voy a apuntar el nombre del hotel, la dirección y el teléfono. Mi habitación es la 32.

Marc le dio su tarjeta y Dompierre escribió sus señas. Marc se levantó y puso la tarjeta en la viga, debajo de la moneda de cinco francos. Dompierre lo miró mientras lo hacía. Por primera vez esbozó una sonrisa y entonces su cara se volvió casi atractiva.

—¿Estamos en el *Pequod*?

—No —dijo Marc también sonriendo—. Esto no es un ballenero sino un barco de investigación. Todos los períodos, todos los hombres, todos los espacios. Desde antes del 500.000 antes de Cristo a 1918, de África a Asia, de Europa a la Antártida.

—« Los cachalotes —citó Dompierre— al desplazarse de unos “pastos” a otros, siguen casi siempre lo que se llama “vetas”, sin desviarse ni un punto de

determinadas direcciones marítimas, con exactitud tan precisa que no hubo jamás ningún buque que siguiera su derrota con tan maravillosa precisión. De ahí que Acab confiara en encontrar su presa en pastos bien conocidos y pensara que podía incluso adelantarse a sus intenciones para esperarla en el instante preciso.»

—¿Se sabe *Moby Dick* de memoria? —le preguntó Marc, impresionado.

—Sólo estas frases, porque me han servido muchas veces.

Dompierre estrechó vivamente las manos de Marc y Mathias. Echó una última ojeada a su tarjeta puesta en la viga, como para comprobar que no había olvidado nada, cogió su cartera y salió. Cada uno apostado en una ventana rematada con un arco de medio punto, Marc y Mathias lo vieron alejarse hacia la verja.

—Qué curioso —dijo Marc.

—Mucho —dijo Mathias.

Una vez se instalaban en uno de los ventanales, no había quien los moviera de allí. El sol de junio iluminaba suavemente el descuidado jardín. La hierba crecía a toda velocidad. Marc y Mathias se quedaron cada uno en su ventana sin decir nada durante un buen rato. Fue Marc el primero que habló.

—Vas a llegar tarde al turno de mediodía —dijo—. Juliette se debe de estar preguntando dónde coño estás.

Mathias dio un respingo, subió a su piso a ponerse la ropa de camarero, y Marc lo vio salir corriendo embutido en el chaleco negro. Era la primera vez que Marc veía correr a Mathias. Y corría bien. Era un espléndido cazador.

Alexandra no hacía nada. Es decir, nada útil, nada rentable. Se había sentado a una mesita con la cabeza entre los puños. Pensaba en las lágrimas, en las lágrimas que nadie ve, de las que nadie sabe nada, en las lágrimas inútiles, pero que a pesar de todo brotan. Alexandra se apretaba la cabeza y apretaba los dientes. No servía de nada, por supuesto. Alexandra se incorporó. « Los griegos son libres, los griegos son orgullosos », decía su abuela. La vieja Andrómaca decía muchas cosas.

Guillaume había dicho que viviría mil años con ella. En realidad, calculándolo bien, habían sido cinco. « Los griegos creen en las palabras », decía la abuela. Quizá, pensaba Alexandra, pero entonces los griegos son gilipollas. Porque después había tenido que marcharse con la cabeza bien alta y la espalda bien derecha, abandonar los paisajes, los sonidos, los nombres y un rostro. Y andar con Cyrille por caminos llenos de baches, sin romperse las narices en los socavones llenos de mierda de las ilusiones perdidas. Alexandra estiró los brazos. Estaba harta. Como en el juego de las palabras encadenadas. ¿Cómo empezaba aquel juego? « Estoy harta, tabarra, rabo de buey... » La cosa iba bien hasta « tierra de fuego, gozo, zoquete », pero después se quedaba en blanco. Alexandra echó una ojeada al despertador. Había llegado la hora de ir a buscar a Cyrille. Juliette le había propuesto un precio especial para que el niño comiera en Le Tonneau todos los días después del colegio. Era una suerte haber dado con buena gente, como Juliette o los evangelistas. Disponía de aquella casita, cerca de ellos y eso la tranquilizaba. Quizá porque todos parecían estar con el agua al cuello. El agua al cuello. Pierre le había prometido que le encontraría un trabajo. Tenía que creer en Pierre, creer en su palabra. Alexandra se puso las botas rápidamente y cogió la chaqueta. ¿Qué podía ir después de « gozo, zoquete »? Llorar demasiado impide pensar bien. Se arregló el pelo con los dedos y se dirigió hacia el colegio.

En Le Tonneau había pocos clientes a esa hora y Mathias le ofreció la mesita que estaba cerca de la ventana. Alexandra no tenía hambre y pidió a Mathias que sólo sirviera al niño. Mientras Cyrille comía, se reunió con él en la barra y le dirigió una bella sonrisa. A Mathias le parecía que aquella chica tenía valor y hubiera preferido que comiera. Para alimentar ese valor.

—¿Sabes qué viene después de « gozo, zoquete »? Algo con « te » —le preguntó ella.

—No —dijo Mathias—. Yo decía otras palabras cuando era pequeño. ¿Quieres saberlas?

—No, me haría un lío.

—Yo las sabía —dijo Juliette—, pero ya ni siquiera recuerdo el principio.

—Me acabaré acordando —dijo Alexandra.

Juliette le había servido un platito de aceitunas y Alexandra se puso a comerlas volviendo a pensar en su anciana abuela, que sentía por las aceitunas negras una adoración casi religiosa. Realmente había adorado a la vieja Andrómaca y sus jodidas máximas, que soltaba a cada momento. Alexandra se frotó los ojos. Huía, soñaba. Debía ponerse bien derecha, hablar. « Los griegos son orgullosos.»

—Dime, Mathias —dijo—, esta mañana cuando vestía a Cyrille vi salir al comisario con Leguennec. ¿Hay algo nuevo? ¿Sabes algo?

Mathias miró a Alexandra. La joven seguía sonriendo, pero había titubeado no hacía mucho rato. Lo mejor que podía hacer era hablar.

—Vandoosler no dijo nada al salir —contestó—. En cambio Marc y yo hemos conocido a un tipo curioso. Un tal Christophe Dompierre, de Ginebra. Muy extraño. Nos contó una historia muy confusa, dijo algo de una vieja historia de hace quince años que esperaba resolver él solo con el asesinato de Sophia. La idea se le ha metido en la cabeza. Sobre todo ni una palabra a Leguennec; se lo hemos prometido. No sé lo que tiene en la cabeza, pero me disgustaría traicionarle.

—¿Dompierre? Ese nombre no me dice nada —dijo Alexandra—. ¿Qué quería?

—Ver a Relivaux, hacerle unas preguntas, saber si había recibido una visita reciente, inesperada. En fin, no estaba muy claro. En resumen, está esperando a Relivaux, es su idea fija.

—¿Le está esperando? Pero si Pierre va a estar fuera durante varios días... ¿No se lo has dicho? ¿No lo sabías? No se puede dejar a ese tipo vagando por la calle todo el día, aunque esté confuso.

—Marc se lo ha dicho. No te preocupes, sabemos dónde encontrarlo. Ha reservado una habitación en la Rue de la Prévoyance. Es un bonito nombre, ¿verdad? Metro Danube... Yo he visto el verdadero Danubio. A ti el hotel no te dice nada, está en lo más recóndito de la ciudad, al parecer vivió allí de niño. Realmente es un tipo curioso, muy tenaz. Incluso fue a ver a tu abuelo a Dourdan. Tenemos que avisarle cuando Relivaux vuelva, nada más.

Mathias rodeó la barra, fue a llevar a Cyrille un yogur y un trozo de tarta, y le hizo una breve caricia en el pelo.

—El pequeño come bien —dijo Juliette—. Es estupendo.

—Y a ti, Juliette —preguntó Mathias volviendo a la barra—, ¿te sugiere algo? ¿Una visita inesperada? ¿Sophia no te dijo nada?

Juliette reflexionó unos segundos moviendo la cabeza.

—Absolutamente nada —dijo ella—. Aparte de la famosa postal con la

estrella, no hubo nada. Nada que la hubiera preocupado en todo caso. A Sophia siempre se le notaba y creo que me lo habría dicho.

—No necesariamente —dijo Mathias.

—Tienes razón, no necesariamente.

—Empieza a haber gente, voy a tomar nota de los pedidos.

Juliette y Alexandra se quedaron un momento en la barra.

—Me pregunto —dijo Juliette— ¿si no sería, por casualidad, « gozo, zoquete, terreno pedregoso » ?

Alexandra frunció el ceño.

—Pero después ¿qué? —dijo—. « Pedregoso » ¿y qué más?

Mathias trajo los pedidos y Juliette se fue a la cocina. Ahora había demasiado ruido. Ya no se podía charlar tranquilamente en la barra.

Apareció Vandoosler. Buscaba a Marc, que ya no estaba en su puesto. Mathias le dijo que quizá había tenido hambre, algo normal a la una de la tarde. Vandoosler refunfuñó y volvió a marcharse antes de que Alexandra hubiera podido preguntarle algo. Se cruzó con su sobrino delante de la verja del caserón.

—¿Has desertado? —preguntó Vandoosler.

—No hables como Lucien, por favor —dijo Marc—. He ido a comprar un bocadillo, me moría de hambre. Mierda, he trabajado para ti toda la mañana.

—Para ella, san Marcos.

—¿Para quién?

—Lo sabes perfectamente. Para Alexandra. Siempre se mete en líos. Leguennec sigue investigando los delitos del padre de Elizabeth, pero no puede olvidar los dos cabellos en el coche. Le convendría estarse quieta. Al menor paso en falso, clac.

—¿Podría suceder eso?

Vandoosler movió la cabeza.

—Tu bretón es un gilipollas.

—Mi pobre Marc —dijo Vandoosler—, si todos los que se cruzan en nuestro camino fueran gilipollas, estaríamos apañados. ¿Me has comprado un bocadillo?

—No me dijiste que volvías. Mierda, tenías que haberme llamado.

—No tenemos teléfono.

—Ah, sí, es verdad.

—Y deja de decirme « mierda » continuamente, me crispa. He sido poli tanto tiempo que me han quedado secuelas.

—Eso seguro. ¿Qué te parece si entramos? Parto el bocadillo por la mitad y te cuento la historia del señor Dompierre. Es la cagada de paloma de esta mañana.

—Ya has visto que a veces cae.

—Perdona, pero he sido yo quien la ha cogido al vuelo. He hecho trampa. Si no bajaba a toda prisa las escaleras, lo perdía. De todas formas, no sé realmente si se trata de una buena cagada de paloma. Quizá no sea más que la cagadita de

un gorrión flacucho. Pienses lo que pienses, te aviso de que abandono la vigilancia. He decidido ir a Dourdan mañana.

La historia de Dompierre interesó vivamente a Vandoosler, pero no supo decir por qué. Marc pensó que no quería decirlo. El viejo relejó varias veces la tarjeta puesta debajo de la moneda de cinco francos.

—¿No te acuerdas de la cita de *Moby Dick*? —preguntó.

—No, ya te lo he dicho. Era una bonita frase, técnica y lírica al mismo tiempo, muy extensa, pero no tenía nada que ver con lo que buscaba. Una frase filosófica donde se resalta la búsqueda de lo imposible y todo eso.

—Aún así —dijo Vandoosler—, me hubiera gustado escucharla.

—No esperarás que relea todo el libro para buscarla, ¿verdad?

—No lo espero. Tu idea de Dourdan es buena, pero vas a ciegas. Por lo que sé, me sorprendería que Siméonidis tuviera algo que decirte. Y Dompierre seguramente no le ha hablado de « algunas cositas » que ha encontrado.

—También quiero hacerme una idea de la segunda mujer y del hijastro. ¿Puedes tomar el relevo esta tarde? Necesito reflexionar y desentumecerme.

—Vete, Marc. Yo necesito sentarme. Te tomo prestada tu ventana.

—Espera, tengo una cosa urgente que hacer antes de irme.

Marc subió a su piso y volvió a bajar tres minutos después.

—¿Ya lo has hecho? —preguntó Vandoosler.

—¿El qué? —dijo Marc poniéndose su chaqueta negra.

—Esa cosa urgente.

—Ah, sí. Era la etimología de la palabra « capacho ». ¿Quieres saberla?

Vandoosler movió la cabeza un poco decepcionado.

—Sí, ya verás que vale la pena. Su origen se remonta a 1327 y se llamaba así a las cestas en las que se enviaban los higos y las uvas del sur. Es interesante, ¿no?

—Me importa un bledo —dijo Vandoosler—. Ahora vete.

Vandoosler pasó el resto del día mirando la calle. Eso le divertía mucho, pero la historia de Marc y de Dompierre le preocupaba. Le parecía admirable que Marc se hubiera atrevido a abordar a ese hombre. Marc cedía con frecuencia a sus impulsos. A pesar de su forma de comportarse tan profunda, firme y demasiado pura, que sólo percibían quienes lo conocían bien, Marc divagaba un poco cuando analizaba algo, y sus numerosas digresiones cuando razonaba y su humor podían producir efectos increíbles. Marc podía ser tanto un ángel como un ser impaciente. Sin embargo, Mathias, aunque no era bueno describiendo las cosas, las intuía. Vandoosler pensaba en san Mateo como en una especie de dolmen, una roca maciza, estática, sagrada, pero impregnándose sin saberlo de toda clase de acontecimientos sensibles, orientando sus partículas de mica en el sentido de los vientos. Difícil de describir de todas formas. Porque al mismo tiempo era capaz de movimientos rápidos, de carreras, de audacias en instantes

juiciosamente determinados. En cuanto a Lucien, él era un idealista disperso en todos los excesos posibles, desde los más agudos a los más bajos, los más roncós. En su agitación cacofónica inevitablemente se producían impactos, colisiones diversas, capaces de producir chispas inesperadas.

¿Y Alexandra?

Vandoosler encendió un cigarrillo y volvió a la ventana. A Marc le gustaba esa chica, era probable, pero aún estaba demasiado pendiente de las huellas de su desaparecida mujer. A Vandoosler, que nunca había mantenido más de unos meses las promesas hechas para medio siglo, le costaba mucho entender a su sobrino y sus profundidades. ¿Por qué había que hacer tantas promesas? La cara de la joven medio griega le impresionaba. Por lo que percibía en ella, había en Alexandra un interesante combate entre vulnerabilidad y audacia, sentimientos auténticos y contenidos, una lucha feroz, a veces silenciosa. Ella tenía aquella mezcla de pasión y dulzura que él había descubierto y amado mucho tiempo antes en otra mujer. Y abandonado enseguida. Volvía a verla nítidamente alejándose por aquel andén de la estación con los gemelos, hasta que ya no se distinguían más que tres puntitos. ¿Dónde estaban aquellos tres puntitos? Vandoosler se irguió y se agarró a la barandilla del balcón. Desde hacía diez minutos había dejado de mirar la calle. Tiró el cigarrillo y volvió a repasar la lista de los argumentos nada desdeñables que Leguennec preparaba contra Alexandra. Tenía que conseguir más tiempo, ojalá sucediese algo que retrasase el resultado de la investigación del bretón. Quizá Dompierre acabara siendo la clave.

Marc volvió tarde, seguido de cerca por Lucien, que había ido a la compra y que la víspera había encargado a Marc dos kilos de langostinos, si parecían frescos y si robarlos le parecía factible, por supuesto.

—No ha sido fácil —dijo Marc, poniendo un gran paquete de langostinos sobre la mesa—. Nada fácil. En realidad, lo que hice fue birlar la bolsa al tipo que estaba delante de mí.

—Muy ingenioso —dijo Lucien—. Verdaderamente se puede contar contigo.

—La próxima vez intenta tener caprichos más asequibles —dijo Marc.

—Eso es cosa mía —dijo Lucien.

—Déjame que te diga que no habrías sido un soldado muy eficiente.

Lucien se paró en seco en su trabajo culinario y miró el reloj.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡La Gran Guerra!

—¿Qué pasa ahora con la Gran Guerra? ¿Te han movilizado?

Lucien soltó el cuchillo de cocina con gesto consternado.

—Hoy es 8 de junio —dijo—. Qué catástrofe, mis langostinos... Esta noche tengo una cena conmemorativa a la que no puedo faltar.

—¿Conmemorativa? Te estás haciendo un lío, amigo. En esta época del año se conmemora la Segunda Guerra Mundial, y es el 8 de mayo y no el 8 de junio.

Lo mezclás todo.

—No —dijo Lucien—. Por supuesto que la cena de la Segunda Guerra Mundial debía tener lugar el 8 de mayo, pero querían invitar a dos viejos veteranos de la Primera Guerra Mundial, por aquello del contexto histórico, ¿comprendes? Pero uno de los viejos estaba enfermo. Entonces han retrasado un mes la fiesta para los veteranos. Y eso hace que sea esta noche. No puedo faltar, es demasiado importante: uno de los dos viejos tiene noventa y cinco años y la cabeza perfecta. Tengo que conocerlo. Hay que elegir: la Historia o los langostinos.

—Escoge la Historia —dijo Marc.

—Evidentemente —dijo Lucien—. Corro a vestirme.

Dirigió una mirada llena de sincera tristeza a la mesa y subió a toda velocidad al tercer piso. Luego se fue corriendo y pidió a Marc que le dejara unos langostinos para cuando volviera por la noche.

—Estarás demasiado borracho para apreciar un manjar —dijo Marc.

Pero Lucien ya no le oía, corría hacia la Gran Guerra.

A Mathias le despertaron de su sueño repetidas llamadas. Mathias dormía siempre con un ojo abierto. Salió de la cama y vio por la ventana a Lucien gesticulando en la calle y gritando sus nombres. Se había encaramado a un gran cubo de basura, a saber por qué, quizá para que lo oyeran mejor, y su equilibrio parecía inestable. Mathias cogió un palo de escoba y dio dos golpes en el techo para despertar a Marc. No oyó que nada se moviera y decidió continuar sin su ayuda. Se reunió con Lucien en la calle en el momento en que éste se caía del cubo.

—Estás completamente borracho —dijo Mathias—. ¿No comprendes que no debes gritar en la calle a las dos de la mañana?

—He perdido las llaves, amigo —farfulló Lucien—. Las saqué del bolsillo para abrir la verja y se me resbalaron de las manos. Ellas solas, te lo juro, ellas solas. Se cayeron cuando pasaba por delante del frente oriental. Es imposible encontrarlas en medio de toda esta negrura.

—Tú sí que estás negro. Entra, buscaremos las llaves mañana.

—¡No, quiero mis llaves! —gritó Lucien, con la insistencia infantil y terca de los que se sienten realmente indefensos.

Escapó de los brazos de Mathias y se puso a buscar, con la cabeza baja y el paso inseguro, delante de la verja de Juliette.

Mathias vio a Marc, que, también despierto, se acercaba a ellos.

—No se puede decir que hayas acudido muy pronto —dijo Mathias.

—Yo no soy un cazador —dijo Marc—. No me sobresalto al primer grito de una bestia salvaje. Y ahora, en marcha. Lucien va a despertar a todos los vecinos, incluso a Cyrille; y tú, Mathias, estás completamente en cueros. No te lo reprocho, te lo recuerdo, nada más.

—¿Y qué quieres? —dijo Mathias—. Este imbécil no tenía otra cosa que hacer que levantarme en plena noche.

—Pero te vas a congelar.

Al contrario, Mathias sentía un calorcito que le recorría la espalda. No comprendía cómo Marc podía ser tan friolero.

—Estoy bien —dijo Mathias—. Tengo calor.

—Pues yo no —dijo Marc—. Vamos, lo meteremos en casa cogiéndolo cada uno de un brazo.

—¡No! —gritó Lucien—. ¡Quiero mis llaves!

Mathias suspiró y recorrió varios metros de la calle pavimentada.

Seguramente ese imbécil las había perdido por el camino. No, las descubrió entre dos adoquines. Las llaves de Lucien eran fáciles de encontrar: en el llavero había colgado un soldadito de plomo de época, con sus pantalones rojos y su capote azul con los faldones levantados. Aunque insensible a esa clase de futilidades, Mathias entendía que a Lucien le importaran tanto sus llaves.

—Las tengo —dijo Mathias—. Podemos llevarle a su cuarto.

—No quiero que me sujetéis —dijo Lucien.

—Avanza —dijo Marc sin soltarlo—. Recordemos que aún tenemos que tirar de él hasta el tercer piso. Hay para rato.

—« La estupidez militar y la inmensidad del océano son las dos únicas cosas que pueden dar una idea del infinito» —dijo Mathias.

Lucien se paró en seco en medio del jardín.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó.

—De un diario de las trincheras que se titula *Avanzamos*. Está en uno de tus libros.

—No sabía que me leías —dijo Lucien.

—Es prudente saber con quién se vive —dijo Mathias—. Y mientras, avancemos, ahora empiezo a sentir frío.

—Ah, menos mal —dijo Marc.

A Marc le sorprendió, durante el desayuno de la mañana siguiente, ver a Lucien zamparse con el café el plato de langostinos que le habían guardado.

—Pareces haberte recuperado del todo —dijo Marc.

—No creas —dijo Lucien haciendo una mueca—. Tengo resaca, siento como si llevara un casco en la cabeza.

—Perfecto —dijo Mathias—, eso te debe de hacer feliz.

—Muy gracioso —dijo Lucien—. Excelentes tus langostinos, Marc. Elegiste muy bien la pescadería. La próxima vez birla un salmón.

—¿Qué tal el veterano? ¿Has conseguido algo? —preguntó Mathias.

—Está estupendo. Tengo una cita dentro de ocho días, el miércoles. Después, ya no me acuerdo muy bien.

—Cerrad el pico —dijo Marc—, quiero oír las noticias.

—¿Esperas alguna especial?

—El temporal en Bretaña, me gustaría saber cómo va.

A Marc le encantaban los temporales, cosa que era bastante banal y él lo sabía. Aquél era ya un punto que tenía en común con Alexandra. Y eso era mejor que nada. Ella había dicho que le gustaba el viento. Marc puso sobre la mesa un pequeño aparato de radio lleno de manchas de pintura blanca.

—Cuando seamos mayores, nos compraremos una tele —dijo Lucien.

—¡Callaos de una vez!

Marc subió el volumen. Lucien hacía un ruido infernal pelando los langostinos.

Las noticias de la mañana se iban encadenando una tras otra. El primer ministro esperaba al canciller alemán. La Bolsa bajaba. El temporal amainaba en Bretaña y avanzaba hacia París, perdiendo fuerza a lo largo del camino. «Qué pena», pensó Marc. Un despacho de la Agencia Francesa de Prensa destacaba el hallazgo aquella mañana de un hombre asesinado en el aparcamiento de su hotel en París. Se trataba de Christophe Dompierre, de cuarenta y tres años, soltero, sin hijos y delegado de asuntos europeos. ¿Crimen político? La prensa no tenía más datos.

Marc posó bruscamente la mano en la radio y miró a Mathias, horrorizado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucien.

—¡Pero si es el tipo que estuvo aquí ayer! —gritó Marc—. ¡Crimen político, los cojones!

—No me dijiste su nombre —dijo Lucien.

Marc subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera hasta el desván. Vandoosler, despierto desde hacía mucho rato, estaba leyendo de pie ante su mesa.

—¡Han matado a Dompierre! —dijo Marc, casi sin aliento.

Vandoosler se volvió lentamente.

—Siéntate —dijo—, cuenta.

—No sé nada más —gritó Marc sin dejar de jadear—. Lo han dicho en la radio. ¡Que lo han matado y nada más! ¡Matado! Lo han encontrado esta mañana en el aparcamiento de su hotel.

—¡Qué gilipollas! —dijo Vandoosler dando un puñetazo en la mesa—. ¡Eso es lo que pasa cuando alguien quiere jugar solo la partida! El pobre tipo se ha dejado coger enseguida. ¡Qué gilipollas!

Marc movía la cabeza, desolado. Notaba que le temblaban las manos.

—Quizá fuera un gilipollas —dijo—, pero había descubierto algo importante, ahora lo sabemos. Tienes que avisar a tu amigo Leguennec, porque jamás lo relacionarán con la muerte de Sophia Siméonidis si no se les informa. Investigarán en Ginebra o vete a saber dónde.

—Sí, hay que avisar a Leguennec. Aunque nos reñirá a todos por no haberle avisado ayer. Dirá que eso habría evitado un asesinato y seguramente tendrá razón.

Marc emitió un gemido.

—Pero prometimos a Dompierre tener la boca cerrada. ¿Qué querías que hiciéramos?

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Vandoosler—. Y ahora pongámonos de acuerdo: por una parte, no fuiste tú quien corrió detrás de Dompierre, sino que fue él quien vino a llamar a tu puerta, como vecino de Relivaux. Por otra parte, solamente tú, san Mateo y san Lucas estabais al corriente de su visita. Yo no sabía nada, no me dijisteis nada. Hasta esta mañana no me habéis puesto al corriente de toda la historia. ¿Entendido?

—¡Qué bien! —gritó Marc—. ¡Ahora nos dejás plantados! ¡Seremos los únicos en este asunto a los que Leguennec pondrá verdes mientras tú te cubres las espaldas!

—Pero, joven Vandoosler, ¿es que no entiendes nada? Yo no consigo nada cubriéndome las espaldas. Un sermón de Leguennec no me produce ni frío ni calor. Lo que cuenta es que sigue confiando razonablemente en mí, ¿lo entiendes? De esa manera podré sonsacarle información, toda la que necesitamos.

Marc movió la cabeza. Lo entendía. Tenía un nudo en la garganta. «Ni frío ni calor.» Aquella frase de su padrino le recordaba algo. Ah, sí, aquella noche cuando habían llevado a Lucien al caserón. Mathias tenía calor, y él, con un pijama y un jersey, tenía frío. Era increíble el cazador-recolector. No tenía la menor importancia. Sophia había sido asesinada y ahora Dompierre. ¿A quién

había dejado Dompierre la dirección de su hotel? A todo el mundo. A ellos, a los de Dourdan, quizá a muchos otros, sin contar con que seguramente lo habían seguido. ¿Decírselo todo a Leguennec? Pero ¿y Lucien? Lucien había salido.

—Allá voy —dijo Vandoosler—. Voy a contárselo a Leguennec y seguramente iremos al lugar del crimen inmediatamente. Me convierto en su sombra y vuelvo con todo lo que pueda averiguar cuando hayan terminado. Reacciona, Marc. ¿Fuisteis vosotros los que armasteis todo ese escándalo anoche?

—Sí. Lucien había perdido su soldadito de plomo entre los adoquines.

Leguennec conducía a toda velocidad, furioso, con Vandoosler a su lado y la sirena funcionando para poder saltarse los semáforos en rojo y expresar así la magnitud de su enfado.

—Lo siento —dijo Vandoosler—. Mi sobrino no comprendió a tiempo la importancia de la visita de Dompierre y no consideró necesario hablarme de ella.

—Tu sobrino es idiota ¿o qué?

Vandoosler se crispó. Él podía poner a Marc de vuelta y media durante horas, pero no toleraba que nadie lo criticara.

—¿Puedes decir a tu sirena que se calle? —dijo—. Es muy difícil oírse en este coche. Ahora que Dompierre está muerto, ya no importa un minuto más o menos.

Sin decir una palabra, Leguennec la desconectó.

—Marc no es un idiota —dijo Vandoosler secamente—. Si tú investigaras tan bien como él investiga la Edad Media, hace mucho que habrías abandonado tu comisaría de barrio. Así que escúchame atentamente. Marc tenía la intención de avisarte hoy. Ayer tenía citas importantes, está buscando trabajo. Has tenido suerte de que él aceptara recibir a ese tipo sospechoso y trastornado, y escuchara su relato porque, si no, la investigación se habría dirigido hacia Ginebra y el eslabón que falta se te habría escapado. Deberías más bien estarle agradecido. De acuerdo, Dompierre se ha dejado matar, pero ayer no te habría dicho nada más y tú no le habrías puesto bajo protección. Así que, de todos modos, habría sucedido lo mismo. Ve más despacio, hemos llegado.

—Al inspector del distrito 19 —refunfuñó Leguennec, un poco más tranquilo—, le voy a decir que eres un colega. Pero tú me dejas actuar, ¿entendido?

Leguennec enseñó su placa para traspasar la barrera instalada delante del acceso al aparcamiento del hotel, en realidad un pequeño patinillo mugriento reservado a los vehículos de los clientes. El inspector Vernand, de la comisaría de la zona, había sido avisado de la llegada de Leguennec. No le molestaba pasarle el caso, porque se anunciaba complicado. No había mujer, ni herencia, ni turbios asuntos políticos, ningún móvil. Leguennec estrechó las manos, presentó de forma inaudible a su colega y escuchó la información que Vernand, un joven rubio, había recogido.

—El dueño del Hotel du Danube nos llamó esta mañana antes de las ocho.

Descubrió el cuerpo cuando recogía los cubos de basura. Le produjo una enorme impresión y todas esas cosas que se dicen en estos casos. Dompierre estaba en su establecimiento desde hacía dos noches, había llegado de Ginebra.

—Y se dirigía hacia Dourdan —precisó Leguennec—. Continúe.

—No recibió ninguna llamada ni tampoco correspondencia, excepto una carta sin franquear depositada a su nombre en el vestíbulo del hotel ayer por la tarde. El dueño recogió el sobre a las cinco y lo metió en el casillero de Dompierre, habitación 32. No hace falta que le diga que no se ha encontrado esa carta ni con él ni en su habitación. Es evidente que fue ese mensaje el que le indujo a salir. Una cita, muy probablemente. El asesino habrá recuperado su carta. Ese patinillo es perfecto para un crimen. Aparte de la pared de atrás del hotel, los otros dos muros son ciegos, y todo da a ese pasadizo por el que de noche sólo circulan las ratas. Además, cada cliente dispone de una llave que abre la puertecilla que da al patio, porque el hotel cierra la puerta principal a las once. Era fácil hacer bajar a Dompierre a una hora tardía por la escalera de servicio, hacerle salir por esa puerta y salirle al encuentro en el patinillo entre dos coches. Por lo que usted me ha dicho, el tipo estaba buscando información. No debió fiarse. Un golpe violento en el cráneo y dos navajazos en el vientre.

El médico, que se movía en torno al cuerpo, levantó la cabeza.

—Tres golpes —precisó—. No quisieron arriesgarse. El pobre hombre debió de morir pocos minutos después.

Vernand señaló unos trozos de cristal extendidos sobre un plástico.

—Fue con esta botellita de agua con la que golpearon a Dompierre. Ninguna huella, por supuesto.

Movió la cabeza.

—Vivimos en una época triste en la que cualquier cretino principiante sabe que hay que llevar guantes.

—¿La hora del fallecimiento? —preguntó Vandoosler en voz baja.

El médico forense se incorporó y se sacudió los pantalones.

—De momento, yo diría entre las once y las dos de la mañana. Seré más preciso después de la autopsia, porque el dueño del hotel sabe a qué hora cenó Dompierre. Les haré llegar mis primeras conclusiones por la tarde. En cualquier caso, no tardaré más de dos horas.

—¿El cuchillo? —preguntó Leguennec.

—Probablemente un cuchillo de cocina, de un modelo corriente, bastante grande. Un arma normal.

Leguennec se volvió hacia Vernand.

—¿El dueño del hotel no advirtió nada de particular en el sobre dirigido a Dompierre?

—No. El nombre estaba escrito a bolígrafo con mayúsculas. Un sobre blanco normal. Todo normal. Todo discreto.

—¿Por qué habría elegido este hotel de ínfima categoría? Dompierre no parecía estar sin un céntimo.

—Según el dueño del hotel —dijo Vernand—, Dompierre había vivido en este barrio cuando era pequeño. Le gustaba venir de vez en cuando.

Habían levantado el cuerpo. Ya no quedaba en el suelo más que el habitual trazo de tiza que rodeaba la silueta.

—¿La puerta seguía abierta esta mañana? —preguntó Leguennec.

—Cerrada —dijo Vernand—. Sin duda la cerró un cliente madrugador que salió hacia las siete y media, según el dueño del hotel. Dompierre aún tenía la llave de la puerta en el bolsillo.

—Y ese cliente ¿no advirtió nada?

—No, aunque su coche estaba aparcado muy cerca del cuerpo. Pero a su izquierda, y la puerta del conductor estaba situada al otro lado. De modo que su coche, un gran R 19, le tapaba totalmente el cadáver. Debí de arrancar sin darme cuenta de nada y seguir adelante.

—Bueno —concluyó Leguennec—. Le sigo, Vernand, para las formalidades. Supongo que no tiene inconveniente en transferirme el expediente, ¿verdad?

—En absoluto —dijo Vernand—. De momento la pista Siméonidis parece la única convincente. Así que tome usted el relevo. Si no averigua nada, me devuelve el expediente.

Leguennec dejó a Vandoosler en una boca de metro antes de llevar a Vernand a su comisaría.

—Dentro de un rato pasaré por tu casa —le dijo—. Tengo coartadas que comprobar. Aunque primero me pondré en contacto con el ministerio para saber por dónde anda Pierre Relivaux. ¿Por Tolón o por otra parte?

—¿Qué tal una partida de cartas esta noche? ¿Un ballenero? —propuso Vandoosler.

—Ya veremos. Pasaré en cualquier caso. ¿Qué esperas para pedir que te instalen el teléfono en tu casa?

—Tener dinero —dijo Vandoosler.

Era casi mediodía. Preocupado, Vandoosler buscó inmediatamente una cabina telefónica antes de coger el metro. Mientras atravesaba todo París, la información podría escapársele. No se fiaba de Leguennec. Marcó el número de Le Tonneau y Juliette contestó al otro lado de la línea.

—Soy yo —dijo—. ¿Puedes pasarme a san Mateo?

—¿Han encontrado algo? —preguntó Juliette—. ¿Saben quién es?

—Pero ¿crees que los casos se resuelven en dos horas? No, va a ser complicado, quizá sea imposible saberlo.

—Bueno —suspiró Juliette—. Te lo paso.

—¿San Mateo? —dijo Vandoosler—. Contéstame en voz baja. ¿Alexandra está comiendo ahí hoy?

—Es miércoles, pero está aquí con Cyrille. Se ha adaptado a su horario. Juliette le hace platos especiales. Hoy, el niño tiene puré de calabacín.

Bajo la maternal influencia de Juliette, Mathias empezaba a apreciar la cocina, era evidente. Seguramente, pensó Vandoosler con rapidez, aquel objeto de interés práctico le ayudaba a preservarse de un objeto de interés mucho más profundo, la propia Juliette y sus bellos hombros blancos. En su lugar, Vandoosler se habría lanzado sin dudarle sobre Juliette antes que sobre el puré de calabacín. Pero Mathias era un muchacho complicado, que medía sus actos, que no se exponía en terreno descubierto sin haber reflexionado largamente. Cada uno tiene su sistema con las mujeres. Vandoosler ahuyentó de su pensamiento los hombros de Juliette, cuya imagen le hacía estremecerse, sobre todo cuando se agachaba a coger un vaso. Estaba claro que no era el momento de estremecerse. Ni él, ni Mathias, ni nadie.

—¿Estaba ahí Alexandra ayer a mediodía?

—Sí.

—¿Le hablaste de la visita de Dompierre?

—Sí. Yo no pensaba hacerlo, pero fue ella la que me preguntó. Estaba triste. Entonces se lo conté. Para alegrarla.

—No te lo reprocho. No es malo dejar que se suelte el sedal. ¿Le diste su dirección?

Mathias reflexionó unos segundos.

—Sí —volvió a decir—. Ella temía que Dompierre esperara a Relivaux en la calle durante todo el día. Yo la tranquilicé, le dije que Dompierre se alojaba en un hotel de la Rue de la Prévoyance. El nombre me había gustado. Se lo dije, seguro. Y también le dije que era el Hotel du Danube.

—¿Qué podía importarle que un desconocido esperara a Relivaux durante todo el día?

—No lo sé.

—Escúchame atentamente, san Mateo. A Dompierre lo han liquidado entre las once y las dos de la mañana, de tres cuchilladas en el vientre. Lo citaron y le tendieron una trampa. Pudo haber sido Relivaux, que casualmente no se sabe por dónde anda, pudo haber sido alguien de Dourdan y pudo haber sido cualquier otro. Auséntate cinco minutos y ve a buscar a Marc, que me está esperando en casa. Resúmele lo que acabo de decirte sobre la investigación y dile que acuda a Le Tonneau e interroga a Lex sobre qué ha hecho esta noche. De manera amable y sosegada, si es capaz de ello. Que también pregunte discretamente a Juliette si ha visto u oído algo. Ella, al parecer, a veces duerme mal y quizá tengamos suerte por ese lado. Es imprescindible que sea Marc, y no tú, el que interroga, tú no, ¿me has entendido bien?

—Sí —dijo Mathias sin sentirse molesto.

—Y tú, tú haz de camarero, observa por encima de la bandeja y fijate en las

distintas reacciones. Y pide al cielo, san Mateo, que Alexandra no haya salido esta noche. Sea como sea, ni una palabra a Leguennec sobre esto de momento. Ha dicho que iba a la comisaría, pero es muy capaz de presentarse en el pabellón o en Le Tonneau antes que yo. Así que, date prisa.

Marc entró en Le Tonneau diez minutos más tarde, un poco a disgusto. Besó a Juliette, a Alexandra y al pequeño Cyrille, que se le echó al cuello.

—¿Te molesta si como contigo?

—Siéntate —dijo Alexandra—. Corre un poco a Cyrille, está ocupando todo el sitio.

—¿Ya lo sabes?

Alexandra asintió con la cabeza.

—Mathias nos lo ha contado. Además, Juliette había oído las noticias. Es el mismo hombre, ¿verdad? ¿No hay confusión posible?

—Desgraciadamente, ninguna.

—Qué mal —dijo Alexandra—. Habría hecho mejor contándolo todo. Ahora es muy posible que nunca lleguen a echar el guante al asesino de Sophia. Y eso no sé si podré soportarlo. ¿Cómo lo han matado? ¿Tú lo sabes?

—De varias cuchilladas en el vientre. No ha muerto en el acto, pero casi.

Mathias observó a Alexandra al traer el plato a Marc. La joven se estremeció.

—Habla más bajo —dijo ella señalando a Cyrille con la barbilla—. Te lo ruego.

—Ocurrió entre las once y las dos de la mañana. Leguennec está buscando a Relivaux. ¿Tú no oíste nada por casualidad? ¿Un coche?

—Estaba dormida, y cuando duermo no soy capaz de oír absolutamente nada. Imaginate que tengo tres despertadores en batería en mi mesita de noche, para estar segura de no llegar tarde al colegio. Además...

—¿Además?

Alexandra dudó, con el ceño fruncido. Marc sintió que le fallaban un poco las fuerzas, pero tenía órdenes.

—Además, en este momento, estoy tomando algo para dormir. Para no pensar demasiado. Así que tengo el sueño aún más profundo que de costumbre.

Marc movió la cabeza. Se quedó tranquilo, aunque le pareció que Alexandra le daba demasiadas explicaciones sobre su sueño.

—Pero Pierre... —continuó Alexandra—. No es posible, a pesar de todo. ¿Cómo se habría enterado de que Dompierre había venido a verlo?

—Dompierre pudo conseguir hablar con él más tarde por teléfono, a través del ministerio. No olvides que él también tenía contactos. Parecía obstinado, ¿sabes? Y con mucha prisa.

—Pero Pierre está en Tolón.

—El avión —dijo Marc—. Va muy deprisa. Ida y vuelta. Todo es posible.

—Comprendo —dijo Alexandra—. Pero se equivocan, Pierre no tocaría a Sophia.

—De todas formas, tenía una amante, y desde hacía un montón de años.

La cara de Lex se ensombreció. Marc lamentó su última observación. No tuvo tiempo de encontrar una frase un poco inteligente que decir a continuación, porque Leguennec entró en el restaurante. Su padrino había dado en el clavo. Leguennec intentaba adelantarse a él.

El inspector se acercó a su mesa.

—Si ha terminado de comer, señorita Haufman, y si puede dejar a su hijo con uno de sus amigos durante una hora, le agradeceré mucho que me acompañe. Necesito hacerle unas cuantas preguntas más. No tengo más remedio.

Qué cabrón. Marc no levantó la mirada hacia Leguennec. Sin embargo, tenía que reconocer que estaba haciendo su trabajo, y que haría lo mismo que acababa de hacer él unos minutos antes.

Alexandra no se alteró y Mathias le confirmó con un gesto que se ocuparía de Cyrille. La joven siguió al inspector y subió a su coche. Como se le había quitado el apetito, Marc empujó su plato y fue a instalarse en la barra. Pidió una cerveza a Juliette. Grande, si era posible.

—No te preocupes —le dijo Juliette—. No tiene nada contra ella. Alexandra no se ha movido en toda la noche.

—Lo sé —dijo Marc suspirando—. Es lo que ella dice, pero ¿por qué iba él a creerla? Desde el principio, no cree nada.

—Es su trabajo —dijo Juliette—, pero yo puedo decir que ella no se ha movido. Es la verdad y yo la diré.

Marc cogió la mano a Juliette.

—Dime, ¿qué sabes?

—Lo que he visto —dijo Juliette sonriendo—. Hacia las once, había acabado el libro que estoy leyendo y apagué la luz, pero me resultó imposible dormir. Me pasa a menudo. A veces, es porque oigo roncar a Georges en el piso de arriba, cosa que me horroriza. Pero ayer por la noche no se oían ronquidos. Bajé a buscar otro libro y estuve leyendo abajo hasta las dos y media. A esa hora me dije que era absolutamente imprescindible que me acostara y volví a subir. Decidí tomar una pastilla y me dormí. Sin embargo, lo que puedo decirte, Marc, es que desde las once y cuarto hasta las dos y media Alexandra no se movió de su casa. No hubo el menor ruido de la puerta ni del coche. Además, cuando va a pasear, siempre lleva al niño con ella, cosa que a mí, la verdad, no me gusta. Pues bien, anoche la lamparita de la habitación de Cyrille permaneció encendida. Tiene miedo a la oscuridad, cosa normal a su edad.

Marc sintió que todas sus esperanzas se venían abajo. Miró a Juliette, hecho polvo.

—¿Qué pasa? —dijo Juliette—. Esto debería tranquilizarte. ¡Lex no corre peligro, ningún peligro!

Marc movió la cabeza. Echó una ojeada a la sala, que se estaba llenando de gente, y se acercó a Juliette.

—¿Afirmas que hacia las dos de la mañana no oíste absolutamente nada? —susurró.

—¡Ya te lo he dicho! —susurró Juliette a su vez—. No tienes que preocuparte de nada.

Marc bebió la mitad de su vaso de cerveza y se sujetó la cabeza con las manos.

—Eres encantadora —dijo dulcemente—, absolutamente encantadora, Juliette.

Juliette le miraba sin comprender.

—Pero estás mintiendo —continuó Marc—. ¡Estás mintiendo en todo!

—No hables tan alto —ordenó Juliette—. Entonces ¿no me crees? ¡Esto sí que es el colmo!

Marc apretó más fuerte la mano de Juliette y vio que Mathias le miraba con el rabillo del ojo.

—Escúchame, Juliette: tú viste a Alexandra salir esta noche y sabes que nos ha mentado. Así que tú también mientes para protegerla. Eres un encanto, pero sin pretenderlo acabas de decirme lo que no querías que supiera. Porque a las dos de la mañana yo estaba fuera, ¿sabes? Y además delante de tu verja, intentando, junto con Mathias, tranquilizar a Lucien y llevarlo a casa. Y tú dormías como un tronco con tu comprimido y ¡ni siquiera nos oíste! ¡Dormías! Y debes saber, por otra parte, ya que me has hecho pensar en ello, que no había ninguna luz en la habitación de Cyrille. Ninguna. Pregunta a Mathias.

Juliette, con gesto decaído, se volvió hacia Mathias, que asintió lentamente.

—Así que, ahora, dime la verdad —continuó Marc—. Es mucho mejor para Lex, si queremos prepararle una coartada inteligente. Porque tu declaración de tres al cuarto no funcionará. Eres demasiado ingenua y tomas a los polis por chiquillos.

—No me aprietes tanto la mano —dijo Juliette—. ¡Me haces daño! Los clientes pueden vernos.

—¿Entonces, Juliette?

Muda, con la cabeza agachada, Juliette se había puesto a lavar unos vasos en el fregadero.

—Sólo tenemos que decir todos lo mismo —propuso de repente—. Vosotros no salisteis a buscar a Lucien, yo no oí nada y Lex no salió. Ya está.

Marc volvió a mover la cabeza.

—Pero date cuenta de que Lucien nos llamó a gritos. Otro vecino pudo oírle. Eso no se sostendrá y no hará más que empeorar las cosas. Dime la verdad, te

aseguro que es lo mejor. Después, ya encontraremos la forma de mentir.

Juliette seguía indecisa, retorciendo el paño de los vasos. Mathias se acercó a ella, puso su enorme mano en el hombro de Juliette y le dijo algo al oído.

—Bueno —dijo Juliette—. Es posible que me haya portado como una tonta, pero no podía imaginar que estuvierais todos fuera a las dos de la mañana. Alexandra salió en coche, es verdad. Arrancó muy suavemente con las luces apagadas, seguramente para no despertar a Cyrille.

—¿A qué hora? —preguntó Marc con un nudo en la garganta.

—A las once y cuarto. Cuando bajé a buscar un libro. Porque eso sí es verdad. Me molestó verla marchar otra vez, por el niño. Me molestó, lo llevara con ella o lo dejara solo. Me dije que tendría que atreverme a hablarlo con ella al día siguiente, aunque no fuera asunto mío. La lamparita de la habitación estaba encendida, eso también es verdad. Por supuesto, no me quedé leyendo abajo. Volví a subir y tomé el comprimido porque estaba enfadada. Me dormí casi inmediatamente. Y cuando me enteré de la noticia esta mañana en los informativos de las diez, me entró el pánico. Oí cómo Lex te decía hace un rato que no se había movido de su casa. Entonces pensé... pensé que lo mejor que se podía hacer...

—Era decir lo mismo que ella.

Juliette movió la cabeza, con tristeza.

—Habría hecho mejor callándome —dijo.

—No te reproches nada —dijo Marc—. Los polis se enterarán de todas formas. Porque Alexandra no aparcó el coche en el mismo lugar al volver. Ahora que lo sé, recuerdo muy bien que ayer, antes de la cena, el coche de Sophia estaba aparcado a cinco metros de tu verja. Pasé por delante. Es rojo y se ve enseguida. Esta mañana, cuando salí a comprar el periódico, hacia las diez y media, ya no estaba allí. Su lugar lo había ocupado otro coche, gris, el de los vecinos del fondo, creo. Al encontrar a la vuelta la plaza ocupada, Alexandra debió de ir a aparcar a otra parte. Para los polis será un juego de niños. Nuestra calle es pequeña, se sabe de quién es cada coche, cualquier vecino ha podido advertir esos detalles fácilmente.

—Eso no quiere decir nada —dijo Juliette—. Pudo salir esta mañana.

—Es lo que comprobarán.

—Pero si ella hubiera hecho lo que cree Leguennec, se las habría arreglado para aparcar en el mismo lugar esta mañana...

—No piensas, Juliette. ¿Cómo quieres que aparque en un lugar que ocupa otro coche? No puede hacer que desaparezca.

—Tienes razón, digo lo primero que se me ocurre. Al parecer, ya no puedo pensar. Sin embargo, eso no impide, Marc, que Lex haya salido a dar un paseo, ¡solamente a dar un paseo!

—Eso creo yo también —dijo Marc—. Pero ¿cómo quieres que a Leguennec

le entre eso en la cabeza? ¡Ha elegido bien la noche! Después de los problemas que ya le ha traído salir a pasear de noche, hubiera podido quedarse tranquila, ¿no?

—No tan alto —repitió Juliette.

—Es que me da rabia —dijo Marc—. Parece que lo hace a propósito.

—No podía adivinar que Dompierre sería asesinado. Ponte en su lugar.

—En su lugar y o habría tenido cuidado. ¡Está haciendo las cosas mal, Juliette, muy mal!

Marc dio un puñetazo en la barra y vació su cerveza.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó Juliette.

—Voy a ir a Dourdan, eso es lo que se puede hacer. Voy a buscar lo que Dompierre estaba buscando. Leguennec no tiene ningún derecho a impedírmelo. Siméonidis es libre de dejar leer sus archivos a quien quiera. Además, los polis pueden comprobar que no me llevo nada. ¿Tienes la dirección del padre en Dourdan?

—No, pero allí cualquiera te podrá informar. Sophia tenía una casa en la misma calle. Había comprado una casita para poder ir a ver a su padre sin tener que vivir bajo el mismo techo que su madrastra. No la soportaba. Está más o menos a las afueras de la ciudad, en la Rue des Ifs. Espera, voy a comprobarlo.

Mathias se acercó mientras Juliette iba a buscar su bolso a la cocina.

—¿Te vas? —dijo Mathias—. ¿Quieres que te acompañe? Sería más prudente. Esto está que arde.

Marc le sonrió.

—Gracias, Mathias, pero es mejor que te quedes aquí. Juliette te necesita y Lex también. Además, tienes al grieguecito a tu cargo y lo haces muy bien. Me tranquiliza saber que estás aquí. No te preocupes, no me pasará nada. Si tengo noticias que daros, telefonaré aquí o a casa de Juliette. Díselo a mi padrino cuando vuelva.

Juliette regresó con su agenda.

—El nombre exacto es «Allée des Grands Ifs» —dijo—. La casa de Sophia está en el 12. La del viejo no está lejos.

—Tomo nota. Si Leguennec te interroga, te dormiste a las once y no sabes nada. Sabrá arreglárselas.

—Por supuesto —dijo Juliette.

—Pasa la consigna a tu hermano, por si acaso. Voy de un salto a casa y cojo el próximo tren.

Un brusco golpe de viento abrió una ventana mal cerrada. El temporal previsto llegaba, aparentemente más fuerte de lo que se había anunciado. Aquello devolvió a Marc las fuerzas. Saltó del taburete y se marchó.

En el caserón, Marc hizo rápidamente el equipaje. No sabía exactamente

cuánto tiempo necesitaría ni si llegaría a descubrir algo. Sin embargo, había que intentarlo. Esa imbécil de Alexandra no había encontrado nada mejor que hacer que ir a pasear en coche. Qué gilipollas. Marc estaba furioso mientras metía desordenadamente algunas cosas en su bolsa de viaje. Sobre todo, intentaba convencerse de que Alexandra sólo había ido a dar una vuelta. De que le había mentido sólo para protegerse. Sólo eso y nada más. Todo aquello reclamaba de él un esfuerzo de concentración, de convicción. No oyó a Lucien entrar en su cuarto.

—¿Estás haciendo el equipaje? —dijo Lucien—. ¡Pero si lo estás arrugando todo! ¡Mira la camisa!

Marc echó una ojeada a Lucien. Allí estaba, no tenía clase el miércoles por la tarde.

—Me importa un carajo la camisa —dijo Marc—. Alexandra está en apuros. Salió esta noche la muy imbécil. Me voy a Dourdan. Voy a ver qué encuentro en los archivos. Espero que no estén en latín o en otra lengua romance. Estoy acostumbrado a examinar documentos rápidamente y confío en que encontraré algo.

—Voy contigo —dijo Lucien—. No tengo ganas de que te agujereen el vientre a ti también. Permanezcamos agrupados, soldado.

Marc dejó de hacer el equipaje y miró a Lucien. Primero Mathias y ahora él. Viniendo de Mathias, lo comprendía y le conmovía, pero Marc jamás habría pensado que Lucien pudiera interesarse por otra cosa que por sí mismo y por la Gran Guerra. Interesarse e incluso implicarse. Decididamente, se estaba equivocando muy a menudo en los últimos tiempos.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucien—. Pareces sorprendido.

—Digamos que estaba pensando en algo raro.

—Imagino lo que pensabas —dijo Lucien—. Pero es mejor ser dos en momentos así. Vandoosler y Mathias aquí, y tú y yo allí. Uno solo no gana una guerra, no tienes más que ver a Dompierre. Así que te acompaño. A mí también se me dan bien los archivos, e iremos más deprisa si somos dos. Dame tiempo para hacer mi equipaje y avisar al colegio de que he cogido... ¿otra gripe?

—De acuerdo —dijo Marc—, pero date prisa. El tren sale a las 14:57 de Austerlitz.

Un poco menos de dos horas más tarde, Marc y Lucien caminaban por la Allée des Grands Ifs. El viento soplaba con fuerza en Dourdan, y Marc aspiraba aquella corriente del noroeste. Se detuvieron ante el número 12, que estaba protegido por muros de una parte, y de otra por una puerta de entrada de madera maciza.

—Aúpame —dijo Marc—. Me gustaría mucho ver cómo es la casa de Sophia.

—¿Qué importancia tiene eso? —preguntó Lucien.

—Me apetece, nada más.

Lucien posó con cuidado su bolsa de viaje, comprobó que la calle estaba desierta y entrecruzó sólidamente las dos manos.

—Quítate el zapato —dijo a Marc—. No quiero que me ensucies las manos.

Marc suspiró, se quitó un zapato y, agarrándose a Lucien, se subió a sus manos.

—¿Ves algo? —preguntó Lucien.

—Siempre se ve algo.

—¿Qué?

—La finca es grande. Se nota que Sophia era rica. Desciende en suave pendiente por detrás de la casa.

—¿Cómo es la casa? ¿Fea?

—En absoluto —dijo Marc—. De estilo griego, a pesar de la cubierta de pizarra. Larga y blanca, sin pisos. Seguramente la mandó construir. Es curioso, ni siquiera están cerradas las contraventanas. Espera. No, es porque tiene las ventanas caladas. De estilo griego, ya te lo he dicho. Hay un pequeño garaje y un pozo. Lo único antiguo que hay ahí dentro es el pozo. No debe de ser desagradable en verano.

—¿Te puedo soltar? —preguntó Lucien.

—¿Te cansas?

—No, pero puede venir alguien.

—Tienes razón, voy a bajar.

Marc se volvió a calzar y recorrieron la calle mirando los nombres de las puertas o de los buzones, cuando los había. Preferían hacerlo así antes que preguntar a alguien, para que su presencia allí fuera lo más discreta posible.

—Ahí —dijo Lucien después de recorrer un centenar de metros—. Aquella casita llena de flores.

Marc descifró la placa de cobre borrosa: K. y J. Siméonidis.

—Muy bien —dijo—. ¿Recuerdas en qué hemos quedado?

—No me tomes por gilipollas —dijo Lucien.

—Entendido —dijo Marc.

Un anciano bastante guapo fue a abrirles. Los miró en silencio, esperando sus explicaciones. Desde la muerte de su hija había visto pasar a mucha gente, polis, periodistas y a Dompierre.

Lucien y Marc expusieron alternativamente el motivo de su visita, intentando mostrarse muy amables. Habían acordado aquella estrategia en el tren, pero la tristeza del rostro del viejo Siméonidis hacía que su amabilidad fuera cierta y no un truco. Hablaron con mucho afecto de Sophia. Casi acabaron creyendo en su propia mentira cuando dijeron que Sophia, su vecina, les había confiado una misión. Marc contó lo del árbol. No hay nada como apoyarse en una verdad para decir luego una mentira. Que a Sophia el asunto del árbol le preocupaba mucho. Que una noche, charlando en la calle antes de ir a dormir, les había hecho prometer que, si por casualidad le ocurría una desgracia, tratarían de averiguar lo que había ocurrido. Sophia no confiaba en la policía que, decía, se olvidarían del caso si no encontraban pistas. Pero había confiado en ellos para que llegaran hasta el final. Por eso estaban allí, porque consideraban que, por respeto y amistad hacia Sophia, tenían que cumplir lo que habían prometido.

Siméonidis escuchó con atención este relato, que a Marc le sonaba cada vez más estúpido y lioso a medida que lo iba soltando. Los invitó a entrar. Dentro estaba un poli de uniforme, que interrogaba en el salón a una mujer que debía de ser la señora Siméonidis. Marc no se atrevió a mirarla, a pesar de que el diálogo se había interrumpido cuando ellos entraron. Sólo pudo distinguir por el rabillo del ojo a una mujer de sesenta años bastante gorda, con el pelo estirado detrás de la nuca, que sólo les dedicó un ligero gesto de bienvenida. Estaba enfrascada en las preguntas del poli y tenía la expresión enérgica de los que desean que los califiquen de tales. Siméonidis cruzó la estancia con un paso bastante vivo, guiando a Marc y Lucien y mostrando una clara indiferencia por el poli que ocupaba su salón. Sin embargo, el poli detuvo a los tres levantándose con un movimiento brusco. Era un tipo joven con cara de bruto. Parecía uno de esos cretinos para quienes, tristemente, las órdenes son sus únicos pensamientos. Mala suerte. Lucien lanzó un suspiro exagerado.

—Lo siento, señor Siméonidis —dijo el poli—, pero no puedo autorizarle a que deje entrar a cualquiera en su domicilio sin que me informe de la identidad de esas personas y del motivo de su visita. Son las órdenes y usted ha sido informado de ellas.

Siméonidis esbozó una breve y perversa sonrisa.

—No es mi domicilio, es mi casa —dijo hablando muy alto—, y no son personas, son amigos. Y sepa que un griego de Delfos, nacido a quinientos metros

del Oráculo, no recibe ninguna orden de nadie. Métselo en la cabeza.

—Las leyes se dictan para todos, señor —respondió el poli.

—Puede usted meterse sus leyes por el culo —dijo Siméonidis en el mismo tono.

Lucien estaba feliz. Aquél era exactamente uno de esos viejos con los que habría podido reírse si las circunstancias no fueran tan tristes.

El poli aún los retuvo un buen rato: tomó nota de sus nombres y los identificó sin problemas, tras consultar su libreta, como los vecinos de Sophia Siméonidis. Sin embargo, como nada podía impedir consultar los archivos de otro con su consentimiento, tuvo que dejarles marchar, advirtiéndoles que, de todas formas, los interrogaría antes de irse. De momento, ningún documento debía salir de la casa. Lucien se encogió de hombros y siguió a Siméonidis. Repentinamente furioso, el viejo griego volvió sobre sus pasos y agarró al poli por la solapa de su chaqueta. Marc pensó que iba a darle un puñetazo y que la cosa se iba a poner interesante, pero el viejo dudó un instante.

—Está bien... —dijo Siméonidis después de un silencio—. Qué más da.

Soltó al poli como si fuera un objeto sucio y salió de la estancia para reunirse con Marc y Lucien. Subieron un piso, siguieron un pasillo, y, usando una llave que llevaba colgada del cinturón, el viejo les abrió la puerta de un cuarto poco iluminado con estanterías abarrotadas de documentos.

—El cuarto de Sophia —dijo en voz baja—. Supongo que es esto lo que les interesa, ¿no?

Marc y Lucien asintieron con la cabeza.

—¿Creen que encontrarán algo? —preguntó Siméonidis—. ¿De veras lo creen?

Les miraba fijamente con una mirada seca, los labios contraídos y la expresión dolorosa.

—¿Y si no encontramos nada? —dijo Lucien.

Siméonidis dio un puñetazo en la mesa.

—Tienen que encontrar algo —les ordenó—. Tengo 81 años, casi no puedo moverme ni tampoco pensar con claridad. Ustedes, quizá sí. Quiero al asesino. Nosotros los griegos no abandonamos jamás, eso es lo que decía mi vieja Andrómaca. Leguennec piensa como un poli. Necesito otras personas, necesito gente con más libertad de acción. No me importa que Sophia les confiara o no una «misión». Me da igual que sea verdad o que sea mentira. De hecho, creo que es mentira.

—Efectivamente, es mentira —admitió Lucien.

—Bien —dijo Siméonidis—. Nos estamos acercando. ¿Por qué investigan ustedes?

—Cuestión de oficio —dijo Lucien.

—¿Detectives? —preguntó Siméonidis.

—Historiadores —respondió Lucien.

—¿Y qué tienen que ver ustedes con Sophia?

Lucien señaló a Marc con el dedo.

—Él —dijo— no quiere que inculpen a Alexandra Haufman. Está dispuesto a colgar a cualquier otro en su lugar, incluso a un inocente.

—Excelente —dijo Siméonidis—. Si puede serles útil, sepan que Dompierre no se quedó aquí mucho tiempo. Creo que sólo consultó una carpeta, estoy seguro. Ya lo ven, los archivadores están clasificados por años.

—¿Sabe cuál examinó? —preguntó Marc—. ¿Se quedó usted con él?

—No. Dompierre deseaba estar solo a toda costa. Entré una vez a traerle café. Creo que estaba mirando al archivador de 1982, aunque no estoy seguro. Les dejo, no les haré perder más tiempo.

—Una pregunta más —dijo Marc—. ¿Cómo se está tomando su mujer el asunto?

Siméonidis hizo un gesto ambiguo.

—Jacqueline no ha llorado. No es mala, pero sí voluntariosa, siempre deseando «resistir». Para mi mujer la «resistencia» es lo que determina la calidad de una persona. Esta actitud ha llegado a ser tan habitual en ella que no se puede hacer nada para evitarlo. Y ante todo, protege a su hijo.

—¿Qué puede decir de él?

—¿De Julien? No es capaz de gran cosa. Un crimen sobrepasa en mucho su capacidad. Además, Sophia le había ayudado cuando no sabía qué hacer con su vida. Le encontró puestos de figurante aquí y allá, pero él no supo sacarles el menor provecho. Lloró un poco a Sophia. La quiso mucho en una época. De jovencito clavaba fotos suyas en la habitación. También escuchaba sus discos. Ahora ya no.

Siméonidis estaba cansado.

—Les dejo —repitió—. Para mí echar una siesta antes de cenar no es un deshonor. Además, a mi mujer le gusta esta debilidad. Pónganse a trabajar, no tienen mucho tiempo. Puede ocurrir que el poli acabe encontrando un medio legal de prohibir la consulta de mis archivos.

Siméonidis salió y se le oyó abrir una puerta al fondo del pasillo.

—¿Qué opinas de él? —preguntó Marc.

—Tiene una bonita voz que su hija heredó. Violento, autoritario, inteligente, divertido y peligroso.

—¿Y su mujer?

—Una idiota —dijo Lucien.

—La descartas muy deprisa.

—Los idiotas pueden matar, eso no descarta a nadie. Sobre todo los que, como ella, presumen de un carácter estúpido. La he oído hablar con el poli. Es muy simple, pero está satisfecha de sus cualidades. Los idiotas satisfechos

pueden matar.

Marc movió la cabeza mientras daba una vuelta por el cuarto. Se detuvo ante el archivador del año 1982, lo miró sin tocarlo y continuó examinando las estanterías. Lucien estaba muy atareado con su bolsa de viaje.

—Sacá el archivador del 82 —dijo—. El viejo tiene razón: quizá no tengamos mucho tiempo antes de que la Ley ponga obstáculos en nuestro camino.

—No fue 1982 lo que consultó Dompierre. El viejo se ha equivocado o ha mentido. Fue 1978.

—¿No hay polvo delante de ése? —preguntó Lucien.

—Exactamente —dijo Marc—. Ningún otro ha sido movido desde hace mucho tiempo. Los polis aún no han tenido tiempo de meter sus narices aquí.

Sacó el archivador de 1978 y vació con suavidad el contenido sobre la mesa. Lucien lo hojeó rápidamente.

—No se refiere más que a una sola ópera —dijo—. *Elektra*, en Toulouse. Para nosotros no significa nada, pero Dompierre debió de buscar algo en él.

—Vamos allá —dijo Marc, un poco desanimado por el montón de antiguos artículos de prensa recortados, comentarios manuscritos añadidos a veces, muy probablemente, por Siméonidis, fotos, entrevistas. Los recortes de periódicos estaban cuidadosamente sujetos con clips.

—Localiza los clips que han sido quitados —dijo Lucien—. Este cuarto es un poco húmedo y han tenido que dejar un rastro de herrumbre o una pequeña huella. Eso nos permitirá saber qué artículos interesaron a Dompierre en este fárrago.

—Es lo que estoy haciendo —dijo Marc—. Las críticas son elogiosas. Sophia gustaba. Ella se consideraba mediocre, pero valía mucho más de lo que decía. Mathias tiene razón. Pero ¿qué coño estás haciendo? Ven a ayudarme.

Lucien estaba metiendo en ese momento varios montoncitos en su bolsa.

—Aquí están —dijo Marc alzando el tono—, cinco grupos de artículos en los que el clip se ha vuelto a poner recientemente.

Marc cogió tres y Lucien dos. Leyeron en silencio y a toda velocidad durante un buen rato. Los artículos eran largos.

—¿Has dicho que las críticas eran elogiosas? —preguntó Lucien—. Pues ésta, la verdad, no es muy amable con Sophia.

—Esta tampoco —dijo Marc—. El autor la ataca con saña. No debió de gustarle mucho. Ni al viejo Siméonidis. Escribió al margen: « un gilipollas ». ¿Y quién es el gilipollas?

Marc buscó la firma.

—Lucien —dijo—, este crítico « gilipollas » se llama Daniel Dompierre. ¿Te da que pensar?

Lucien cogió el artículo de las manos de Marc.

—Entonces —dijo—, ¿nuestro muerto sería familiar suyo? ¿Un sobrino, un

primero, un hijo? ¿Fue así como llegó a saber algo sobre esa ópera?

—Tuvo que ser así, sin duda. Esto empieza a tomar cuerpo. ¿Cómo se llama tu crítico que despelló a Sophia?

—Rene de Frémonville. No lo conozco. De todas formas, no sé nada de música. Espera, aquí hay algo sorprendente.

Lucien se puso a leer otra vez, con el rostro transformado. Marc esperó.

—¿Qué? —dijo Marc.

—No te alteres, no tiene nada que ver con Sophia. Está al dorso del recorte. Es el principio de otro artículo también de Frémonville, pero a propósito de una obra de teatro: un fracaso total, una recreación superficial y descabellada de lo que piensa un muchacho en una trinchera en 1917. Un monólogo de casi dos horas absolutamente insoportable, al parecer. Desgraciadamente, me falta el final del artículo.

—Mierda, no empieces ¡Me importa un carajo, Lucien, un carajo! ¡No hemos venido hasta Dourdan para eso, por todos los santos!

—Cállate. Frémonville dice en medio de una frase que conserva de su padre cuadernos de guerra y que el autor de la obra tendría que haber pensado en consultar esa clase de documentos antes de lanzarse a un drama sobre lo que imagina un soldado. ¿Te das cuenta? ¡Cuadernos de guerra! ¡Escritos allí mismo, desde agosto de 1914 hasta octubre de 1918! ¡Siete cuadernos! ¿Te das cuenta de lo que es eso? ¡Una serie completa! ¡Ojalá ese padre hubiera sido campesino, ojalá! ¡Sería una mina, Marc, una rareza! ¡Dios mío, haz que el padre de Frémonville haya sido campesino! ¡Sí señor, he hecho bien en acompañarte!

Feliz y lleno de esperanza, Lucien se había puesto de pie y recorría el cuartito sombrío, leyendo una y otra vez el trozo mutilado de aquella vieja hoja de periódico. Exasperado, Marc volvió a dedicarse a hojear los documentos que Dompierre había consultado. Además de los artículos desfavorables sobre Sophia, había otros tres montones que contenían textos más anecdóticos y relataban un incidente grave que había perturbado durante varios días las representaciones de *Elektra*.

—Escucha —dijo Marc.

Pero no había nada que hacer. Lucien estaba en otra parte, lejos, sumido en el descubrimiento de su mina y era absolutamente incapaz de interesarse por otra cosa. Y eso que al principio había mostrado muy buena voluntad. Aquellos cuadernos de guerra habían sido una contrariedad. Disgustado, Marc leyó en silencio, para él solo. Sophia Siméonidis había sido agredida y luego la habían intentado violar en su camerino, hora y media antes de la representación. Según ella, el agresor había huido repentinamente al oír ruido. No podía proporcionar datos sobre él. Llevaba una cazadora oscura, una capucha de lana azul y le había dado varios puñetazos para tumbarla en el suelo. Se había quitado la capucha, pero ella estaba demasiado aturrida para poder identificarlo y él había apagado

la luz. Cubierta de cardenales, que afortunadamente no eran graves, y en estado de shock, Sophia Siméonidis había sido conducida al hospital para ser sometida a observación. A pesar de todo, se había negado a presentar una denuncia y, por lo tanto, no se había abierto ninguna investigación. Sin poder basarse más que en conjeturas, los periodistas suponían que el ataque lo había llevado a cabo un figurante, pues el teatro estaba cerrado a esas horas al público. La culpabilidad de los cinco cantantes de la compañía quedó totalmente descartada: dos de ellos eran cantantes famosos y habían declarado haber llegado más tarde al teatro, cosa que fue confirmada por los conserjes, hombres mayores igualmente descartados como sospechosos. Leyendo entre líneas se podía concluir que, más que la fama o la hora a la que habían llegado, eran las opciones sexuales de los cinco cantantes masculinos lo que los dejaba al margen. En cuanto a los numerosos figurantes, nada en la escueta descripción de la cantante permitía orientar las sospechas hacia uno u otro. Sin embargo, precisaba uno de los periodistas, había dos figurantes que no se habían presentado al reestreno, al día siguiente. A pesar de todo, el periodista admitía que aquel comportamiento era bastante habitual entre los figurantes, chicos y chicas anónimos a los que se solía pagar por día y a los que nadie aseguraba su continuidad, por lo que siempre estaban dispuestos a abandonar en cualquier momento una representación por un *casting* publicitario más prometedor. También sugería que ninguno de los hombres del personal técnico podía ser descartado.

El espectro era amplio. Marc, con el ceño fruncido, volvió a las críticas de Daniel Dompierre y Rene de Frémonville. Al ser críticas musicales sobre todo, no se extendían sobre las circunstancias de la agresión, limitándose a señalar que Sophia Siméonidis, víctima de un accidente, había tenido que ser reemplazada durante tres días por su sustituta, Nathalie Domesco, cuya execrable imitación había acabado definitivamente con *Elektra*; una *Elektra* que el regreso de Sophia Siméonidis tampoco había podido salvar. La cantante, a la salida del hospital, había vuelto a demostrar su incapacidad para interpretar aquel papel para gran soprano dramática. Los periodistas concluían que el shock sufrido por la cantante no podía excusar tan mala representación y que había cometido un lamentable error al querer abordar con *Elektra* una partitura que estaba mucho más allá de sus posibilidades vocales.

Aquello irritó a Marc. Era cierto que Sophia les había dicho que no había sido «la Siméonidis». Era cierto que Sophia quizá no debería de haberse lanzado a interpretar *Elektra*. Quizá. Él no era un entendido, y tampoco Lucien. Sin embargo, aquella crueldad demoledora de los dos críticos lo ponía fuera de sí. No, Sophia no se merecía eso.

Marc echó mano de otros archivadores: otras óperas. Siempre críticas elogiosas, o simplemente halagadoras o satisfechas, pero siempre reproches mordaces en las plumas de Dompierre y Frémonville, incluso cuando Sophia se

limitaba a su estricto registro de soprano lírica. Claramente, aquellos dos no querían a Sophia, ya desde sus comienzos. Marc volvió a colocar los archivadores en su sitio y se puso a reflexionar con la cabeza apoyada en los puños. Se había hecho casi de noche y Lucien había encendido dos lamparitas.

Sophia agredida... Pero no había denunciado golpes ni heridas. Volvió a *Elektra*, recorrió muy rápidamente todos los demás artículos que hablaban de la ópera y todos contaban un poco lo mismo: la pésima puesta en escena, la mediocridad de los decorados, la agresión contra Sophia Siméonidis, el regreso esperado de la cantante, con la diferencia de que los críticos apreciaban el esfuerzo de Sophia en lugar de ponerla por los suelos como habían hecho Dompierre y Frémonville. No sabía qué guardar de todo aquel archivador de 1978. Habría hecho falta poder releerlo todo hasta en los menores detalles. Comparar, averiguar por qué había escogido esos recortes Christophe Dompierre. Habría hecho falta copiar al menos los artículos que el muerto había leído. Era mucho trabajo, horas de trabajo.

En ese instante Siméonidis entró en el cuarto.

—Tienen que darse prisa —dijo—. Los polis están buscando la forma de obligarles a concluir la consulta de mis archivos. Ahora no tienen tiempo de ocuparse de ellos y deben de temer que se les adelante el asesino. He oído al imbécil de abajo llamar por teléfono después de mi siesta. Quiere precintarlos. Parece que lo va a conseguir.

—No se preocupe —dijo Lucien—. Habremos terminado en media hora.

—Perfecto —dijo Siméonidis—. Avanzan deprisa.

—A propósito —dijo Marc—, ¿su hijastro también figuró en *Elektra*?

—¿En Toulouse? Sin duda —dijo Siméonidis—. Figuró en todos sus espectáculos, de 1973 a 1978. Fue después cuando lo abandonó todo. No se centren en él, pierden el tiempo.

—¿Sophia le contó la agresión que sufrió durante la representación de *Elektra*?

—Sophia detestaba que se hablara de ello —dijo Siméonidis después de un silencio.

Cuando el viejo griego se hubo marchado, Marc miró a Lucien que, desplomado en una butaca desvencijada, estiraba las piernas y jugueteaba con su recorte de periódico.

—¿Dentro de media hora? —gritó Marc—. No te das cuenta de nada, sólo sueñas con tus cuadernos de guerra. Hay montones de cosas que copiar, y tú, ¿tú te bloqueas hasta dentro de media hora?

Sin moverse, Lucien señaló su bolsa con el dedo.

—Ahí dentro —dijo—, he metido dos kilos y medio de ordenador portátil, nueve kilos de escáner, perfume, un calzoncillo, una cuerda gruesa, un edredón, un cepillo de dientes y una rebanada de pan. ¿Comprendes por qué quería coger

un taxi en la estación? Prepárame los documentos que necesites, grabo todo lo que te guste y lo llevamos con nosotros al caserón desvencijado. Y ya está.

—¿Cómo se te ha ocurrido?

—Después de lo que le pasó a Dompierre, se podía pensar que los polis intentarían prohibir que se copiasen los archivos. Prever las maniobras del adversario, amigo mío, es el auténtico secreto de una guerra. La orden oficial llegará pronto, pero después de nosotros. Ahora, date prisa.

—Perdona —dijo Marc—, ahora mismo estoy muy nervioso. Bueno, tú también.

—No, yo me dejo llevar por la cólera, en una u otra dirección. Es muy diferente.

—¿Son tuyos esos cacharros? —preguntó Marc—. Valen mucha pasta.

Lucien se encogió de hombros.

—Me los ha prestado la facultad, tengo que devolverlos dentro de cuatro meses. Sólo son míos los cables.

Se echó a reír y enchufó las máquinas. A medida que los documentos eran copiados, Marc respiraba mejor. Seguramente no habría nada que sacar de ellos, pero la idea de poder consultarlos sin prisa, al abrigo de su segundo piso medieval, lo aliviaba. Se reprodujo lo esencial del archivador.

—Fotos —dijo Lucien agitando una mano.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Mete las fotos.

—Sólo hay fotos de Sophia.

—¿Y de una vista panorámica, de la compañía saludando, de la cena después del ensayo general?

—Sólo de Sophia, te digo.

—Entonces déjalo.

Lucien enrolló sus aparatos en un viejo edredón, hizo un hatillo con todo y lo ató a una larga cuerda. Luego abrió suavemente la ventana y bajó con mucha precaución el delicado paquete.

—No existe un cuarto sin una abertura —dijo—. Y debajo de una abertura, siempre hay un suelo, sea cual sea. En este caso está el patinillo de los cubos de basura, y lo prefiero a la calle. Allá va.

—Alguien sube —dijo Marc.

Lucien soltó la cuerda y cerró la ventana sin hacer ruido. Volvió a sentarse en la vieja butaca y recuperó su pose lánguida.

El poli entró con la expresión triunfante del tipo que acaba de abatir un perdigón en pleno vuelo.

—Está absolutamente prohibido hacer copias, absolutamente prohibido consultar —dijo el imbécil—. Son las nuevas órdenes. Cojan sus cosas y salgan de aquí.

Marc y Lucien obedecieron a regañadientes y siguieron al poli. Cuando volvieron al salón, la señora Siméonidis había puesto la mesa para cinco. Así pues, contaban con ellos para cenar. Cinco, pensó Marc, ¿eso quería decir que también estaría el poli? ¿O vendría a cenar el hijo? Dieron las gracias. El joven poli los registró antes de que se sentaran y vació el contenido de sus bolsas, que puso boca abajo y examinó del derecho y del revés.

—Muy bien —dijo—, pueden volver a guardarlo todo.

Abandonó el salón y fue a apostarse en la entrada.

—Si yo fuera usted —le dijo Lucien—, vigilaría la puerta del cuarto de los archivos hasta nuestra marcha. Podríamos volver a subir. Corre usted un gran riesgo, agente.

Disgustado, el poli fue al piso de arriba y se instaló dentro del cuarto. Lucien pidió a Siméonidis que le indicara el acceso al patinillo de los cubos de basura y salió a recuperar el paquete, que introdujo en el fondo de su bolsa de viaje. Le pareció que, desde hacía algún tiempo, los cubos de basura estaban muy presentes en su vida.

—No se preocupe —le dijo Lucien—. Todos sus originales se han quedado arriba. Tiene usted mi palabra.

El hijo llegó un poco tarde para ocupar su lugar en la mesa. Con pasos lentos, como si le pesaran sus cuarenta años, Julien no había heredado de su madre ese afán por parecer indispensable y eficaz. Sonrió amablemente a los dos invitados, un poco triste, apagado, y Marc sintió lástima. Aquel tipo, del que decían que era inútil e indeciso, acorralado entre una madre activa y un padrastro patriarcal, le daba pena. Marc se sentía rápidamente conmovido cuando le sonreían con amabilidad. Y, además, Julien había llorado por Sophia. No era feo, pero tenía la cara hinchada. Marc habría preferido sentir aversión, hostilidad, en resumen, algún sentimiento más adecuado para con un asesino. Sin embargo, como jamás había visto a un asesino, se dijo que un ser tan blando aplastado por su madre y que sonreía amablemente podía perfectamente dar el tipo. Llorar un poco no quiere decir nada.

También su madre podía dar el tipo. Moviéndose sin parar, más atareada de lo que exigía el servicio de la mesa, más locuaz de lo que requería la conversación, Jacqueline Siméonidis era agotadora. Marc observó su moño bajo, recogido con precisión en la nuca, sus fuertes manos, su voz y su animación falsas, su estúpida determinación cuando repartía a cada uno su ración de endibias con jamón, y pensó que aquella mujer podía ser capaz de cualquier cosa con tal de aumentar su poder o su capital y de resolver los desastres financieros de su indolente hijo. ¿Por qué se había casado con Siméonidis? ¿Por amor? ¿Porque era el padre de una cantante ya famosa? ¿Porque aquello abriría a Julien las puertas de los teatros? Sí, tanto el uno como la otra tenían motivos para matar y seguramente ganas. El viejo no, evidentemente. Marc le veía

cortar las endibias con gestos enérgicos. Su autoritarismo habría hecho de él un auténtico tirano si Jacqueline no hubiera tenido con qué defenderse. Sin embargo, el patente sufrimiento del padre griego lo dejaba al margen de cualquier sospecha. Todo el mundo estaba de acuerdo en ese punto.

A Marc le horrorizaban las endibias con jamón, salvo cuando estaban muy bien hechas, cosa que raramente ocurría. Veía a Lucien atiborrarse mientras él se debatía con aquella sustancia amarga y acuosa que le repugnaba. Lucien había tomado las riendas de la conversación, que giraba sobre la Grecia de principios de siglo. Siméonidis le respondía con frases breves, y Jacqueline desplegaba su energía demostrando un vivo interés por todo.

Marc y Lucien cogieron el tren de las 22:27. Fue el viejo Siméonidis quien los llevó en coche a la estación conduciendo seguro y rápido.

—Ténganme al corriente —dijo estrechándoles la mano—. ¿Qué contiene su paquete, joven? —preguntó a Lucien.

—Un ordenador y algunos complementos —dijo Lucien sonriendo.

—Bien —dijo el anciano.

—En realidad —dijo Marc—, fue el archivo de 1978 el que Dompierre consultó, y no el de 1982. Ahora que lo sabe, quizá usted encuentre cosas que a nosotros se nos han escapado.

Marc se fijó en la reacción del anciano. Se sentía ofendido porque un padre no mata a su hija, salvo Agamenón. Pero no respondió.

—Ténganme al corriente —repetió.

Durante la hora que duró el viaje, Lucien y Marc no se dijeron una palabra. Marc, porque le gustaban los trenes de noche, y Lucien, porque pensaba en los cuadernos de guerra de Frémonville padre y en la forma de obtenerlos.

Al entrar hacia medianoche en el caserón, Marc y Lucien encontraron a Vandoosler esperándoles en el refectorio. Cansado, incapaz de clasificar toda la información recogida, Marc confiaba en que su padrino no le retendría demasiado tiempo. Porque estaba claro que Vandoosler esperaba un informe detallado. Lucien, por el contrario, parecía estar en perfecta forma. Con mucho cuidado, se había desembarazado de su bolsa de doce kilos y se había servido una copa. Preguntó dónde estaban las guías telefónicas.

—En el sótano —dijo Marc—. Ten cuidado, están calzando el banco de carpintero.

Se oyó un estruendo en el sótano y Lucien volvió, feliz, con una guía telefónica bajo el brazo.

—Lo siento —dijo—, se ha caído todo.

Se instaló con su copa en un extremo de la gran mesa y se puso a consultar la guía telefónica.

—No puede haber montones de personas que se llamen Rene de Frémonville —dijo—. Con suerte, vive en París. Para un crítico de teatro y de ópera, parece lo propio.

—¿Qué estáis buscando? —preguntó Vandoosler.

—Es él quien busca —dijo Marc—. No yo. Quiere encontrar a un crítico cuyo padre dejó constancia de toda su guerra en unos cuadernitos. Está entusiasmado. Reza a todos los dioses actuales y pasados para que el padre haya sido campesino. Al parecer, si es así, resulta mucho más raro. Ha estado rezando durante todo el viaje.

—¿Y eso no puede esperar? —preguntó Vandoosler.

—Sabes perfectamente —dijo Marc— que para Lucien la Gran Guerra no puede esperar. Incluso habría que preguntarse si se ha dado cuenta de que ya terminó. En cualquier caso, está en ese estado desde esta tarde. De verdad, yo ya no puedo más con su jodida guerra. Sólo le interesan los hechos excepcionales. ¿Me oyes, Lucien? ¡Ya no es Historia lo que estás haciendo!

—Amigo mío —dijo Lucien sin levantar la cabeza y siguiendo con el dedo una de las columnas de la guía telefónica—, «la búsqueda de lo excepcional obliga a plantearse que lo esencial normalmente está oculto».

Marc, que no tenía mala disposición, reflexionó seriamente sobre aquella frase. Le impresionó. Se preguntó en qué medida su tendencia a trabajar sobre lo cotidiano en la Edad Media antes que sobre sus acontecimientos excepcionales

podía alejarle de lo esencial oculto. Hasta ahora siempre había pensado que las pequeñas cosas sólo se revelaban en las grandes y las grandes en las pequeñas, tanto en la Historia como en la vida. Ya empezaba a ver desde otro ángulo las crisis religiosas o las fulminantes epidemias cuando su padrino le interrumpió.

—Tus elucubraciones históricas también tendrán que esperar —dijo Vandoosler—. ¿Habéis traído algo, sí o no, joder?

Marc se sobresaltó. Atravesó nueve siglos en unos segundos y se sentó frente a Vandoosler con la mirada un poco cansada por el viaje.

—¿Alexandra? —preguntó con voz ausente—. ¿Cómo ha transcurrido el interrogatorio?

—Como cualquier interrogatorio a una mujer que no estaba en su casa la noche del crimen.

—¿Leguennec lo ha descubierto?

—Sí. El coche rojo no estaba por la mañana en el lugar donde lo había dejado por la noche. Alexandra tuvo que retractarse de su primera declaración, la han debido de apretar a conciencia, y ha confesado haberse ausentado de once y cuarto a tres de la mañana. Un paseo en coche. En más de tres horas se recorre un buen trecho, ¿no crees?

—Qué mal —dijo Marc—. ¿Y por dónde fue a dar el paseo?

—Se fue hasta Arras, según ella. Por la autopista. Jura no haber ido a la Rue de la Prévoyance, pero como ya había mentido antes... La policía ha averiguado la hora del crimen. Entre las doce de la noche y las dos de la mañana. Justo en medio.

—Qué mal —repitió Marc.

—Muy mal. No habría que presionar mucho a Leguennec porque podría acelerar su investigación y entregar sus conclusiones al juez de instrucción.

—Entonces no lo presiones.

—No hace falta que me lo digas. Intento sujetarlo todo lo que puedo, pero empieza a resultarme difícil. Bueno, ¿traes algo?

—Todo está en el ordenador de Lucien —dijo Marc señalando la bolsa de viaje con la barbilla—. Ha escaneado un montón de papeles.

—Muy hábil —dijo Vandoosler—. ¿Qué papeles?

—Dompierre había consultado el archivo que se refería a la representación de *Elektra* en 1978. Te resumo el asunto. Hay cosas interesantes.

—Ya está —interrumpió Lucien cerrando ruidosamente la guía telefónica—. R. de Frémonville está en el bote. Figura en la guía telefónica. Qué gran paso.

Marc prosiguió su resumen, que duró más tiempo de lo normal porque Vandoosler no dejaba de interrumpirle. Lucien se había tomado la segunda copa y había subido a acostarse.

—Pues bien —dijo Marc—, lo más urgente es saber si Christophe Dompierre es familiar del crítico Daniel Dompierre y en qué grado. Tú te ocuparás de ello a

primera hora. Si es así, podemos pensar que el crítico había escrito una infamia refiriéndose a esa ópera y que había contado el asunto en familia. El único hecho que se sale de lo corriente es la agresión contra Sophia. Habría que conocer los nombres de los dos figurantes que no volvieron al día siguiente. Pero es casi imposible. Como Sophia se negó entonces a poner una denuncia, no hubo investigación.

—Es curioso. Esta actitud casi siempre tiene la misma causa: la agredida conoce al agresor: marido, primo, amigo, y no quiere un escándalo.

—¿Por qué habría de agredir Relivaux a su propia esposa en su camerino?

Vandoosler se encogió de hombros.

—No se sabe casi nada —dijo—. Así que se puede suponer todo. Relivaux, Stelyos...

—El teatro estaba cerrado al público.

—Sophia podía dejar entrar a quien quisiera. Y luego está el tal Julien. Era figurante en el espectáculo, ¿verdad? ¿Cuál es su apellido?

—Moreaux. Julien Moreaux. Parece un viejo cordero. Incluso con quince años menos, no lo veo en el papel del lobo.

—Tú no sabes nada de corderos. Tú mismo me has dicho que el tal Julien seguía a Sophia en sus giras desde hacía cinco años.

—Sophia intentaba darlo a conocer. Después de todo, era el hijastro de su padre. Pudo encariñarse con él.

—O más bien él con ella. Me has dicho que clavaba fotos de ella en las paredes de su habitación. Sophia tenía treinta y cinco años, era guapa, era famosa. Cosas por las que siente fascinación un joven de veinticinco años. Pasión ahogada, frustrada. Un día, entra en su camerino... ¿Por qué no?

—¿Habría inventado Sophia lo de la capucha?

—No necesariamente. El tal Julien pudo actuar con la cara tapada. Sin embargo, es muy posible, en cambio, que Sophia, al corriente de la fascinación del muchacho, no tuviera la menor duda sobre la identidad del agresor, con capucha o sin capucha. Una investigación habría levantado un escándalo muy jodido. Para ella era mejor quedarse callada y no volver a hablar de ello. En cuanto a Julien, abandonó su trabajo como figurante después de aquella fecha.

—Sí —dijo Marc—. Es muy posible, pero eso no explica en absoluto el asesinato de Sophia.

—Él pudo reincidir quince años más tarde. Y entonces le salió mal. En cuanto a la visita de Dompierre, aquello debió de hacerle perder la cabeza. Se sintió amenazado.

—Eso no explica el árbol.

—¿Otra vez el árbol?

Marc, de pie ante la chimenea y con la mano apoyada en el dintel, miraba cómo se consumían las brasas.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo—. Que Christophe Dompierre haya releído los artículos de su presunto padre, lo comprendo, pero ¿por qué los de Frémonville? El único punto en común entre esos textos es que ambos ponen por los suelos la actuación de Sophia.

—Sin duda, Dompierre y Frémonville eran amigos, seguramente se lo contaban todo. Eso explicaría la coincidencia de sus opiniones musicales.

—Me gustaría saber por qué arremetían contra Sophia.

Marc se dirigió hacia una de las grandes ventanas y escrutó la noche.

—¿Qué miras?

—Trato de ver si el coche de Lex sigue ahí esta noche.

—No hay peligro —dijo Vandoosler—, ella no saldrá.

—¿La has convencido para que no salga?

—Ni lo he intentado. He puesto un cepo en la rueda.

Vandoosler sonrió.

—¿Un cepo? ¿Tienes chismes de éstos?

—Por supuesto. Iré a quitarlo mañana a primera hora. No sabrá nada, salvo si intenta salir, naturalmente.

—Realmente utilizas métodos de poli, aunque si lo hubieras pensado ayer, ella no se habría visto implicada. Te has espabilado un poco tarde.

—Lo pensé —dijo Vandoosler—, pero no hice nada.

Marc se volvió y su padrino lo detuvo con un gesto antes de que se enfadara.

—No te sulfures. Ya te he dicho que a veces era bueno dejar suelto el sedal. Si no, se enreda todo, uno no se entera de nada y el ballenero se va a pique.

Le señaló sonriendo la moneda de cinco francos clavada en la viga. Inquieto, Marc lo vio marchar y le oyó subir los cuatro pisos. No siempre entendía lo que su padrino podía estar tramando y, sobre todo, no estaba seguro de que estuvieran pescando en la misma orilla. Cogió el recogedor de la chimenea e hizo un montoncito de cenizas bien ordenado para cubrir las brasas. Por mucho que se cubran, siempre quedan encendidas debajo. Se ve perfectamente cuando se apaga la luz. Eso fue lo que hizo Marc, que, sentado en una silla, miraba en la oscuridad el resplandor rojo de las pavesas. Así fue como se quedó dormido. Se retiró a su habitación a las cuatro de la mañana, cansado y helado. No tuvo fuerzas para desnudarse. Hacia las siete oyó bajar a Vandoosler. Ah, sí. El cepo. Adormilado, encendió el ordenador que Lucien había instalado en su mesa de trabajo.

Hacia las once, cuando Marc apagó el ordenador, y no quedaba nadie en el caserón. Vandoosler el Viejo había salido en busca de información, Mathias había desaparecido y Lucien seguía la pista de los siete cuadernos de guerra. Durante cuatro horas, Marc había hecho desfilar en la pantalla todos los recortes de prensa, releído cada artículo, guardado en la memoria sus términos y sus detalles, observado sus similitudes y sus diferencias.

El sol de junio se mantenía y, por primera vez, se le ocurrió la idea de llevarse una taza de café fuera y sentarse en la hierba, esperando que el aire de la mañana le quitara el dolor de cabeza. El jardín había vuelto a su vida silvestre. Marc pisoteó un metro cuadrado de hierba, encontró una tabla de madera y se sentó en ella, frente al sol. No veía claro por dónde seguir. Ahora se sabía los documentos de memoria. Su memoria estaba bien estructurada y era amplia, lo retenía todo, la muy idiota, incluidas las nimiedades o los recuerdos de los desengaños. Marc cruzó las piernas sobre la tabla, como un faquir. El viaje a Dourdan no les había revelado gran cosa. Dompierre había muerto y ya no sabían qué hacer para averiguar lo que sabía. Ni siquiera si era interesante.

Alexandra pasó por la calle con una bolsa de provisiones y Marc le dirigió un saludo con la mano. Intentó imaginársela como asesina y eso le hizo daño. ¿Por qué coño había conducido durante más de tres horas?

Marc se sintió inútil, impotente, estéril. Tenía la impresión de haber descuidado algo. Desde que Lucien había dicho aquella frase sobre que lo esencial se revela en la búsqueda de lo excepcional, no estaba tranquilo. Le daba vueltas. Tanto en su forma de plantearse sus investigaciones sobre la Edad Media, como en la manera en que reflexionaba sobre este asunto. Cansado de aquellos pensamientos demasiado difusos, demasiado vagos, Marc abandonó la tabla en la que estaba sentado y se levantó observando el frente occidental. Era curiosa la forma en que había hecho suya una manía de Lucien. A nadie se le habría ocurrido llamar a aquella casa de otra forma sino « frente occidental ». Sin duda, Relivaux no había vuelto a aparecer, pues su padrino se lo habría dicho. ¿Sabían realmente los polis qué había hecho en cada momento en Tolón?

Marc dejó la taza sobre la tabla y salió del jardín sin hacer ruido. Desde la calle, escrutó el frente occidental. Pensó que la mujer de la limpieza sólo venía los martes y los viernes. ¿Qué día era hoy? Jueves. Nada parecía moverse en la casa. Observó la alta verja bien cuidada, no oxidada como la suya, y lo eficaces que parecían las puntas que la remataban. Se proponía pasar por encima sin que

lo viera ningún transeúnte y ser lo bastante ágil como para no quedarse enganchado al pasar. Marc miró a derecha e izquierda de la calle desierta. Le gustaba mucho aquella callecita. Acercó el alto cubo de la basura y, como había hecho Lucien la otra noche, se subió encima. Se agarró a los barrotes y consiguió, con dificultad, llegar a lo alto de la verja, que franqueó sin problemas.

Su habilidad le alegró. Se dejó caer al otro lado pensando que realmente habría sido un buen recolector, no un cazador, fuerte y delicado. Encantado, se colocó bien los anillos de plata que se habían girado un poco durante el ascenso y se dirigió lentamente hacia la joven haya. ¿Para qué? ¿Por qué tantos esfuerzos para ir a ver aquel estúpido árbol mudo? Por nada, porque se lo había propuesto, y estaba hasta la coronilla de intentar salvar a Alexandra, cosa que cada día era más difícil. Esa chica imbécil y orgullosa lo hacía todo mal.

Marc puso primero una mano en el tronco fresco y luego la otra. El árbol era aún bastante joven y él podía abarcarlo con los dedos. De repente, le entraron ganas de estrangularlo, de apretarle el cuello hasta que contara entre dos jadeos qué había ido a hacer a ese jardín. Marc dejó caer los brazos, desanimado. No se estrangula a un árbol. Un árbol no abre la boca, es mudo, es peor que un pez muerto porque ni siquiera hace burbujas. Sólo echa hojas, ramas, raíces. Sí, también produce oxígeno, cosa que es bastante práctica. Aparte de eso, nada. Mudo. Mudo como Mathias, que intentaba que sus objetos de sílex y sus huesos hablaran: un tipo mudo conversando con objetos mudos. ¡Lo que faltaba! Mathias aseguraba que los entendía, que bastaba con conocer su lengua y escucharlos. Marc, al que sólo le gustaba lo que decían los textos, de sí mismo y de los demás, no podía comprender esa clase de conversación silenciosa, sin palabras. Sin embargo, Mathias había encontrado la manera, era innegable.

Se sentó al lado del árbol. La hierba aún no había vuelto a crecer bien a su alrededor después de haber sido arrancado dos veces. Habían salido unos pocos y pequeños brotes de hierba, que acarició con la palma de la mano. Pronto sería fuerte y alta, y allí ya no se vería nada. Se olvidaría el árbol y la tierra donde estaba plantado. Disgustado, Marc arrancó a puñados la hierba nueva. Algo no iba bien. La tierra era oscura, fértil, casi negra. Se acordaba perfectamente de los dos días en los que habían abierto y cerrado aquella zanja inútil. Volvía a ver a Mathias, hundido en la zanja hasta medio muslo, diciendo que ya era suficiente, que lo dejaran, que los niveles estaban en su sitio, intactos. Volvía a ver sus pies desnudos en sus sandalias, cubiertos de tierra. Pero de una tierra cenagosa, de un marrón amarillento, ligera. También estaba en la cazoleta de la pipa blanca que había recogido murmurando «siglo XVIII». Una tierra clara, que se desmenuzaba. Y al tapar de nuevo el hoyo, habían mezclado el mantillo con la tierra clara. Clara, no como la que en ese momento estaba amasando entre los dedos. ¿Le habían echado ya más mantillo? Marc escarbó más profundamente. Más tierra negra. Dio la vuelta al árbol y examinó el sedimento en todo su

contorno. No había la menor duda, habían escarbado el suelo. Las capas de tierra ya no estaban como ellos las habían dejado. Claro que los polis habían cavado después. Quizá habían descendido a mayor profundidad, quizá habían llegado a una capa de tierra negra debajo. Debía de ser eso. No habían sabido distinguir los niveles intactos y habían llegado a una tierra negra, que habían esparcido por la superficie al volver a tapar el agujero. No había otra explicación. Qué más daba.

Marc se quedó allí sentado un momento surcando el suelo con los dedos. Recogió un pequeño casco de cerámica, que le pareció del siglo XVI más que del XVIII. Sin embargo, no estaba seguro y se lo metió en el bolsillo. Se levantó, dio unos golpecitos en el tronco del árbol para avisarle de que se iba y volvió a trepar por la verja. Estaba tocando el cubo de basura con los pies cuando vio llegar a su padrino.

—Muy discreto —dijo Vandoosler.

—¿Qué pasa? —dijo Marc frotándose las manos en los pantalones—. Sólo he ido a ver el árbol.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que los polis de Leguennec habían cavado mucho más profundamente que nosotros, hasta el siglo XVI. Mathias no está tan equivocado, la tierra habla. Y tú ¿qué tal?

—Baja de ese cubo de basura, así no tendré que levantar la voz. Christophe Dompierre era realmente el hijo del crítico Daniel Dompierre. Ese punto se ha aclarado. En cuanto a Leguennec, ha ordenado empezar la lectura de los archivos en casa de Siméonidis, pero, igual que nosotros, tampoco encuentra nada. Su única satisfacción es que de los dieciocho barcos perdidos en Bretaña todos han vuelto a puerto.

Al cruzar el jardín, Marc recogió la taza de café y bebió la gota fría que quedaba en el fondo.

—Es casi mediodía —dijo—. Me lavo un poco y voy a tomar un bocado al tonel.

—Menudo lujo —dijo Vandoosler.

—Sí, pero es jueves. Es un homenaje a Sophia.

—¿Estás seguro de que no es para ver a Alexandra? ¿O es sólo por el filete de vaca?

—No he dicho eso. ¿Quieres venir?

Alexandra estaba sentada en su mesa habitual, empeñada en que comiera su hijo, que estaba de mal humor. Marc pasó la mano por el pelo de Cyrille y le dejó jugar con sus anillos. Le gustaban los anillos de san Marcos. Marc le había dicho que se los había dado un mago, que poseían un secreto, pero que él jamás había descubierto cuál era. El mago se había ido volando durante el recreo antes de decirselo. Cyrille los había frotado, girado, había soplado sobre ellos, pero

nada había ocurrido. Marc fue a estrechar la mano a Mathias, que parecía paralizado detrás de la barra.

—¿Qué te pasa?—preguntó Marc—. Pareces petrificado.

—No estoy petrificado, estoy aprisionado. Me he cambiado a toda velocidad, me lo he puesto todo, la camisa, el chaleco, la pajarita, pero he olvidado los zapatos. Juliette dice que no puedo servir en sandalias. Es curioso, es muy estricta en eso.

—La comprendo—dijo Marc—. Voy a buscártelos. Prepárame un filete.

Marc regresó cinco minutos más tarde con los zapatos y la pipa llena de tierra blanca.

—¿Te acuerdas de esta pipa y de esta tierra?—preguntó a Mathias.

—Por supuesto.

—Esta mañana he ido a saludar al árbol. Ya no hay la misma tierra en la superficie. Es negra y arcillosa.

—¿Como la de tus uñas?

—Exactamente.

—Eso quiere decir que los polis cavaron más profundamente que nosotros.

—Sí, eso es lo que he pensado.

Marc metió la pipa en el bolsillo y notó bajo los dedos el casco de cerámica. Marc cambiaba de un bolsillo u otro muchos objetos inútiles de los que después ya no conseguía deshacerse. Le pasaba lo mismo con los bolsillos que con la memoria, que, una vez que algo entraba allí, no salía.

Una vez que se hubo puesto los zapatos, Mathias sentó a Marc y a Vandoosler a la mesa de Alexandra, que había dicho que no le molestaba. Como no sacó el tema, Marc evitó preguntarle sobre el interrogatorio al que se había sometido la víspera. Alexandra quiso saber qué tal había ido el viaje a Dourdan y cómo estaba su abuelo. Marc lanzó una mirada a su padrino, que movió la cabeza imperceptiblemente. Lamentó haber buscado su consentimiento antes de contarle algo a Lex, y comprendió que la duda había ganado terreno en él más de lo que pensaba. Le expuso con detalle el contenido del archivador de 1978, sin saber exactamente si lo hacía de buena fe o si «dejaba que se soltara el sedal» para descubrir sus reacciones. Sin embargo, Alexandra, bastante apagada, no reaccionó. Solamente dijo que debería ir a ver a su abuelo el fin de semana.

—De momento, no se lo aconsejo—dijo Vandoosler.

Alexandra frunció el ceño y puso morro.

—¿La cosa llega hasta ese punto? ¿Creen que he sido yo?—preguntó en voz baja para que Cyrille no se enterase.

—Digamos que Leguennec no está en muy buena disposición. No se mueva. Pabellón, colegio, tonel, parque y nada más.

Alexandra se enfurruñó. Marc pensó que a ella no le gustaba que le dieran órdenes y se acordó durante un breve instante de su abuelo. Era capaz de hacer

lo contrario de lo que le pedía Vandoosler por el simple placer de no obedecer.

Juliette acudió a quitar la mesa y Marc la besó. Le resumió lo de Dourdan en tres palabras. Empezaba a hartarse de aquel archivador de 1978, que no había hecho sino complicar las cosas sin aclarar una sola. Alexandra estaba arreglando a Cyrille para llevarlo otra vez al colegio cuando Lucien entró en el tonel, sin aliento, cerrando la puerta de un portazo. Ocupó el sitio de Alexandra, ni siquiera pareció que la viera salir, y pidió a Mathias un enorme vaso de vino.

—No te preocupes —dijo Marc a Juliette—. Es la Gran Guerra la que lo pone así. Luego se le pasa, otra vez vuelve, y de nuevo se le pasa. Hay que acostumbrarse.

—Imbécil —dijo Lucien respirando hondo.

Por el tono de Lucien, Marc notó que se equivocaba. No era la Gran Guerra. Lucien no tenía la expresión feliz que sin duda le habría procurado el descubrimiento de los cuadernos de guerra de un soldado campesino. Estaba ansioso y empapado de sudor. Llevaba la corbata torcida y en la frente le habían aparecido dos manchas rojas. Lucien, aún sin aliento, echó una ojeada a los clientes que comían en Le Tonneau y, por señas, pidió a Vandoosler y a Marc que acercaran sus caras.

—Esta mañana —empezó Lucien entre dos jadeos—, llamé por teléfono a casa de Rene de Frémonville. Había cambiado de número. Así que fui directamente a su casa.

Lucien bebió un largo trago de vino tinto antes de continuar.

—Estaba su mujer. R. de Frémonville es su mujer: Rachel, una señora de setenta años. Pregunté si podía ver a su marido. Menuda metedura de pata. Escucha bien, Marc, Frémonville está muerto desde hace un siglo.

—¿Y qué?

—Fue asesinado, amigo. Bang, bang, dos balas en la cabeza una noche de septiembre de 1979. Y espera, no fue el único. Estaba con su viejo amigo Daniel Dompierre. Bang, bang, dos balas a él. Los dos críticos muertos a tiros.

—Mierda —dijo Marc.

—Así es, porque mis cuadernos de guerra se perdieron en la mudanza que tuvo lugar a continuación. A la mujer de Frémonville no le importaban lo más mínimo. No sabe adonde han podido ir a parar.

—Por cierto, ¿el soldado era un campesino? —preguntó Marc.

Lucien lo miró con asombro.

—¿Ahora te interesa?

—No, pero de tanto oírte, me acabará interesando.

—Pues bien, sí —dijo Lucien animándose—, ¿era un campesino! ¿Te das cuenta? ¿No es un milagro? Si por lo menos...

—Deja en paz los cuadernos de guerra —ordenó Vandoosler—. Continúa. Tuvo que haber una investigación, ¿no?

—Por supuesto —dijo Lucien—. Eso ha sido lo más difícil de averiguar. Rachel de Frémonville me esquivaba y no quería hablar de ello, pero yo utilicé toda mi habilidad y persuasión. Frémonville abastecía de cocaína el mercado del teatro parisino. Su amigo Dompierre también, sin duda. Los polis encontraron un cargamento bajo las tablas del parqué, en casa de Frémonville, donde los dos críticos fueron asesinados. La investigación llegó a la conclusión de que había sido un ajuste de cuentas entre grandes traficantes. El caso era transparente en lo que se refiere a Frémonville, pero las pruebas contra Dompierre eran ínfimas. Los polis sólo encontraron en su casa varias bolsitas de coca escondidas detrás de una placa de la chimenea.

Lucien vació su vaso y pidió otro a Mathias. En lugar de eso, Mathias le llevó un filete de vaca.

—Come —dijo.

Lucien miró la expresión firme de Mathias y atacó el filete.

—Rachel me ha dicho que en ese momento, Dompierre hijo, es decir, Christophe, se había negado a creer nada de esto sobre su padre. La madre y el hijo lucharon mucho con los polis, pero eso no cambió nada. Doble asesinato clasificado bajo la rúbrica de tráfico de drogas. Nunca llegaron a cazar al asesino.

Lucien se iba calmando poco a poco. Su respiración se iba haciendo regular. Vandoosler había puesto cara de poli, la nariz hacia delante, los ojos hundidos y lejanos detrás de las pestañas. Se dedicaba a hacer pedacitos con el pan que Mathias había traído en una cesta.

—De todas formas —dijo Marc, que intentaba ordenar sus ideas a toda velocidad—, eso no tiene nada que ver con nuestro asunto. A esos dos tipos se los cargaron más de un año después de la representación de *Elektra*. Además, por una cuestión de drogas. Supongo que los polis investigaron sus conclusiones.

—No seas imbécil, Marc —dijo Lucien con impaciencia—. El joven Christophe Dompierre no lo creía. ¿Ciego por el amor filial? Quizá. Pero quince años más tarde, cuando Sophia es asesinada, reaparece, busca de nuevo una pista. ¿Recuerdas lo que te dijo? ¿Que te habló de su «convicción»?

—Si se había equivocado hace quince años —dijo Marc—, también pudo equivocarse hace tres días.

—Salvo que lo han asesinado —dijo Vandoosler—. No se mata a alguien que se equivoca. Se mata a alguien que descubre.

Lucien movió la cabeza y rebañó el plato con gesto tranquilo. Marc suspiró. Pensaba muy despacio en los últimos tiempos y eso le preocupaba.

—Dompierre había descubierto algo —repuso Lucien en voz baja—. Tenía, pues, razón hace quince años.

—Descubierto ¿qué?

—Que un figurante había agredido a Sophia. Y si quieres mi opinión, su padre

sabía quién era y se lo había dicho. Quizá se había cruzado con él cuando salía corriendo del camerino con la capucha en la mano. Por eso al día siguiente el figurante no volvió. Tuvo pánico de ser reconocido. Eso debe de ser lo único que Christophe sabía: que su padre conocía al agresor de Sophia. Y que si Frémonville traficaba con coca, ése no era el caso de Daniel Dompierre. Tres bolsitas detrás de una placa de la chimenea son poca cosa, ¿no crees? El hijo se lo contó a los polis. Sin embargo, aquella antigua anécdota del teatro, que databa de hacía más de un año, no les interesaba. La brigada de estupefacientes llevaba el caso, y la agresión contra Sophia Siméonidis no tenía para ellos ninguna importancia. Así que Dompierre hijo abandonó. Pero cuando Sophia fue asesinada, volvió a sentir rabia. El caso continuaba. Siempre había pensado que su padre y Frémonville habían sido asesinados, no a causa de la coca, sino porque el azar los había vuelto a cruzar en su camino con el agresor. Y éste se los cargó para que no hablaran. Eso debía de ser importantísimo para él.

—Tu argumento no se tiene en pie —dijo Marc—. ¿Por qué el chico no los mató inmediatamente?

—Porque ese chico tenía sin duda un nombre artístico. Si tú te llamas Roger Boudin, te interesa cambiar tu nombre por Franck Delner, por ejemplo, o por cualquier otro que suene bien a los oídos de un director teatral. Así que el tipo se larga bajo su seudónimo y se queda tranquilo. ¿Quién quieres que adivine que Franck Delner es Roger Boudin?

—Bueno, y entonces ¿qué? Joder.

—Qué nervioso estás hoy, Marc. Y entonces, imagina que más de un año después el tipo se cruza con Dompierre y esta vez con su verdadero nombre... Ya no tiene elección, los mata a tiros, a él y a su amigo, seguramente porque sabe que ambos se lo cuentan todo. También sabe que Frémonville es un traficante y eso le viene al pelo. Esconde tres bolsitas en casa de Dompierre, los polis se lo tragan todo, y el caso va a la brigada de estupefacientes.

—¿Y por qué tu Boudin-Delner iba a matar a Sophia catorce años más tarde, si Sophia, de todas formas, no lo había identificado?

Lucien, otra vez excitado, se puso a mirar dentro de una bolsa de plástico que había dejado en la silla.

—No te muevas, amigo, no te muevas.

Rebuscó un momento en un montón de papeles y sacó un rollo sujeto con una goma. Vandoosler lo miraba, visiblemente impresionado. La suerte había sonreído a Lucien, pero Lucien, curiosamente, había sabido echar el guante a su suerte.

—Después de eso —dijo Lucien—, yo estaba desconcertado. La verdad es que la señora Rachel también. Rebuscar en sus recuerdos la había alterado. No estaba al corriente del asesinato de Christophe Dompierre y, por supuesto, yo no le dije nada. Hacía las diez, tomamos un café para reponernos. Bueno, todo

aquello estaba muy bien, pero yo seguía pensando en mis cuadernos de guerra. Es humano, compréndelo.

—Lo comprendo —dijo Marc.

—Rachel de Frémonville hizo enormes esfuerzos por encontrar aquellos cuadernos de guerra, pero era inútil, realmente se habían perdido. Mientras tomaba el café, lanzó una pequeña exclamación. Ya sabes, esas exclamaciones breves y mágicas, como en una película antigua. Se acordó de que su marido, que tenía mucho afecto a aquellos siete cuadernos, había tomado la precaución de pedir a su fotógrafo de prensa que los fotografiara. Porque el papel de aquellos cuadernos era de mala calidad y había empezado a estropearse, a deshacerse. Me dijo que, con suerte, el fotógrafo habría guardado los contactos o los negativos de aquellas fotos de los cuadernos, por las que se había tomado tantas molestias. Los cuadernos estaban escritos a lápiz y no era fácil fotografiarlos. Me dio la dirección del fotógrafo, de París afortunadamente, y me fui derecho a su casa. Allí estaba, haciendo copias de fotos. Sólo tiene cincuenta años y sigue en el oficio. Sujétate fuerte, Marc, amigo mío: ¡había conservado los negativos de las fotos de los cuadernos y me los va a revelar! No es broma.

—Magnífico —dijo Marc en tono malhumorado—. Yo te estaba hablando del asesinato de Sophia, no de tus cuadernos.

Lucien se volvió hacia Vandoosler señalando a Marc.

—Realmente está nervioso, ¿verdad? ¿Impaciente?

—Cuando era pequeño —dijo Vandoosler— y se le caía la pelota desde el balcón al patio de abajo, lloraba y pataleaba hasta que yo iba a buscarla. Era lo único que le importaba. No hacía más que ir y venir. Y todo por unas pelotitas de goma.

Lucien se rió. De nuevo tenía una cara feliz, aunque su pelo castaño seguía estando pegado por el sudor. Marc también sonrió. Había olvidado completamente la historia de las pelotas de goma.

—Continúo —dijo Lucien otra vez susurrando—. ¿Sabías que ese fotógrafo le hacía reportajes a Frémonville? ¿Que realizaba la cobertura fotográfica de los espectáculos? Pensé que quizá habría guardado los contactos. Estaba al corriente de la muerte de Sophia, pero no de la de Christophe Dompierre. Le dije dos palabras, y el asunto le pareció lo bastante serio como para buscar su documentación sobre *Elektra*. Y aquí está —dijo Lucien agitando el rollo ante los ojos de Marc—. Fotos. Y no sólo de Sophia. Fotos panorámicas, de grupo.

—Enséñamelas —dijo Marc.

—Paciencia —exclamó Lucien.

Lentamente, desplegó el rollo y cogió con cuidado un negativo que extendió sobre la mesa.

—Toda la compañía saludando la noche del estreno —dijo sujetando las esquinas de la foto con vasos—. Está todo el mundo. Sophia en medio, rodeada

del tenor y el barítono. Por supuesto, todos están maquillados y con trajes de época. Pero ¿no reconoces a nadie? Y usted, comisario, ¿tampoco?

Marc y Vandoosler se inclinaron uno tras otro sobre la foto. Rostros maquillados, pequeños, pero nítidos. Un buen negativo. Marc, que sentía desde hacía un buen rato que era menos perspicaz en comparación con la agudeza de Lucien, notaba que sus recursos le abandonaban. Con la mente confusa, desconcertado, examinaba las caritas blancas sin que ninguna le recordara a nadie. Sí, éste era Julien Moreaux, muy joven y muy delgado.

—Efectivamente —dijo Lucien—. No tiene nada de sorprendente. Continúa.

Marc negó con la cabeza, casi humillado. No, no veía nada. Vandoosler, igual de contrariado, ponía mala cara. Sin embargo, puso el dedo en un rostro.

—Éste —dijo suavemente—. Pero no puedo ponerle un nombre.

Lucien movió la cabeza.

—Exacto —dijo—. Pero yo sí puedo ponerle un nombre.

Echó una rápida ojeada hacia el bar, hacia la sala, y luego acercó su cara a las de Marc y Vandoosler.

—Georges Gosselin, el hermano de Juliette —murmuró.

Vandoosler apretó los puños.

—Paga la cuenta, san Marcos —dijo brevemente—. Volvemos ahora mismo al caserón. Di a san Mateo que se reúna con nosotros en cuanto termine su trabajo.

Mathias se frotaba su masa de fuertes cabellos rubios y los enmarañaba aún más de lo que ya estaban. Los demás acababan de ponerle al corriente y se había quedado estupefacto. Ni siquiera se había quitado la ropa de camarero. Lucien, que consideraba que había hecho más de lo que le correspondía, y además con ganas, decidió dejar que los demás se estrujaran la cabeza con todo aquello y ponerse a otra cosa. Mientras esperaba reunirse con su fotógrafo a las seis, para recoger las copias prometidas del primer cuaderno, decidió encerrar la gran mesa de madera. Aquella enorme mesa del refectorio la había traído él, y entendía que no debía dejarla en manos de un primitivo como Mathias o un indolente como Marc. Entonces se puso a cubrirla de cera, levantando alternativamente los codos de Vandoosler, de Marc y de Mathias para pasar por debajo un gran paño. Nadie protestó, conscientes de que habría sido totalmente inútil. Excepto el ruido del trapo que frotaba la madera, el silencio pesaba en el refectorio, y cada uno se dedicaba a ordenar y procesar los recientes acontecimientos.

—Si he entendido bien —dijo por fin Mathias—, Georges Gosselin atacó e intentó violar a Sophia en su camerino hace quince años. Después huyó y Daniel Dompierre lo vio. Sophia no dijo nada pensando que se trataba de Julien, ¿no es así? Más de un año después, el crítico se cruza con él y reconoce a Gosselin que, a causa de esto, lo mata, junto con su amigo Frémonville. A mí me parece más grave cargarse a dos hombres que ser procesado por agresión y violación. Ese doble crimen es absurdo y desmesurado.

—A tus ojos —dijo Vandoosler—, pero para un tipo débil y tímido, ser acusado de agresión y violación podía resultar insuperable. Perdería su imagen, su honorabilidad, su trabajo, su tranquilidad. ¿Y si no podía soportar que supieran cómo era: un bruto y un violador? Entonces siente miedo, pánico, y se carga a los dos hombres.

—¿Desde cuándo vive en la Rue Chasle? —preguntó Marc—. ¿Se sabe?

—Desde hace diez años, creo —dijo Mathias—, desde que el abuelo de las remolachas le dejó su dinero. En cualquier caso, Juliette regenta Le Tonneau desde hace aproximadamente diez años. Supongo que compraron la casa al mismo tiempo.

—O sea, cinco años después de *Elektra* y la agresión —dijo Marc—, y cuatro del asesinato de los dos críticos. ¿Y por qué, después de todo ese tiempo, se iba a

instalar cerca de la casa de Sophia? ¿Por qué vivir tan cerca?

—Obsesión, supongo —dijo Vandoosler—. Obsesión. Volver junto a la que había golpeado y casi violado. Volver junto a la causa de su impulso, o llámalo como quieras. Volver, vigilar, acechar. Diez años acechando, diez años de pensamientos tumultuosos y secretos. Para, un buen día, matarla. O bien volver a intentarlo y luego matarla. Un chiflado bajo una apariencia discreta y bonachona.

—¿Ya se ha visto otras veces?

—Por supuesto —dijo Vandoosler—. Yo he trincado al menos a cinco hombres de esa calaña. El criminal lento, con una frustración bien rumiada, un impulso aplazado, un aspecto tranquilo.

—Perdón —dijo Lucien levantando los grandes brazos de Mathias.

Ahora, Lucien sacaba brillo a la mesa con un cepillo enérgicamente, indiferente a la conversación. Marc pensó que nunca jamás llegaría a entender a aquel tipo. Todo el mundo tan serio, con el criminal cerca, y él pensando tan sólo en sacar brillo a su mesa de madera. Cuando, además, sin él todo el asunto estaría bloqueado. Estaban donde estaban gracias a él, pero a él le importaba un carajo.

—Ahora lo entiendo mejor —dijo Mathias.

—¿Qué? —preguntó Marc.

—Nada. El calor. Lo entiendo mejor.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Marc a su padrino—. ¿Avisar a Leguennec? Si se produce otro lío y no hemos informado, nos acusarán de cómplices.

—Y de ocultar información que hubiera podido contribuir a ayudar a la justicia —añadió Vandoosler suspirando—. Vamos a contárselo a Leguennec, pero no inmediatamente. Me preocupa un detalle en este mecanismo. Me falta algo. San Mateo, ¿quieres ir a buscar a Juliette? Aunque esté cocinando para esta noche, dile que venga. Es urgente. En cuanto a vosotros —dijo alzando el tono de voz—, ni una sola palabra a nadie, ¿entendido? Ni siquiera a Alexandra. Si una pizza de todo esto llega a los oídos de Gosselin, os jugáis el pellejo. Así que, silencio absoluto hasta nueva orden.

Vandoosler se interrumpió y agarró a Lucien por el brazo, que, habiendo pasado el cepillo envuelto en un trapo suave, sacaba brillo a la madera con grandes aspavientos, con el ojo pegado a la superficie para ver si brillaba bien.

—¿Me oyes, san Lucas? —dijo Vandoosler—. Esto también va por ti. ¡Ni una palabra! No habrás dicho nada a tu fotógrafo, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Lucien—. No soy idiota. Estoy limpiando mi mesa pero también estoy oyendo lo que estáis diciendo.

—Estupendo —dijo Vandoosler—. A veces, uno no sabe qué pensar. ¿Eres un genio o un cretino? En cualquier caso, eres patético, créeme.

Mathias se cambió antes de ir a buscar a Juliette. Marc miró la mesa en silencio. Es verdad que ahora brillaba mucho. Pasó un dedo por encima.

—Ha quedado suave, ¿verdad?—dijo Lucien.

Marc movió la cabeza. No le apetecía hablar de eso. Se preguntaba qué reservaba Vandoosler a Juliette y cómo reaccionaría ella. Su padrino podía hacer daño con mucha facilidad, él lo sabía muy bien. Siempre rompía las cáscaras de las nueces con las manos, y se negaba a utilizar el cascanueces. Incluso cuando las nueces eran frescas, en cuyo caso era más difícil aún abrirlas. Pero eso no tenía nada que ver con esto.

Mathias trajo a Juliette y casi la depositó en el banco. Juliette no parecía tranquila. Era la primera vez que el viejo comisario la mandaba llamar de un modo tan formal. Y el ver a los tres evangelistas reunidos alrededor de la mesa, con los ojos clavados en ella, no hizo que se sintiera más a gusto. Solamente ver a Lucien doblando con cuidado el trapo de la cera la tranquilizaba.

Vandoosler encendió uno de sus cigarrillos deformes, que siempre llevaba sueltos en los bolsillos, sin cajetilla, no se sabe por qué.

—¿Te ha puesto Marc al corriente de lo de Dourdan?—preguntó Vandoosler mirando fijamente a Juliette—. ¿La *Elektra* en el 78 en Toulouse? ¿La agresión a Sophia?

—Sí —dijo Juliette—. Me ha dicho que todo se complicaba en lugar de aclararse.

—Pues bien, precisamente ahora se está aclarando. San Lucas, pásame esa foto.

Lucien refunfunó, fue a rebuscar en su mochila y tendió la foto al comisario. Vandoosler la puso ante los ojos de Juliette.

—El cuarto empezando por la izquierda, quinta fila, ¿te suena?

Marc se crispó. El jamás habría actuado de esa forma.

Juliette miró la foto con ojos huidizos.

—No —dijo—. ¿Cómo quiere que me suene? Es una ópera en la que actuó Sophia, ¿verdad? No he visto ninguna en toda mi vida.

—Es tu hermanito —dijo Vandoosler—. Lo sabes tan bien como nosotros.

Otra vez ha cascado la nuez, pensó Marc. Con una sola mano. Vio cómo los ojos de Juliette se llenaban de lágrimas.

—Muy bien —dijo la joven con la voz y las manos temblando—. Es Georges. ¿Y qué? ¿Qué hay de malo en ello?

—Pues que si llamo a Leguennec, le pone bajo vigilancia en una hora. Así que cuenta, Juliette. Sabes que es mucho mejor. Seguramente evitará juicios precipitados.

Juliette se secó los ojos, aspiró una gran bocanada de aire y permaneció en silencio. Como el otro día en Le Tonneau, en el interrogatorio a Alexandra, Mathias se acercó a ella, le puso la mano en el hombro y le dijo algo al oído. Y

como el otro día, Juliette comenzó a hablar. Marc se dijo que algún día se atrevería a preguntar a Mathias cuál era la fórmula mágica que utilizaba. Podía proporcionar una ayuda valiosa en cualquier ámbito.

—No hay nada malo —repitió Juliette—. Cuando vine a París, Georges me siguió. Siempre me ha seguido. Yo empecé trabajando de limpiadora y él no hacía nada. Se le había metido en la cabeza ser actor. Seguramente os hará gracia, pero era un muchacho bastante guapo y había tenido mucho éxito en el escenario con la compañía de su colegio.

—¿Y con las chicas? —preguntó Vandoosler.

—Menos —respondió Juliette—. Buscó por todas partes y se le presentó la oportunidad de trabajar como figurante. Decía que había que empezar por ahí. De todas formas, no teníamos con qué pagar una escuela de teatro. Una vez dentro, es más fácil conseguir otro papel. Georges se desenvolvía bien. Le cogieron varias veces en las óperas en las que Sophia era la protagonista.

—¿Conocía a Julien Moreaux, el hijastro de Siméonidis?

—Por supuesto que sí. Incluso le frecuentaba mucho confiando en que así conseguiría un enchufe. En el 78, Georges hizo su último trabajo como figurante. Hacía cuatro años que estaba en ese mundo y no había conseguido nada. Se desanimó. A través de un amigo de una de las compañías, no sé cuál, encontró un puesto de mensajero en una editorial. Allí se quedó y llegó a ser representante comercial. Eso es todo.

—Eso no es todo —dijo Vandoosler—. ¿Por qué se fue a vivir a la Rue Chasle? No me digas que es sólo una coincidencia, no te creería.

—Si usted cree que Georges tuvo algo que ver con la agresión a Sophia —dijo Juliette alterándose—, se equivoca totalmente. Aquello le repugnó, le trastornó, lo recuerdo perfectamente. Georges es de carácter dulce y pusilánime. En el pueblo, yo tenía que empujarle para que fuera a hablar con las chicas.

—¿Le trastornó? ¿Por qué le trastornó?

Juliette suspiró, con gesto dolorido, dudando si seguir adelante.

—Cuéntame el resto antes de que Leguennec te lo arranque —dijo dulcemente Vandoosler—. A los polis no se les puede dar fragmentos escogidos, así que cuéntamelo todo a mí y después haremos una selección.

Juliette dirigió una mirada a Mathias.

—Muy bien —dijo—. Georges se volvió loco por Sophia. No me contó nada pero yo no era tan idiota como para no darme cuenta. Se le notaba a la legua. Habría rechazado cualquier trabajo mejor pagado, con tal de no perder la temporada de ópera de Sophia. Estaba loco por ella, realmente loco. Una noche, conseguí que me lo contara.

—¿Y ella? —preguntó Marc.

—¿Ella? Estaba felizmente casada y muy lejos de sospechar que tenía a Georges a sus pies. Y aunque lo hubiera sabido, no creo que hubiera podido amar

a Georges, un palurdo como él, tosco y tan poco natural. No tenía mucho éxito, no. No sé cómo se las arreglaba para que las mujeres ni siquiera se fijasen en que realmente era bastante guapo. Siempre iba con la cabeza baja. De todas formas, Sophia estaba enamorada de Pierre y lo seguía estando antes de morir, dijera lo que dijese.

—¿Qué hizo él?—preguntó Vandoosler.

—¿Georges? Nada —dijo Juliette—. ¿Qué habría podido hacer? Sufría en silencio, como suele decirse, y nada más.

—¿Y la casa?

Juliette frunció el ceño.

—Cuando dejé el teatro me dije que olvidaría a esa cantante, que conocería otras mujeres. Me sentí aliviada. Sin embargo, me equivoqué. Compraba sus discos, iba a verla a la ópera cuando actuaba, incluso en provincias. No puedo decir que aquello me gustara.

—¿Por qué?

—Le ponía triste y no le conducía a nada. Y luego, un día, el abuelo cayó enfermo. Murió varios meses más tarde y recibimos la herencia. Georges vino a verme, con los ojos fijos en el suelo. Me dijo que había una casa con jardín en pleno París que estaba a la venta desde hacía tres meses. Que solía pasar por allí durante sus paseos en motocicleta. A mí el jardín me tentaba. Cuando se ha nacido en el campo, cuesta mucho vivir sin un trozo de hierba. Fui a ver la casa con él y nos decidimos. Yo estaba entusiasmada, sobre todo porque había descubierto muy cerca un local en el que podría montar un restaurante. Entusiasmada... hasta el día en que me enteré del nombre de nuestra vecina.

Juliette pidió un cigarrillo a Vandoosler. Casi nunca fumaba. Tenía cara de cansancio, de tristeza. Mathias le llevó un gran vaso de zumo de frutas.

—Por supuesto, discutí con Georges —continuó Juliette—. Nos cabreamos. Yo quería revenderlo todo, pero no era posible. Con las obras ya empezadas en la casa y en Le Tonneau, no podíamos echarnos atrás. Él me juró que ya no la amaba, bueno, que apenas la amaba, que lo único que quería era poder verla de vez en cuando, incluso llegar a ser su amigo. Cedió. De todas formas, no tenía elección. Me hizo prometer que no se lo diría a nadie, sobre todo a Sophia.

—¿Tenía miedo?

—Le daba vergüenza. No quería que Sophia adivinara que la había seguido hasta allí, ni que todo el barrio cotilleara y se metiera donde no le importaba. Era natural. Acordamos decir que había sido yo la que había encontrado la casa, en el caso de que nos lo preguntaran. Por otra parte, nadie lo hizo. Cuando Sophia reconoció a Georges, nos hicimos los sorprendidos, nos reímos mucho y dijimos que se trataba de una increíble coincidencia.

—¿Ella lo creyó?—preguntó Vandoosler.

—Eso parece —dijo Juliette—. Sophia nunca parecía dudar de nada, fuera lo

que fuera. Cuando la vi por primera vez, comprendí a Georges. Era maravillosa. Inmediatamente, todo el mundo cedía a sus encantos. Al principio, no pasaba mucho tiempo aquí, se iba de gira, pero yo intentaba encontrarme con ella a menudo, la invitaba al restaurante.

—¿Para qué? —preguntó Marc.

—En realidad confiaba en ayudar a Georges, ir haciéndole propaganda, poco a poco. Hacer un poco de casamentera. Quizá no les parezca bien, pero es mi hermano. Fue un fracaso. Sophia saludaba amablemente a Georges cuando se cruzaba con él y nada más. Acabó resignándose. Entonces comprendí que su idea de la casa no era tan descabellada. En cambio, fue así como yo me hice amiga de Sophia.

Juliette terminó su zumo de frutas y los miró de uno en uno. Los rostros estaban taciturnos, preocupados. Mathias movía los dedos de los pies dentro de sus sandalias.

—Dime, Juliette —dijo Vandoosler—. ¿Sabes si tu hermano estaba aquí o de viaje el jueves 3 de junio?

—¿El 3 de junio? ¿El día en que descubrieron el cuerpo de Sophia? ¿Qué más da?

—Me gustaría saberlo.

Juliette se encogió de hombros y cogió su bolso. Sacó una pequeña agenda.

—Apunto todos sus viajes —dijo—. Para saber cuándo vuelve, y tenerle preparada la comida. Se fue el 3 por la mañana y regresó al día siguiente a la hora de comer. Fue a Caen.

—¿La noche del 2 al 3 estaba aquí?

—Sí —dijo ella—, y usted lo sabe tan bien como yo. Acabo de contarle toda la historia. No va a hacer un drama de ella, ¿verdad? Es simplemente una desgraciada historia de amor juvenil que ha durado demasiado. Y no hay nada más que decir. El no tuvo nada que ver con aquella agresión. ¡Además, no era el único hombre en la compañía!

—Pero es el único que ha seguido tras ella años después —dijo Vandoosler—. Y no sé qué va a pensar Leguennec de eso.

Juliette se levantó bruscamente.

—¡Trabajaba con un seudónimo! —gritó—. Si usted no dice nada a Leguennec, no tiene ningún medio de saber que Georges estaba allí ese año.

—Los polis siempre averiguan todo —dijo Vandoosler—. Leguennec estudiará la lista de figurantes.

—¡No podrá encontrarle! —gritó Juliette—. ¡Georges no ha hecho nada!

—¿Volvió al teatro después de la agresión? —preguntó Vandoosler.

Juliette se alteró.

—No me acuerdo —dijo.

Vandoosler se levantó también. Muy tenso, Marc se miraba las rodillas, y

Mathias se había apostado en una de las ventanas. Lucien había desaparecido sin que nadie se diera cuenta. Se había ido a buscar sus cuadernos de guerra.

—Si te acuerdas —afirmó Vandoosler—. Sabes que no regresó. Volvió a París y debió de contarte que todo aquello le había alterado demasiado, ¿a que sí?

Juliette le dirigió una mirada enloquecida. Se acordaba.

Salió corriendo y se fue dando un portazo.

—Está hecha polvo —comentó Vandoosler.

Marc apretó las mandíbulas. Georges era un asesino, había matado a cuatro personas, y Vandoosler era un bruto y un cerdo.

—¿Se lo vas a contar a Leguennec? —preguntó en voz baja y entre dientes.

—Es indispensable. Adiós, hasta la noche.

Se metió la foto en el bolsillo y salió.

Marc no se sentía con fuerzas para encontrarse aquella noche frente a su padrino. La detención de Georges Gosselin salvaba a Alexandra, pero le daba mucha vergüenza. Mierda, no se cascan las nueces con las manos.

Tres horas después, Leguennec y dos de sus hombres se presentaron en casa de Juliette para poner a Gosselin bajo vigilancia. Pero el hombre había huido y Juliette no sabía adónde.

Mathias durmió mal. A las siete de la mañana se puso un jersey y unos pantalones y sin hacer ruido se deslizó afuera para ir a casa de Juliette. La puerta estaba abierta de par en par. La encontró desplomada en una silla en medio de tres polis que estaban poniendo la casa patas arriba, con la esperanza de descubrir allí a Georges Gosselin, escondido en alguna parte. Otros hacían lo mismo en Le Tonneau. Las bodegas, las cocinas, todo fue registrado. Mathias permanecía de pie, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo, evaluando con la mirada el inimaginable desorden que los polis habían conseguido montar en apenas una hora. Leguennec, que llegó hacia las ocho, dio la orden de ir a investigar a la casa de Normandía.

—¿Quieres que te ayudemos a ordenar? —preguntó Mathias cuando los polis se hubieron ido.

—No —dijo ella—. No quiero volver a ver a los demás. Han lanzado a Georges a las garras de Leguennec.

Mathias se apretó las manos una contra otra.

—Tienes el día libre, no abriremos Le Tonneau —dijo Juliette.

—Entonces, ¿puedo ordenar?

—Tú, sí —dijo ella—. Ayúdame.

Mientras ordenaba, Mathias intentaba hablar con Juliette, darle explicaciones, prepararla, calmarla. Aquello pareció tranquilizarla un poco.

—Mira —dijo Juliette—. Observa: Leguennec trae a Vandoosler. ¿Qué más va a decirle el viejo?

—No te preocupes. Elegirá sus palabras, como siempre.

Desde su ventana, Marc vio a Vandoosler salir con Leguennec. Se las había arreglado para no cruzarse con él esa mañana. Mathias estaba en casa de Juliette, tenía que hablar con él, elegir las palabras que le iba a decir. Subió a ver a Lucien. Ocupado en la transcripción de las páginas del cuaderno de guerra número 1, de septiembre de 1914 a febrero de 1915, Lucien hizo señas a Marc de que no hiciera ruido. Había decidido tomarse un día libre más, pues consideraba que una gripe de dos días no era creíble. Al ver a Lucien trabajando con una magistral indiferencia por el mundo exterior, Marc se dijo que en el fondo aquello era seguramente lo mejor que él podía hacer. La guerra había terminado. Así que lo más sensato era volver a retomar su Edad Media, aunque nadie se lo hubiera pedido. Trabajar para nadie y por nada, volver con sus señores y sus

campesinos. Marc volvió a bajar y abrió sus documentos sin convicción. Cogerían a Gosselin un día u otro. Habría un juicio y eso sería todo. Alexandra ya no tendría nada que temer y continuaría saludándole con un gesto de la mano por la calle. Sí, era mejor dedicarse al siglo XI que esperar el encuentro.

Leguennec esperó a estar en su despacho, con las puertas cerradas, para ponerse furioso.

—Muy bien, ¿no? —gritó—. ¿Estás contento de tu trabajo?

—Bastante —dijo Vandoosler—. Ya tienes a tu culpable, ¿no?

—¡Lo tendría si no le hubieras dejado salir pitando! ¡Estás corrompido, Vandoosler, podrido!

—Digamos que le he dejado tres horas para que arregle las cosas. Es lo menos que se puede conceder a un hombre.

Leguennec dio un golpe en su mesa con las palmas de las manos.

—Pero ¡por Dios!, ¿por qué? —gritó—. ¡Ese chico no es nada tuyo! ¿Por qué lo has hecho?

—Para ver —dijo Vandoosler con indolencia—. No hay que detener los acontecimientos. Ése siempre ha sido tu error.

—¿Sabes lo que te puede costar tu insensatez?

—Lo sé, pero no harás nada contra mí.

—¿Eso crees?

—Sí. Porque cometerías un grave error, te lo digo yo.

—No estás en condiciones de hablar de errores, ¿no te parece?

—¿Y tú? Sin Marc, jamás habrías relacionado la muerte de Sophia con la de Christophe Dompierre. Y sin Lucien, jamás habrías emparejado el caso con el asesinato de los dos críticos y nunca habrías identificado al figurante Georges Gosselin.

—Y sin ti, ¡a estas horas, él estaría en este despacho!

—Exactamente. ¿Y si jugamos a las cartas mientras esperamos? —propuso Vandoosler.

Un joven inspector adjunto abrió la puerta como un vendaval.

—Podrías llamar —gritó Leguennec.

—No he tenido tiempo —se disculpó el joven—. Hay ahí un tipo que quiere verle urgentemente. Por el caso Siméonidis-Dompierre.

—¡El caso está cerrado! ¡Dile que se largue!

—Pregunta primero quién es el tipo —sugirió Vandoosler.

—¿Quién es el tipo?

—Un chico que se alojaba en el Hotel du Danube al mismo tiempo que Christophe Dompierre. El que se fue por la mañana en su coche sin ni siquiera ver el cuerpo.

—Hazle entrar —dijo Vandoosler entre dientes.

Leguennec hizo una seña y el joven inspector le llamó desde el pasillo.

—Jugaremos esa partida más tarde —dijo Leguennec.

El hombre entró y se sentó antes de que Leguennec le invitara a hacerlo. Estaba muy nervioso.

—¿De qué se trata? —preguntó Leguennec—. Dígallo rápido. Tengo un sospechoso huido. ¿Su nombre? ¿Su profesión?

—Éric Masson, jefe de departamento en la SODECO Grenoble.

—Eso no nos importa —dijo Leguennec—. ¿Qué quiere?

—Yo estaba en el Hotel du Danube —dijo Masson—. El establecimiento tiene mal aspecto pero me he acostumbrado a él. Está muy cerca de la SODECO París.

—Eso no nos importa —repitió Leguennec.

Vandoosler le hizo señas de que fuera un poco más amable, y Leguennec se sentó, ofreció un cigarrillo a Masson y se encendió uno.

—Le escucho —dijo en un tono más bajo.

—Yo estaba allí la noche en que el señor Dompierre fue asesinado. Lo peor es que cogí mi coche por la mañana sin sospechar nada, y eso que el cuerpo estaba justo al lado, por lo que me explicaron más tarde.

—Sí, ¿y qué?

—Era miércoles por la mañana. Fui directamente a la SODECO y dejé el coche en el aparcamiento subterráneo.

—Eso tampoco nos importa —dijo Leguennec.

—¡Se equivoca, claro que les importará! —se enfadó de repente Masson—. Si les doy estos detalles es ¡porque tienen una enorme importancia!

—Perdóneme —dijo Leguennec—, es que estoy agotado. ¿Qué más?

—Al día siguiente, jueves, hice lo mismo. Era un curso de formación de tres días. Dejé mi coche en el aparcamiento subterráneo y volví por la noche al hotel después de haber cenado con mis compañeros. Mi coche es negro, lo específico. Un Renault 19, con la carrocería muy baja.

Vandoosler hizo una nueva seña a Leguennec antes de que dijera que no le importaba.

—El curso terminó ayer por la noche. Esta mañana sólo tenía que pagar la cuenta y salir tranquilamente hacia Grenoble. Saqué el coche y me detuve en la gasolinera más cercana para llenar el depósito. Es una gasolinera en la que los surtidores están fuera.

—Cálmate, por el amor de Dios —murmuró Vandoosler a Leguennec.

—Entonces —continuó Masson—, por primera vez desde el miércoles por la mañana, rodeé mi coche en pleno día para ir a abrir el depósito de gasolina. El depósito está situado en el lado derecho, como en todos los coches. Fue entonces cuando lo vi.

—¿Qué? —preguntó Leguennec, de repente atento.

—La inscripción. En el polvo de la aleta anterior derecha, muy abajo, había una inscripción hecha con el dedo. Al principio pensé que la habría hecho algún chaval. Pero normalmente los chavales las hacen en el parabrisas y escriben «cerdo». Así que me agaché y leí. Mi coche es negro, enseguida se llena de grasa y de polvo, y la inscripción era muy nítida, como en un cuadro. Y entonces comprendí. Era él, el tal Dompierre, el que había escrito en mi coche antes de morir. No murió inmediatamente, ¿verdad?

Inclinado hacia delante, Leguennec contenía literalmente la respiración.

—No —dijo—, murió unos minutos después.

—Así pues, tendido en el suelo, tuvo tiempo y fuerzas para estirar un brazo y escribir. Escribir en mi coche el nombre de su asesino. Ha sido una suerte que no haya llovido desde entonces.

Dos minutos después, Leguennec llamaba al fotógrafo de la comisaría y se precipitaba hacia la calle en la que Masson había aparcado su Renault negro y sucio.

—Un poco más y lo hubiera llevado al túnel de lavado —gritaba Masson corriendo tras él—. La vida es increíble, ¿verdad?

—¡Es usted un loco por haber dejado una prueba tan importante en la calle! ¡Cualquiera podría borrarla en un descuido!

—Resulta que no me dejaron aparcar en el patio de su comisaría. Son las normas, dijeron.

Los tres hombres se habían arrodillado ante la aleta derecha. El fotógrafo les pidió que retrocedieran para poder hacer su trabajo.

—Una copia —dijo Vandoosler a Leguennec—. Quiero una copia en cuanto sea posible.

—¿A santo de qué? —dijo Leguennec.

—Tú no eres el único que está en este asunto, y lo sabes perfectamente.

—Lo sé demasiado bien. Tendrás tu copia. Vuelve dentro de una hora.

Hacia las dos, Vandoosler cogió un taxi y fue al caserón. Era caro pero los minutos también contaban. Entró rápidamente en el refectorio vacío y cogió la escoba, que seguía siendo sólo un palo. Dio siete golpes sonoros en el techo. Siete golpes querían decir «bajad todos los evangelistas». Un golpe era para llamar a san Mateo, dos golpes para san Marcos, tres para san Lucas y cuatro para él mismo. Siete para el conjunto. Había sido Vandoosler el que había propuesto este sistema porque todo el mundo estaba harto de bajar y subir las escaleras por nada.

Mathias, que había vuelto después de comer tranquilamente en casa de Juliette, oyó los siete golpes y se los repitió a Marc antes de bajar. Marc se los repitió a Lucien, que abandonó su lectura farfullando «llamada a primera línea, ejecución de la misión».

Un minuto después, estaban todos en el refectorio. Aquel sistema de la escoba era realmente eficaz, excepto porque destrozaba los techos y no permitía comunicarse con el exterior como el teléfono.

—¿Ya está? —preguntó Marc—. ¿Han cogido a Gosselin o le han matado a tiros antes?

Vandoosler bebió un gran vaso de agua antes de hablar.

—Imaginad a un tipo al que acaban de coser a navajazos, que sabe que va a morir. Si aún tiene la fuerza y los medios para dejar un mensaje, ¿qué escribe?

—El nombre del asesino —dijo Lucien.

—¿Todos de acuerdo? —preguntó Vandoosler.

—Está clarísimo —dijo Marc.

Mathias movió la cabeza.

—Bien —dijo Vandoosler—. Yo pienso lo mismo. Además, he tenido varios casos de éstos en mi carrera. La víctima, si puede y si lo conoce, siempre escribe el nombre de su asesino. Siempre.

Vandoosler, con gesto preocupado, sacó del bolsillo de su chaqueta el sobre que contenía la copia de la foto del coche negro.

—Christophe Dompierre —continuó— escribió un nombre en el polvo de la carrocería de un coche antes de morir. Ese nombre ha estado paseando por París durante tres días. El propietario del vehículo acaba de descubrir la inscripción.

—« Georges Gosselin » —dijo Lucien.

—No —dijo Vandoosler—. Dompierre escribió « Sophia Siméonidis ».

Vandoosler lanzó la copia de la foto sobre la mesa y se dejó caer en una silla.

—La muerta viviente —murmuró.

Mudos, los tres hombres se acercaron a mirar la foto. Ninguno se atrevía a tocarla, como si tuvieran miedo. La escritura de Dompierre, hecha con el dedo, era insegura, irregular, dado que había tenido que levantar el brazo para llegar a la parte inferior de la puerta. Sin embargo, no había la menor duda. Había escrito, tras varios intentos, empleando sus últimas fuerzas, « Sofia Siméonidis ». La « a » de « Sofia » se había desviado un poco, y también la ortografía. Había escrito « Sofia » en lugar de « Sophia ». Marc se acordó de que Dompierre decía « señora Siméonidis ». Su nombre no le resultaba familiar.

Aterrados, cada uno se sentó en silencio lejos de la foto en la que se dibujaba, en blanco y negro, la terrible acusación. Sophia Siméonidis viva. Sophia la asesina de Dompierre. Mathias sintió un escalofrío. Por primera vez, sintieron malestar y el miedo en el refectorio. Era el comienzo de la tarde de un viernes. El sol entraba por las ventanas pero Marc sentía los dedos fríos y un hormigueo en las piernas. Sophia viva, tramando su falsa muerte, quemando a otro en su lugar, dejando su piedra de basalto como testigo. Sophia la bella vagando de noche por París, por la Rue Chasle. Muy cerca de ellos. La muerta viviente.

—¿Y entonces Gosselin? —preguntó Marc en voz baja.

—No fue él —dijo Vandoosler en el mismo tono—. De todas formas, yo ya lo sabía ayer.

—¿Lo sabías?

—¿Te acuerdas de los dos cabellos de Sophia que Leguennec encontró el viernes 4 en el maletero del coche de Lex?

—Por supuesto —dijo Marc.

—Esos cabellos no estaban allí la víspera. Cuando el jueves se supo que se había producido el incendio de Maisons-Alfort, esperé a la noche para ir a pasar el aspirador por el maletero de su coche, de arriba abajo. Guardo de mis años de servicio un pequeño neceser bastante práctico, en el que hay un aspirador a pilas y bolsitas limpias. No había nada en el maletero, ni un cabello, ni un trozo de uña, ni un trozo de ropa. Sólo arena y polvo.

Estupefactos, los tres hombres miraban a Vandoosler. Marc se acordaba. Fue la noche en que, sentado en el séptimo peldaño, había estado pensado en la tectónica de placas. Su padrino había bajado a mear fuera con una bolsa de plástico.

—Es verdad —dijo Marc—. Creí que ibas a mear.

—También meé —dijo Vandoosler.

—Sí, claro —dijo Marc.

—Entonces —continuó Vandoosler—, cuando a la mañana siguiente Leguennec mandó requisar el coche y encontró dos cabellos, me hizo mucha gracia. Ya tenía la prueba de que Alexandra no tenía nada que ver con el crimen. Y de que alguien, después de mí, había ido a poner aquellas pruebas convincentes durante la noche, para culpar a la joven. Y no podía ser Gosselin porque Juliette afirma que no volvió de Caen hasta el viernes al mediodía. Lo cual es verdad, lo he comprobado.

—Pero ¡hombre!, ¿por qué no dijiste nada?

—Porque había hecho algo poco legal y necesitaba conservar la confianza de Leguennec. Y porque prefería dejar que el asesino creyera, quien quiera que fuese, que sus planes funcionaban. Dejarlo totalmente libre, soltar el sedal, ver dónde reaparecería el animal, en libertad y seguro de sí mismo.

—Y Leguennec ¿por qué no requisó el coche el jueves?

—No tuvo tiempo. Además, acuérdate de que no estuvimos convencidos de que se trataba del cuerpo de Sophia hasta bastante tarde, al final del día. Las primeras sospechas apuntaban hacia Relivaux. No se puede requisar todo, congelar todo, vigilar todo el primer día de una investigación. Aunque Leguennec sentía que no había sido suficientemente rápido. No es un imbécil. Por eso no culpó a Alexandra. No estaba seguro de los cabellos.

—Pero ¿y Gosselin? —preguntó Lucien—. ¿Por qué pidió usted a Leguennec que lo mantuviera bajo vigilancia si estaba seguro de su inocencia?

—Por la misma razón. Dejar que la acción se desarrolle, que los

acontecimientos se sucedan, se precipiten. Y ver cómo el asesino sacaba partido de todo ello. Hay que dejar a los asesinos las manos libres para que puedan cometer un error. Habrás notado que, con la ayuda de Juliette, dejé marchar a Gosselin. No me apetecía que le jodieran por esa antigua historia de la agresión.

—¿Fue él el autor de la agresión?

—Seguramente. Se veía en los ojos de Juliette. Pero de los crímenes, no. Y ahora, san Mateo, puedes ir a decir a Juliette que avise a su hermano.

—¿Usted cree que sabe dónde está?

—Por supuesto que lo sabe. En la costa, sin duda. Niza, Tolón, Marsella o por los alrededores. Preparado para marcharse a la primera señal a la otra orilla del Mediterráneo con documentos falsos. También puedes decirle lo de Sophia Siméonidis. Pero que todo el mundo tenga cuidado. Sigue viva en alguna parte. Lo que no sé es dónde.

Mathias apartó la mirada de la foto negra posada sobre la mesa de madera brillante y salió sin hacer ruido.

Aturdido, Marc se sentía sin fuerzas. Sophia muerta. Sophia viva.

—¡Que se levanten los muertos! —murmuró Lucien.

—Entonces —dijo Marc lentamente—, ¿fue Sophia la que mató a los dos críticos? ¿Porque se ensañaron con ella? ¿Porque podían hundir su carrera? Pero ¡es imposible que pasen cosas así!

—Entre las cantantes es muy posible —dijo Lucien.

—Ella había matado a los dos... Y luego, más tarde, alguien lo había descubierto... y entonces ella había preferido desaparecer antes que acabar ante los tribunales.

—No tenía porque ser alguien —dijo Vandoosler—. Podía ser el árbol. Era una criminal pero, al mismo tiempo, era una supersticiosa, una histérica, que seguramente vivía obsesionada con que su acto fuera descubierto algún día. El hecho de que el árbol llegara misteriosamente a su jardín pudo bastar para enloquecerla. Probablemente vio en él una amenaza, el principio de un chantaje. Os mandó cavar debajo, pero el árbol no ocultaba nada ni a nadie. Sólo estaba ahí para notificarle algo. ¿Recibió una carta? Nunca lo sabremos. Lo que sabemos es que optó por desaparecer.

—¡Le habría bastado con desaparecer! ¡No tenía ninguna necesidad de quemar a otra persona en su lugar!

—Eso es lo que pensaba hacer. Hacernos creer que había huido con Stelyos. Sin embargo, en todo su proyecto de huida, olvidó la llegada de Alexandra. Se acordó demasiado tarde y comprendió que su sobrina negaría que hubiera podido desaparecer sin esperarla al menos, y que se abriría una investigación. Tuvo que proporcionar un cadáver para poder estar tranquila.

—¿Y Dompierre? ¿Cómo se enteró de que Dompierre investigaba sobre ella?

—En ese momento debía de estar escondida en su casa de Dourdan. Fue en

Dourdan donde vio a Dompierre ir a casa de su padre. Ella le siguió y le mató. Pero él escribió su nombre.

De repente, Marc gritó. Tenía miedo, tenía calor, temblaba.

—¡No! —gritó Marc—. ¡No! ¡Sophia, no! ¡Ella, no! ¡Era tan guapa! ¡Qué horror! ¡Qué horror!

—« El historiador no debe negarse a oír nada » —dijo Lucien.

Pero Marc se fue gritando a Lucien que se fuera a la mierda con su Historia, y echó a correr por la acera, con las manos pegadas a las orejas.

—Es muy sensible —dijo Vandoosler.

Lucien subió a su habitación. Olvidar. Trabajar.

Vandoosler se quedó solo con la foto. Le dolía mucho la frente. Leguennec debía de estar ordenando peinar las zonas en las que se reunían los vagabundos. Para buscar una mujer desaparecida desde el 2 de junio. Cuando se había separado de él, ya se rastreaba una pista bajo el puente de Austerlitz: la Louise, una anciana habitual, una sedentaria, a la que ninguna clase de amenaza conseguía desalojar de su arca reforzada por viejos cartones, muy conocida por sus estallidos verbales en la estación de Lyon, parecía faltar de su puesto desde hacía más de una semana. Era probable que Sophia la bella la hubiera llevado consigo y la hubiera quemado.

Sí, le dolía mucho la frente.

Marc corrió durante mucho rato hasta que no pudo más, hasta que los pulmones le ardieron. Sin aliento, con la espalda de la camisa empapada, se sentó en el primer mojón de piedra que encontró. Unos perros habían meado en él. No le importó. Con la cabeza zumbando, apretada entre las manos, se puso a reflexionar. Asqueado, aturdido, intentaba recuperar la calma para poder pensar. No reaccionar a patadas como si se tratara de una pelota. No reproducir la tectónica de placas. No conseguiría reflexionar sentado en aquel mojón lleno de meados. Debía caminar, caminar despacio, pero no sin recuperar antes el aliento. Miró hasta dónde había llegado. A la Avenue d'Italie. ¿Había corrido tanto? Se levantó con cuidado, se enjugó la frente y se acercó a la estación de metro. «Maison Blanche.» Blanca. Aquello le recordaba algo. Ah, sí, la ballena blanca. Moby Dick La moneda de cinco francos clavada. Había sido idea de su padrino, eso de jugar con algo tan horrible. Subir por la Avenue d'Italie. Andar con pasos comedidos. Acostumbrarse a la idea. ¿Por qué no quería que Sophia hubiera hecho todo aquello? ¿Porque la había conocido una mañana delante de la verja? Y, sin embargo, la acusación de Christophe Dompierre estaba ahí, clara. Christophe. Marc se quedó quieto. Siguió. Se detuvo. Tomó un café. Siguió.

Hasta las nueve de la noche, con el estómago vacío y la cabeza pesada, no llegó al caserón. Entró en el refectorio a cortar una rebanada de pan. Leguennec estaba hablando con su padrino. Cada uno tenía un montón de naipes en la mano.

—Raymond d'Austerlitz —decía Leguennec—, un viejo vagabundo, un amigo de la Louise, afirma que una bella mujer fue a buscarla hace por lo menos una semana, de cualquier forma, un miércoles. Fue un miércoles, Raymond está seguro. La mujer iba bien vestida y, cuando hablaba, se ponía la mano en la garganta. Voy con picas.

—¿Propuso un asunto a la Louise? —preguntó Vandoosler tirando tres cartas, una de ellas al revés.

—Eso es. Raymond no sabe cuál, pero la Louise se citó con ella y estaba «especialmente contenta». Menudo asunto... Ir a que la quemaran en un viejo coche en Maisons-Alfort... Pobre Louise. Te toca.

—No tengo tréboles. Paso. ¿Qué ha dicho el médico forense?

—Ahora tenemos más datos, gracias a los dientes. Él pensaba que tendrían que haber resistido más, pero claro, a la Louise sólo le quedaban tres en la boca. Así que todo cuadra. Seguramente por eso Sophia la eligió. Me quedo con tus corazones y echo la sota de diamantes.

Marc se metió el pan en uno de los bolsillos e introdujo dos manzanas en el otro. Se preguntó a qué extraño juego estaban jugando los dos polis. Le daba igual. Tenía que caminar. No había terminado de caminar. Ni de hacerse a la idea. Volvió a salir y se fue por el otro lado de la Rue Chasle, pasando por delante del frente occidental. Pronto caería la noche.

Siguió andando otras dos horas al menos. Dejó el corazón de una manzana en el borde de la fuente Saint-Michel y el otro en el pedestal del león de Belfort. Le costó mucho llegar hasta el león y subir a su pedestal. Existe una especie de poemita que asegura que por la noche el león de Belfort va a pasear tranquilamente por París. Aquello, al menos, todo el mundo sabe que es una tontería. Cuando Marc saltó al suelo, se encontraba mucho mejor. Volvió a la Rue Chasle, con la cabeza aún dolorida pero serena. Había aceptado la idea. Había comprendido. Todo estaba en orden. Sabía dónde estaba Sophia. Le había llevado mucho tiempo.

Entró con paso tranquilo en el oscuro refectorio. Eran las once y media y todo el mundo dormía. Encendió la luz y llenó el hervidor. La horrible foto ya no estaba sobre la mesa de madera. Solamente había un papelito. Era una nota de Mathias: « Juliette cree saber dónde se ha escondido Sophia. La acompaño a Dourdan. Tengo miedo de que intente ayudarla a escapar. Llamo a casa de Alexandra si hay alguna novedad. Saludos primitivos. Mathias» .

Marc soltó el hervidor bruscamente.

—¡Qué gilipollas! —murmuró—. Pero ¡qué gilipollas!

Subiendo los escalones de cuatro en cuatro, subió al tercero.

—¡Vístete, Lucien! —gritó sacudiéndole.

Lucien abrió los ojos, dispuesto a replicar.

—No, ni preguntas ni comentarios. Te necesito. ¡Date prisa!

Marc subió igual de rápido al cuarto piso y sacudió a Vandoosler.

—¡Se va a escapar! —dijo Marc, sin aliento—. ¡Rápido, Juliette y Mathias se han ido! Ese imbécil de Mathias no se da cuenta del peligro. Me voy con Lucien. Ve a sacar a Leguennec de la cama y que acuda con sus hombres a Dourdan, a la Allée des Grands-Ifs, número 12.

Marc salió como un cohete. Tenía las piernas doloridas de haber corrido tanto aquel día. Lucien bajó, con cara de sueño, poniéndose los zapatos y con una corbata en la mano.

—Reúnete conmigo delante de la casa de Relivaux —le gritó Marc al pasar.

Bajó las escaleras a toda velocidad, atravesó el jardín corriendo y se puso a gritar ante la casa de Relivaux.

Relivaux apareció en la ventana, receloso. Había vuelto hacia poco y el descubrimiento de la inscripción en el coche negro le había dejado hecho polvo, según decían.

—¡Tíreme las llaves de su coche! —gritó Marc—. ¡Cuestión de vida o

muerte!

Relivaux ni se lo pensó. Unos segundos después, Marc atrapaba las llaves al vuelo desde el otro lado de la verja.

Se podía pensar todo lo que se quisiera de Relivaux, pero era un excelente lanzador.

—¡Gracias! —gritó Marc.

Metió la llave, arrancó y abrió la portezuela para recoger a Lucien al pasar. Lucien se hizo el nudo de la corbata, colocó una petaca entre sus muslos, echó el asiento hacia atrás y se instaló cómodamente.

—¿Qué contiene esa petaca? —preguntó Marc.

—Ron. Por si acaso.

—¿De dónde lo has sacado?

—Es mío. Era para hacer pasteles.

Marc se encogió de hombros. Así era Lucien.

Marc conducía deprisa, con los dientes apretados. París, de noche, a toda velocidad. Era un viernes por la noche, circular no era fácil, y Marc sudaba, muy nervioso, adelantaba, se saltaba los semáforos. Hasta que no salieron de París y entraron en la carretera nacional vacía, no se sintió capaz de hablar.

—Pero ¿qué le pasa a Mathias? —gritó—. ¿Cree que va a poder coger a una mujer que ya se ha cepillado a un montón de gente? ¿Es que no se da cuenta? ¡Es mucho peor que un uro!

Como Lucien no respondía, Marc le echó una rápida ojeada. El muy imbécil dormía, y además profundamente.

—¡Lucien! —gritó Marc—. ¡Despierta!

No había nada que hacer. Cuando aquel tipo decidía dormir, no se le podía despertar si él no quería. Como cuando se metía en la guerra del 14 al 18. Marc aceleró aún más.

Frenó delante del número 12 de la Allée des Grands-Ifs a la una de la madrugada. La gran puerta de madera de la casa de Sophia estaba cerrada. Marc sacó a Lucien del coche y lo sujetó para mantenerlo en pie.

—¡Despierta! —repitió Marc.

—No grites —dijo Lucien—. Estoy despierto. Siempre estoy despierto cuando sé que soy indispensable.

—Date prisa —dijo Marc—. Aúpame como la otra vez.

—Quítate el zapato —dijo Lucien.

—No te enteras de nada, ¿verdad? ¡Quizá lleguemos demasiado tarde! ¡Así que cruza las manos y olvídate de mis zapatos!

Marc apoyó el pie en las manos de Lucien y se alzó hasta lo alto del muro. Tuvo que hacer un esfuerzo para conseguir pasar por encima.

—Ahora te toca a ti —dijo Marc extendiendo el brazo—. Acerca el cubo de basura, súbete a él y coge mi mano.

Lucien se encontró a caballo en el muro al lado de Marc. El cielo estaba nublado y la oscuridad era completa.

Lucien saltó y Marc tras él.

Una vez en el suelo, Marc intentó orientarse en la oscuridad. Pensaba en el pozo. Hacía un buen rato que sólo pensaba en el pozo. El agua. Mathias. El pozo, lugar habitual donde se cometían los crímenes en la sociedad rural medieval. ¿Dónde estaba ese jodido pozo? Ahí, era esa forma clara. Marc se dirigió hacia allí corriendo y Lucien fue tras él. No oía nada, ni un ruido, salvo su carrera y la de Lucien. Cada vez estaba más enloquecido. Separó rápidamente las pesadas planchas que cubrían la boca. Mierda, no había cogido una linterna. De todas formas, ya no tenía linterna desde hacía mucho tiempo. Dos años. Digamos que dos años. Se asomó por encima del brocal y llamó a Mathias.

Ni un sonido. ¿Por Dios, por qué insistía con el pozo? ¿Por qué no en la casa o en el bosquecillo? No, era en el pozo, estaba seguro. Es fácil, es limpio, es medieval, no deja huellas. Levantó el pesado cubo de zinc y lo hizo descender muy despacio. Cuando lo oyó tocar la superficie del agua, al fondo, atrancó la cadena y pasó una pierna por encima del brocal.

—Comprueba que la cadena queda bloqueada —dijo a Lucien—. No abandones este puto pozo. Y sobre todo, ten cuidado. No hagas un solo ruido, no la alertes. Cuatro, cinco o seis cadáveres, a ella no le importa cuántos sean. Tu petaca de ron, pásamela.

Marc inició el descenso. Tenía bastante miedo. El pozo era estrecho, negro, húmedo y helado como cualquier pozo, pero la cadena sujetaba bien. Creía haber descendido seis o siete metros cuando tocó el cubo y el agua le heló los tobillos. Se dejó hundir hasta los muslos, con la sensación de que el frío le daba pinchazos en la piel. Notó contra sus piernas un cuerpo y le entraron ganas de gritar.

Llamó a Mathias, pero éste no respondió. Los ojos de Marc se habían acostumbrado a la oscuridad. Se hundió más en el agua, hasta la cintura. Con una mano, palpó los contornos del cuerpo del cazador-recolector que se había dejado tirar como un cretino al fondo de aquel pozo. Su cabeza y sus rodillas emergían del agua. Mathias había conseguido que sus largas piernas hicieran de calce contra la pared cilíndrica. Había sido una suerte que lo hubieran tirado a un pozo tan estrecho. Porque allí se había quedado atascado. Pero ¿cuánto tiempo hacía que se estaba bañando en aquel frío? ¿Cuánto tiempo llevaba deslizándose, centímetro a centímetro, tragando aquella agua oscura?

No podía subir a Mathias inconsciente. Era fundamental que el cazador volviera en sí al menos para agarrarse.

Marc se enrolló la cadena alrededor del brazo derecho, rodeó el cubo con sus piernas, aseguró su presa y empezó a tirar de Mathias. Era tan grande y pesaba tanto. Marc estaba agotado. Poco a poco, Mathias iba saliendo del agua y tras un

cuarto de hora de esfuerzos, su torso reposaba en el cubo. Marc le sujetó sobre su pierna apoyada contra la pared y con la mano izquierda consiguió coger el ron que había guardado en la chaqueta. Si Mathias llegaba a vivir mucho, le cogería manía a aquel mejunje para repostería. Se lo echó como pudo en la boca. Chorreaba por todas partes, pero Mathias empezaba a reaccionar. Ni por un segundo Marc había dejado que entrara en su cabeza la idea de que Mathias pudiera morir. Que dejara de existir el cazador-recolector. Marc le propinó unas bofetadas y volvió a darle ron. Mathias gruñó. Emergía de las profundidades.

—¿Me oyes? Soy Marc.

—¿Dónde estamos? —preguntó Mathias con voz sorda—. Tengo frío. Me voy a morir.

—Estamos en el pozo. ¿Dónde quieres que estemos?

—Ella me empujó —baluceó Mathias—. Me dio un golpe, me empujó, no la vi venir.

—Lo sé —dijo Marc—. Lucien nos va a subir. Está ahí arriba.

—Se va a deslomar —farfulló Mathias.

—No te preocupes por él. Está acostumbrado a estar en primera línea. Vamos, bebe.

—¿Qué es esta mierda?

Mathias había hablado de forma casi inaudible.

—Es ron para repostería, es de Lucien. ¿Te calienta?

—Tómalo tú también. El agua paraliza.

Marc tomó varios tragos. La cadena enrollada alrededor del brazo le mordía, le quemaba.

Mathias había vuelto a cerrar los ojos. Respiraba, es todo lo que se podía decir de él. Marc silbó y la cabeza de Lucien se destacó en el pequeño círculo de sombra más clara, allá arriba.

—¡La cadena! —dijo Marc—. Súbela suavemente, pero sobre todo ¡no dejes que vuelva a bajar! ¡No hagas movimientos bruscos o se me soltará!

Su voz retumbaba, ensordeciéndole incluso a él. A menos que tuviera también los oídos entumecidos.

Oyó ruidos metálicos. Lucien deshacía el nudo mientras mantenía la tensión para que Marc no cayera más abajo. Lucien era hábil, muy hábil. Y la cadena subió con lentitud.

—¡Hazlo eslabón a eslabón! —gritó Marc—. ¡Pesa como un uro!

—¿Se ha ahogado? —gritó Lucien.

—¡No! ¡Enrolla, soldado!

—¡Para ti es fácil decirlo, mierda! —gritó Lucien.

Marc agarró a Mathias por los pantalones. Mathias se sujetaba los pantalones con una gruesa cuerda y resultaba fácil cogerle. Fue la única cualidad que Marc concedió en ese instante a aquel trozo de cuerda rústica con la que Mathias se

sujetaba los pantalones. La cabeza del cazador-recolector golpeaba un poco contra las paredes del pozo pero Marc veía acercarse el círculo del brocal. Lucien tiró de Mathias y lo tumbó en el suelo. Marc pasó por encima del brocal y se dejó caer en la hierba. Se desenrolló la cadena del brazo con una queja. Estaba sangrando.

—Apriétalo con mi chaqueta —dijo Lucien.

—¿No has oído nada?

—A nadie. Ahí llega tu tío.

—Ha tardado mucho. Dale una bofetada a Mathias y también fricciónale el cuerpo. Creo que se ha vuelto a desmayar.

Leguennec llegó el primero corriendo y se arrodilló junto a Mathias. Llevaba una linterna en la mano.

Marc se levantó, con el brazo como una piedra y fue al encuentro de los seis policías.

—Estoy seguro de que se ha largado al bosquecillo —dijo.

Encontraron a Juliette diez minutos más tarde. Dos hombres la traían sujetándola por los brazos. Parecía agotada, llena de arañazos y golpes.

—Ella me ha... —jadeó Juliette— He conseguido escapar...

Marc se abalanzó sobre ella y la agarró por el hombro.

—¡Cállate! —gritó sacudiéndola—. ¡Cállate!

—¿Intervenimos? —preguntó Leguennec a Vandoosler.

—No —murmuró Vandoosler—. No pasa nada, dejémoslo actuar. Es su método, su descubrimiento. Yo sospechaba algo así, pero...

—Vandoosler, tenías que habérmelo dicho.

—Aún no estaba seguro. Los medievalistas tienen sus propios métodos, y a lo ves. Cuando Marc empieza a poner sus ideas en fila, no para hasta que llega al final... Va poniendo una cosa y luego otra, lo mejor y lo peor, y de repente, ve.

Leguennec miró a Marc que, rígido, con la cara blanca en la noche y el pelo empapado, seguía agarrando a Juliette muy cerca del cuello, con una sola mano, en la que brillaban sus anillos, una ancha mano cerrada sobre ella y que parecía muy peligrosa.

—¿Y si hace alguna tontería?

—No hará ninguna tontería.

A pesar de todo, Leguennec hizo una seña a sus hombres para que rodearan a Marc y a Juliette.

—Yo voy a ocuparme de Mathias —dijo—. Ha estado a dos pasos de morir.

Vandoosler recordó que a la vez que pescador, Leguennec también había sido socorrista marítimo. El agua siempre es el agua.

Marc había soltado a Juliette y la miraba fijamente. Era fea y era guapa. Le dolía el estómago. ¿El ron, quizá? En ese momento ella estaba quieta. Marc temblaba. La ropa empapada se le pegaba y le congelaba el cuerpo. Lentamente

buscó a Leguennec con la mirada entre aquellos hombres apretujados en la oscuridad. Lo distinguió más lejos, cerca de Mathias.

—Inspector —susurró—, dé la orden de que vayan a buscar debajo del árbol. Creo que ella está ahí.

—¿Debajo del árbol? —preguntó Leguennec—. Ya hemos cavado debajo del árbol.

—Precisamente —dijo Marc—. El lugar en el que ya se ha buscado, el lugar que no se volverá a abrir jamás... Es ahí donde está Sophia.

Ahora Marc tiritaba realmente. Encontró la botellita de ron y vació el último cuarto. Sintió que la cabeza la daba vueltas, quería que Mathias le encendiera la chimenea, pero Mathias estaba en el suelo, quería tumbarse como él, incluso gritar con todas sus fuerzas. Se enjugó la frente con la manga empapada, con el brazo izquierdo, que aún podía mover. El otro lo tenía colgando y la sangre le corría por la mano.

Alzó los ojos. Ella lo seguía mirando fijamente. Ahora sólo quedaba aquel cuerpo rígido y la mirada áspera.

Aturdido, Marc se sentó en la hierba. No, ya no quería mirarla. Incluso lamentaba haberla mirado tanto.

Leguennec incorporó a Mathias. Le sentó.

—Marc... —dijo Mathias.

Aquella voz apagada hizo reaccionar a Marc. Si Mathias hubiera tenido fuerzas, habría dicho «Habla, Marc». Seguro que habría dicho eso el cazador-recolector. A Marc le castañeteaban los dientes y sus palabras salieron en fragmentos entrecortados.

—Dompierre —dijo— se llamaba Christophe.

Con la cabeza baja y las piernas cruzadas, se puso a arrancar la hierba que había a su alrededor, a puñados. Lo mismo que había hecho cerca del haya. La arrancaba y lanzaba las briznas a su alrededor.

—Escribió Sofia con *f*, y no con *ph* —continuó nervioso—. Sin embargo, un tipo que se llama Christophe, o, *p*, *h*, no se equivoca en la ortografía de Sophia, no, porque son las mismas sílabas, las mismas vocales, las mismas consonantes, e incluso cuando estás a punto de morir, sigues sabiendo, si te llamas Christophe, que Sophia no se escribe con *f*, lo sigues sabiendo, y en eso no habría podido equivocarse, como tampoco habría escrito su nombre con *f*, no, él no escribió *Sofia*, no escribió *Sofia*...

Marc se estremeció. Sintió que su padrino le quitaba la chaqueta y luego la camisa empapada. Él no tenía fuerzas para ayudarlo. Seguía arrancando la hierba con la mano izquierda. Entonces le envolvieron en una manta áspera, directamente sobre la piel, una manta que los polis llevaban en la camioneta. Mathias tenía otra igual. Picaba mucho pero calentaba. Se relajó un poco, se encogió en su interior, y la mandíbula le tembló menos. Seguía teniendo los ojos

clavados en la hierba, por supervivencia, para no tener que verla.

—Continúa —dijo la voz sorda de Mathias.

Ahora se encontraba mejor. Podía hablar sin dificultad, más despacio, y reflexionar al mismo tiempo, reconstruir los hechos. Podía hablar pero ya no podía pronunciar aquel nombre.

—Entonces comprendí —añadió en voz baja dirigiéndose a la hierba— que Christophe no había podido escribir *Sofia Siméonidis*... Entonces, ¿quién, Dios mío? La *a* de Sofia estaba mal hecha, la curva de la *f* no estaba cerrada, parecía una gran *S*, así que él había escrito *Sosia Siméonidis*, sosia, doble, suplente... sí, eso es lo que había hecho, había señalado a la suplente de Sophia Siméonidis... Su padre, en su artículo, había escrito algo curioso... algo así como «Sophia tuvo que ser sustituida durante tres días por su suplente, Nathalie Domesco, cuya execrable imitación había acabado definitivamente con *Elektra*...» imitación... imitación era una extraña palabra, una extraña expresión, como si la suplente no se hubiera limitado a sustituir sino a imitar, a remedar a Sophia, con el pelo teñido de negro, cortado muy corto, los labios rojos y el fular en el cuello, sí, eso fue lo que hizo... y la «sosia» era el apodo que Dompierre y Frémonville daban a la suplente, como escarnio sin duda, porque era demasiado evidente... y Christophe lo sabía, conocía el apodo y lo comprendió, aunque realmente demasiado tarde, y yo lo comprendí, casi demasiado tarde también...

Marc volvió la mirada hacia Mathias, que estaba sentado en el suelo entre Leguennec y otro inspector. Y vio también a Lucien, que se había colocado de pie detrás del cazador-recolector, pegado a él como para ofrecerle un respaldo. Lucien, con su corbata hecha jirones, la camisa sucia por el brocal del pozo, su cara de niño, con los labios abiertos y el ceño fruncido. Un grupo apretado de hombres mudos, que se recortaba nítidamente en la noche bajo la linterna de Leguennec. Mathias parecía alelado, pero escuchaba. Era fundamental que hablara.

—¿Se pondrá bien? —preguntó.

—Se pondrá bien —dijo Leguennec—. Está empezando a mover los pies en las sandalias.

—Entonces sí se pondrá bien. Mathias, ¿fuiste a verla esta mañana a su casa?

—Sí —dijo Mathias.

—¿Hablaste con ella? —preguntó Marc.

—Sí, y yo había sentido calor en la calle, cuando recogimos a Lucien borracho. Estaba desnudo y no tenía frío, sentía algo tibio en los riñones. Me di cuenta más tarde. El motor de un coche... Había sentido el calor del motor de su coche, delante de su casa. Lo comprendí cuando Gosselin fue acusado porque entonces pensé que había cogido el coche de su hermana la noche del asesinato.

—Entonces te quedaste jodido cuando Gosselin quedó libre de sospecha, porque entonces necesitabas encontrar otra explicación a tu «calor». Y sólo

había una... Pero cuando volví al caserón aquella noche, lo sabía todo de ella, sabía el porqué, lo sabía todo.

Marc esparcía a su alrededor las briznas de hierba arrancadas. Estaba devastando el rinconcito de tierra en el que se encontraba.

—Christophe Dompierre había escrito *Sosia*... Georges había atacado a Sophia en su camerino y alguien se había beneficiado de ello... ¿Quién? La suplente por supuesto, la «sosia» que iba a sustituirla en escena... Me acordé... las clases de música... era ella, ella la suplente durante años... con el nombre de Nathalie Domesco. Solamente su hermano estaba al corriente, pues sus padres creían que trabajaba de limpiadora... No se llevaba bien con ellos, quizá habían roto... Me acordé... Mathias, sí, Mathias que no había tenido frío durante la noche del asesinato de Dompierre, Mathias que estaba delante de su verja, delante de su coche... me acordé... los polis volviendo a tapar la zanja... los espíabamos desde mi ventana y el suelo sólo les llegaba a la mitad de los muslos... ellos no habían buscado más abajo que nosotros... alguien más había cavado después de ellos, más abajo, hasta el estrato de tierra oscura y fértil... entonces... entonces sí, ya sabía lo suficiente como para reconstruir su historia, como Acab con su ballena asesina... y como él, conocía su ruta... y por dónde iba a pasar...

Juliette miró a los hombres que se habían apostado alrededor de ella en semicírculo. Echó la cabeza hacia atrás y escupió a Marc. Éste agachó la cabeza. La maravillosa Juliette de los hombros lisos y blancos, con aquel cuerpo y aquella sonrisa tan maternales. Aquel cuerpo claro en la noche, sin contornos, redondo, pesado, escupiendo. Juliette, a la que besaba en la frente, la ballena blanca, la ballena asesina.

Juliette volvió a escupir a los dos polis que la flanqueaban, y luego dejó escapar una respiración fuerte, silbante. Le siguió una breve risa burlona y de nuevo la respiración. Marc imaginaba su mirada directamente clavada en él. Pensó en Le Tonneau. Se sentían bien en aquel tonel... el humo, las cervezas en la barra, el ruido de las tazas. Los filetes. Sophia, que había cantado sólo para ellos la primera noche.

Seguía arrancando la hierba. Ahora estaba haciendo un montoncito a su izquierda.

—Ella plantó el haya —continuó—. Sabía que el árbol preocuparía a Sophia, que hablaría de él... ¿Quién no se habría preocupado? Ella envió la postal de Stelys por correo, ella interceptó a Sophia el miércoles por la noche camino de la estación, y ella la llevó a ese jodido tonel de mierda, con no sé qué pretexto... ¡Me importa un carajo! ¡No quiero saberlo! ¡No quiero oírlo! Pudo decir que tenía noticias de Stelys... la llevó, la mató en el sótano, la ató como un trozo de carne para asar, la trasladó durante la noche a Normandía y allí la metió en el viejo congelador de la bodega, estoy seguro...

Mathias se apretó las manos una contra la otra. Dios mío, cómo había deseado a aquella mujer, en la promiscuidad del tonel, al caer la noche, cuando se iba el último cliente, incluso esa misma mañana mientras la había rozado ligeramente cuando la había ayudado a ordenar. Cien veces había querido hacer el amor con ella. En el sótano, en la cocina, en la calle. Quitarse la ropa de camarero demasiado apretada. Aquella noche se preguntaba qué le había hecho contenerse constantemente. Se preguntaba por qué Juliette nunca había demostrado la menor sensibilidad ante ningún hombre.

Un ruido ronco le sobresaltó.

—¡Que se calle esa mujer! —gritó Marc sin apartar los ojos de la hierba. Luego recobró el aliento. Ya no había mucha hierba al alcance de su mano izquierda. Cambió de postura. Haría otro montón.

—Una vez que Sophia hubo desaparecido —continuó con una voz algo extraña—, todos empezamos a preocuparnos, ella la primera, como una amiga leal. Era previsible que los polis fueran a buscar debajo del árbol, y lo hicieron, y no encontraron nada, y volvieron a tapar el agujero... Y todo el mundo acabó por admitir que Sophia se había ido con su Stelyos. Entonces... entonces el lugar estaba preparado... Ahora podía enterrar a Sophia allí donde nadie, ni siquiera los polis, iría nunca más a buscarla, ¡porque ya lo habían hecho! *Debajo del árbol...* Y de todas formas ya nadie iría a buscar a Sophia porque creerían que se había largado a una isla. Su cadáver, debajo de un haya intocable, no aparecería jamás... Sin embargo, era imprescindible que ella pudiera enterrarla tranquilamente, sin testigos, sin vecinos, sin nadie.

Marc volvió a detenerse. Era tan largo de contar... Le parecía que le costaba poner las cosas en orden, que su relato sonara coherente. Dejaría la coherencia para más tarde.

—Nos llevó a todos a Normandía. Durante la noche cogió el coche, el paquete congelado, y volvió a la Rue Chasle. Relivaux no estaba allí, y nosotros, nosotros estábamos como gilipollas durmiendo en su casa, felices, ¡a cien kilómetros de allí! Entonces hizo su repugnante trabajo enterrándola bajo el haya. Es una mujer fuerte. De madrugada, regresó en silencio, en silencio...

Bueno. Había pasado el momento más duro. El momento en que Sophia era enterrada bajo el árbol. Ahora ya no valía la pena seguir arrancando hierba. Podía dejar de hacerlo. Además, era la hierba de Sophia.

Se levantó y caminó con pasos medidos, sujetándose la manta con el brazo izquierdo. A Lucien le recordó a un indio de América del Sur, así, con el pelo lacio y negro pegado por el agua, y la manta envolviéndole. Caminaba sin acercarse a ella, dando rodeos sin mirarla.

—No debió de gustarle, después de aquello, ver aparecer a la sobrina con el pequeño, pues no había previsto aquel inconveniente. Alexandra había anunciado su llegada y no admitía la desaparición de su tía. Alexandra era terca como una

mula, se abrió la investigación y otra vez se buscó a Sophia. Imposible y demasiado arriesgado volver a tocar el cadáver bajo el árbol. Tenía que hacer aparecer un cuerpo para cerrar la investigación antes de que los polis se pusieran a curiosear por todo el vecindario. Fue ella la que se presentó en Austerlitz en busca de la pobre Louise, ella la que la llevó a Maisons-Alfort y ¡ella la que la quemó!

Marc había vuelto a gritar. Hizo esfuerzos por respirar lentamente, con el abdomen, y continuó.

—Por supuesto, ella tenía el poco equipaje que Sophia había llevado. Puso las sortijas de oro en los dedos de la Louise, dejó el bolso a su lado y encendió el fuego... ¡Un gran fuego! No debía quedar ninguna huella de la identidad de Louise, ni ningún indicio del día de su muerte... Una hoguera... el horno, el infierno... Sin embargo, sabía que el basalto resistiría. Y el basalto señalaría a Sophia sin la menor duda... el basalto hablaría...

De repente, Juliette se puso a gritar. Marc se quedó inmóvil y se tapó los oídos, el izquierdo con la mano y el derecho levantando el hombro. Sólo oía palabras sueltas... basalto, Sophia, basura, matar, Elektra, matar, cantar, nadie, Elektra...

—¡Hacedla callar! —gritó Marc—. ¡Hacedla callar, lleváosla, no puedo seguir oyéndola!

Hubo un ruido, más escupitajos y los pasos de los polis que, a una señal de Leguennec, se alejaron con ella. Cuando Marc vio que Juliette ya no estaba allí, dejó caer los brazos. Ahora podía mirar todo lo que quisiera, a cualquier parte. Ella ya no estaba allí.

—Sí, ella cantaba —dijo—, pero entre bastidores, como el último mono, y no podía soportarlo, ¡necesitaba una oportunidad! Estaba celosa de Sophia hasta un grado inimaginable... Entonces forzó la oportunidad, pidió a su pobre e imbécil hermano que diera una paliza a Sophia para que ella pudiera sustituirla... la idea era sencilla...

—¿Y el intento de violación? —preguntó Leguennec.

—¿Eh? ¿El intento de violación? Bueno... también por mandato de su hermana, para que la agresión fuera creíble... la violación no fue de verdad...

Marc se calló, fue hacia Mathias, le examinó, movió la cabeza y volvió a deambular, dando grandes y extraños pasos, con el brazo colgando. Se preguntó si a Mathias también le picaba la manta de los polis. Seguramente no. Mathias no era del tipo de persona que se da cuenta de que un tejido pica. Se preguntó cómo podía hablar así cuando le dolía tanto la cabeza y estaba tan mareado, cómo podía saber todo aquello y decirlo... ¿Cómo? No había podido aceptar que Sophia fuese la asesina, no, aquélla era una conclusión falsa, estaba seguro, una conclusión errónea... había que releer los informes, volver a analizar todo... no podía ser Sophia... había alguien más... otra historia... La historia, él se la había

contado a sí mismo, a fragmentos, antes, trozo por trozo... y luego un trozo después de otro trozo... el itinerario de la ballena, sus instintos... sus deseos... en la fuente Saint-Michel... sus rutas... sus lugares de pesca... en el león de Denfert-Rechereau, que se baja de su pedestal por la noche... que pasea por la noche, que hace lo que hace un león sin que nadie lo sepa, el león de bronce... como ella, y que regresa a tumbarse sobre su pedestal por la mañana, que vuelve a hacer de estatua, absolutamente inmóvil, tranquila, inocente... por la mañana en su pedestal, por la mañana en el tonel, en la barra, siempre la misma... amable... pero sin amar a nadie, sin el menor cosquilleo en el estómago, jamás, ni siquiera por Mathias, nada... sí, pero por la noche, eso era otra historia, sí, pero por la noche... él conocía su ruta, podía describirla... ya se la había descrito entera a sí mismo, y ahora estaba encima, agarrado, como Acab en el lomo de aquel asqueroso cachalote que le había comido la pierna...

—Me gustaría ver ese brazo —susurró Leguennec.

—Déjale, por Dios —dijo Vandoosler.

—Cantó tres noches —dijo Marc—, después de que su hermano hubiera enviado a Sophia al hospital... pero los críticos la ignoraron, peor aún, dos de ellos la despellejaron, acabaron con ella de forma definitiva, radical, Dompierre y Frémonville... Y Sophia cambió de suplente... Para Nathalie Domesco todo había terminado... Tuvo que abandonar las tablas, dejar el canto, sólo le quedó la locura y el orgullo y no sé qué otras basuras. Y vivió para aplastar a los que le habían jodido la vida... inteligente, música, loca, bella, demoníaca... bella en su pedestal... como una estatua... impenetrable...

—Enséñeme el brazo —dijo Leguennec.

Marc movió la cabeza.

—Esperó un año, para que se dejara de pensar en *Elektra*, y se cargó a los dos críticos que la habían hundido, unos meses después, fríamente... Y en cuanto a Sophia, aún esperó catorce años. Era fundamental que pasara mucho tiempo para que, una vez caído en el olvido el asesinato de los críticos, no pudiera establecerse ninguna relación... Así que esperó, seguramente feliz, no lo sé... pero el caso es que la siguió, la observó desde esta casa que había comprado muy cerca de la de ella unos años más tarde... Es muy posible que encontrara el medio de convencer al propietario de que se la vendiera, sí, es muy posible... ella no contaba con el azar. Había recuperado su color de pelo natural, claro, había cambiado de peinado, los años habían pasado y Sophia no la reconoció, como tampoco reconoció a Georges... No había el menor riesgo, además las cantantes apenas conocen a sus suplentes... Y menos a los figurantes...

Leguennec había cogido sin pedir permiso del brazo de Marc y le estaba poniendo un desinfectante o algo parecido queapestaba. Marc le dejaba el brazo, ni siquiera lo sentía.

Vandoosler le miraba. Hubiera querido interrumpirle, hacerle preguntas, pero

sabía que en ningún caso había que interrumpir a Marc en ese momento. No se despierta a un sonámbulo aunque parezca que se va a romper la crisma. Si esto último era cierto o no, lo ignoraba, pero en lo que se refería a Marc, sí que lo sabía. No había que despertar a Marc mientras actuara como un investigador. Si no, se derrumbaría. Sabía que desde que había salido del caserón hacía un rato, Marc se había lanzado como una flecha hacia su blanco, estaba claro, como cuando siendo niño no aceptaba algo y salía corriendo. A partir de ahí, también sabía que Marc podía avanzar muy deprisa, tensarse, e incluso romperse, hasta encontrar lo que buscaba. Vandoosler se acordaba perfectamente que hacía un rato Marc había pasado por el caserón y había cogido unas manzanas. Sin decir una palabra. Pero su intensidad, sus ojos ausentes, su violencia muda, sí, todo eso lo delataba... Y si él no hubiera estado absorto en la partida de cartas, habría notado que Marc estaba buscando, encontrando, corriendo hacia su blanco... que estaba desmontando la trama de Juliette y que estaba sabiendo... Y ahora lo contaba... Seguramente Leguennec pensaba que Marc mostraba una increíble sangre fría al contarle, pero Vandoosler sabía que aquella dicción sin pausas, unas veces entrecortada y otras fluida, pero avanzando en su inercia como un barco empujado por rachas de viento en la popa, en Marc no significaba que tuviera la sangre fría. Estaba convencido de que en ese instante su sobrino tenía las piernas tan duras y doloridas que seguramente habría hecho falta enrollarlas en toallas calientes para que volvieran a caminar, como él había tenido que hacer muchas veces cuando Marc era pequeño. En ese momento, todo el mundo debía de creer que Marc podía caminar normalmente, pero él veía perfectamente en la noche que todo él era de piedra, desde las caderas hasta los tobillos. Si le interrumpía, se convertiría en piedra y por esa razón había que dejarle acabar, terminar, regresar a puerto después de aquel infernal viaje de la inteligencia. Solamente así sus piernas recuperarían la flexibilidad.

—Ella dijo a Georges que cerrara el pico porque él también estaba implicado —decía Marc—. De todas formas, Georges obedecía. Creo que tal vez sea el único tipo al que ella ha querido un poco, aunque tampoco podría asegurarlo. Georges la creía... Seguramente ella le contó que quería volver a probar suerte ayudada por Sophia. Es un chico gordo, confiado, sin imaginación, él jamás pensó que ella quería matarla, ni que se hubiera cargado a los dos críticos... Pobre Georges... nunca estuvo enamorado de Sophia. Mentiras... Mentiras infames por todas partes... Era mentira la agradable vida en Le Tonneau. Ella espía a Sophia, quería saberlo todo de ella y convertirse en su amiga íntima a los ojos de todos, para luego matarla.

Seguro. Ahora sería fácil conseguir pruebas, testigos. Se fijó en lo que hacía Leguennec. Le estaba enrollando una venda en el brazo. No era agradable de ver. Le dolían terriblemente las dos piernas, mucho más que el brazo. Hacía esfuerzos por moverlas como si formaran parte de una maquinaria. Sin embargo, estaba

acostumbrado, ya lo sabía, no podía evitarlo.

—Y quince años después de *Elektra*, tendió la trampa. Mató a Sophia, mató a Louise, puso dos cabellos de Sophia en el maletero del coche de Alexandra, mató a Dompierre. Fingió proteger a Alexandra, ofrecerle una coartada la noche del crimen... En realidad, había oído a Lucien gritar como un loco sobre el cubo de la basura a las dos de la mañana... Porque acababa de regresar del Hotel du Danube después de haber apuñalado a ese pobre tipo. Estaba segura de que su «protección» a Alexandra no se mantendría, que yo descubriría su mentira... Entonces podía «confesar» que Alexandra había salido sin parecer que la denunciaba... Repugnante, peor que repugnante...

Marc se acordó de aquella conversación en la barra. «Eres un encanto, Juliette...» Ni por un segundo se le había ocurrido pensar que Juliette le estuviera engañando para culpar a Alexandra. Sí, peor que repugnante.

—Pero sospecharon de su hermano. Se estaban acercando demasiado. Ella le mandó huir para que no hablara, para que no metiera la pata. Entonces, en un increíble golpe de suerte para ella, encontraron aquel mensaje del muerto en el coche. Estaba salvada... Dompierre acusaba a Sophia, ¡la muerta viviente! Todo era perfecto... Pero yo no podía hacerme a la idea. Sophia no, Sophia no... Y eso no explicaba el árbol... No, no podía creerlo...

—Qué guerra tan triste —dijo Lucien.

Cuando volvieron al caserón, hacia las cuatro de la madrugada, el haya había sido arrancada, y el cadáver de Sophia Siméonidis exhumado y trasladado. Esta vez, el haya no había sido plantada de nuevo.

Los evangelistas, impresionados, no se sentían capaces de irse a acostar. Marc y Mathias, que conservaban las mantas sobre sus hombros desnudos, estaban sentados en el pequeño murete. Lucien se había encaramado enfrente, sobre el gran cubo de basura. Le había cogido gusto. Vandoosler fumaba y caminaba lentamente de un lado a otro. Hacía una temperatura suave. En fin, es lo que Marc pensaba al compararla con la del pozo. La cadena le dejaría en el brazo una cicatriz en espiral como una serpiente enrollada.

—Quedará bien con tus anillos —dijo Lucien.

—No está en el mismo brazo.

Alexandra fue a darles las buenas noches. No había podido dormir desde que se habían puesto a buscar debajo del árbol. Y además Leguennec había pasado por su casa. A darle el basalto. Mathias le dijo a Alexandra que hacía un rato, al volver en la camioneta de los polis, se había acordado de la continuación, de la palabra que seguía a «terreno pedregoso», se lo diría algún día, no tenía importancia. Evidentemente.

Alexandra sonrió. Marc la miraba. Le hubiera gustado mucho que ella le amara. Así, de repente, para ver qué pasaba.

—Dime —preguntó a Mathias—, ¿qué le decías al oído cuando querías que hablara?

—Nada... Decía « habla, Juliette» .

Marc suspiró.

—Sospechaba que no había truco. Habría sido demasiado bonito.

Alexandra les dio un beso y se fue. No quería dejar solo al niño. Vandoosler siguió con los ojos su larga silueta mientras se alejaba. Tres puntitos. Los gemelos y la mujer. Mierda. Agachó la cabeza y aplastó el cigarrillo.

—Deberías ir a dormir —le dijo Marc.

Vandoosler se alejó hacia el caserón.

—¿Tu padrino te obedece? —dijo Lucien.

—Por supuesto que no —dijo Marc—. Mira, ya vuelve.

Vandoosler lanzó al aire la moneda de cinco francos agujereada y la atrapó con la mano.

—Vamos a tirarla al aire —dijo—. De todas formas, no la vamos a partir en doce.

—No somos doce —dijo Marc—. Somos cuatro.

—Eso sería demasiado sencillo —dijo Vandoosler.

Alzó el brazo y la moneda cayó tintineando en alguna parte, bastante lejos. Lucien se había puesto de pie sobre el cubo de basura en el que había estado sentado, para seguir la trayectoria.

—Adiós la paga —gritó.



FRED (Frédérique) VARGAS (París, 1957) estudió Historia y Arqueología y ha publicado una serie de novelas policiacas que ha obtenido un gran éxito de crítica y público. Entre ellas destacan: *Los que van a morir te saludan*, *Huye rápido, vete lejos* y *El hombre de los círculos azules*, que obtuvo el Prix du Festival de Saint-Nazaire 1992.